

The book cover features a central rectangular panel with a light beige, textured wall surface. This panel is framed by a border of red bricks, which are shown in a state of partial destruction, with some bricks missing or crumbling away, particularly at the corners and along the sides. The author's name is printed in a bold, orange, serif font at the top of the central panel. The title is printed in a bold, black, serif font below the author's name. At the bottom of the central panel, there is a large, dark, blurry shadow that appears to be cast by an unseen figure, adding a mysterious and somber tone to the cover design.

**MANUEL ROJAS**

**SOMBRAS  
CONTRA EL MURO**

*Sombras contra el muro* es la tercera novela que Rojas publicó de la tetralogía *Tiempo irremediable*, aunque desde la cronología vital de Aniceto Hevia, es la segunda. En *Sombras contra el muro* Rojas continúa las experiencias del Aniceto Hevia de *Hijo de Ladrón* para sumergirnos en el tiempo de su formación intelectual y política, enmarcada en el heteróclito medio anarquista del Santiago de los años veinte.



Manuel Rojas

# **Sombras contra el muro**

**Tiempo irremediable - 2**

ePub r1.0

Titivillus 11.09.2024

Título original: *Sombras contra el muro*

Manuel Rojas, 1964

Retoque de cubierta: Titivillus

Prólogo: Ricardo Latcham

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

Aa



## PROLOGO

En *Sombras contra el muro*, Manuel Rojas vuelve a manipular el hilo de la existencia de Aniceto Hevia protagonista de *Hijo de Ladrón*, en una segunda etapa de ella. Una técnica ágil, de planos diversos, con monólogos internos y continuas interpolaciones, en un argumento escasamente complicado, singularizan la obra. Retorna Manuel Rojas a un medio revelado en diversas novelas y cuentos, con más éxito que en *Punta de Rieles*. En una entrevista que se le hizo en *El Nacional*, de Caracas, en octubre de 1959, el novelista alude a la trilogía formada por *Hijo de Ladrón*, *Mejor que el vino* y *Sombras contra el Muro*, diciendo lo siguiente: «La base de esas tres novelas es mi propia vida en un cincuenta por ciento; el otro cincuenta por ciento es elaboración de mi fantasía».

En el reciente volumen, la pululación de personajes evoca algo del profuso mundo barojiano. La experiencia de Aniceto Hevia se amplía y desarrolla en Santiago, después de haber frecuentado el hampa porteña y conocido la cárcel. El escritor hace revivir, a veces con nombres propios, a sus antiguos camaradas anarquistas que actuaron antes de 1920. Es un conjunto variado, con tipos idealistas y altamente valiosos, pero con otros dominados por el oportunismo y diversas fallas morales. Manuel Rojas no pretende idealizarlos, y sus pinturas psicológicas suelen ser descarnadas cuando describe a El Chambeco, apodo que tenía Enrique Cáceres; a El Checo, o a Manuel, el hijo del viejo Silva. En un diálogo con Aniceto, Teodoro, un pintoresco personaje del conjunto, hace estas reflexiones sobre sus camaradas: «— Bueno —dijo Teodoro—, a los anarquistas llega toda clase de gente, y entre esa gente vienen muchos sinvergüenzas; es lo que más hay y están en todas partes; y menos mal si no son más que sinvergüenzas. Algunos son cosa peor: ladrones o estafadores, simuladores o aprovechadores. No creen en nada, no les importan las ideas y quieren sacar provecho de lo que encuentran. Lo peor es que no quieren trabajar, y eso es lo que los lleva a la sinvergüenzura. La mayoría de los anarquistas son hombres de buena fe; pueden ser tontos o pueden ser ingenuos, pero tienen buena fe; algunos son muy ignorantes: no conocen más que dos o tres palabras, y en eso basan todo: libertad, solidaridad, todos para uno y uno para todos; pero trabajan, se las machucan de algún modo, principalmente como obreros; los intelectuales no duran; estudian una carrera, y eso se los come: tienen que formarse...» Excelente análisis que conforma la psicología del grupo humano revelado por la pluma de Rojas.

Un fenómeno sobresaliente que fluye de las páginas de *Sombras contra el Muro* es el tratamiento del lenguaje popular y su inserción en los diálogos. La obra está fechada en Kennewick, Washington, Estados Unidos; pero la distancia no ha deteriorado la perspectiva de lo criollo en el narrador. Además, se ha conseguido, mejor que anteriores producciones del escritor, una suerte de maestría en el manejo



del habla, de los soliloquios, algunos de gran precisión y belleza, y de lo concerniente a lo coloquial.

Ya se dijo que la acción no es de complejidad externa, pero un lector avisado descubre pronto un trasfondo que nutre y enriquece la trama. El número de personajes que desfilan y la rapidez con que están captados algunos no impiden la fluencia del torrente narrativo. También existe un tema de validez social que gravita siempre en la narración: la presencia del hambre. Un imperativo biológico, una tremenda apetencia van siempre urgiendo a Aniceto Hevia y a la mayoría de sus compañeros. Este elemento los precipita a la vida picaresca después de perseguir un trabajo más noble, que no aparece a menudo. Aniceto Hevia, en esta etapa de su vida, oscila entre un difuso anarquismo y las impurezas de una realidad sórdida. Semejante factor se refleja en la comunicación de ciertas palabras que le transmitieron a Aniceto en la Argentina: «la libertad, el hombre, la mujer, el niño, el trabajo, la igualdad, la ayuda mutua, el amor, la ciencia; pero conocía otras, también no dichas por nadie, sino experimentadas: hambre, enfermedad, sufrimiento, cárcel, soledad». Por eso añade Rojas que su héroe tenía «una mente que oscilaba entre el ensueño y lo real y se sentía vivir en un mundo que iba desde el piojo y la sarna hasta el resplandor de las estrellas». Volviendo al hambre, cuyo espectro se asoma a cada paso, conviene citar unos párrafos elocuentes de Manuel Rojas: «Aniceto y algunos de sus amigos están siempre preparados para aceptar a cualquier hora, invitaciones a comer; comer en una casa particular, en un restaurante, en una cocinería, en una venta callejera de humitas o prietas; donde sea, con tal de comer...»

Si bien Aniceto Hevia suele resolver su problema esencial, el de alimentarse, mal o mediocrementemente, no conoce todavía mujer. Son para él un misterio, por lo menos en el trato íntimo. Al final brotan dos figuras femeninas: una prostituta, que inicia al «hijo de ladrón» en una siniestra alcoba, y una artista, a la que se acerca buscando una vaga ternura. Cuando la obra termina, continúa dominando la enorme y decisiva soledad de Aniceto Hevia.

Digamos algo del estilo de Manuel Rojas. Como compensación de algunos descuidos, del excesivo vulgarismo de palabras, frases y diálogos, posee su lenguaje dos méritos que lo realzan.

Uno, el de su viril expresividad, sin halagos retóricos ni concesiones al preciosismo. Otro, el del colorido que fluye del escenario popular, de sus rápidas estampas de barrio (San Diego, Pila del Ganso, Avenida Matta) y de tipos inconformistas, hampones y desarraigados sociales.

De ambos ingredientes ofrecen sus libros un muestrario valioso, que en *Sombras contra el Muro* se acrecienta por medio de un virtuosismo en la apicarada parla de rotos, picantes, rateros, vagabundos, artistas, anarquistas, comadres de barrio pobre y gente marginal.

Conviene seleccionar ciertas escenas y cuadros de relieve que dan movimiento y rotundidad a la trama. En la primera parte, el episodio sabroso y original del francés,

quizá evadido de la Guayana, que prepara incendios y los hace de manera que nadie encuentre rastros. Pero siempre de acuerdo con un propietario que asegura el edificio, cobra la póliza y da su comisión al imaginativo delincuente. En la segunda parte aparece entretenido el incidente suscitado por la venta del catre del anarquista Luigi, realizada entre Aniceto y Cáceres. En la tercera, a pesar de su crudeza maloliente, la escena rabelesiana del borracho que hace una avería en medio de una celda llena de presos, mientras Aniceto está encerrado en la Sección de Detenidos. En la cuarta, interfiriendo el relato, la evocación plástica del mar chileno, mientras recorría sus riberas Aniceto en compañía de Echeverría y Cristián. Es aquí donde el estilo de Manuel Rojas alcanza una de sus buenas caracterizaciones, con toques de lírica ternura.

En la quinta parte se traza una vívida reconstrucción de la Avenida Matta, el antiguo Camino de Cintura, la calle San Diego y el Matadero, antes revelado por Sepúlveda Leyton en *Hijuna*. Rojas consigue concentrar su poder de representación acumulando detalles y provocando una secuencia narrativa, con pinturas de la vida, costumbres y carácter de un conjunto urbano.

En la sexta y última parte vuelve Aniceto a la cárcel, de donde sale pronto. El suceso es menos importante que la acción del tiempo, siempre visible y obsesiva en Manuel Rojas. «El tiempo fluye por todas partes; es como una ventolera fuerte, que lo revuelve todo y se lleva algo cada día, cada momento. Viene desde todos lados y va hacia todos, hacia el cementerio, hacia las altas montañas, viene de ellas y del mar, por el valle, no le quites el cuerpo, te hallará; la gente lo vive y él vive de la gente, la gente vive gracias a él y él vive gracias a la gente, la gente envejece, también él, el tiempo viejo, el viejo tiempo...».

Y todavía una mención decisiva: «El tiempo sopla desde todos los puntos del cuadrante; el viento desde el sur o desde el norte; desde el este, muy débil en las noches, y, en ocasiones muy contadas, desde el oeste; el norte y el sur, por el valle central como por un tubo, fuerte, y el oeste o Travesía, que así le llaman y que llega al valle después de atravesar la cordillera de la costa, suave, tan suave como el este, aunque en algunas de aquellas contadas ocasiones suele soplar fortísimamente». El tiempo también se hace protagonista, y su acción se clava en la ruta de Aniceto Hevia cuando lo abandona Manuel Rojas, sin que conozca el amor, pero lleno de experiencias vitales.

Se ha señalado por críticos hispanoamericanos el fragmentarismo de Manuel Rojas, muy tangible, sobre todo en *Mejor que el vino*. En su nueva obra, a pesar de la inserción de diversas historias en el cuerpo de la novela, vuelve a captarse el hálito de *Hijo de Ladrón*, pero sin su rígida cronología y su más trabada estructura. No existe la visión sintética de un personaje, sino una desmenuzación y fragmentación, que sirven para insinuar el carácter de Aniceto Hevia junto a un elenco diluido en la ambiciosa trama.

RICARDO LATCHAM.



El agua está friísima, y las manos, heridas por la soda cáustica, duelen; las siente enormes: así deben de ser las patas de los osos polares, pero los osos habrán tenido tiempo, en miles de años, para acostumbrar sus patas a pisar en el hielo y en las rocas. Él no es oso y no está acostumbrado ni preparado para nada.

—¡Por la *matro*!

El pintor se inclina y Aniceto ve el bigotito rubio, los ojos y su expresión de perplejidad, pues es miope, présbite, hipermetrope y todo lo que se puede ser, y la piel rosada y el pelo dorado.

—Qué le pasa.

—Se me cayó la *pentri*lo.

Es un pincel del más fino pelo, camello, nutria, una herramienta para filetear, y nadie podría explicar cómo este hombre, que no ve casi nada, puede trazar, con ese *pentri*lo que apenas se ve, un filete que se ve apenas.

—Parece que ha avanzado mucho en estos días.

—*Esperanto está idioma internancia*.

Hay una hilera de coches y debajo de cada uno un aprendiz que apomaza la caja o la lava con soda cáustica, preparándolos para la pintura. El agua corre por el brazo, llega hasta el codo y gotea hacia el suelo o empapa la camiseta. Al menor descuido moja hasta la cintura. Es un trabajo incómodo, que no domina, pues sólo sabe pintar muros, puertas y ventanas; no hay esa clase de trabajo y le ofrecieron éste y tuvo que aceptar.

El esperantista sabe todo el oficio. Traza filetes y aceita, barniza o pinta cualquier cosa.

—Cómo anda el asunto.

—*Bona*. ¿Y el suyo?

—Estoy helado de frío.

—*Malbona*. ¿Le gustaría ser *millionulo*?

—¿Quéééé?

—*Milionulo*: millonario.

—Me conformaría con tener un trabajo bueno y ganar lo suficiente.

—Ya vamos saliendo del invierno. Cuando pase la primavera buscaremos otra cosa.

Habla como El Filósofo. ¿Todos los pintores son iguales? Éste es anarquista, pesimista el otro, aquél es chileno y éste español; los dos, sin embargo, esperan el buen tiempo; la ciudad sólo sirve para el invierno. El Filósofo estará también preparándose para partir. Lo hará solo o con algún compañero adquirido durante el invierno. Siempre llega alguien buscando trabajo u horizontes; los conoce y les habla:

—¿Lo persigue el león?

Es decir, el hambre, la soledad. Ya no podrá irse con Cristián, el ladrón derrotado por sí mismo y por la policía. Desapareció, como solía desaparecer, pero no volvió, como solía. Lo buscaron por las playas, por los cerros, por las quebradas.

—Dónde estará.

—No se le habrá ocurrido salir de Valparaíso.

—No. Le tiene miedo a lo desconocido; es conservador. Está acostumbrado a los conventillos y a los calabozos del puerto. Salió una vez conmigo antes de que tú llegaras, y otra contigo y yo; nunca había salido antes.

Fueron a las comisarías y retenes: nada. A la Asistencia Pública: nada. A los hospitales: nada. Sólo queda un lugar; la Morgue. Ahí está. Está desde días atrás y no tiene reclamantes. Irá a la fosa común.

—¿Quieren llevárselo?

—¿Qué haríamos con él?

—¿No tienen para un entierro?

—Ni vendiendo los zapatos juntaríamos para el cajón.

La bala le dio en la boca y quizá le arrancó los incisivos. Los labios, hinchados, no dejan ver nada; la sangre, además lo tapa todo. Tiene los ojos abiertos y Aniceto descubre, en esas pupilas muertas, un reflejo que no vio en los ojos vivos, un reflejo de color azul, casi celeste. ¿Algo, adentro de él, correspondió a ese reflejo y, como ese reflejo, nunca fue visto?

—¿Qué hacemos?

Aniceto siente una gran congoja y Echeverría tiene el bigote como si se le hubiese agostado con alguna helada.

—¿Qué vamos a hacer? Cuando ves un perro o un gato reventado, ¿piensas en lo que vas a hacer? Cristián es uno de esos gatos. Los basureros se hacen cargo de ellos.

—¿Pero quién lo mató?

—¿Quiénes matan a los perros y a los gatos? Lo sorprendieron cuando quería abrir una puerta o una ventana y le dispararon a boca de jarro, de seguro muertos de miedo. La policía no lo averiguará, nosotros no podemos, ¿y qué sacaríamos? Hay muchos hombres y muchas mujeres que están dados de baja antes de que desaparezcan. Son demasiados y ocupan sitio, comen, respiran, se reproducen por millares. Si alguien mata uno, es casi un benefactor.

Se fueron. El Filósofo monologó durante largo rato y su tema fue, más que Cristián, el material humano perdido, ese material que nadie se preocupa de preparar para que sirva de algo. Hay tanto. Se aprovecha el mínimo, lo que trae alguna defensa, propia o de la familia. Lo demás, que podría servir si alguien se ocupara de ello va a la fosa común. Oyéndolo Aniceto siente terror, y el recuerdo de Cristián, de su vida y de su muerte, hace crecer ese terror. Echeverría salvó del hambre a Cristián y también lo salvó a él, pero no pudo ni podrá hacer nada más: salir a trabajar en la primavera y regresar en el otoño, pasar en la ciudad, en la pieza de algún conventillo, el invierno, alimentándose con los desperdicios que el mar arroje en la caleta de El

Membrillo, y soñando, entretanto, con una buena comida, con una buena cama, quizá con una mujer, ¿qué mujer? Debe irse, desaparecer, antes de que el hábito lo transforme en un ser que teme a lo desconocido, como Cristián. Aunque quién sabe si la muerte de Cristián no fue sino el resultado de la impresión que Alberto y Guillermo causaron en él. Sí. ¿Por qué, alguna vez, no podría ser como ellos, resuelto, hábil, limpio? ¿Por qué, algún día, no podrá tener un gran revólver Smith y Wesson con un resplandeciente cañón y seis balas en la nuez, o una Colt del 12 con un cargador repleto, y hablar de los bancos que se pueden asaltar y de los automóviles que se pueden robar? Entonces quizá la policía lo respetara un poco, hasta, tal vez, lo temiera.

El hombre levantó la cabeza y miró a los tres hombres, a Cristián, a Aniceto y a El Filósofo.

—Hola, Filósofo, cómo te va —murmuró.

—Bien; y ustedes —contestó Alfonso, sin mucho entusiasmo. Pareció querer significar que a todos les iba mal y que no valía la pena preocuparse de ello.

—Pasando. Siéntense.

La voz es ronca y desapacible y la cara del hombre es como su voz, de una fealdad sin tapujos; unos ojos pequeños y claros miran como desde muy lejos, ocultos bajo unas cejas que parecen querer disimular la prominencia que el frontal extiende sobre los tableados pómulos; la boca, desmesurada, deja ver una dentadura maciza; la nariz es ancha y chata.

—Qué cuentas, Ronco. ¿Siempre con la lezna y las tachuelas?

—Estas tachuelas me tienen loco —asegura El Ronco—. Son chicas y se me meten en los agujeros de las muelas. Cada vez que me enjuago la boca salen tres o cuatro. Con razón tengo gusto a fierro en la jeta.

Ríe, roncamente también. Las cuerdas vocales pueden tener, como las muelas, caries.

Se sientan en unos desvencijados pisos de totora. Hay allí otros dos hombres. Uno cose un zapato; el otro clava tachuelas, que saca de la boca. Para unir la suela con el cuero tira con unas pinzas.

—¿No conocen a los amigos? —pregunta Oscar, El Ronco, señalando con la mandíbula inferior a sus compañeros de trabajo.

—No tengo ese gusto —afirma, con gentileza, El Filósofo—. Hace tiempo que no vengo por aquí.

El Ronco rebana con un corto cuchillo las jetas que el cuero forma al ser unido a la plantilla por las tachuelas; es un zapato de mujer.

—Sí, has estado perdido. ¿Sigues machucándolas en la caleta de El Membrillo?

—Sí —responde Alfonso—, sigo dedicado al comercio minorista.

Ríe y El Ronco lo acompaña con un cuchicheo que pretende ser una risa.

—Estos dos amigos están aquí desde hace unos meses.

Tal vez esperan, también, que pase el invierno. Oscar señala a uno de ellos.

—Don Pedro Ansieta. En sus buenos tiempos le pegaba a la cerrajería.

Ansieta mira: es un hombrecito canoso, ya de edad, de cara redonda y bigote gris. No chista. El otro hombre, con la cabeza inclinada, echa cera al hilo. Su cara denota que espera que se hable de él.

—Este otro amigo —continúa El Ronco— es del norte, don Antonio Cabrera; por allá hay gente que lo recuerda y que tiene muchas ganas de verlo. Es cerrajero también, le hizo empeño a los zapatos mientras estuvo en la canasta.

Vuelve a cuchichear una risa.

Aniceto, Alfonso y Cristián entienden que los dos hombres son ladrones, que uno de ellos, Ansieta, más bien lo fue, y que el otro sigue siéndolo y que aprendió en la cárcel el oficio de zapatero. Cada uno los mira de diferente manera: con curiosidad, con interés o con indiferencia. Echeverría, aunque explica a los ladrones, no tiene por ellos ninguna admiración; Aniceto se interesa como un hijo de ingeniero puede interesarse por un ingeniero encontrado en algún país extranjero —¿es usted ingeniero de minas?, mi padre también lo fue—; y Cristián, por su parte, sentirá la curiosidad del que contempla a otro de su mismo oficio y se pregunta cómo le irá o cómo le ha ido. En este caso la respuesta está a la vista: bastante mal.

—Muy buenos antecedentes —comenta Echeverría.

Todos ríen. Una mujer rubia, un poco gorda, entra al cuarto secándose las manos con el delantal y va hacia donde se ve algo que puede ser una cuna. Levanta un trapo que hace de velo y mira. El niño, si es un niño el que hay ahí, duerme aún. La mujer se va. El cuarto entra en penumbra y Aniceto sabe que dos o más personas han llegado y están de pie en la puerta o asomadas a la estrecha ventanita que da al patio del conventillo. Todos tienen un pequeño sobresalto y Oscar levanta vivamente la cabeza.

—Hola —murmura, sonriendo.

(Desde muy joven hizo ejercicios gimnásticos, correr, saltar, respirar, uno, dos, uno, dos, correr más ligero, saltar más alto, respirar más profundamente, todo por gusto, el gusto de correr más ligero, saltar más alto, respirar más hondo. Adquirió rapidez y elasticidad, además de un ancho y alto pecho. Ya era algo. Mientras, oyó hablar, a los compañeros y amigos de su maestro, al maestro mismo, de libertad y de explotación del hombre por el hombre, de amor libre y de una sociedad sin clases y sin gobierno. También le gustó. Repitió todo al padre, que era albañil, jugador de rayuela y demócrata, y el padre le preguntó si había comido caca. ¿Cómo puede haber una sociedad sin clases y sin gobierno? ¿Quién elegiría a los diputados y a los senadores? ¿Quién pagaría los votos? La madre no dijo nada, nunca decía nada, no tenía tiempo: lavaba, hacía de comer y a veces trabajaba de sirvienta. Alberto se fue del hogar, una pieza redonda, sin cocina y sin excusado, en un conventillo; ese era su hogar, el hogar de muchos. No entendía gran cosa de lo que hablaban su maestro y los amigos de su maestro, pero ¿por qué no podría haber alguna vez un lugar en que se trabajara poco, en que no hubiese policías, militares ni patrones y en donde se

hiciera mucha vida al aire libre y mucho ejercicio? Un poco por la influencia de esas ideas y otro poco porque su cuerpo se desarrolló bien, adquirió aplomo, más que aplomo, arrogancia y un sentido de independencia que habría irritado a alguien cuya arrogancia estuviese respaldada por el dinero, el poder o la familia; Alberto era zapatero y eso no es motivo para sentirse independiente ni arrogante, sobre todo si no se es más que oficial de zapatero. ¿Qué significa que un clavador de tachuelas, por más que haya oído mentar al Superhombre y hablar de libertad, hecho ejercicios y desarrollado bien su cuerpo, mire con desprecio al dueño de una fábrica, al mayor de ejército, al obispo y al policía? ¿Dónde se ha visto? Había otros muchachos y esos otros muchachos habían oído también hablar de libertad y de la explotación del hombre por el hombre; algunos hacían también ejercicios y también les gustaba la vida al aire libre y todos se reunieron y hablaron y aprendieron canciones revolucionarias y cantaron. Algunos pensaban más en los demás que en ellos mismos, pero otros, como Alberto, pensaban más en ellos mismos que en los demás. Por ese primer tiempo enamoró a una mujer joven, buena moza, gordita; la hizo su amante y siguió hablando de libertad. No andaba tan bien vestido como ahora; un oficial de zapatero no tiene muchas probabilidades de andar bien vestido. La Rosa María era sirvienta y cuando no tenía dinero ella le daba algo, y él, agradecido, la metía a su cuartucho y se acostaba con ella; quedó embarazada. Así era el amor libre. Y habría seguido mal vestido, arrogante e independiente, aunque inofensivo, si una noche, después de una velada literariomusical, predilectas de los que hablaban de libertad, del Superhombre y de una sociedad sin clases, no hubiese ido con dos amigos a un parque público, en donde se sentaron, primero en un banco y después en el césped, rompiendo enseguida a cantar. Era verano, una fresca noche de verano, y estaban llenos de todo y hambrientos de todo, llenos de deseos, de ilusiones, de buenas intenciones, pero sin poder realizar nada y sin haber comido más que unas miserables papas o porotos. Querían ser muchas cosas y no eran nada o querían que los demás llegasen a ser algo y los demás no podían, igual que ellos, llegar a ser algo. Atraída por los cantos apareció, entre los árboles, una sombra. «Cuidado», murmuró Alberto; «Cuidado», dijo Ricardo, y el tercer hombre, Antonio, aunque no dijo nada —era tartamudo y prefería hablar poco, aunque le gustaba cantar; cantando no tartamudeaba—, adoptó una actitud cuidadosa. «¿Qué están haciendo aquí?», Preguntó el recién llegado, un policía. «Estamos cantando.» «Este no es un sitio para cantar.» «¡Bah! ¿Por qué?» «Es un parque público.» «Bueno, si es un parque público, ¿por qué no se puede cantar?» Cuando el policía se habituó a la poca luz, descubrió que se trataba de muchachos o muchachones mal vestidos, tal vez trabajadores, quizá maleantes —las personas decentes no andan mal vestidas—. «Ya, ya, se van...» «Pero ¿por qué?» «Porque este no es un lugar para cantar y... porque a mí me da la gana. Ya, ya, se fueron.» Se levantaron refunfuñando y el policía creyó oír u oyó, entre los refunfuños, una palabra dura. Estiró un brazo y quiso tomar a uno, pero andaba con mala suerte: era Alberto. El rechazo fue recio y entonces creyó que en

verdad se trataba de maleantes y enarboló el palo y pegó, y cuando oyó, ya en voz alta, que lo insultaban, avanzó y quiso pegar de nuevo y con más fuerza; mas lo esquivaron y recibió un golpe en el pecho. Todo fue muy rápido y todo era una advertencia, pero no se dio cuenta de ello y sacó el revólver y disparó, al aire, por supuesto. ¿Qué se imaginaron los muchachos, uno de ellos, por lo menos? El policía no alcanzó a saberlo. Un bulto se le acercó y una mano más dura de la que habría supuesto golpeó contra su vientre y algo le dolió más de lo que era soportable. Soltó el revólver y el palo y se dobló y cayó de rodillas, y después, de lado. Ay, por la misma... Al atravesar el puente del río apareció otro policía con otro palo y otro revólver: había oído el disparo y vino a saber qué pasaba. Tampoco alcanzó a saberlo. Vio correr a unos hombres y quiso detenerlos: y tomó a uno y forcejeó con él, pero también estaba con mala suerte: una dura mano golpeó contra su vientre y, tal como el anterior, se dobló y cayó de rodillas, no sobre el pasto, mas blandito, como el otro, sino sobre los duros adoquines. Ay, Señor, por Diosito. Llegaron más policías con más palos y otros revólveres y Alberto y Antonio fueron detenidos. «Dime quién apuñaleó a los policías.» «No no no no sé, señor. Sentí un balazo y me dio miedo y arranqué. Entonces me detuvieron.» «¿No viste quién fue el que mató a los pacos?» «No. Yo estaba en el parque, cantando con otros amigos, y unos hombres se pusieron a pelear y vi caer al paco, como usted dice, y apreté a correr.» Ninguno de los dos sabía nada. «No me pegues, tira de mierda.» «Confiesa, carajo.» «No no no no sé nada señor, se lo juro por mi mamacita.» «Habla o te saco la mugre» No se encontró arma alguna. El médico dijo que las heridas habían sido causadas por un cuchillo pequeño, tal vez de zapatero. Alberto y Ricardo eran zapateros, pero Ricardo desapareció; de seguro era el asesino, se supuso. Cinco meses detenidos, cincuenta y un días con grillos. Por fin, los echaron. Salió de la cárcel más arrogante y más independiente que nunca, odiando ahora a los policías con uniforme o sin él y con algunas confusas ideas sobre la manera de conseguir dinero sin necesidad de permanecer días y días clavando tachuelas o cosiendo zapatos. Un compañero de calabozo le abrió los ojos. «Espérese que salga y hablaremos». Una tarde, mientras hacía ejercicios y se bañaba en un canal —en la pieza del conventillo no había baño y tampoco se podían hacer ejercicios, era muy chica y entre él y la Rosa María la llenaban de una vez—, un caballero se le acercó y le preguntó: «¿En qué trabaja usted?» «¿Y a usted que le importa?», fue la respuesta. Se había puesto agresivo. Sabía ya que la arrogancia y la independencia encuentran rechazo en mucha gente, mucha más en los policías; pero como tenía un cuerpo bien desarrollado y sabía algo sobre la libertad, continuaba siéndolo, casi gozaba siéndolo. «La verdad, no me importa nada» contestó, sonriendo, el caballero, que al parecer era también un hombre independiente. «Sólo quería preguntarle si le gustaría trabajar conmigo». «¿Trabajar? ¿En qué? ¿Tiene alguna fábrica?» El caballero sonrió de nuevo y se presentó: «Soy escultor y necesito un modelo. Usted tiene buena figura y me servirá». Jamás había oído hablar de aquello. ¿Escultor, modelo? ¿Qué clase de trabajo es ese?

¿Cuánto pagan? Estaba desnudo y el caballero estaba, por supuesto, vestido, y fue imposible continuar, en esas condiciones el diálogo. El señor le dio su nombre y una dirección. «Vaya a verme y hablaremos». Empezó a trabajar como modelo y le pagaban tan poco como cuando era zapatero; pero resultó buen modelo y el caballero escultor lo recomendó a unos pintores y le dieron trabajo en una escuela de pintura. Siguió ganando poco, pero ya no tenía que clavar tachuelas, lijar tacos o raspar suelas. Se puso más arrogante, con la conciencia de que tenía un cuerpo de modelo, ese cuerpo que veía en los dibujos de los pintores y en los bocetos del escultor, y sentía que era injusto tener un cuerpo de modelo y ganar poco y no tener buena ropa. Es cierto que los pintores ganaban tan poco como él y andaban tan mal vestidos como él, pero ese era asunto de los pintores; él quería ser algo más que lo que era y tener algo más de lo que tenía. Era anarquista individualista —pensaba— y no tenía por qué preocuparse de que otros anduviesen bien o mal vestidos, sobre todo si no les importaba. Pero ¿qué era necesario hacer? El hombre del calabozo estaba condenado a tres años y un día de prisión y aún le faltaban unos meses para salir. Robar, eso hacía el hombre, pero robar significaba tanto ganar rápidamente dinero como ir rápidamente a la cárcel. No se podía elegir y uno no sabía qué le iba a tocar si lo intentaba: si ganaría mucho dinero de un tirón o si de un tirón lo condenarían a varios años de cárcel. ¿Qué se podía hacer? Si se era zapatero o modelo, pobreza; si se era ladrón, cana. Elige. En el segundo término de la alternativa entraba un factor bastante atractivo: dinero, pero en el otro aparecía uno fascinante: libertad. Jamás olvidaría la impresión que sintió al salir a la calle después de varios meses de prisión. Además, no le gustaban los ladrones que conocía, gente de poco vuelo, peor vestida que él; sin contar que no era fácil robar. «No es muy difícil», dijo Enrique Cáceres, conocido por el apodo de El Chambeco, persona que también había oído hablar de libertad, de la explotación del hombre por el hombre y del Único y su Propiedad, aunque no sabía quién era ese Único ni qué propiedad tenía. Por lo demás, la propiedad era un robo. «Mira». Pasó frente a la frutería, miró hacia adentro, estiró la mano, cogió un racimo de uvas y se fue. Alberto también pasó, miró hacia adentro, vio que el frutero estaba descuidado, tomó una manzana y se fue. Detrás pasó Antonio, el tartamudo, e hizo o quiso hacer lo mismo, pero tartamudeó al escoger lo que iba a robar, una pera, y el frutero levantó la cabeza, lo vio, lanzó un grito y salió como un temporal. Los amigos huyeron. Se rieron mucho de lo ocurrido y Cáceres y Alberto imaginaron robos en dólares, en libras esterlinas, en coronas suecas, barras de oro; pero ni las barras, ni las coronas, ni las libras ni los dólares están, como las uvas, las peras o los duraznos, en canastos o cajones, al alcance de las manos, sino dentro de los bancos, en cajas de hierro guardadas por gente que no vacilará en matar a quien vaya a robar siquiera sea un centavo. Por esos días unos anarquistas franceses asaltaron bancos y robaron grandes cantidades de dinero. Es cierto que mataron a algún empleado y, tal vez a un policía, pero lo natural es que en los asaltos alguien corra el peligro de ser herido o asesinado. Ahí estaba el camino: robar en grandes cantidades. Por ahí se iba a alguna



parte, por ahí se podía llegar a ser algo y tener algo, sobre todo, de tener más de lo que se tenía siendo modelo o zapatero. Había que aprender a manejar automóviles, estudiar tal vez mecánica. La ciudad, por lo demás, estaba llena de gente que quería llegar a ser algo, tener algo. Algunos tenían condiciones para esto o para lo otro y no lo sabían y otros lo sabían y no podían llegar a ser nada; otros querían ser lo que no podían ser y nadie los dirigía, y casi todos terminaban sentados ante las bancas de zapateros, arriba de los andamios de las construcciones, en los calabozos o en cualquier parte. «Quiero ser algo». «Hazle empeño. A ver si puedes». «Quiero tener algo más». «Adelante. Búscalo». Pero era difícil. Antonio era uno de los pocos que no quería llegar a ser nada más de lo que podía ser: un buen maestro barnizador; con eso se daría por satisfecho. ¿Ser bandido, asaltar bancos, robar grandes cantidades de dinero? No. ¿Cómo, si era tartamudo?).

Mirados por detrás resultan extraños al lugar. Nadie tiene allí zapatos tan relucientes, sombreros tan bien planchados, cuellos tan blancos. Los hombres del conventillo, cocheros o aseadores, ayudantes de mecánico u oficiales de estucador, borrachos o con muchos hijos, tienen mujeres que deben, para que la familia no muera de hambre, lavar y planchar ropas ajenas. ¿Cuándo y cómo podrían esos hombres lucir ropas como esas?

Alberto está de pie. Afirma un codo en el marco de la puerta, el antebrazo sigue hacia arriba y la mano llega cerca del dintel; el otro brazo cuelga por delante del cuerpo, que se ve joven, sólido, de espaldas anchas y de estrechas caderas, no muy alto y tampoco bajo; descansa sobre el pie izquierdo, un pie ancho, seguramente plano. Ese cuerpo tiene un aire indefinible, un aire que oscila entre lo fuerte y lo hermoso, entre lo admirable y lo peligroso. La piel de la nuca es blanca, y el pelo, de color castaño oscuro, termina en una sola línea, sin esas prolongaciones que llegan hasta más abajo del cuello de la camisa.

Cambia de lugar el cuerpo, trasladándolo hacia el otro lado de la puerta, y repite la actitud, y puede verse cómo sus miembros y sus músculos se mueven suavemente, sin la rigidez de los atletas ni la torpeza de los sedentarios.

—Entra, siéntate —insinúa Oscar.

Todos están pendientes de él desde el instante en que, abandonando la ventana, se coloca en la puerta. Entra, busca un piso y se sienta. Se hace un poco más de claridad en la pieza, y el hombre, al sentarse, queda iluminado por el resplandor que viene del patio. El otro hombre permanece en la ventana, con la parte delantera del cuerpo sumida en una penumbra que impide distinguir sus rasgos.

—Trabajando —murmura Alberto, después de mirar a los tres hombres—. Tachuelas, cueros, suelas, claite..., mugre.

Es una entonación entre irónica y despectiva.

El hombre de la ventana ríe. El Ronco ríe también o cree que ríe.

—¿Qué! ¿Les pagaron? —pregunta.

Alberto hace con la cabeza una señal afirmativa.

—Por eso vienen tan despreciativos —afirma Oscar—. ¿Les costó?

—Estuvimos cerca de una hora discutiendo y ya me estaba dando rabia; no sé si le dio miedo, aunque no creo que a ese gallo se le pueda meter miedo. Por fin, nos pagó lo convenido.

—Se escapó de la Guayana Francesa —informa El Ronco.

—¿Quién se escapó de la Guayana Francesa? —pregunta Echeverría, que ya no puede soportar tanto misterio. Señala a Alberto—: ¿El joven?

El Ronco vuelve a imitar una risa.

—No —farfulla—. Éste no ha salido nunca de Chile. Me refería a Pepín. ¿Es francés? —pregunta a Alberto.

—Francés. Dice que de Marsella —contesta Alberto.

El misterio es más denso ahora. Los cinco hombres, tres por lo menos, Echeverría, Cristián y Aniceto, escuchan la conversación como si se realizara en un idioma ideográfico. ¿Quién es Pepín y quiénes son estos dos recién llegados? ¿Por qué estuvo aquél en la Guayana Francesa, qué tienen que ver con él estos dos hombres, por qué no les pagaba y, además, qué tienen que ver estos dos hombres con El Ronco?

La penumbra de la ventana se aclara y la luz fluye con más fuerza hacia adentro, pero el hombre no entra al cuarto.

—¡Oye! —grita el hombre sentado—. ¡Muéstrale a Oscar lo que te compraste!

Guillermo, que va hacia el fondo del patio del conventillo, regresa.

—¡Qué quieres que les muestre! —dice con un poco de desagrado.

—Muéstrales la Colt.

Da un paso hacia el interior del cuarto, gira dando la espalda a los hombres y levanta un poco su chaqueta. Enseguida saca del bolsillo trasero, que se ve como embarazado, una pistola color gris oscuro. Aparece como el cachorro de un animal insólito, un cachorro callado y serio; parece dormir, pero se teme que en cualquier momento pueda ladrar o rugir o morder con una terrible fuerza. Se da vuelta hacia adelante, la muestra, la guarda y se va.

—Te espero en el cuarto —dice al marcharse.

Echeverría, Cristián y Aniceto han enmudecido más aún, y Antonio Cabrera y El Chico Ansietá, aunque hacen como que trabajan, están también sorprendidos. Alberto y El Ronco cambian impresiones.

—Va a tener que hacerse un cinturón.

—Debe de ser muy pesada.

—Además es incómodo llevarla en los bolsillos. Cuesta sacarla. ¿Y si uno se ve apurado? El otro lo puede acribillar a tiros.

—¿Y tú te compraste otra igual?

—No. Con el que tengo es bastante.

—Muéstralo a los amigos.

Nadie, de entre los cinco hombres, comprende el porqué de todo aquello. ¿Qué va a sacar? Con un movimiento rápido, desenvuelto, como el de un torero, saca de alguna parte un revólver resplandeciente, que la luz venida del patio parece aislar, mostrándolo en toda su inquietante belleza. La pistola era, sin duda, impresionante, con su adustez y recogimiento; el revólver es como más distinguido y parece hasta más audaz, con su largo cañón y su negra empuñadura.

Hay un nuevo silencio. Cristián, Aniceto y los demás zapateros miran, fascinados, aquella arma, inesperada en el cuarto de un conventillo y en manos de un hombre que no viste uniforme. No despegan los ojos del individuo y quizá esperan que haga algo más ostentoso, que saque una ametralladora o una bomba de mano o que cuente hechos inauditos, que diga quién es Pepín y por qué Pepín, que parece no temer a nadie ni a nada, tenía que darles dinero y se los dio. Alberto lo ha advertido y quizá lamenta no poder mostrar algo más o contar por qué Pepín les ha dado dinero. Pero ¿para qué mostrar o contar nada a hombres como estos? Cristián, Aniceto, Echeverría y los dos ladrones y el mismo Oscar, tal vez Oscar más que nadie, parecen, ante él, mendigos o inválidos; no son más que miserables clavadores de tachuelas, desvalijadores de almacenes de barrio, recogedores de basura de la caleta de El Membrillo, seres desharrapados, con una comida al día o con dos que no alcanzan a valer una, endebles, con horizontes llenos de piojos o de sarna.

Se levanta de pronto, casi con violencia, y Cristián y Aniceto tienen un sobresalto.

—¡Carajo! Se me olvidaba.

De dos pasos alcanza el patio y grita:

—¡Oye! ¡Guillermo!

—¡Qué!

—Espérame.

(Por ninguna parte parece un atleta o un modelo. Las piernas, demasiado flacas, y la espalda, encorvada, no tienen la apostura ni la línea de las de Alberto; la espalda muestra tendencia hacia lo curvo; una pulgada más y parecerá un jorobado; quizá muera tuberculoso. El pecho es hundido, liso, sin pectorales aparentes. En el rostro tanto como en el cuerpo, no se asemeja en nada a su compañero. El de este es redondo y blanco, con labios delgados; el de Guillermo, largo, con labios gruesos, gruesos y secos. Ahí va, con su pesada pistola en el bolsillo. No hizo jamás ejercicios y si es cierto que es joven y que sus movimientos se advierten firmes y rápidos, nada hay en él que haga sospechar que pueda, en algún momento, asaltar un banco o disparar, con resolución, sobre quien se atreva a impedirlo. También ha oído hablar de libertad, de la explotación del hombre por el hombre e incluso del Superhombre y cree en ello y piensa en ello y cree que el Hombre, todos los hombres, no sólo unos pocos, puede alcanzar, alguna vez, un alto desarrollo y un gran destino. Por eso lleva esa Colt en el bolsillo. No quiere ser nada ni tener muchas cosas, sólo ropa limpia, comida, un carruaje que pintar y una mujer, pero quiere, sí, que el hombre, sobre todo

el hombre proletario, salga de su condición, suba. ¿Qué tiene que ver la pistola con la libertad, con la explotación del hombre por el hombre y con el Superhombre, el no explotado, el no explotador, ese que trabajará libremente en una sociedad libre, sin policías, sin patrones, sin ejército —que es la escuela del crimen—, sin esclavos? ¿Qué tiene que ver? Nació y se crió en una provincia del valle central, clima con estaciones bien diferenciadas, y le gustaba vagar por los campos, tener una honda, buscar nidos, cazar lagartijas, aguaitar a las chiquillas cuando se bañaban en el estero, ir a los cerros y traer chaguales en flor, a las trillas, y el padre y la madre son españoles, y el padre tiene, como el hijo, un rastro largo y labios secos y gruesos, y amasa pan y hace empanadas y sale a la puerta de la casa en que viven; una casa humilde en el barrio de La Isla, y grita su mercadería y nadie sabe cómo grita, porque grita como a escondidas, sin mirar hacia arriba, como miran los que gritan, sino hacia abajo, y no parece que gritara sino que escuchara, y la gente viene y compra pan y empanadas. ¡Calientitas las de horno!, y durante un tiempo, quizá un largo tiempo, el padre tuvo un taller de carrocería, en el cual, claro está, trabajó Guillermo, aprendió a trabajar Guillermo y aprendió jugando, subiéndose a los carretes y a las carretes y a los coches, tálburis, victorias, landoes, colgándose de las varas, parándose en las pisaderas, escondiéndose en las cajas, ¿cómo se hace?, ¿por qué lo mezcla?, había herreros, carpinteros, pintores, le gustaba manejar el fuelle de la fragua y ver cómo los rojos, los verdes, los amarillos y los azules se extendían por las varas y los costados y las ruedas y los rayos en interminables dobles o triples hileras de filetes, o en filetes solitarios, y a veces los carretes llevaban, en letras de colores violentos, nombres como «El Cariñosito», «El Pecho al Frente» o «El Regalón», y cuando los carreteros, ya terminado el vehículo, traían la yunta de caballos y la ataban a las varas, subían al pescante, se escupían las manos, tomaban las riendas y hacían restallar el látigo, había en el taller un estallido de alegría y «El Aninado» o «El Toruno», rodando sobre las llantas nuevas y despidiendo rayos de colores desde todas sus superficies, abandonaba su lugar de nacimiento, como si fuera un ser humano, y se dirigía hacia las bodegas, los almacenes, los molinos o las estaciones, a vivir su vida; y nadie supo entre todo ese tumulto de trabajos empezados y trabajos terminados, cómo Guillermo aprendió todo el trabajo; de pronto apareció fileteando y tenía buen pulso, buena muñeca, lástima que para trabajar y para caminar o para sentarse se encorve tanto y le dicen: «Saque pecho, compadre», «No se acurcunche», pero, aunque saca pecho y se estira hacia atrás, la espalda se le encorva siempre y quién sabe si eso de que siempre tuviese los labios secos, tan secos que se le llegaban a partir, se debía a que no respiraba bien, si tiene la espalda encorvada ¿cómo tendrá los pulmones?, pero era joven y no hacía caso y su cara era larga, tal vez como la de un vasco, y de expresión inteligente y bondadosa; «Guille», «Don Guille», le llamaban y trabajó y estudió y cuando terminó sus estudios, a medias, por supuesto, pues no llegó a bachiller, ya sabía todo el trabajo: era pintor carrocerero, podría decirse un maestro, y se fue de su casa. «No te vayas, te dejo el taller», le dijo el padre. «No,

quiero irme». Entonces el viejo, que ya estaría cansado, vendió el taller, lo malvendió, mejor dicho, y compró un potrero e hizo una casa y se fue a vivir allá, a La Isla, entre el río y un estero, y para no aburrirse empezó a hacer pan y empanadas y a venderlas; a la hija no le gustaba, pero él tenía el hábito del trabajo: «Déjame, Elvira, no le hago daño a nadie. Por aquí no hay amasanderas. ¡Recalientes las empanadas!» Entonces, por ese tiempo, Guillermo se encontró cara a cara con el anarquismo, el ideal y el sueño de los hombres libres, sin gobierno, sin religión, sin ejército, sin policía, el apoyo mutuo, la conquista del pan, así hablaba Zaratustra, la sociedad futura, oh hermano, antes que esclavo prefiera morir, ¿de dónde venían esas voces, quien había escrito o pronunciado primero esas palabras, creado esos sueños?; salían de todas partes, desde las ciudades rusas y alemanas, italianas y francesas, inglesas y españolas; cruzaban los continentes llevadas por humildes hombres, atravesaban los mares, *bandiera rossa*, enseñaban, ¿qué enseñaban?, muchos eran tipógrafos o profesores o carpinteros, ¿por qué no?, sí, ¿por qué no?, el ser humano, el hombre, la mujer, el niño, ni más arriba ni más abajo, iguales siempre, el primero entre sus iguales, ¿cómo hacerlo?, ¿cómo llegar a ello?, no hay más que un medio: la revolución, sí la Revolución, la huelga general, la Grande, abolición de la propiedad, socialización de los medios de producción, el amor libre, el libre acuerdo, parecía un sueño, tal vez o seguramente era un sueño, pero quién sabe si alguna vez todo fue sueño y todo fue, no obstante, realizado o se realizará, ¿quién soñó con la rueda, quién con la luz eléctrica, quién con el teléfono? Todo era confuso, pero alguna vez todo fue más confuso aún y no había para qué detenerse a considerar si lo era o no, lo esencial era trabajar para realizarlo, pronto, mientras más pronto mejor, organicemos sindicatos, internacionales, confederaciones, coopere, compañero, hay que publicar un periódico, una hoja, cualquier cosa, «La Protesta», «Avanti», «La Batalla», «El Libertario», «Freedom», «Bandera Roja», hay que ayudar a los huelguistas del calzado, se murió el compañero Rodríguez, coopere, compañero, hay que ayudar a la familia del camarada, necesitamos dinero, dinero, dinero, ¿de dónde sacar más dinero?, pero el anarquismo no significa beneficencia, es un ideal revolucionario, sí, pero mientras llega la revolución hay que ayudar, ayudar, ¿no ha leído el camarada Kropotkin?, «La Ayuda Mutua»; hay que recurrir a la acción directa; no, compañero, eso es peligroso, nos confundirán con otra gente; yo no le digo a usted que recurra a ella, pero deje que otros lo hagan, no se meta; no, cuidado, camaradas; cállese, no sea retrógrado; ¿qué vamos a hacer?, necesitamos dinero para todo, para fundar diarios, pagar los viajes de algunos compañeros, ayudar a los huelguistas; no, compañero, no; oh, déjenos tranquilos. Entonces conoció a Alberto. La pistola es pesada, pero es una pistola, ocho balas, dos cargadores más, repletos. No tenga cuidado).

¿Quiénes son, de dónde vienen, qué quieren? Vienen de todas partes y quieren innumerables cosas, pero sólo tienen su deseo y a veces ciertas condiciones para conseguirlo, es decir, fuerza, inteligencia, un talento intelectual o uno muscular: Juan sale de su cuarto; se afeitó y se lavó la cara; no tiene baño; usa un sombrero gris con

una cinta casi blanca que le da un aire exótico que le gusta, aunque no tenga de exótico sino su deseo de ser actor; no es sólo un deseo, es una pasión; también le gustaría ser dramaturgo, pero quizá se conformaría con ser actor y trabajar en teatros llenos de gente que esté, con la boca abierta, pendiente de sus movimientos y de sus palabras: Ibsen, Benavente, Echegaray; aunque la verdad es que Echegaray no le gusta mucho, Strindberg, un noruego que tiene un nombre raro, Bjørson Bjørson o Bjørson Jørson o algo así, y es posible que no sea noruego sino sueco, Shakespeare, pero también, y principalmente, representar a los autores nacionales, esos que tratan asuntos del país, la pobreza, la borrachera, el mal trabajo, y presenten personajes del pueblo, el roto, el futre malo, el huaso, no el huaso rico, que sólo sale en las obras humorísticas, sino el huaso pobre, el inquilino, el mediero, el afuerino, y que no sólo presenten la tristeza de sus vidas, sino también su irónico carácter, sus pequeñas alegrías, su oscuro humor, y en ocasiones su orgullo y su dignidad, sin olvidar el deseo de algo. No está muy seguro de dónde desayunará, almorzará o comerá hoy; en último caso recurrirá al padre, que no tiene a quien recurrir. Juan ha renunciado a trabajar en todo lo que no sea teatro, aunque no hay, para él, trabajo en ningún teatro; no importa; quiere ser actor, «Los Espectros», «Muerte Civil», «Hedda Gabler». Hola, qué hubo. Antonio también ha renunciado a trabajar en todo lo que no sea teatro, aunque no quiere ser actor sino autor, hacer lo que Juan quiere que se haga, poner en escena a la gente del pueblo, a los campesinos, que conoce, y también al roto, que no deja de conocer. Su padre lo mira con sorpresa, casi con tanta como la que siente el padre de Juan al considerar a su hijo —¿de dónde salieron estos ñatos?—; el viejo es carpintero o ayudante de albañil y, como muchos chilenos pobres, le hace a todo, al serrucho y al combo, a la plana y a la picota y también le hace al hacha y anduvo hace poco por los montes, allá por El Ingenio o El Canelo, haciéndole un valiente empeño al carbón de espino y de talhuén, de guayacán y de lun, de litre y de quillay, buena mano para el hacha, y ganó platita y Antonio casi sintió deseos de irse también a trabajar a las montañas y hasta se lo dijo a dos amigos, un poeta y un prosista —allá podemos escribir, ¿por qué no?, levantamos una ruca, volteamos los árboles, los trozamos, los metemos al horno, le prendemos fuego y nos sentamos a escribir, es cuestión de llevar harina, grasa, charqui y alguna mantita—, y el poeta y el prosista respondieron bueno, qué tanto será; pero hacían falta hachas, tres hachas, ¿qué hace un leñador o un carbonero sin su hacha?, pero las hachas no con como los personajes de los cuentos y de las novelas, que no cuestan nada, ni menos como las princesas de que hablaba el poeta, sólo es necesario imaginarlos, pero las hachas no, hay que comprarlas; nunca pudieron hacerlo y los talhuenes y los espinos, los guayacanes y los lunes, los litros y los quillayes siguieron respirando en las montañas. Por las recolas, Juan, no puedo terminar el tercer acto; estuve trabajando hasta las tres de la mañana, ¿hablaste con el administrador del teatro?, sí me dijo lo que pide por las dos funciones y ahora voy a ver el asunto del decorado, ¿tomaste desayuno?, ni agua caliente. A la misma hora en que Juan despierta, Manuel

llega al conventillo: ha pasado la noche preso, y su cuello, que la noche anterior estaba estirado y blanco, se ve arrugado y sucio; mucho calor en el calabozo, mucha gente presa, los tiras echaron una redada y los *choros* cayeron como pejerreyes, entre ellos Manuel, con su gran cuello, y es extraordinario que un ladrón como Manuel, que escasamente llega a ser lo que se llama un ratero, use esas cuellos —los mismos policías, que ya lo conocen, pues ha estado en cana muchas veces, lo llaman Juan Cuello y lo distinguen por él y el cuello casi les sirve como modo de identificación—. «¿Qué te pasó, hijo, que no llegaste a dormir?» «Estuve preso, mamá». «Buena cosa, hijo. ¿Quieres una tacita de té? Sácate el cuello para lavarlo». «Bueno; gracias, mamá». «¿Y hasta cuándo van a seguir con la misma?», pregunta la hermana, enfermera o practicante en un hospital, que hoy tiene su día libre, «¿No sería mejor que trabajaras en algo?» «¿En qué?» «No sé, hay tanto trabajo; si siquiera ganaran algo, pero ¿qué? Tu hermano se robó un caballo, lo agarraron, tres años y un día de presidio. ¿Y tú? Por una bicicleta otros tres años y un día. Los tiras te estaban esperando en la agencia; además, saliste del presidio con un tímpano roto por la cachetada que te pegó el gendarme. Desde que andan robando ni tú ni Jorge han traído un solo centavo. Cuando merecen unos cobres se van de farra y llegan curados. ¿De qué sirve ser ladrón? Para eso es mejor ser peón». Manuel calla. Sabe que todo eso es verdad: su hermano es un hombre bajo y gordo, tanto que apenas puede correr, y le tocó hacerlo delante de un paco que corría como un diablo. ¿Por qué se le ocurrió robarse un caballo? «Ya no sabía qué hacer». «¿Y por qué no fuiste a la Estación Central y te robaste una locomotora?» «No te rías, Teresa». ¿Qué quiere él? Manuel no sabe exactamente lo que quiere, tal vez sólo comer, que no es tan fácil, tener una buena pieza y andar bien vestido, y si es peón o barrendero, ya que nadie se ha preocupado de enseñarle a trabajar, jamás podrá tenerlo, no saldrá nunca del conventillo, de la ropa Usada y hedionda, y a él le gustan la limpieza, el baño, frío, por cierto, ya que no sabe lo que es el baño caliente, y tal vez alguna mujercita. Ha estado aguitando la vitrina de una casa de empeños, una agencia, monedas de oro, relojes, prendedores, no podrá robárselo todo, no tendrá tiempo; engrudará un pedazo de papel de diario, lo pegará al vidrio —para que no suene—, le dará enseguida un golpe y por el hoyo meterá la mano, tomará lo que pille y arrancará, no, a él no lo alcanzarán tan fácilmente, corre como un guanaco, también he hecho ejercicios. Tiene otros proyectos, casi tan buenos o mejores que ése y sólo falta realizarlos. «Hay que tener paciencia». «Si te llegan a pescar otra vez te van a dar diez años por robos reiterados. Entonces vas a ir a la *peni*». Este otro Juan no quiere ser sino lo que es, médico, y como médico, cirujano. Desciende de chilena y de italiano y es moreno, rechoncho, alegre, de ojos negros y brillantes —las mujeres son atraídas por sus ojos como las mariposas por los faroles nocturnos—, y es cirujano no porque le guste la sangre, sino porque es un trabajo minucioso y serio y porque alguien está sufriendo y necesita, rápidamente, alivio y defensa, y cuando los ayudantes ponen ante él, ya anestesiado, a la mujer o al hombre, siente que ese ser, que llega dormido a sus



manos, confía en él y se entrega a él, tal como, aunque de otro modo, se le entregan las mujeres; desde ese momento será defendido con dientes y uñas y de cualquier modo y a cualquier hora de la noche irá corriendo a verlo, *miechica*, se murió la viejita, no queríamos que se nos muriera, el profesor Sierra es el más afligido, ¡le falló el riñón!, y aunque a las mujeres no las trata con la misma clase de amor o de solicitud con que trata a los pacientes, ya que vienen a él por otros motivos y él no adquiere con ellas sino un compromiso que de ningún modo tiene carácter de permanente o de eterno, siente por ellas, como seres humanos, el respeto que merecen, pero no me hables de matrimonio, tú llegaste a esta cama no anestesiada sino bien despierta, y yo no te prometí nada y tú no me pediste nada, ¿qué quieres, entonces?, ah, no. Es un hombre perceptivo y percibe no sólo los ruidos y las voces, como otro cualquiera, sino además los pensamientos y los sentimientos que flotan en las calles, salidos desde el fondo del rencor o del cansancio o del desamparo, en los hospitales, en las fábricas, en el país entero, algo quiere cambiar, algo va a cambiar, desea cambiar y puede llegar a hacerlo, violentamente quizá, y él, como médico y como hombre, deberá estar allí y ayudará a realizar ese cambio. No se sabe si la culpa la tuvo el zapatero Pinto, que llegó con un dolor difuso en el costado derecho, un dolor que se ramificaba hacia diversas y oscuras partes, cuadro confuso, ¿qué tiene?, habla con una especie de unción, como inspirado, sin decir, por otra parte, nada que no sea normal, no, locuras o desatinos no, pero parece creer que todo tiene una gran importancia, no sólo su dolor difuso sino los demás enfermos, los médicos, su mujer, sus trece hijos, la ciudad entera, las monjas, las enfermeras; moreno, con el cabello negro y lacio, mueve las manos con increíble suavidad, aunque no tenga en ellas más que una cuchara, una copa o su cuchillo de zapatero; y Juan, que ha visto durante sus años de estudiante y de médico, en la consulta, en las salas de los hospitales, en las postas de la Asistencia Pública, en la cárcel, a innumerables seres, y que lleva en su mente algo así como un registro de actitudes, movimientos, tonos, quejidos, no recuerda haber visto nunca un ser, mucho menos a un zapatero, que produzca la sensación de indescriptible intimidad que este produce. ¿Qué tiene este tipo, en que cree, qué quiere? Pinto, el aparador, pues no es más que medio zapatero, ya que sólo hace una parte del zapato, ha renunciado, como el primer Juan y como Antonio, a muchas cosas, pero, además, no tiene interés por el dinero, la gloria o el poder; ha, también, renunciado a creer en hechos e imágenes, aunque sólo en hechos e imágenes del pasado; sólo cree en imágenes y hechos del futuro, esos que van a ocurrir en un futuro dentro del cual no aspira a ser alguien determinado, comisario, jefe de grupo, director, nada; se conformará con ser el aparador Pinto, un ser con libertad para conversar, amar y soñar, soñar con la bondad y la felicidad de la especie a que pertenece, soñar con una sociedad perfecta, adelantándose a proporcionar, a esa sociedad perfecta, que él cree cercana, miembros, es decir, sus hijos, a quienes, para amoldar de antemano a esa sociedad, pone nombres que significan aspiraciones o recuerdos de belleza y de gracia, gracia civil, artística o humana: Atenas, Rima,

Liberto, Danko. Cree ser un miembro de esa sociedad o está haciendo méritos para llegar a serlo y por eso habla así, acciona así, no porque sea afectado sino porque, siendo miembro de esa sociedad, no puede hablar ni accionar de otro modo. A veces, en tanto trabaja, deja de hacerlo y se inclina sobre el corte y durante un instante no habla, permanece inmóvil; luego levanta la cabeza y mira hacia lo lejos, con tal fijeza y tal alegría que su mujer, su oficial o alguno de sus hijos, mirándolo, no duda de que el maestro Pinto, el compañero o el papá, está viendo una imagen de aquella sociedad; está ahí, cerca, se aproxima, llegará pronto, ¿no lo cree usted, doctor?, sí, Juan puede creerlo, aunque no puede hacer lo que hace el maestro Pinto, descuidar su trabajo, no, la sangre brota del corte hecho por el bisturí, tijeras, compresas, pinzas, hilo, ¿cuántos?, noventa y dos de pulso, respiración normal; la sangre no espera, es ciega, como la ira, mancha todo, tapa todo, imposible olvidarla, también hay que contar las compresas, él trabajará de otro modo, operará, atenderá enfermos, no sólo es cirujano, pondrá inyecciones, curará, pueden abrir una clínica para los camaradas y obreros o trabajadores más pobres, en un barrio pobre, todo gratis, si, tengo amigos que me ayudarían a atenderla, estudiantes de los últimos años y hasta médicos, estupendo, doctor, voy a hablar con ellos, qué te parece, Federico, y Federico dijo que sí, aunque íntimamente estaba seguro de que debería decir no, porque mientras más dolor y sufrimiento y hambre y mugre haya, más pronto reventará esto; toda esa gente que ejerce la caridad, que ayuda a los miserables a continuar siendo miserables, no hace más que ayudar a hacer eterna la miseria; a los miserables hay que dejarlos así, más aún, si fuera posible deberíamos aumentar su miseria, sus sufrimientos, su desamparo, ¿por qué crees tú que la Iglesia y la burguesía crean instituciones de beneficencia y de caridad?, para sujetar a esa gente en donde está, porque esta gente se siente tan terriblemente hundida, tan ferozmente destrozada, que cualquier ayuda, un par de zapatos o una camiseta, por usados que estén, constituye para ellos una felicidad —¿no te has fijado en los operados de cálculos renales que deben permanecer quince o veinte días en la misma postura?, cuando les das permiso para que se den vuelta unos centímetros hacia la izquierda o a la derecha experimentan una felicidad que tú, macho joven e insistente, sentirías si, después de dos meses de no probar mujer, te acostaran al lado de una Cleopatra que sólo tuviese diecisiete años, porque ¿qué son unos centímetros hacia la derecha o hacia la izquierda?, nada, nada para ti, que te moverías con esa Cleopatra como si tuvieras un tábano en una nalga, pero para un operado del riñón es casi un año-luz—; no, yo les inundaría los ranchos, les mataría la mitad de los niños y todos los perros, les daría más piojos, más sarna ¡Cállate, gringo de mierda! Es para los compañeros para quienes se piensa levantar esa clínica. Tampoco para los compañeros. Déjalos. Mientras más jodidos estén, más trabajarán para derrumbar esto. Federico es médico y no será nunca más que médico, no le gusta serlo, pero ya lo es; tampoco le gusta ser hombre, pero lo es y, como tal, debe comer, dormir, amar, desempeñar su profesión; no cree en nada, en él mismo ni en nadie y sólo le gustaría destruirlo todo y destruirse a sí mismo; no

puede hacerlo y vive con la esperanza de llegar a hacerlo algún día. Sí, yo puedo ir los miércoles en la tarde, te ayudaré, empezaremos a crear una sociedad de beneficencia destinada a los que no deberían creer en sociedades ni en beneficencias. Es delgado y blanco, fino de aspecto, engañoso, con unos lentes con armadura de oro que le dan un aire de extraña agudeza. Sueña con seducir monjas, pervertir seminaristas, hacer amar a los enfermos su leucemia o su eccema generalizada, pegarse un tiro un día antes de iniciar un viaje de placer o fugarse con una muchacha en la mañana de su anunciado matrimonio con otra; camina por el mundo con la seguridad de que el otro paso lo matará; ¿de qué raíz atormentada viene, quién lo engendró, quién lo concibió en una noche de angustia?; prefiere olvidarse de ellos, sobre todo en este momento, en que, también Consciente de que algo se aproxima, estudia la manera de fabricar bombas caseras de dinamita, de gelinita, de algo que estalle con violencia, como debería estallar el pueblo: sí, quiere algo, pero lo quiere al revés, negativo. Pero, hombre, no hay que ser tan pesimista, asegura el maestro Silva, que tiene una voz ronca, una voz frustrada, carente de lo que tienen algunas voces roncadas, un roce rasante. Algo malo en los bronquios o en la laringe, recuerdo de sus tiempos de borracho: durmió al aire libre y era otoño, tiempo en que sale a los bares la chicha nueva, chispeante, más tentadora que cualquier mujer, y cuando mejoró de la pulmonía bilateral hablaba así. Bebía esteros y ríos de vino y de chicha y de cerveza, se saturaba de licor, se quedaba tieso de tanto beber, no se podía inclinar ni ladear, el licor se le saldría por las orejas, por la nariz o por la boca, está ahí, al nivel de la nuez, si abriese la boca tal vez podría vérselo. ¿Por qué tomas tanto, para que, qué ganas con ello, quién pierde?, si, ¿quién gana, quién pierde?, ¿y tu mujer y tus hijos? Dejó el vaso de vino, a medio concluir, sobre la mesa, y allí quedó. El hombre no puede ser sólo un depósito de vino o de caca, hay algo que hacer, tú puedes hacer algo de ese algo, ¿qué hacer?, no *estés* jodiendo, ¿qué puedo hacer yo, fuera de hacer zapatos y tomar? Tú no lo puedes hacer todo, tampoco haces todo el zapato, pero puedes ayudar. Empujó el vaso un poco más allá. Nunca había pensado en que podía hacer algo más, ¿qué puede hacer un hombre como él, sin educación, pobre, ronco? Ni siquiera es un zapatero de medida, como su amigo: va a las fábricas y recoge el material preparado: tantos pares de cortes, tantas plantillas clavos, claite, lija, cartón, vuelva cuando tenga todo armado, y cuando tiene todo armado va y lo entrega, dos docenas, tres docenas, y la máquina cosedora abre y cose, listo, ahora hay que cerrarlos, y los lleva de nuevo a su casa y entre él y los ayudantes, su mujer y su hijo y alguna de sus hijas o algún amigo terminan todo, lijar, raspar, pegar, clavar, tinta, cera, saliva, mucha saliva, ¿cómo anda el material, compadre? Su amigo es zapatero de verdad, alumno del Zapatero Científico, sí, hay una relación entre el pie y el calzado, entre el pie, el calzado y el hombre, la Tierra y los astros, el hombre, compañero, no está solo en el mundo, ¿cuántos son los signos del zodiaco?, cada uno indica una luz y una temperatura y el ser humano vive dentro de ellas y las siente en la piel, las manos, los ojos, los pies, pero ¿qué pasa?, hay millones de seres mal

calzados, los zapatos les quedan chicos o grandes o simplemente no tienen zapatos y sus pies están disconformes, pisan mal, duelen, salen callosidades, juanetes, ojos de gallo, uñas que se encarnan, y el ser se siente descontento, lejos del nivel de aquella luz y de aquella temperatura, infeliz, mire al hombre bien calzado, puede tener un dolor moral y hasta un dolor físico, pero, si no los tiene, se sentirá como en el aire y, al mismo tiempo, unido a la tierra, no tendrá el dolor humillante de andar con los zapatos rotos o descalzo, ¿en qué mes nació usted, señor?, ¿enero?, Le corresponde Sagitario, no, Capricornio, perdone, zapatos amplios y blandos, pies delicados, buen arco, empeine alto, a la burguesía le conviene que el pueblo ande bien calzado y quien dice calzado dice vestido, habitación, comida, todo está unido a la temperatura y a la luz, no crea usted a esos individuos que dicen que el que anda descalzo es feliz, no, tráigalo usted a su salón y se sentirá desgraciado y el hombre no es feliz sino cuando se siente bien en cualquier parte y en cualquier compañía, siempre que esa compañía no sea de avaros. El maestro Silva entiende poco de esto, no es zapatero sino a medias, pero hay gente joven que ha oído hablar de libertad, esa gente joven que quiere que el ser humano llegue a ser algo, no saben como hacerlo, y esa gente joven es, además, pobre, si fuera rica no pensaría en necedades, y no tiene, a veces, a dónde ir, no les gusta beber o han dejado la bebida, no hacen deporte porque los domingos los dedican a ir a los centros de estudios, no van a las carreras, son un poco puritanos, algunos hasta son vegetarianos, pera, claro está, no desdeñan el baile, les gusta la música y frecuentan el teatro, la ópera sobre todo, y la zarzuela, otros aprenden a tocar la guitarra o la mandolina, y hay muchachas, hijas o hermanas de los compañeros, y entre ellas y los jóvenes puede haber simpatía; el mismo maestro Silva tiene varias hijas, tres o cuatro, e hijos, dos, estudian o trabajan, no seguirán carrera, serán zapateros o aparadoras, alguna puede ser hasta profesora primaria o vendedora en una tienda, cajera, por ejemplo, y la mayor le hace empeño a la guitarra y canta algo, y la que le sigue, que es medio bizca le lleva la segunda voz, el hijo mayor es buenazo para la cueca, la baila de punta y taco, ¿y entonces? Todos esos jóvenes trabajan, pero los sábados en la tarde y los domingos, después de las reuniones, podrían venir y bailar con las chiquillas y tomar una naranjada y pasar un rato. Además, hay camaradas jóvenes que quieren ser intelectuales y que a veces no tienen trabajo, hay que ayudarlos, se puede ayudar a esa gente, y la Aurora tiene buen carácter y no se enojará si alguno viene a ayudarme alguna vez, a comer un platito de comida y tal vez a dormir, a veces les va muy mal, y aquí podrían ayudar en algo, lijar, echar cera o tinta, raspar, ¿no es cierto, viejita? Tú eres el dueño de casa, Manuel. Algo se puede hacer, no hay que ser pesimista.

—Es francés y estuvo preso en la Guayana, según dice. Falta que sea cierto. ¿Saben lo que hace? Incendios. Conoce todo lo que se puede conocer sobre eso y los prepara y los hace de manera que nadie encuentra rastros. Va a vivir a una casa que elige, porque nada hace a la diablo, como los tontos. ¿Qué es lo que elige? No Sé. Que sea de este material o de este otro, que tenga las ventanas así y las puertas así,

que esté en una calle ancha o en una calle estrecha, no tengo idea. Toma una pieza o dos, según, dice que es relojero o sombrerero y como es francés se lo creen, y cuando está adentro estudia la cosa. Se hace amigo del dueño de la casa y un día, después de unos tragos, le pregunta por qué no le pega fuego y cobra el seguro. El dueño le dice que por que no se va a freír monos a Guayaquil y él se calla o cambia de conversación. Si el dueño no se mueve de la cuestión de los monos se va a otra casa y ahí o en otra encuentra a un propietario que lo piensa y le dice bueno, ya está, la quemamos, ¿y cómo? ¿En cuánto la tiene asegurada? En tanto. Me da el veinte por ciento y listo. Ni loco. El quince, el diez, el dieciocho. Prepara la fogata. Es un artista. Saca los guardapolvos y todas las tablas del piso y rellena los huecos con estopa empapada en combustible, cierra y conecta todo a una mecha minera. Son las cinco y media o las ocho y media. Los cines empiezan dentro de una hora y no le gusta perderse las actualidades o la cómica. Calcula el tiempo por segundos, no quiere llegar tarde al cine ni quiere que el incendio estalle antes de que esté sentado en la platea. Enciende la mecha, cierra la puerta y se va. Sentado en el cine, que también elige, oye sonar las bocinas de las bombas o la campana del cuartel cercano y ve que algunos hombres se levantan y salen corriendo: son bomberos. El incendio está como se pide. Al volver a la casa, no queda ni el boleto. ¡Qué pasa! Oh, *musiú Putrefuá*. El propietario llora y tiempo después cobra el seguro y paga. Si se hace el tonto o quiere hacerse el vivo, Pepín le dice que puede hacerle una jugarreta. En estos meses le salieron varios de esos trabajitos; algunos arrepentidos lo llamaron: le doy hasta el diecisiete. Pero no puede vivir en todas las casas que se quemen en Valparaíso y entonces habló con otro francés, un tal René, y ése le recomendó a esos gallos. Se fue cada uno a una casa, hicieron la fogata tal como les indicó Pepín, las casas se quemaron hasta los cimientos y Pepín les pagó un porcentaje de lo que le pagaron los llorones. En los incendios se sancocha a veces algún chiquillo, una vieja y hasta un hombre, pero si el tanto por ciento es bueno, ¿qué importa que alguien se chamusque? Esos gallos que vimos ese día en casa del Ronco son de esos anarquistas que quieren ayudar a la propaganda asaltando bancos, quemando casas o matando a alguien; con el dinero —dicen— se pueden sacar periódicos, ayudar a los huelguistas o pagar los gastos de los camaradas que tienen que viajar, sí, eso dicen. Cuentos. Hasta ahora no han hecho nada y cuando ganan cualquier platita se acuerdan nada más que de las putas, de la buena ropa o de las fiestas. Ustedes los vieron, Andan vestidos como los vaporinos que viajan a Panamá: zapatos colorados, trajes claros, corbatas chillonas y camisas de color. ¿Y la propaganda y los huelguistas y los compañeros que dejan las patas organizando sindicatos? «Para otra vez será. Ahora sacamos muy poco». Así son.

—Bueno, y si lo hacen bien, ¿qué importa? ¿Por qué van a ayudar a nadie? Y si los pillan y los meten en cana, ¿quién los ayuda a ellos?

—Sí, Cristián. Todos tenemos el derecho de hacer lo que nos dé la gana con nuestra pinta, la ganemos trabajando o la ganemos robando, pera no andemos

contando cuentos de la propaganda y mentiras de ayuda a los demás.

—¿Por qué tienen que ayudar a los demás? ¿Por qué los demás, si quieren plata, no hacen lo mismo? ¿Y por qué se meten, los jetones, a hacer huelgas? A mí me gustaron esos gallos, Los medios *revolvitos* que tenían. Con un revólver así uno puede botarse a ronco con cualquier paco. ¿Cuánto costarán?

—No sé, Cristián, tal vez un millón de pesos, para ti o para mí, que nunca tendré un millón o un revólver ni quiero tenerlo; pero tú no entiendes de lo que hablamos, Cristián; entiendes de lo otro, aunque poco. Esa gente hará lo que quiera y gastará su plata como quiera, pero hoy, mañana o pasado caerán presos y ya no serán más que ladrones. La anarquía o el anarquismo no habrá servido más que para convertirlos en eso y ahí está lo triste, porque el anarquismo debe hacer otra clase de hombres, servir para algo mejor.

—El anarquismo es una pura huifa. ¿Quién entiende esas patillas? Lo importante es la platita, las buenas ñatas, la ropa.

—Bueno. Escíbeme alguna vez.

—Ya, Ahí mismo. Adiós.

—Adiós.

No se atrevió a decirle gracias, aunque las merecía: lo salvó, en un momento dado, del hambre y de la soledad, ofreciéndole, dándole su compañía y la oportunidad de un mal comer y un mal dormir; en aquel tiempo algo era mejor que nada y a ese algo debía el estar vivo. Había entre ellos una secreta intimidad. Aniceto se sentía más cerca de él que lo que nunca llegó a estar de Cristián, no porque Cristián no mereciera una intimidad o una cercanía sino porque la rechazaba. Y El Filósofo sabía que todo aquello no valía la pena agradecerlo. Un colchón de paja y unos centavos para un pedazo de carne y unas gotas de vino, significaban, según él, una vida a medio morir saltando, y ¿cómo agradecer eso y qué agradecer?

Los otros dos hombres llegaron de repente, extraño uno, con características de loco, y simpático el otro. Aquel con características de loco había salvado al simpático, no del hambre, como Alfonso a Aniceto, sino de la bebida. Descubrió, cortándole el pelo, que en aquel individuo, muy joven aún, cuya ocupación era la de ayudante de herrero —sólo tenía que dar, con el combo, sobre la pieza de hierro ardiente que el maestro le presentaba siempre sonriendo (pegue aquí), trabajo que le había desarrollado los músculos de los brazos y de la espalda—, descubrió que en aquel hombre había algo que no tenían los demás clientes. Decidió, con su espíritu catequístico, conquistarlo para el anarquismo y para la peluquería, entidades, abstracta una y material la otra, de peso específico diferente, que para Teodoro, sin embargo, tenían profunda relación: soy el dueño de mi boliche; en consecuencia, nadie me explota; no tengo oficiales, o sea, no exploto a nadie; nadie me manda y trabajo las horas que quiero; es casi el anarquismo. Usted aprende a trabajar de peluquero, yo le enseño gratis, compramos otro sillón y otro espejo, yo lo pago y usted me lo devuelve en cuotas, trabajamos juntos, usted gana lo suyo y yo lo mío,

pagamos a medias el local y los otros gastos y ya casi estamos en la sociedad futura. ¿Y cuál es la sociedad futura?, preguntó Víctor, el ayudante de herrero, pensando tal vez en que habría otra, además de aquella que se refería a la peluquería. Teodoro se lo explicó, Víctor lo creyó y gracias a la sociedad futura, que no conocía ni conocería, dejó de beber y aprendió a cortar el pelo y a afeitar, así como a cantar canciones revolucionarias, «Canto a la pampa, la tierra triste», «Hijos del pueblo», «La Internacional», y fue un nuevo compañero, un compañero más, con una voz muy dulce y unos duros bíceps. Pero alguien, más loco que Teodoro, puso una bomba en una iglesia y la policía arreó con todos los anarquistas que encontró a mano. Teodoro alcanzó a cerrar el boliche y a avisar a su madre, dejándole la llave, y en un tren nocturno y acompañado de su socio y compañero huyó a Valparaíso. Era uno de los pocos anarquistas que tenían domicilio fijo y conocido, centro de reunión además de otros anarquistas que iban a cortarse el pelo y a conversar, y gracias a eso era el que más veces había estado preso. Alguien gritaba, a una legua de distancia, «¡Viva el anarquismo!» o disparaba un petardo, y los agentes, casi sin que se les ordenara, iban a buscarlo. «Ya, pues, don Teodoro, acompáñenos». Don Teodoro echaba algunas puteadas y protestaba, pero, al fin, dejaba la máquina o la navaja y seguía a los agentes. En Valparaíso se declaró fugitivo de la justicia burguesa, dijo que quería vivir escondido y los compañeros le buscaron un escondite. Resultó que de todos los anarquistas y simpatizantes ardientes a tibios del Puerto, el que vivía más lejos y en un lugar más solitario era El Filósofo. Una comisión fue a buscarlo y lo hallaron en las arenas de la caleta de El Membrillo en los momentos en que explicaba a Aniceto sus ideas acerca de los ideales políticos y sociales que conocía.

—Pero yo no tengo camas —arguyó.

—No importa —le respondieron—; ellos comprarán una pallasa y la ropa que sea necesaria.

—No tengo vajilla y no hay más que un asiento.

—Se las arreglarán.

—¿Y por qué no arriendan un cuarto?

—Eso llamaría la atención.

Teodoro y Víctor se convirtieron en huéspedes de Echeverría, unos huéspedes que debieron adquirir todo lo que necesitaban y pagar a escote los gastos.

—Y ustedes, ¿qué hacen? —preguntó Víctor a Aniceto.

Aniceto le explicó, un poco avergonzado, cuál era el trabajo suyo y el del Filósofo.

—¿Siempre hacen eso?

—No. Cuando hay buen tiempo trabajamos en la pintura.

—¿Y por qué nada más que cuando hace buen tiempo?

Aniceto no supo explicar el porqué.

—Parece que hay mucho trabajo —aseguró Víctor—. ¿Por qué no busca uno? Yo lo ayudo.



—¿Sabe pintar?

—No, pero usted me enseña. Tampoco sabía cortar el pelo... Teodoro se va a ir para los cerros y yo me voy a quedar solo.

—¿No tiene miedo a la policía?

—A mí no me conocen y a lo mejor ni nos buscan.

Con gran sorpresa de Echeverría y recurriendo un poco para ello a las maneras y recursos que lucía su maestro de Mendoza, Aniceto consiguió un trabajo. Le prestaron dos escalas y algunos tarros y con el anticipo compró lo demás. Pero si Echeverría estaba sorprendido, Teodoro estaba consternado.

—¿Va a trabajar? —preguntó a Víctor.

Se trataban de manera cortés, llamándose de usted, ello a pesar de que trabajaban juntos y dormían en la misma habitación.

—Sí. Usted se va a ir a hacer ejercicios y yo me voy a aburrir solo. El compañero necesita trabajar, ha conseguido un trabajito y quiero ayudarlo. Ganaré también unos pesos.

Teodoro tenía el culto del cuerpo y aseguraba que ese era uno de los mejores aspectos del ideal anarquista: «*Mens sana in corpore sano*», repetía. Era musculoso, no tanto como Víctor, pero si más ágil. Se entregaba a ejercicios que desarrollaban determinados músculos, en especial los de la propulsión; no le interesaba tener fuerza sino agilidad y rapidez, y en tanto que Víctor, quien creía que es suficiente tener fuerza, se hubiese estrellado de narices contra el suelo si hubiera intentado dar un salto mortal hacia adelante, Teodoro podía darlo en cualquier momento, no sólo hacia adelante, impulsándose con una breve carrera, sino también hacia atrás, levantándose con el solo impulso de sus músculos: recogía los brazos, doblándolos y pegándolos contra los costados, arqueaba las piernas, apretábase todo y saltaba. Lo hacía a veces mientras conversaba con alguien y ese era uno de los motivos de que lo creyeran loco.

Teodoro se fue hacia los cerros a hacer ejercicios, a asolearse y a tomar baños en las precarias vertientes que por allí se encontraban, y Víctor y Aniceto, prescindiendo de Echeverría, a quien no le gustaba quebrar su ritmo de vida, pintaron cuanto muro, puerta y ventana les permitieron pintar.

Pero llegó un momento en que Teodoro estuvo tan entrenado que saltaba hasta dormido. Había adquirido, además, un precioso color tostado. Entonces decidieron regresar.

—Cuando vayan a Santiago —dijo Víctor a sus dos huéspedes, aunque dirigiéndose especialmente a Aniceto—, vayan a vernos.

Ya oscurecido, un día de fines de abril, pisó las piedras de la ciudad desde donde El Gallego llevó a su mujer a correr su peligrosa vida: él era el hijo y llegaba solo, muerta la madre, quizá en presidio, o ya muerto, el padre. No habría podido decir qué quería, sólo vivir, tener qué comer, dónde dormir, alguna ropa limpia, un trabajo. Era muy joven aún, tanto como cualquiera de los jóvenes que vivían en esa ciudad, y no

sabía, como muchos de esos jóvenes, qué quería, por lo menos qué quería para él. Algunos hombres, Echeverría entre ellos y otros antes, en la Argentina, le habían comunicado algunas palabras: la libertad, el hombre, la mujer, el niño, el trabajo, la igualdad, la ayuda mutua, el amor, la ciencia, pero conocía otras también, no dichas por nadie sino experimentadas: hambre, enfermedad, sufrimiento, cárcel, soledad. Su mente oscilaba entre el ensueño y lo real y se sentía vivir en un mundo que iba desde el piojo y la sarna hasta el resplandor de las estrellas, dándose cuenta de que estaba más cerca del ensueño que de lo real, perseguido por el piojo e ignorado por el resplandor. Observaba todo, las cosas y los hombres, pero no veía nada claro y quizá nunca vería claro nada. La habitación, por lo demás, estaba muy oscura, alumbrada sólo por dos velas, y tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer a las personas, sobre todo a las que daban la espalda a las velas. Pero él les daba el frente y fue reconocido.

—Compañerito, cómo le va.

Fue presentado a la dueña de casa, madre de Teodoro, señora gorda y ya de edad, y a un ser un poco más gordo, un hombre, que se veía sentado, o, mejor dicho, encajado en un sillón de mimbre; parecía raro que hubiese cabido allí, pero allí estaba y declaró, a los pocos minutos, que era un tranviario retirado. Era el padrastro de Teodoro.

—Me retire a engorda —explicó, pero si sigo así terminaré por no caber en este silloncito. O un día no voy poder sacármelo.

Comían y la señora invitó a Aniceto, quien aceptó: tenía hambre. Además de Teodoro y Víctor, la señora Isabel y don Liborio, había otro hombre. Lo miró y como la luz de una vela lo iluminaba de perfil, pudo ver que se trataba de un hombre joven, blanco y rosado, de cabello y bigote rubios. Sus ojos, muy claros, quizá verdes, tenían una rara expresión. Fue presentado y dijo:

—Mucho gusto.

Era un español. (Al principio pareció no querer nada y era corto de vista, no veía ni de cerca ni de lejos, no tenía un peine para peinarse y llevaba siempre un libro en el bolsillo. Cuidó ovejas en la Patagonia y rara vez las vio; sólo percibió el rumor de las pisadas y por ello supo que se alejaban o se acercaban. No supo cómo era la Patagonia, a qué hora salía o se ponía el sol, si había luna o no; sólo sintió el viento; y si las ovejas se apuraban mucho al volver a los rediles y él dejaba de percibir el rumor de las pisadas, podía perderse, ya que no las veía, así como no veía las casas de la estancia, que estaban a una cuadra; podía gritar, pero gritar allí un día de viento, y siempre lo hay, es como no gritar, salvo que se lo haga a favor del viento y él nunca supo si estaba a favor o en contra y generalmente estaba en contra, como buen español. Soñaba con libros, libros gordos de muchas páginas y repletos de ideas y conocimientos; no era ningún sabio, no quería serlo, sólo quería leer y si era una lástima tener para ello ojos tan miserables, peor para los ojos; nunca pensó en usar anteojos, estaban fuera de su imaginación, como los peines. Era de una región de anarquistas y allí había recogido la palabra y la conservaba como algo precioso:

pensaba que todo lo que leía, todo lo que poco a poco entraba en su mente, tenía un solo destino: dar brillo a esa palabra que guardaba. Alberto soñaba con ropas y dinero, automóviles y mujeres. Filín no, no veía los automóviles ni las mujeres, no le interesaba la ropa y sólo quería dinero para comprar libros, sólo libros, eran lo más seguro y lo más generoso, dóciles, podía uno metérselos al bolsillo, doblarles las esquinas de las páginas y las páginas mismas, abrirlos con un cuchillo o con los dedos, desgarrándolos, nunca se quejaban y siempre daban todo lo que tenían. Desde Punta Arenas vino hacia el norte y no vio las olas del Golfo de Penas, los árboles de la Angostura Inglesa ni los indios de los canales. Llegó a Santiago. Un otoño dorado y seco se extendía sobre el valle central de Chile y algunas uvas tenían color de ágatas; él no vio el otoño y aunque saboreo las uvas no advirtió su color. En Santiago vivió con dos artistas pintores, el uno también asturiano, de su mismo pueblo, chileno el otro, de esos pintores que a veces dibujaban el cuerpo de Alberto. Ninguno tenía mujer y parecían destinados a no tenerla nunca, solitarios, con una pasión que parecía rechazar todo lo que fuera extraño a ella, incluso las mujeres. Si ganaban algún dinero compraban pinceles, pinturas, telas; Filín compraba libros. Los pintores hablaban todo el día de pintura y cuando callaban, pintaban. Filín oía las conversaciones, aunque sólo en ciertos momentos, muy breves, cuando doblaba la página del libro que leía o cuando, ya cansado, se tendía sobre su pallasa. El chileno, llamado Pachín por sus amigos, tenía aspecto de obrero, desgarrado y con una cara que no era de ninguna parte, pues no parecía ser blanco ni mestizo ni indio ni mulato, lento en el hablar, perezoso para todo lo que no fuera trabajar en su arte. Pinturas, pinceles, telas, manchas, figuras, paisajes, bocetos, se pintaban el uno al otro, de frente, de perfil, vestidos, desnudos, sobre cartón, sobre madera, sobre todo lo que resistiera el óleo. Compraron un saco de higos secos, lo colgaron con alambres desde las vigas del techo, para evitar los ratones, y cuando, ya de noche, los pintores regresaban a la pieza porque ya no había luz para pintar nada y encontraban a Filín, sentado sobre su pallasa, alumbrado por una vela y las narices metidas entre las páginas de un libro de Moleschott o de Reclus, bajaban entre los tres, ceremoniosamente, el saco, se sentaban a su alrededor y comían en silencio. Pero Filín se fue. Arrendó una pieza para él solo: quería leer a gusto. Sus zapatos siempre se veían torcidos, cortos sus pantalones, despeinado su cabello, Trazando filetes sobre los costados o en las puertas de los coches, era, en cambio, una maravilla: todos le salían rectos, seguros. Empezó a aprender el oficio en España, terminó de adquirirlo en Chile. Lo que le ocurría con la peineta y las ovejas, le ocurría con las mujeres: no las veía, sólo las oía. Le daba risa hablar de amor y cuando algún amigo más alentado lo llevaba a casa de mujeres, no podía contener la risa y muchas veces se iba sin tocar a ninguna. Necesitaba algo para decidirse y no se sabía, ni tampoco lo sabía él, qué era ese algo. Pero a todo o a muchas cosas, a innumerables cosas y hechos que podrían suceder, les falta algo y no se incomodaba).

—El compañero Filín le puede ayudar a buscar trabajo.

—¿Sabe usted pintar? —preguntó el español.

—Sí, algo.

—¿Ha trabajado en carruajes? De todos modos, preguntaré.

Preguntó y Aniceto tiene un trabajo. Aquí está, debajo de un coche, apomazándolo.

**T**erminados los valles transversales, aparece el valle central. No es un valle limpio, tampoco es recto. Allí está la ciudad. Tampoco es limpia ni recta. Las montañas dominan y dan a los valles y a todo su anchura y su dirección (tal vez también a la gente, invisible dirección e invisible anchura). No hay línea precisa y los cerros están donde y como les da la gana; de pronto cierran los valles, formando angosturas, como de pronto, recogiendo a voluntad las faldas y los pies, lo llenan todo de rinconadas. Los ríos pasan apretados, concedido sólo el cauce indispensable: «Cuando llegue al valle central puede darse un poco más de ancho, pero aquí marcha por donde le decimos». La cordillera de la costa recibe lo que la otra le envía, ríos, esteros, quebradas, y a veces filas de cerros que la intimidan o la tapan. Hace siglos esto estuvo poblado de bosques, y los bosques, de seguro ralos, subían hacia la cordillera andina o se derramaban hacia la costa. Pero el español primero y sus mestizos enseguida terminaron con ellos. El área de la ciudad y la tierra de muchos kilómetros hacia acá y hacia allá se convirtieron en semidesérticas: treinta y cinco centímetros de agua anual; y si no fuese por la cordillera, que así quita como da, el hombre se habría ido. Pero no, está aquí y está nadie sabe desde cuándo y aunque ha venido mucha gente desde que por primera vez se aposentó en estos lares, no ha cambiado: dependió, primero, de algún cacique; después, de algún Inca; más tarde, de algún patrón español que a veces era su propio padre; enseguida del criollo y hoy de muchos, no ya españoles, criollos o quechuas. Ha nacido siempre en la oscuridad, primero en rucas, después en ranchos, por fin en conventillos. La ciudad se extiende en las cuatro direcciones, sesgada con relación al recorrido del sol. El alarife que hizo los primeros diseños tenía algo en los ojos: no los hizo de modo que el sol, fuese invierno o verano, iluminara a su turno los dos lados de las calles; los trazó de manera que durante gran parte del año el sol no alumbra las aceras que miran hacia el sur (o quizá fue el río el que impuso la línea; y como era más fácil darle gusto al río que pelear con él, la ciudad quedó con un lado sur que tiritita en invierno y que en todo tiempo cría musgo y está húmedo). La ciudad ha crecido. Ha llegado gente de aquí y de allá, pero, principalmente, de allá, de los campos del sur: el mocetón campesino, hijo de inquilino o de peón, y a veces el peón y el inquilino con toda su familia, han aumentado la población. Por otra parte, ha crecido el número de los anteriores habitantes, especialmente de las clases pobre y mediana. En vergonzantes cités, en viejas casas de descoloridos barrios, la clase media se ha reproducido como si creyese que alguna vez este país tendrá buenos empleos públicos y casas y comida suficientes para todos. La ciudad tiene muchas más casas que hace cien años, pero también tiene muchos más habitantes. Gran parte vive en barrios construidos al margen de la ciudad y de la llamada civilización; y de los cités, de los conventillos, de las poblaciones que crecen de la noche a la mañana y hasta de las casas en que parece que no hubiera

necesidad de pensar en el porvenir y de querer ser algo, salen hombres y mujeres que ambicionan o quieren llegar a ser algo. No se trata de grandes deseos, aunque a veces también los hay, sino, en infinitos casos, sólo de subsistir, comer, habitar en alguna parte, cubrirse, procrear. En otro plano están los que no se conforman con eso y quieren ser desde asesinos hasta santos, desde presidentes de cortes supremas hasta secretarios de clubes de rayuela, desde humildes profesores primarios hasta neurocirujanos o escritores, artistas de cine o prostitutas. Hay que hacerle empeño, pero él, aunque lo hizo, no pudo, por la menos la primera vez, abarcar la mano, Era tan ancha —le pareció— como una pala de puntear, esas palas que había manejado alguna vez, en la cordillera, y dura, como duros eran los ojos, de color claro y frío. El pecho parecía más alto y la arrogancia también.

—¿Puede cortarme el pelo, compañero?

—Sí, cómo no, siéntese.

Es una peluquería de barrio modesta, tan modesta que no es más que la pieza de un conventillo, pero mira a la calle —por un lado, es claro— y esa es su única ventaja (por el otro lado da al mero conventillo: si se abre la puerta y se mira puede verse, al frente, otra hilera de piezas; abajo, un pavimento de adoquines, como si por allí no hubiesen de transitar más que caballos, y enseguida, a los lados, pegadas a los muros, las cocinas hechas con trozos de planchas de zinc, tablas, cartones, pedazos de arpillera, todo ennegrecido por el humo de las hornallas, braseros o fogones de aserrín. Es otoño y el piso está lleno de agua. Algunas mujeres, precavidas, usan zuecos, qué le parece comadre; no me diga nada, comadrita, estos chiquillos me van a hacer salir canas verdes, porque allí están los que alguna vez, muy pronto, querrán ser algo, tener algo, hay que ser algo y tener algo, el Perico tiene una cuchilla, se la halló en la orilla del río, yo tengo una honda, me gustaría tener una chaucha, nada más que una, para comerme tres de esas marraquetas que vende el bachicha de la esquina, a mí me gustaría ser cobrador y andar todo el día para arriba y para abajo en el tranvía, yo quiero ser paco, yo no, me gustaría ser lanza, esos ganan plata, y yo te llevaba para la Pesca, ah, claro que me ibas a llevar...). La peluquería está bien tenida, limpia, recién pintada con cal; es cierto que no tiene agua para obtenerla es necesario tomar un balde e ir a buscarla al patio—, pero Teodoro y Víctor se las arreglan con botellas, la clientela no es exigente, formada por vecinos, buena gente, que se corta el pelo una vez a las quinientas, ello a pesar de que la tarifa es más bien baja, aunque algunas veces alguien protesta: «¡Cuarenta cobres por cortar el pelo! ¿Está loco usted?» «No estoy nada de loco y no me paga ni a cobre el piojo». «Buena, oh; puchas que es discretito usted». Aniceto observa a Alberto. Debe tener sólo tres o cuatro años más que él, pero aparenta tener una experiencia varias veces mayor, otra clase de experiencia —las hay livianas y pesadas, superficiales o profundas, que dejan más huella o que no dejan ninguna, experiencias de dolor y de alegría, de muerte y de vida, de hartura y de hambre—. ¿Fue él quien mató a los policías, fue Ricardo, el que

desapareció? Nadie lo sabe, solo debe saberlo Antonio, el tartamudo, que lo callará terriblemente, que lo calló ya, a pesar de que le pegaron y lo tuvieron preso.

—Bueno, cuando empezamos a matar burgueses, compañero —exclama Teodoro, como para iniciar una conversación animada.

Más que cortar el pelo parece buscar algo en la cabeza del cliente. Es présbite, no se le ven pestañas, los lentes de los anteojos son como de culo de botella y para ver algo tiene que acercarse mucho a lo que sea. Empuña la máquina como si fuera un arma.

Alberto se encoge de hombros:

—Cuando quiera; yo estoy listo.

Aniceto sabe que en alguna parte de sus ropas, en la cintura o en un bolsillo, Alberto lleva su revólver. Le gustaría volver a verlo. La primera vez le pareció un pez, delgado, largo, resplandeciente, con una cola o rabo negro, un peligroso pez.

—Pero hay tantos —ríe Teodoro. Ríe con la nariz, dejando escapar por las fosas nasales chorros de aire que imitan extrañas risas, risas de focas tal vez.

—Bah. Es cuestión de matar hartos cada día. Con varias ametralladoras resulta sencillo.

El cliente sentado en la otra silla vuelve la cabeza y deja con la navaja en el aire a quien lo está afeitando. Su cara sangra por varios tajos.

—¡Chis! —exclama, con irónica admiración.

Lo único que le falta para completar su sensación de que está siendo desollado es oír hablar de matanzas con ametralladoras. Es un obrero, un peón, mejor dicho, y atiende un establo que hay por ahí y huele a vaca y a estiércol. Sus botas se ven verdosas de bosta. Se afeita una vez a la semana y su barba es dura y cerrada. Ese día no tiene suerte. Temprano llegó a la peluquería un joven delgado y pálido.

—Necesito aprender a trabajar, compañero —dice a Teodoro—. ¿No podría usted enseñarme a cortar el pelo y a afeitar?

Es un intelectual anarquista o aspirante a intelectual. Le gusta la literatura, leer por lo menos, pero tiene que comer, aunque para ello deba aprender a cortar el pelo y a afeitar.

—Yo no puedo enseñarle nada —contesta el peluquero—, tengo que trabajar, pero usted puede estar aquí, ver cómo lo hago y procurar hacer lo mismo. Hágale empeño. Y tiene suerte: Víctor anda en unas diligencias.

El joven agradece y contempla cómo Teodoro corta el pelo y afeita, al mismo tiempo que habla:

—Hay que empezar por la afeitada, es más sencillo, uno mismo se afeita, lo único que hay que hacer es mover la navaja de arriba para abajo o de abajo para arriba, no para los lados; si está pasándola así, para abajo o para arriba, no la mueva para los lados, al mismo nivel; ahí puede degollar al tiro al cliente o por lo menos sacarle un buen bistec. Ya voy a terminar con este corte de pelo. ¿Se va a afeitar, amigo? —pregunta al cliente a quien acaba de cortar el pelo.

—Sí —responde el hombre, que lo mira con ojos angustiados—, pero quiero que me afeite usted.

Teodoro expelle uno de sus chorros de aire.

—No tenga cuidado.

Al terminar uno de los servicios llega Alberto; enseguida, el hombre del establo. Teodoro le habla.

—Este amigo está aprendiendo la peluquería. ¿Quiere que él lo afeite? Anda más o menos —miente.

El hombre de las vacas mira al joven intelectual para saber qué intenciones tiene, se pasa la mano por la barba, que está como un rallador, y dice, bruscamente:

—Ya, pues, que me afeite; que tanto será. Pero le advierto que la tengo más tiesa que un escobillón. Échele no más. Con tal que no me mate, porque los cabros están chicos todavía, todo anda bien.

—Póngale bastante jabón —recomienda Teodoro, luego de asentarle una navaja y poner un paño alrededor del cuello del verdoso.

—Ya está bueno, pues —dice el hombre después de un momento—. Aféiteme de una vez.

Casi no se le ve la cara, tanto jabón le ha puesto el aspirante.

—Y va una —dice casi enseguida. La navaja lo ha cortado.

—Échele piedra alumbre; esa que hay ahí —indica Teodoro—. No, mójela primero.

No sólo tiene una dura barba sino que, además, escondidas bajo los pelos, arrugas, muchas y profundas, y el intelectual anarquista se encuentra como perdido entre ellas y la barba. Cuando termina está más pálido que al llegar.

—No —dice Teodoro al hombre del establo—, hoy no pague. Y gracias por el favor.

—Cuando quiera no más —exclama el hombre, pasándose la mano por la cara y mirándosela enseguida, sin duda para ver si sangra—. ¡Pero me afeitó! —constata—. Adiós, joven, no se desanime; echando a perder se aprende. Para la otra semana vuelvo.

El intelectual no contesta.

Teodoro termina de cortar el pelo a Alberto, pero no está contento; quiere conversar con él, hacerle decir cosas. Sabe que se ha dedicado a «expropiador», es decir, a ladrón, pero no está seguro de lo que hace. Es hombre curioso.

—Como le fue en el Puerto.

Aniceto contempla la ancha mano moverse en posición perpendicular con respecto al cuerpo; indica que la cosa anduvo así así. Nada más que un incendio, anota mentalmente Aniceto, recordando los informes de Echeverría.

—Más o menos.

—¿Y su compañero?

—¿Guillermo? Trabajando por ahí.



—¿De pintor? —pregunta, un poco maliciosamente, el peluquero anarquista.

—Sí, de pintor.

—¡Bah! ¿Ya se le acabó la expropiación? —Pregunta sorprendido y quizá despectivo Teodoro, en tanto sopla de nuevo por la nariz.

—No —responde Alberto, con un poco de dureza—. Pero no es llegar y cortar escobas. Hay que pensar, organizar, buscar.

Se toca el vientre, mira a Aniceto, que descubre, gracias a ese movimiento, dónde lleva el arma, y le dice, apuntándole con el dedo:

—A usted lo conocí en el Puerto.

—Sí —responde Aniceto, un poco cohibido—, donde El Ronco.

—Eso es. ¿Cuándo se vino?

—Hace poco.

—¿Tiene trabajo aquí?

—Sí, en una carrocería.

—De pintor, ¿ah? Puchas que hay pintores en Chile. Y usted, compañero, ¿en qué piensa? —pregunta al joven intelectual, que está sentado y mudo.

—En el porvenir de la raza blanca —responde el joven, muy serio.

Aniceto no resulta un buen corredor, un buen saltador ni un buen tirador al disparar con el revólver de Alberto. Introducido al grupo por Guillermo, que ha ido a trabajar al mismo taller, grupo del que forman parte, en primer lugar, Alberto, que parece capitanearlo, Manuel, Enrique Cáceres y Antonio, el tartamudo sin ambiciones demasiado grandes, participa de casi todas las actividades, ejercicios y tiro al blanco, principalmente, así como conversaciones sobre robos y asaltos y tiroteos con la policía. Se entusiasma a veces y se desilusiona otras; el grupo no posee más armas que las de Guillermo y Alberto, armas que son, positivamente, en un momento dado, de Alberto y Guillermo, y no tienen automóvil, como quisieran tener y como no tendrán nunca, salvo que se roben uno y ¿cómo, si ninguno sabe manejar nada que no sea una bicicleta? Hay momentos líricos. Cantan o recitan poesías, incluso Alberto, que sabe una frase poética cuyo origen desconoce y con la cual, al parecer, alguien quiso simbolizar las ideas anarquistas o el anarquismo: «Soy la musa petrolera que se venga», o dice unos versos leídos en alguna parte y que se refieren a los franceses anarquistas que asaltaban bancos: «Mas habla tú, Garnier, barbilampiño, corazón de titán, rostro de niño, y con acento de ultratumba diles lo que fue tu presente y tu pasado; diles que nunca te arrulló un cariño, que te criaste sin guía, abandonado, entre seres con alma de reptiles, que nunca te han amado».

—Tengo varios trabajos —le dice Manuel, poco después de conocerlo y en momentos en que están solos, pues, según parece, cada uno tiene proyectos diferentes y lo único que se necesita es que, entre todos, los lleven a la práctica—; uno es la vitrina de una agencia en donde hay monedas de oro, relojes y prendedores con piedras, y otro es un taller de calzado. ¿Quiere verlos?

Aniceto juzga indispensable echarles una ojeada, sobre todo porque supone que Manuel le pedirá que lo ayude en su realización y, sin conocerlos, no podrá aceptar ni negarse. Aniceto no tiene una idea clara de todo ello y las palabras robo, salteo, tiroteo, aunque le parecen duras, no le parecen reales; tiene también la sensación de que Manuel siente lo mismo; son como proyectos; sobre todo, parece difícil llegar a realizarlas; robo, sí, porque no es difícil robar algo, una pera, un sombrero, una camiseta colgada de un alambre, hasta una bicicleta o un caballo, pero asalto y tiroteo parecen, más que otra cosa, aspiraciones, sueños, deseos, como aprender a peluquero, por ejemplo, especialmente en la forma en que ellos presumen todo. La vitrina es grande y está, en efecto, llena de objetos valiosos y pequeños, fáciles de robar. Mira hacia el interior de la tienda: varios hombres, jóvenes en su mayoría, están detrás de un mesón, alertas, como esperando algo, y a un lado, cerca de la puerta, se ve la caja, cerrada, con sólo una ventanilla: allí recibe, el que empeña algo —y dan dinero por todo, hasta por ropa sucia y pequeñas herramientas, como una espátula de pintor— su dinero, o paga los intereses por la prenda que no quiere perder. Los hombres parecen españoles, blancos, de cabellera negra, con aspecto de campesinos vestidos con ropa de ciudad, y están a cuatro o cinco pasos de la vitrina. Con seguridad oirían romper el vidrio y saldrían como leones. El que lo rompa debe, después de hacerlo, meter la mano y escapar, encomendando su alma a Dios o al Diablo, además de a sus piernas. Si lo alcanzan, los españoles lo harán pedazos. Pero es el único peligro. Siempre es el único.

—¿Cuándo piensa hacerlo? —pregunta Aniceto, como si se tratara de cortarse el pelo o de escribir una carta. Manuel se encoge de hombros.

—De repente —dice.

Es extraño. Puede hacerse ahora mismo, pero, sin duda, más que otra cosa, es necesario cobrar ánimo, prepararse, hacer ejercicios correr más ligero, acostumbrarse a la idea de que podrán alcanzarlo, apalearlo quizá y luego mandarlo preso. Si, es necesario acostumbrarse a todo, hacerse a la idea de todo. El otro asunto es también sencillo y puede, también, hacerse en este mismo momento, pero, por supuesto, es preciso prepararlo, decidir algunas cosas, estudiar los detalles, con qué se debe herir y por dónde y cómo huir. ¿Deberá pegarse al hombre con una pata de catre, de esas de hierro, con una piedra metida en un saco, o sólo echarle tierra a los ojos y darle un empujón para que caiga, luego de quitarle la bolsa con el dinero? No son asuntos fáciles de decidir ahora mismo. ¿Es mejor darle un tiro por la espalda? ¿Cuántas cuerdas habrá que correr? En la calle del frente hay numerosos conventillos. Pueden meterse a uno, pasarse al otro, después al otro, hasta llegar quién sabe dónde. Fueron un día sábado: a las diez en punto de la mañana el hombre se bajó del tranvía. Llevaba bajo el brazo un paquetito envuelto en un trapo negro, el dinero, de seguro, y caminaba con gran descuido, sin pensar, por cierto, ni remotamente, que dos hombres lo estaban observando, y calculando qué harían con él, dónde tendrían que pegarle, si a la entrada, en la mitad del corredor, en la nuca o en el parietal.

—Cuando el hombre baje del tranvía yo me meto para el taller, el otro se queda afuera y deja que el hombre entre, al llegar a la mitad del pasillo me doy vuelta y el otro entra, yo le echo tierra a los ojos y el otro le pega, yo recojo la bolsa y arrancamos.

Era un plan estupendo, matemático, sólo faltaba realizarlo. El primer sábado que fueron vieron que, justo en el momento en que el hombre bajaba del tranvía, surgían como del aire varias mujeres que se detuvieron en la acera del frente y miraron hacia dentro del taller. ¿Quiénes son? ¿Tal vez piensan también asaltar al pagador?

—¡Mujeres de mierda! —exclamó Manuel, muy disgustado—. Son mujeres de los trabajadores y vienen a esperarlos; es día de pago y no quieren que los gallos se vayan a tomar sin que les den algo para la casa.

Era indispensable pensar en hacer algo con las mujeres, cómo espantarlas; pero parecía casi más difícil que asaltar al pagador: creerían que quien las echaba estaba en combinación con sus hombres y armarían una gritería espantosa. ¿Qué hacer? Era preciso esperar, pensar, averiguar, organizar. Alguna vez lo haremos. Tal vez habría que atracar al hombre en otra parte, en el tranvía quizá, pero ¿cómo? Hay que pensarlo: darle un narcótico, ya que en el tranvía no se le puede pegar con la pata del catre, o engatusarlo con alguna mujer, curarlo, pero ¿qué mujer, si no conocían ninguna, ni buena ni mala? El sábado siguiente que cayó cerca del final de mes, hubo muchas más mujeres: querían asegurar el pago de la pieza o de la casita que arrendaban. El sábado subsiguiente hubo huelga y hasta los trabajadores estaban en la calle, además de las mujeres y de los chiquillos: nadie vio entrar al pagador. ¿Cómo se llega a realizar algo? Despacio. Llega un momento en que se hace todo, lo más noble o lo más innoble, lo más inocente o lo más condenable. Hay que pensar, hay que organizar. Entretanto, haz otra cosa, aunque no dejes de pensar en aquello, de pronto todo está listo, se despeja el horizonte, ya no hay moros en la costa, cuando pasen los nublados contaremos las estrellas, las mujeres no esperan ya a sus hombres, los españoles se descuidan o has descubierto que se puede aprovechar el paso de esos pesados tranvías que van al Matadero y que tanto ruido meten, das el golpe y los españoles no pueden oír y entonces huyes, o el pagador cae, herido en la cabeza y con los ojos llenos de tierra, ya es tuyo el paquete, corre, oh, qué larga es esta calle, dónde está el maldito conventillo, quítate, chiquillo de porquería, hay que saltar este muro, no te canses, respira bien, oigo pitear a los pacos. El ladrón, el criminal, el artista, el adúltero, el especulador, el tahúr que juega póquer. En la carpeta, todos, pensando, componiendo, elaborando, combinando todo cuesta, exige esfuerzos. Alberto piensa también en sus asuntos, nada de vitrinas, el pagador quizá sí porque ahí hay billetes, que es lo más seguro, billetes, pero ese es un trabajo de Manuel y no tengo por qué meterme en lo que no es mío, no quiero además meterme, me gustaría algo a la segura, a la segurera, como dicen ahora, es malo pegarle a alguien en la calle de día claro y de seguro lo agarran, ¿cuánta plata habrá en el paquete?, lo mejor es arrebatárselo y arrancar, pegar puede significar matar, uno está nervioso y se le puede

pasar la mano y echárselo al hombro, nadie le despinta sus diez añitos por la menos, si se la saca bien, no, hay que aguantar, ir a la firmeza, callado el loro no hay apuro. Anda siempre armado, ¿por qué?, no tiene enemigos, la policía lo ignora, estuvo preso, es cierto, aunque no por sospecha de robo sino por sospecha de otra cosa, eso fue diferente y el paco tuvo la culpa, ¿por qué tienen que meterse en todo, hacerlo callar a uno, ándate de aquí, y levantan el palo y si uno se descuida le rompen la cabeza y lo llevan encanado si no es que sacan el revólver y hasta le pueden meter su tiro y los jueces le encuentran razón en todo?, bien muertos están él y el otro, los intrusos nunca la sacan bien, me gusta andar armado, cuando tengo que empeñar al Negro me siento como guacho, liviano, como si fuera un calambriento cualquiera, por suerte el compadre va a salir luego y él tiene unos derroteros y veremos qué es, no tengo muchas esperanzas y lo demás es difícil, he ido varias veces y no puedo saber todavía qué pasa ni lo que hay, no me atrevo a entrar, no sabría qué decir, pero me parece que el hombre maneja plata, ¿cuánta?, la pura verdad, no sé nada, cuando fuimos para preguntarle si quería echar una manito de pintura se asustó, René dice que es joyero o importador de joyas, pero tiene una caja de fondos y la cuestión es llegar cuando la tenga abierta y no la tiene abierta más que cuando está el otro, que se va primero y que es el que cierra la caja, el hombre se queda solo entonces, ¿qué es lo que hace, cuenta plata, mira joyas, qué joyas si la caja está cerrada?, y para peor esta frente a la comisaría, hay estudiar mucho la cosa, a qué hora se va el hombre, a qué hora cierran la puerta, la puerta del retén, y dónde vive el hombre, nada de balazos, nada de gritos, nada de carreras, hay que hacerlo callado y de seguro el hombre va a gritar y querrá defenderse, es joven todavía y no hay que darle tiempo para nada, no hay que darle tiempo para nada, para nada. La mano, ancha como una pala de puntear, cuyos dedos envuelven y afirman con fuerza la culata del revólver al disparar, se aprieta, aunque no se podría decir si en ese momento se imagina apretar aquella culata o alguna barra de hierro, una pata de catre, que tampoco es mala. Sobre la tarima de la sala, de pie, desnudo, la cabeza inclinada, como mirando algo que está en el suelo, muestra su cuerpo a los pintores y se ve casi hermoso, con una musculatura más bien suave, blanca la piel, de una blancura que tira a azul, a la Rosa María le gusta, ella es morena. El pie es casi como la mano, ancho, firme, de planta plana. Para no caerme, déjelo así no más.

El joven intelectual no hace ejercicios y parece no necesitarlos; menos necesitara armas. Como Filín, su pasión es la lectura, aunque no lee los mismos libros, Filín busca conocer el mundo físico visible e invisible y sus habitantes, su historia pasada y presente, los hechos y las ideas que los mueven; el joven intelectual anarquista parece interesarse por los sentimientos que fluyen de todo ello, lo opuesto de uno y de otro, lo lógico y lo ilógico, las diferencias entre el sentimiento manifestado y el oculto. Lee, más que nada, novelas, le gusta Baroja, también Montaigne, y, a veces, poesías o libros que estén, hasta cierto punto, de acuerdo con él, libros en los cuales domine el sentimiento sobre el pensamiento o en donde los dos elementos estén equilibrados,

más bien, que domine un poco el pensamiento o un pensamiento teñido de un leve sentimiento. Parece atraerlo lo cínico, sin serlo, y lo contradictorio, que tal vez puede serlo, jamás lo apasionado, que juzga íntimo, no manifestable; le agradan, en las novelas, los personajes reales esos que algunas veces triunfan pero que más a menudo fracasan, que procuran explicárselo todo y que, en el fondo, no se explican nada.

—Mi padre se fue. Apareció una vez, montado en un hermoso caballo: después desapareció. No sé si volverá. Vivo con mi madre y dos hermanos menores. Busco trabajo en lo que sea. Mi padre fue comisario de policía.

Parece no tener interés en ser nada ni en tener nada, tal vez sólo le gusta leer y garabatear papeles. El hijo del excomisario de policía y el hijo de ladrón intiman un poco, lo indispensable para saber algo el uno del otro; tendrán, de seguro, caminos diferentes y destinos diversos y quizá si los une, más que nada, el deseo o afán de salir ponto de su común condición de adolescentes y de su pobreza económica.

—¿Dónde vive usted?

Aniceto se fue de la casa de Teodoro cuando este le dijo que debería buscar algún lugar donde trasladarse; no era cosa de que se estuviese allí toda la vida. Se disgustó porque Aniceto no le rindió cuenta exacta de la venta de unos periódicos que le diera para vender entre los compañeros; Teodoro tenía razón y Aniceto se fue; había caído en una especie de ensueño: entre las ideas anarquistas, los aspirantes a bandidos y los aspirantes a intelectuales, casi no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor; había, además quedado sin trabajo y lo peor era que no tenía mucho interés en encontrarlo: le parecía que el trabajo no tenía nada que ver con todo aquello.

—No te preocupes —le dijo Daniel—, todo se arreglará.

Daniel apareció una tarde en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, muy joven, delgado, moreno, más bien bajo, limpio y casi elegante, aunque su elegancia consistía sólo en que su ropa, hasta su corbata con nudo de mariposa y el bigotito que le hacía juego, eran de color negro. Fue anunciado, por un compañero, como un poeta revolucionario. Se paró detrás de la mesa, miró hacia el auditorio que lo observaba con curiosidad, ya que no era costumbre ver aparecer por ahí jóvenes de esa catadura, y leyó, con una voz que pareció increíble en un individuo de sus características, una larga y detonante tirada de versos. Las palabras, las rimas, las metáforas, resonaron, contra las paredes de adobe revestidas de apenas una capa de cal, como truenos.

—Este es el Poeta Cohete —murmuró un pintor.

Creía que todo se arreglaría, que nada tenía por qué estar mal y que pronto estaría bien. Aniceto, por supuesto, le entendió enseguida. Él creía casi lo mismo: todo se arreglaría alguna vez, pero había cosas que debían arreglarse ahora. Retiró de la peluquería su maleta de cartón, su ropa y la frazada que poseía, y fue a ocupar un rincón en la pieza que El Chambeco arrendaba en un conventillo. Nadie supo cuánta gente vivía en esa pieza y cuántos dormirían esta noche o mañana por la noche; se podía saber quiénes habían dormido, pero como no había interés en saberlo, el

misterio subsistía, sin que le importase a nadie. No había sino una cama y se sabía de quién era y cómo era: de fierro, con somier de tablas, una pallasa o colchón de paja y una frazada muy semejante a la que tenía El Filósofo (quizá Aniceto tendrá, alguna vez, como cuando era niño, un colchón de lana; por ahora no lo tiene de nada y debe dormir en el suelo; recordará, sin embargo, toda la vida, las pallasas —¿por qué se llaman así, a quién se le ocurrió hacerlas, lecho del pobre, comprado gordo y terminado flaco, cuántas vírgenes perdieron sobre ella su membrana, cuántos niños dieron su primer grito, cuántos viejos profirieron su último ronquido?, pertenecen a la cultura de la paja—). No es del Chambeco, es de Luigi, un italiano anarquista, pintor de letras, un hombre humilde y muy trabajador, que no ha podido salir de los conventillos, quizá nunca saldrá, silencioso además, habla mucho de Malatesta, debe ser, sin embargo, un anarquista contemplativo, no un hombre de acción, es un misterio cómo ha podido llegar a vivir con El Chambeco. Llegaban a dormir ahí, utilizando el rincón que hallaban vacío y los diarios que encontraban disponibles, trabajadores y rateros, desde peones de la construcción hasta ladrones de pavos y gallinas, increíble gente calzada con suelas como de madera, bototos, y vestida con ropas como de cartón, un cartón listado, además, y algunos se atrevían hasta a hablar del anarquismo, de los *hamburgueses* explotadores y del pavo o el gallinero que están «poroteando», vigilando, para robárselo. Llegaban a diferentes horas, a veces en las mañanas, recién salidos de la Sección de Detenidos, casi siempre hambrientos, y a veces con restos de comidas que habían conseguido de alguna manera, quizá de una sirvienta a quien enamoraban, o comida que, adquirido de lance un poco de dinero, compraban para llevar a la pieza; en ocasiones llevaban vino y mujeres, casi siempre viejas, a las que emborrachaban y a las que arrastraban después hacia alguna pallasa (Aniceto no se sorprendía ya: una noche, al llegar a la pieza de Teodoro, percibió olor a alcohol, a vino usado. No quiso encender la luz por no molestar a los compañeros y se acostó a oscuras. En el primer momento no sintió ruido alguno, pero, una vez en cama, oyó cuchicheos y, enseguida, una risa de mujer. Los dos compañeros estaban acostados con una misma dama. Parecía un poco ebria y tan pronto reía como discutía con alguno de los hombres. La sorpresa no lo dejó dormir. Nunca se había acostado con ninguna mujer, pero sí pensado o soñado que alguna vez se acostaría con una; jamás, no obstante, que se acostaría con un hombre y una misma mujer, al mismo tiempo. ¿Cómo? Los compañeros estaban también un poco borrachos y de pronto reían y de pronto suspiraban. Al amanecer, cansados todos, se durmieron. Él se levantó muy temprano, se mojó la cara y se fue. Poco después conoció a la mujer: tenía ya sus años y ni su cara ni su cuerpo mostraban gracia alguna. Cada cierto tiempo venía a ver a los hombres, que se emborrachaban con ella y luego se acostaban con ella. Era casada, pero, de algún modo, se las arreglaba para ausentarse de su casa y pasar la noche con Teodoro y Víctor. Al parecer, el marido era un borracho. Los camaradas le daban algún dinero).

—Yo tengo una amiga —le dijo El Chambeco.

—¿Sí? —preguntó Aniceto, con un tono que parecía darle las felicitaciones.

—Viene a verme de vez en cuando. Trabaja en una cocinería y cuando viene me trae comida y unos pesos. Se llama Dorila y es una negrita muy rica. Si alguna vez llega y me encuentra con ella, váyase, por favor.

—Muy bien.

Pero Aniceto no pudo irse y no pudo irse por la sencilla razón de que El Chambeco llegó con la Dorila no en la mañana, como era costumbre de ella llegar, sino en la noche, cuando todos dormían; no los sintieron. Aniceto los advirtió sólo al otro día, y entonces, mientras El Chambeco pataleaba en el catre de Luigi, que se había ido muy temprano —Cáceres, que pasó la última parte de la noche sobre una pallasa, se trasladó a la cama del italiano, llevando a la negrita, por supuesto, apenas el camarada abandonó el cuarto—, Aniceto, procurando no mirar hacia la cama, se levantó, se vistió y se fue, luego de refrescar su cara con una manotada de agua.

(Nadie supo nunca de dónde vino, de la ciudad o del campo, aunque su lenguaje era eminentemente citadino, y quizá, al principio, trabajó en algo determinado; se cansó y abandonó el trabajo y lo abandonó más cuando oyó hablar de libertad y de la explotación del hombre por el hombre y robó, en una frutería y para demostrar a Alberto que no era difícil hacerlo, aunque él nunca lo había hecho, un durazno, convirtiéndose instantáneamente en ladrón, familia ratero, variedad «escapero», el que roba y escapa, mejor dicho, corre, y él no corría mucho: era bajo y gordo, fofo de textura, y cuando se movía a cierta velocidad sus carnes, que se agitaban con frenesí, amenazaban desprenderse de su cuerpo y correr a la par de él. «¡Córrele, Chambeco!», le gritaban sus compañeros para verlo correr y reírse. Se ignoraba, porque no se vio, cómo correría delante de un policía. Sus ropas le quedaron siempre anchas y la gorra que usó, siempre grande. Con toda seguridad, nunca tuvo nada que él mismo hubiese comprado o robado, ni siquiera zapatos, que se le veían y se le vieron destrozados. Era la gracia, sin embargo, una gracia hambrienta y sin destino. Sabía de memoria la música y la letra de las zarzuelas de la época y las cantaba y bailaba, imitando a los cómicos españoles o chilenos. Era un imitador asombroso. No era, como Alberto, un resentido; no odiaba a nadie, ni siquiera a la policía, que lo ignoraba, y él sabía quién era él y cómo era, y eso, en vez de producirle amargura, lo hacía reír. Era un bromista, además, subía y bajaba de los tranvías, sin tener necesidad de hacerlo, con gestos automáticos, moviéndose sólo lo indispensable. Podía estar en la acera conversando con un amigo; si el tranvía pasaba tomábase de las manillas y subía a la plataforma, miraba muy seriamente al cobrador, luego hacia adentro, a los pasajeros, con la misma seriedad, y enseguida descendía con iguales gestos automáticos. El cobrador, que de seguro estaba hasta la coronilla del tranvía y de los pasajeros, con ganas de irse a su casa, se quedaba, al principio, asombrado, pero enseguida, al darse cuenta de que todo aquello era hecho gratuitamente y como gracia, perseguía a El Chambeco con sus improperios. Jamás adquiriría esa habilidad para otras o en otras cosas, jamás llegaría a ser un ladrón de cualquier categoría.

Vagaba días y noches por los barrios de la clase media, vigilando las puertas y las ventanas y dando en ellas tentones para ver si alguna había quedado abierta o se podía abrir; no era fácil hallarlas en esas condiciones y El Chambeco llegaba a veces a su cuarto más cansado que un oficial de albañil o un cartero que hubiese trabajado toda una jornada. En cualquier trabajo le habría ido mejor, pero eligió ese, que le abría una puerta hacia la esperanza de salir de un golpe de su situación).

Fue El Chambeco quien descubrió que Aniceto era casi un potentado.

—¿Y esto? —le preguntó un día, mostrándole la ropa que Aniceto guardaba dentro de la maleta. Andaba por el cuarto haciendo una especie de inventario de lo que allí había.

Era un traje de segunda mano, comprado con las entradas de los trabajos que hizo con Víctor. No lo usaba; prefería vestir otras ropas más deterioradas, guardando la otra para alguna ocasión que ignoraba cuál podría ser.

—Es un traje usado que compré en Valparaíso.

—¡Pero esto se puede empeñar! —gritó El Chambeco, con un tono semejante al que emplearía alguien al decir: «¡Pero esto es un pozo petrolífero!».

—¿Empeñar?

—¡Por supuesto!

Estaban sentados en el suelo del cuarto.

—Vamos.

Como si fuera suyo, ya tenía bajo el brazo el usado traje. Esperó cualquier reacción de Aniceto, menos la de que se negara. Les dieron unos pesos y comieron bien y les sobró dinero. El Chambeco no se separó de su amigo en tanto le quedó algo en los bolsillos. Después recorrió de nuevo las calles en busca de una ventana o de una puerta que alguien hubiese dejada abierta o mal cerrada. Inútilmente. El habitante de esos barrios tenía tanta o más habilidad en cerrar las puertas y ventanas que cualquier escapero en abrirlas. Pero El Chambeco, que fue quien, generosamente, llevó a su cuarto a Aniceto, fue también quien lo echó. Luigi, quien gritó en un mitin «¡Viva la anarquía!», fue llevado preso. Eso ocurrió el domingo y el lunes es siempre un mal día para todos. Aniceto no tenía trabajo y El Chambeco no pensaba trabajar, los dos tenían hambre y allí estaba el catre del italiano. Cáceres, después de haber revisado bien el cuarto, lo señaló con la barbilla y dijo:

—Si está preso, ¿para qué quiere catre?

Era un aforismo lógico. Si, ¿para qué quiere catre?, pensó Aniceto, que reaccionó enseguida.

—¿Y cuando salga?

Le pareció un acto terrible, una especie de traición, ¿cómo hacer eso con un camarada que está preso por haber dado un viva a la anarquía?, pero el hambre no da mucho lugar a los pensamientos morales. Algo luchó dentro de él, quizá también dentro de El Chambeco, aunque en este interior la lucha debió haber sido muy breve.

—De aquí a que salga tendremos tiempo de desempeñarlo.



¿Cuándo? Aniceto tuvo la seguridad de que los dos, Cáceres y él, el uno queriendo ser ladrón y el otro sumergido en un ensueño sin dirección, en un mundo que no reaccionaba sino ante las amenazas más agudas, el hambre, la muerte, la cárcel, no podrían hacer nada, jamás, para que Luigi recuperara su catre. Lo empeñarían y ahí quedaría. Pero tenía hambre y quiso suponer que dos o tres días después podrían desempeñar el catre: Cáceres hallaría alguna puerta o ventana abierta y se robaría un sobretodo o una sobrecama o Aniceto encontraría un trabajo que no tenía muchos deseos de encontrar. («No cuesta mucho», le dijo Daniel, «y es lo mejor a que te puedes dedicar». «Pero ¿de qué voy a vivir?» «No cuesta mucho vivir, siempre que uno se conforme con poco, y es lo mejor. Escribe versos. Por ahí se empieza» «Pero ¿cómo lo hago?» «Mira, lee y escribe mucho y no te preocupes. Algo llegará. Si no llega, por lo menos te habrás entretenido. Hay que dedicar la vida a algo noble, aunque no se saque nada de ello»).

—Bueno —aceptó, empeñémoslo, pero nada más que el catre, no la pallasa ni la frazada.

—Por la pallasa no pasarían ni un cinco.

Todo era posible que ocurriera, ¿por qué no? Trabajo o un sobretodo, un reloj de mesa, una sobrecama de seda o de lana o de algodón, un peso, dos, cincuenta, cien, ¿cuándo iba a tener cien pesos? Quién sabe, mire. El Cabro Armando tiene siempre plata, menos cuando está preso, es claro, y no es más ladrón que El Chambeco. Hágame el favor: El Cabro tiene ganzúa, sabe hacerlas, no le cuesta nada, es cosa de aprender, cómprate una paleta y una lima y yo te enseño cómo se hacen. El Cabro Armando abre las puertas, no anda haciéndoles cariños para ver si están abiertas, así cualquiera es *choro*, El Chambeco no haría ni tendría nunca ninguna, ni siquiera una ganzúa para puertas de chapa antigua, de esas de golpe, ni soñar con una Yale, no, y es que tiene, ¿quieres que te diga?, miedo, El Cabro no, abre la puerta y pase lo que pase, El Chambeco confía en la suerte, El Cabro no, sabe que hay que abrir las puertas si uno quiere robar de frentón y es que él no ha oído hablar nunca de libertad ni de explotación del hombre por el hombre, esas son patillas para los lesos, sólo ha oído hablar y sabe hablar, como cualquier burgués, de plata, de comida, de putas, de las carreras, de ropa. Les dieron cuatro pesos y pudieron comer. Entretanto, la pallasa quedó en el suelo, con la frazada encima. Aniceto se fue a la Biblioteca Nacional a leer —el Poeta Cohete lo había llevado ya— y El Chambeco se dirigió a la Quinta Normal a ver entrenarse a los corredores de velocidad y a los fondistas. Nunca correría como esos gamos de largos y desengrasados músculos, algunos de ellos vendedores de diarios, menos si llevaba en sus brazos un sobretodo, un cubrecama o un ropero, porque estaba decidido a robar lo que hallara. Como arrendatario del cuarto que pagaba a medias con lo que de vez en cuando le daba la Dorila, era responsable directo de todo lo que en el cuarto hubiese y sucediera, que suponía debería saber antes y mejor que nadie; gracias a esa condición, que no ignoraba y que hacía lo posible para que fuese universalmente reconocida, se apoderó del sobrante

del dinero, y cuando en la tarde, volvió a ver a Aniceto, que supuso venía hacia él en busca de averiguar si aún era posible sacar algo de aquellos pocos pesos, le gritó desde lejos, en la calle:

—¡Luigi salió en libertad!

No era verdad, según supo después, así como supo que Cáceres le echó la culpa de la desaparición del catre, pero no era cosa de ponerse a averiguar y se retiró. Aquella noche, mientras estaba, muy lejos del conventillo, en una cocinería, sintió que algo andaba por su cuello. Llevó allí la mano y encontró algo cuyo tamaño, peso y textura llamaron su atención. Lo tomó y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó. Serrano se inclinó y miró.

—Es un piojo —explicó, con mucha sencillez.

Sí, era un piojo. Empezó a caminar sobre la mesa y pareció como lleno de contrariedad, arrancado de un lugar en donde pudo haber conseguido algo y puesto en otro que le era extraño y que no le ofrecía, por lo visto, nada. Se veía solitario y triste, como Aniceto, y este encontró que era demasiado y le dio un manotón y lo arrojó al suelo. Miró a Serrano y advirtió que Serrano tenía también un aire solitario y triste. Era una mala noche y un mal día. Moreno, bajo, bien vestido, tocado con un curioso sombrero que le daba aire de lo que no era, pues era un carpintero mueblista y parecía un comerciante acomodado, detuvo en la calle a Aniceto horas después de que este se separó de El Chambeco. Tenía una hermosa y seria cara, una cara de finos rasgos, aunque una cara triste, casi sombría. Ambos frecuentaban el mismo centro de estudios sociales. No era hombre que hablara mucho en público, más bien no hablaba nada; parecía reconcentrado, al mismo tiempo que decidido, y Aniceto, unas semanas antes, pudo admirarlo al verlo acercarse a un policía y sacarle de las garras a un compañero a quien querían llevar preso. El polizonte no estaba muy seguro de si tenía o no motivos para detener al muchacho —el muchacho era Voltaire— y el aspecto de ese hombre bien vestido, serio, buen mozo además, con un cuidado bigote negro, dorada cadena sobre el chaleco, que se acercó a él y le dijo, con voz grave: «Este joven no ha hecho nada», tomando de la mano al detenido y separándolo suavemente de él, lo desconcertó: abrió la mano y se quedó mirando al hombre, que se alejó despacio y con gran tranquilidad, de seguro riendo interiormente al mismo tiempo que temeroso de que el policía reaccionara y se echara sobre él. Parecía un hombre que no tuviese íntimos, que viviera solo, aunque Aniceto sabía que era casado y que tenía un hijo; lo que no tenía era amigos.

—¿Qué hace por acá?

Aniceto no sabía lo que hacía: no tenía trabajo y acababa de perder el alojamiento. Se sentía, para peor, avergonzado. Se encogió de hombros.

—¿Qué le pasa?

—Cosas —respondió, en tanto recorría, mentalmente, las caras de los amigos y las habitaciones que poseían: casi todos, mejor dicho, todos, eran pobres, si no

miserables. El que mejor vivía era Daniel, el poeta, pero no recurriría a él; tenía padres y hermanos.

—¿Quiere servirse conmigo un plato de comida?

Aniceto lo miró.

—Yo lo invito —aclaró Serrano.

—Bueno, gracias —admitió.

Entraron a una cocinería y pidieron un plato de carne con porotos, pan y un poco de vino.

—A usted le pasa algo —dijo. Después, viendo que Aniceto callaba, agregó—: A mí también.

—A usted le pasa algo siempre —afirmó Aniceto.

—Tal vez —aceptó Serrano—. ¿Ha notado algo?

—Sí —aseguró Aniceto—. Lo encuentro un hombre triste. Además, siempre lo veo solo.

—Es la pura verdad.

Una mujer pasó un paño sobre la mesa y puso dos servicios y unas servilletas de papel. Callaron.

Después Serrano volvió a hablar:

—¿Sabe por qué? No, ¿no es cierto? Se lo voy a contar. Hay un grupo de compañeros que me cree soplón. Digo compañeros por decir algo. Un traidor. No tengo cómo demostrar que no lo soy. Peor aún; las cosas que hago me hacen aparecer más sospechoso. Usted me vio hace poco en un mitin. ¿Qué pensó?

—No sé cómo decírselo. Me dejó admirado.

—¿No pensó mal de mí?

—¿Cómo iba a pensar mal?

—Bueno, los otros dicen que el paco no me hizo nada porque me reconoció.

—¿Lo reconoció, como qué?

—Como uno de ellos, como agente.

Aniceto volvió a callar: no sabía nada de la vida anterior de este hombre y la sospecha de que en verdad el policía no reaccionara de otro modo porque reconoció en él a un agente secreto, no era absurda, aunque si infantil, como cosa de folletín. ¿Qué hubo antes de eso?

—Hace años dirigí una huelga en Valparaíso y la huelga se perdió. Era una gran mueblería y yo era uno de los maestros. Duró meses y la gallada sufrió bastante. Por fin, tuvo que volver a trabajar. Yo tenía un tallercito en mi casa y me defendí más o menos. Cuando la gente volvió, yo no volví: me quedé en mi casa y me separé un tiempo del trabajo sindical. Trabaje de firme y me fue más o menos. Todo eso hizo sospechar a esos compañeros que había recibido una coima y que gracias a esa coima me había ido para arriba. ¿Comprende? ¿Cómo podía, cómo podría demostrar a esos crestones que eso no era ni es cierto? Los odio y ellos me odian; hablan de mí y cuentan mentiras y son muchos ya los que por lo menos me tienen por sospechoso.

Tengo un taller y trabajo a medias con otro maestro y dos oficiales, no he dejado de ser un obrero revolucionario, pero, a pesar de todo, ya me ve: solo como un perro. ¿Qué puedo hacer?

Si, ¿qué podía hacer? ¿Y qué podía hacer Aniceto para conseguir un lugar donde dormir? Transido, sintiendo que la carne y los porotos y hasta el vino le habían caído mal, se separó de Serrano, después de prometerle que iría a visitarlo a su taller. No podía hacer nada por él, salvo compadecerlo, pero la compasión no sirve de nada a nadie. El recuerdo de Luigi y de su catre y la vergüenza de haber hecho, con El Chambeco, lo que hicieron, le agravaba todo. El día o la noche era cada vez peor. A las dos y media de la madrugada, mientras vagaba por una avenida a cuyos bancos de piedra empezaba a dar miradas de simpatía, se encontró inopinadamente con Juan, no el médico, el actor. Era amigo de Daniel, el poeta, y parecía vivir de noche. Le contó que habían estado ensayando la obra de Antonio; después había ido a dejar a Antonio a su covacha y ahora se paseaba, recitando su papel; pasearía hasta el aclarar.

—¿Caminamos un poco?

Aniceto, que estaba ya bastante cansado, le rogó que descansaran un rato y se sentaron en uno de aquellos bancos, pero estaba muy frío y momentos después tuvieron que levantarse.

—Caminemos otro poco.

Juan explicó a Aniceto todo lo que pudo explicarle respecto de teatro y de actores. Era un hambre simpático y divertido e hizo reír a Aniceto, lo que era bastante para quien no tenía donde dormir. Había trabajado con cómicos españoles, viejos ya, que residían en el país y que de tanto en tanto tentaban suerte en provincias con alguna pequeña compañía, y los imitaba. Le habló de la obra de Antonio, de su argumento, de su intención y de lo que esperaban de ella. Por fin, cuando ya no podían ni hablar ni caminar, decidieron separarse.

—¿Dónde vive usted? —preguntó Juan.

Aniceto se encogió de hombros.

—La verdad, no tengo dónde ir a dormir. Hoy perdí mi alojamiento.

Juan reaccionó inmediatamente:

—Véngase conmigo. Tengo una cama más o menos grande y podemos dormir los dos. Por una noche...

Aniceto aceptó. La casa a que llegaron después de caminar como otra media legua más, estaba en uno de los suburbios de la ciudad y se veía, por cierto, sin luces. Era una casa pobre, de varias piezas. Había ya bastante claridad y Aniceto pudo observar en el patio, a la pasada, un gran montón de huesos y unos enormes sacos llenos de papel y trapos. No quiso preguntar nada y entro al cuarto a que lo llevó Juan.

—No tengo vela —susurró una vez adentro.

—No hace falta —cuchicheó Aniceto, que empezó a ser penetrado, desde las narices hasta los pies, por la sensación de estar metido en un tarro basurero: los

huesos, el papel o los trapos despedían un terrible hedor. Pero ya no podía echarse para atrás, arrepentirse, y empezó a desnudarse, dejando la ropa, que tampoco olía a rosas, sobre una silla. Juan se acostó hacia el rincón y Aniceto se deslizó tras él.

La cama no tenía sino una frazada y carecía de sábanas, así como la almohada carecía de funda, pero eran una cama, una frazada y una almohada, cosas que no se encuentran botadas en las calles; el colchón, además, resultó blando. Blando, sí, sólo que cubierto de algo que estimó fuesen terroncitos de tierra. Con una mano logró arrastrar unos pocos hacia el suelo, aquellos que más lo molestaban, y oyó que al chocar contra las tablas del piso sonaban levemente; luego reclinó la cabeza sobre la almohada. Juan roncaba ya. Allí se quedó, inmóvil, esperando el sueño. Pero lo que llegó no fue el sueño: empezó a caminar o a deslizarse, con toda suavidad, por una de sus mejillas. Lo tomó y se dio cuenta, por la textura, el tamaño y el peso, que era un piojo. ¿Era el mismo de la cocinería? Imposible. Lo arrojó hacia el suelo y esperó que sonara contra las tablas, pero no advirtió ningún ruido. Casi enseguida hubo de llevarse la mano a la nuca: era un segundo piojo, ya que no podía ser el mismo. Al parecer había allí una cría o yacimiento. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse con ese hedor, esos papeles, esos trapos? Era joven, sin embargo, y estaba cansado y el tercer piojo lo sorprendió dormido y lo cosechó.

(«Yo tengo más piojos que los que tú tuviste nunca ni tendrás», dijo Voltaire, riendo incómodamente por la abertura que provocaba en su boca la ausencia de uno de los dos incisivos superiores, «y no sólo piojos. Mira». Se sacó los calzoncillos y los mostró a la luz de la vela —Aniceto leyó, por esos tiempos, la historia de dos exploradores que debieron pasar un invierno en el polo y que alumbraron con aceite de foca la larga noche polar. El humo del candil que fabricaron era casi tan denso como el aceite mismo y se pegaba a las paredes de la choza de hielo, a las barbas, a las manos, a la ropa, tanto que muy a menudo les era preciso lavarse y lavar todo. Con las caras y las manos no tenían problemas, pero cuando se trataba de la ropa, especialmente de los calzoncillos, era necesario, antes de meterlos al agua caliente, raspar con un cuchillo la grasa adherida; el producto era depositado en el candil. Los calzoncillos de Voltaire no podían envidiar a los de los exploradores y quizás si los de esos dos hombres no tuvieron, los dos juntos, la mugre que ofrecían los de Voltaire, mucho menos los piojos—. «Quiero hacer una payasada», dijo el desdentado, sonriendo de un modo que le obligaba a fruncir los labios. Aniceto ya estaba en cama. «¡No se queden dormidos con la vela encendida!», se oyó gritar, en ese momento, a una mujer. Dormían en un pequeño pajar. El propietario, un carretonero, vivía al lado, en una casucha de calaminas, con su mujer y dos niños. Rara vez se le sentía por ahí: vagaba a lo largo de la costa acarreando materiales de construcción. Al llevarlos al pajar, en el que guardaba aperos, latas con grasa y alimento para los caballos, les dijo: «Les pido que no fumen cuando estén acostados ni se duerman con la vela encendida. Esto se quemaría en un minuto y los chiquillos y la patrona podrían asarse». «También nos asaríamos nosotros» advirtió Aniceto, muy listo. «A lo mejor»,

respondió el carretonero, «pero esa es cuestión de ustedes». Como llegaban tarde, los hijos del hombre ya dormían, no la mujer, que no pegaba ojo hasta sentir que, efectivamente, los dos jóvenes dormían. Por si acaso, y mientras los oía conversar y reír, de tanto en tanto daba el grito de alerta: «¡No se queden dormidos con la vela encendida!». En ocasiones el grito de la mujer coincidía con el de algún queltehue y debía repetirlo. Ni Voltaire ni Aniceto querían terminar como pollos al asador y observaban fielmente las indicaciones del carretonero. Por la mañana, cuando se iban, los niños —los amigos calculaban que los chicos se levantarían entre cuatro y cinco de la mañana— daban el otro grito de alerta: «¡Ya se fueron, mamita!», grito que oían y en el que podían advertir, sin mucho esfuerzo, el deseo de que se fueran definitivamente. Al oír la noticia la mujer empezaba a vivir con cierta tranquilidad, una tranquilidad que duraba hasta la noche. «Voy a hacer la prueba», dijo Voltaire. «Me compré hoy un par de calzoncillos, y quiero quemar los viejos. Quiero ver lo que pasa». «Ten cuidado», advirtió Aniceto, recordando a la mujer y a los niños. Dormían en el suelo, sobre la paja, y se tapaban con sus chaquetas, «No tengas miedo. Si mis teorías son exactas, esto no va a producir llama o va a producir una muy pequeña; va a ser más explosión que fuego». La casucha y su anexo, el pajar, estaban situados en lo alto de una de aquellas lomas marítimas que tan graciosamente descienden hasta el mismo mar. Siempre soplaban viento por allí y desde ese punto, si se miraba, el mar tenía todo el día mirando la grandeza y la belleza que se le conoce y supone: lejanía, inmensidad, color. Podía uno estar todo el día mirándolo y durante todo el día el océano presentaba algo de interés, barcos, pájaros, botes, rizaduras, nubes, neblina, viento, resplandor, oleajes, corrientes, calma; después comenzaba de nuevo. ¿No te parece? Puedes pensar o imaginar lo que quieras, lo que es y lo que será, lo que puede ser y lo que no puede ser, porque todo lo puede ser y no ser, abismo y cielo, abismo de agua, abismo de cielo, es como la humanidad, como el universo aunque más cercano a nosotros; mira, nunca creo más en el anarquismo que cuando estoy sentado aquí, mirando el mar, ¿qué es el anarquismo, que es la anarquía?, tal vez nada más que un deseo, como el de la muerte o como el del cielo, quién sabe si nunca será una realidad, aunque puede llegar a serla, ¿no has visto a Wagner?, mientras jugamos, o nos bañamos va hacia las rocas, se sienta en una, se pone la mano tras la oreja y canta, tiene una voz muy suave, ¿qué siente al cantar así, en soledad, sin que nadie lo oiga, porque no quiere que nadie lo oiga?, desciende de alemanes y ha trabajado en Collahuasi, tiene el torso como un toro, es muy fuerte; morirá de repente, sin embargo: tiene malo el corazón y él lo sabe y morirá pronto y va hacia las rocas, se sienta, pone una mano detrás de su oreja y canta con voz muy dulce. Debe llegar un instante en que la dulzura de su voz se encuentre, dentro de él, con el deseo de libertad y tal vez de amor que sale de la soledad del corazón humano, por enfermo que esté y a veces por eso mismo, y eso será lo que busca y eso o algo como eso debe ser el anarquismo. Yo lo siento, pero no puedo decirlo bien. «Mira, estate alerta, por si acaso». Colgó los calzoncillos de una desgarradura de las

planchas de lata que cubrían el pajar, descolgó la vela del alambre a que la colgaban y la acercó a los largos y flácidos calzoncillos de punto. «¿Ya?». Una luz deslumbrante llenó el pajar, una luz que terminó en algo como una chispa eléctrica que se apagó antes de tocar el suelo. Una de las planchas de calamina sonó al ser empujada por la presión. Cuando miraron, los calzoncillos habían desaparecido. En el suelo no se veía nada: hasta los botones parecieron haberse desintegrado. Quedaron en silencio, sorprendidos. Enseguida Voltaire exclamó: «¡Puchas que tiene fuerza la mugre!» Aniceto no hizo comentario alguno; sólo rió. «¡No se duerman con la vela encendida!»).

**É**chele para adelante. Delgado, de piernas largas, breve el busto, no muy alto, brazos y piernas un poco abiertos, moreno y con bigote, cabeza pequeña, cara enjuta, sombrero negro; desde lejos, era un hombre de provincia o de pueblo chico, Población o Illapel, ojos vivos, con algo indeciblemente falso, la risa o el entusiasmo, un poco artificial, al proponer, aceptar o razonar, ¿un ratón de campo, un cuatrero, ladrón de burros o algo así?; con espuelas no se sentiría envarado y una manta le caería como anillo al dedo.

—Echémosle para adelante —dijo—; tengo varios derroteros, todos buenos.

Derrotero, donde dormir, donde comer, donde divertirse, donde robar; lo que significó un camino en el mar o en la tierra, para aventureros y soñadores, «la derrota del mar del sur», «el derrotero de la mina de los Aragoneses», «el derrotero del paso del noroeste», quedaba convertido en algo próximo y provechoso, algo para ratones y rateros. En los primeros días le contó muchas cosas, más de las que debió contarle, sus varios proyectos, todos difíciles de realizar, peligrosos e inseguros, no es lo mismo ir a robar un pavo o una mula que se ha visto que ir a robar lo que se ignora, puede haber, puede que no haya, ¿hay algo, no hay nada?, en todo caso, y si hay, vale más que muchos pavos, ¿qué es?, no lo sé: el asunto de la sucursal del banco del Matadero; el asunto del hombre que queda solo después de las seis y que parece contar dinero o examinar joyas (por desgracia frente a la Dirección General de Policía, bajo los bigotes de los grandes pacos): el asunto del corredor de la Bolsa de Comercio; el de la vieja rica de la calle Catedral; todo es cuestión de entrar y poner el pellejo tieso.

Fortunato se asustó. ¿Qué gente era esta, qué especie de ladrones? Cuando Manuel, por su parte, le comunicó sus planes y le dio a entender, veladamente, que deseaba que lo acompañara, casi deseó volverse a la cárcel: toda era, para estos hombres, violencia, pegar, romper, disparar, huir, todo de frente, de frentón, y cuando, en la Quinta Normal, los vio correr y saltar, su asombro y su temor llegaron al colmo: nunca había visto hacer ejercicios, saltar o correr por gusto, a un ladrón; Manuel corría como un gamo, Alberto como un expreso, Guillermo como una liebre; el menos lúcido fue El Chambeco: lo hacía como un paquete mal hecho que amenazara desatarse. Invitado a correr y a saltar, Fortunato se excusó: los zapatos no estaban muy buenos y, además, los pies, juanetes, ojos de gallo, de un cuanto hay, no estoy hecho para estos trotes. A los diez metros, calculó, o antes, después del pique, se habría ido de punta y enterrado la nariz en el suelo, no, compañero. En un segundo, Alberto, que lo fue a esperar a la salida de la cárcel, vio con claridad a su excompañero de calabozo: un vulgar ratero, un pobre hombre; en la cárcel le contó haberse tiroteado con la policía, huyendo después por los cerros de Alhué: eso debía ser tan cierto como que hubiese luchado con una pantera.



—Bueno —dijo, para salir del paso—, podemos dejar esos trabajitos para después. Son medio difícilones y necesitan preparación. Yo traigo otros.

Estos hombres le podían servir. No era trágico, no, hermano, nada de llevarse todo por delante, vámonos al pasito, yo puedo aguantar dos y hasta cinco años de cana, pero si me pegan un tiro en la guata no aguanto nada; aquí no se trata de sacarse la mugre a la primera; hay que ser mañoso; no te apures y te irá bien. Se conformaba con menos, no *difariaba*, desvariaba, con bancos, joyas y atados de billetes, no, el finadito Dubois lo hizo y los pacos se lo echaron al hombro en el Puerto, lo dejaron como colador con tanto balazo que le dieron; eso está bueno para el campo, buenas carabinas, buenos caballos y hartos montes para correr y esconderse, y ni así, ¿qué sacan?, ahí están el Huaso Raimundo, lo fusilaron, y El Bonete Grande, en cana hasta que se muera; al Flaco Manuel también le llegará, les llega a todos, pero a los chicos por lo menos los dejan vivos y sólo con dos o tres añitos en la cárcel. Trabajo para callado, sin ruido. Conocía dos maneras de robar, dos maneras que sólo eran una; en una de ellas se buscaba de cómplice a un policía o a un sereno, a quien debería dársele una parte y eso no le gustaba. Vamos a ver.

—Miren, cabros —dijo, mientras tomaban unas botellas de vino suelto—, no me encandilen con esos voladores de luces. Vámonos al pasito por las piedras. Hablemos de cosas más sencillas, por ahora..., después hablaremos de las más difícilonas. Lo que tenemos que hacer es procurarnos unos pesos y cacharpearnos.

Puede ser, y es, con toda seguridad, pobre diablo, ratón de campo, poseedor de derroteros para ir a orinar, pero sabe lo que busca y lo que puede hacer para conseguirlo; en esos momentos está hambriento de todo, de comida, de mujer, de ropa, de dormir en una buena cama, hasta de un baño, y quiere conseguirlo luego; no importa que sea poco, con poco se conforma, con poco le alcanza para conseguir lo que desea, que no son comidas de que ni siquiera ha oído hablar, mujeres que no conoce ni ropas que no ha visto ni verá nunca; no sabe jota del Superhombre, del Único y su Propiedad, de la explotación del hombre por el hombre ni de la Libertad; la única libertad que conoce y aprecia no tiene más que minúsculas y es la que le dan a uno cuando termina de cumplir la condena.

—¡Fortunato Beiza! —gritó el sargento de gendarmes en la puerta de una de las galerías de la cárcel.

—¡Aquí! —contestó, gritando también.

Ha llegado el día, su día, ¿cuántos han pasado desde que entró?

—¡Para afuera! Levanta la pata.

Mueve la pata o parte de la cerradura que permite saber de qué calabozo se trata y el sargento abre la puerta de la galería y avanza por el corredor haciendo sonar sus llaves; llega ante la puerta.

—Recoge tus pilchas —dice.

No tiene más que una mala frazada, que deja; viste las ropas que llevaba puestas cuando entró, deja abandonadas las destrozadas que usó en tanto duró su condena.

—Estoy listo, sargento —explica.

—Ya, ándale, diablito.

Sale del calabozo, encogido, sin chistar, temeroso de que el sargento, por cualquier inesperado motivo, le ordene entrar de nuevo. Sus compañeros le miran. Sale.

—Despídete, mal educado —reclama uno de ellos destrozado también, con las rodillas al aire, descalzo, los ojos brillantes, barbudo y sucio.

—Adiós, niños —murmura.

—Dale recuerdos a las putas —recomienda otro.

Se oyen risas. El sargento sonríe.

El león tiene sus fuerzas y sus habilidades; proporcionalmente, el ratón tiene las suyas. Aquí están. Despacio, haciéndose el leso, se llega más lejos que guapeando.

—Hay una sombrerería —dijo— y es fácil meterse y salir. Con tres hombres basta.

Alberto, Manuel y Guillermo se miraron: eran tres, cuatro con el hombre, pero Alberto pensaba en El Chambeco, desechando a Aniceto, que parecía medio desorientado.

—Nosotros somos cuatro —advirtió—; tendríamos que ser cinco. Hay otro amigo que anda medio en la mala y queremos darle una parte.

—Muchos —observó Fortunato, que de pronto se sintió crecido: sabía hacer algo, de seguro mejor que esos cuatro, de quienes sospechó que ignoraban, realmente, todo lo que tuviese que ver con robar; sólo sabían golpear, disparar, correr, saltar, pero el trabajo paciente, el verdadero trabajo del ladrón, de un día y otro, lento, dejado de bulla, lo ignoraban—. No importa —corrigió—; pongámosle cinco. Mientras menos bocas más nos toca, dice el dicho, pero si no se puede qué le vamos a hacer.

Alberto y Guillermo lo observaban y lo oían y de pronto sentían grandes deseos de reír, de reír de su figura, de sus modos de hablar, de sus miserables derroteros; les producía la sensación de que se trataba de un hombre de siglos atrás; se dieron cuenta, sin embargo, de que algo podrían aprovechar de aquel individuo; no tenían aún los conocimientos que se requieren. Aquel hombre poseía, de seguro, una miserable experiencia (cada uno camina como puede), pero ellos, fuera de saber quemar una casa, no tenían ninguna, por lo menos en lo que a robar se refería.

—Ya —siguió diciendo—; póngale cinco. Hay que estudiar la cosa; está bastante estudiada, pero conviene ir a la segura; de repente algo cambia y uno se va a las pailas.

La sombrerería está situada en el centro de la ciudad y da a dos calles; su entrada se abre en una calle principal y la parte trasera está en una especie de callejón, que es, no obstante, una calle, con salida en sus dos extremos y con grandes edificios, los mismos de los de la calle principal, aunque la parte trasera, sin contar los edificios de la acera del frente. En todos hay casas de comercio y sólo uno es una casa de departamentos y tiene su entrada por el callejón. Fueron a ver y fueron sólo Alberto y

Fortunato. La sombrerería se cierra a una hora determinada y los últimos en salir son dos hombres: uno por el callejón y el otro por la calle principal, ponen los candados a las cortinas metálicas, se reúnen y se marchan, por lo general a un bar cercano.

—¿Cómo entramos? —preguntó Alberto. No ha entrado nunca a una casa o tienda cuya puerta esté asegurada con candados. Se da cuenta de que de alguna manera se pueden destrozar, pero ¿y después? Un cuidador nocturno, según observó con Fortunato una tarde y otra tarde y una noche y otra noche, pasa cada cierto tiempo y revisa los candados: se los sabe de memoria.

En ese momento percibe que frente a aquel hombre y en ese terreno es un analfabeto.

—Es muy fácil —explicó Fortunato—. Le aguaitamos el ojo al sereno y reventamos los candados; nos metemos y el que se quede afuera pone los otros candados.

—¿Qué otros candados? —inquire, sintiéndose por completo idiota.

—Unos que vamos a comprar, igualitos a los que tiene la cortina —expone Fortunato, sonriendo. Sabe hacer algo, aunque no corra como un expreso ni salte como un guanaco—. En la mañana, usted se habrá fijado, cuando el sereno se va, los pacos están cambiando la guardia y nunca los del relevo llegan al tiro: siempre se retrasan un poco y a veces mucho. El «loro» aguaita al sereno, se asegura bien de que se va y viene a abrir: salimos con los paquetes y listo el pescado.

—¿Y cómo llevamos los paquetes? Los van a ver...

—No los van a ver nada. Traemos sacos de esos que usan los basureros, los llenamos con los paquetes, los tapamos con papeles rotos y salimos de a uno en fondo. Con unas tiras viejas que nos pongamos y unos sombreros de esos que parecen hojas de zapallo, nadie verá nada.

Trabajo lento, un día y otro, mañana y noche, «Se van a las siete y media», «Llegan a las ocho» «El sereno se va temprano y llega tarde», «Ya compramos los candados», «Tengo listo el diablito», una barra de hierro de tres cuartos de pulgada, de más de cuarenta centímetros de largo y con una especie de uña en uno de sus extremos, «Los candados tiritan cuando los ven», «Los sacos están esperando»; «Hay que comprar comidita, nada de trago», «Unas velitas, no olvide los fósforos», como hormigas o como ratones, por las calles, al anochecer, a medianoche, de madrugada, calculando, viendo quién sale, quién entra, un día uno, otro día otro o por parejas, de lejos, para que no sospechen; Fortunato se encargó de los preparativos, las velas, los fósforos, la comida, el diablito, los sacos, y Alberto y Guillermo, los únicos que trabajaban, dieron el dinero necesario.

—¿Cuánto sacaremos de esto? —preguntó un día Guillermo a Alberto.

—No creo que sea mucho, pero... ¿qué importa? Todo esto sirve, y, de todos modos, algo sacaremos.

—Ya.

Otros seres, al lado de ellos, por las calles, en toda la ciudad, van, vienen, viven al mismo tiempo, otras cosas, otros hechos, otros sentimientos, todos al mismo tiempo, imposible detenerse, soñando, con hambre, con sueño, con ganas de comer, de dormir, de acostarse con una mujer, de bañarse, de ponerse unos calzoncillos limpios, otra camisa, de ganar más dinero, de comprar esto o aquello, enfermos de tanto comer o tontos de tanto dormir, algunos con ganas de matar, otros con deseos de llorar. Cerca, a una cuadra, hay un restaurante y bar a donde van los hombres de la sombrerería que salen al final, un restaurante en cuyas puertas y vitrinas se detienen Manuel y El Chambeco; se relamen como gatos: parece la entrada al Templo de la Gula y sólo se llama La Bahía, ¿la bahía de qué?, ¿a quién se le ocurrió ponerle ese nombre?, es una bahía donde fondearse a comer, a comer hartos, sin descanso, y a beber, hasta quedar hasta el tope.

—¿Te comerías esos erizos?

—¿Erizos? —pregunta El Chambeco, con el tono de quien ha sido ofendido casi mortalmente—. Ni loco. Me comería ese filete; con una ensaladita de cebolla vendría al pelo.

—¿No te gusta el marisco?

—Ni verlo. Me gusta lo sólido, lo que se tiene que masticar, aunque sea duro. Me cargan las cositas blandas, resbalosas. ¿Ostras? ¡Puah! Porquerías...

—¿Y el pescado?

—No. Es pegajoso, tiene espinas, pellejos, cabeza, ojos que te miran, cola, tripas, de lo que se pida. La carne, en cambio, la masticas y chao.

Desde las diez o las once entra allí gente, individuos con cara de no haber dormido o de que están trabajados por la marea de la borrachera; hombres con los labios negros de tanto beber vino tinto; aquel tiritita, este parece dormido; todos con mal olor, la boca como un barril vacío, los dientes cubiertos de una película áspera o saburrosa; otros llegan limpios, recién afeitados y bañados, frescos: vienen a comprar ostras, pollos, empanadas, conservas, frutas, bebidas, y para pagar sacan rollos de billetes o firman cheques y toman los paquetes y se van, en coche o en automóvil, a alguna parte, a sus casas, a casa de sus amantes o de un amigo; a la hora de almuerzo entra y sale más gente, a almorzar, a beber aperitivos que en ocasiones se prolongan hasta la noche o hasta salir con las piernas arrastrando, tropezando con todo, puchas que lo pasamos bien, ¿no es cierto?, qué va a decir la Nana ahora, porque siempre puede haber una mujer que diga algo, por favor, llámame algo en queirme, ¡hip!, disculpe; desde esa hora, la una o antes, hasta las once o doce de la noche, cuando ya los mozos casi echan a puntapiés a los clientes, se oye ruido de platos, voces, risas, golpear de cachos y rodar de dados; los mozos desfilan con platos y más platos y fuentes llenas y con platos y más platos y fuentes vacías, suena un corcho al ser sacado violentamente de la botella, «Santa Emiliana tinto, señor; lo mejorcito», todo el ambiente y hasta la calle están llenos de un clamor de gente que tiene con qué pagar o que tiene quien le pague. Manuel y El Chambeco miran y oyen.

—¡Qué bien lo pasan los burgueses!

—¡Quién sabe! A veces pasarán sus crujías también y si nosotros tuviésemos la plata que tienen ellos, estaríamos dentro comiendo y tomando como locos.

El Chambeco, que mira, absorto, cómo los pollos giran en el asador y se doran con el fuego, siente que aquellas gotas de grasa que caen, doradas al trasluz de las llamas del horno, sobre un recipiente, caen en verdad sobre su corazón, que parece absorberlas: quizá podría alimentarse con sólo mirarlas y olerlas, porque ¿cuándo podrá entrar ahí, dejar el sobretodo y el sombrero en una silla o en la percha, sentarse y pedir una botella de vino —no se le ocurriría otra cosa— y un filete con ensalada de cebolla y tomate? Esa es comida y no esos mugrientos porotos o esas rotas albóndigas que a veces logra engullir, tras mucho caminar.

—Vámonos.

—Vámonos. Creo que engordé un quilo nada más que con mirar.

Por fin todo estuvo listo. La tarde anterior Manuel y Aniceto cayeron presos.

—¡Carajo! —exclamó Manuel, pegando con el puño sobre la hoja de latón de la puerta del calabozo.

El golpe se oyó en toda la comisaría, pero en las comisarías los puñetazos sobre las puertas o sobre cualquier cosa que no sea un ser viviente, no llaman la atención, salvo que se repitan y lleguen a molestar.

—¡Qué le parece! —preguntó Manuel a Aniceto, que estaba sentado en la orilla de la banca de cemento que sirve de lecho si no hay nada mejor, un lecho pelado, por supuesto.

Aniceto se encogió de hombros. No se le ocurrió nada.

—¿Ha visto paco más maricón?

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó el policía, que pareció caer del cielo, tan ensimismados iban en su estúpido juego.

—Nada —respondió Aniceto, con la piedra en la mano.

—¡Cómo nada! —exclamó el hombre, entre sorprendido y disgustado—. ¿Qué hace con esa piedra?

En ese momento advirtió Aniceto la necedad de lo que hacían.

—Nada —volvió a responder, sin ninguna imaginación.

—Vamos para la comisaría.

Estúpidamente obedecieron, siguiendo en silencio al policía. Habían podido huir, uno por lo menos se habría salvado, pero no se les ocurrió.

—¿Por qué los trae? —preguntó el oficial de guardia en la comisaría.

—Estaban tirando piedras en la vereda de la Avenida Blanco, mi teniente.

—Páselos al calabozo —ordenó el oficial al cabo de guardia una vez que tomó los datos: nombres y apellidos, ocupación, domicilio.

Allí quedaron, sin protestar, sin insinuar disculpas, tanto les pesaba en la conciencia la tontería hecha. Al regresar de alguna parte hallaron al margen de la acera de aquella avenida una grande y hermosa piedra, redonda, pulida maciza, de

color gris claro. Aniceto la tomo, calculó el peso —pensó que quizá pesaría un quilo y medio— y luego la lanzó, con impulso, sobre la acera; el impulso no fue grande y la piedra, con gran suavidad, se deslizó sobre el asfalto que cubría la acera y lo hizo con gracia, no rodando, dándose vueltas, sino resbalando. Manuel se adelantó, la tomó y luego de sopesarla y mirarla y ver que tenía una parte más plana que otra, la devolvió a Aniceto; obediente, llegó hasta los pies de este, quien, a su vez, la lanzó hacia los pies de Manuel; y todo habría andado bien si nada más lo hubiesen hecho dos o tres veces; no fue así: lanzándola y avanzando cada vez un poco, de pronto se les ocurrió vencer aquella humilde gracia de la piedra, aquel resbalarse lenta y casi con suavidad y la tomaron de otro modo y la lanzaron de otro modo, y la piedra, sin resistirse, siempre obediente, hizo lo que querían, no resbaló sino que rodó sobre sí misma, con gran ruido, ya que era pesada; eso les encantó también, a uno más, al otro menos, e insistieron y entonces surgió el policía. La piedra quedó allí, en medio de la acera, inmóvil, escondiendo bajo su aparente y real pesadez la secreta y humilde gracia que poseía.

Al anoecer, junto con dos borrachos y un hombre que pegaba a su mujer, fueron trasladados, en un carruaje de la policía, hasta la Sección de Detenidos. Callados, muy juntos unos y otros, atravesaron la ciudad; un policía abrió la puerta del carruaje y bajaron y fueron llevados ante el portón de aquella prisión preventiva; abrieron y los empujaron hacia el patio; el portón se volvió a cerrar.

—Por aquí —dijo el cabo.

En uno de los costados del patio se veía un gran calabozo, un calabozo que hizo recordar a Aniceto aquel de Investigaciones en que estuvo en Valparaíso mientras esperaba que lo llevaran al Juzgado; este, sin embargo no estaba a oscuras, y en tanto que en el otro no se sabía si estaba desocupado o lleno, en este se veía con gran claridad y gracias a una luminosísima ampolleta colgada del techo y defendida por una malla de alambre, que estaba ocupado, más que ocupado, repleto. Mucha gente había y mientras más avanzó la noche más hubo, ya que las comisarías y retenes mandan, todas las tardes, y sin saber ni preocuparse de si cabrán o no en la Sección, a los rateros, borrachos, mentecatos como Manuel y Aniceto, a los vagos y a cuantos de algún modo han faltado a la ley, a alguna ley, según el criterio de sus aprehensores. Es el resultado de la pesca diaria, la pesca de truchas y tiburones, de pejesapos y de pejezorros, el incontable cardumen que pulula por la ciudad. Sólo los importantes, los que cometen o se supone que han cometido delitos mayores, están en otra parte, quizá en las celdas de Investigaciones.

A la entrada del calabozo, como en una recepción, un grupo de hombres, dividido en dos filas y dejando en el centro un paso, examinaba a los recién llegados; pueden ser amigos y deben ser bien recibidos, que sepan, desde el principio, que no estarán solos. Reían al ver a algún amigo o conocido, tal como ríen o se dan la mano los convidados al «cocktail-party» de una embajada o de una casa lo bastante provista de dinero, propio o prestado, para recibir en gran forma a las relaciones y amistades.

—¡Qué hubo!

Es la exclamación que en Chile pronuncian los ricos y los pobres, los delincuentes y los honrados, con diversos tonos, alegre o triste, sorpresivo o resignado, desafiante o irónico.

—Caíste vos también.

—Caí, pues; me pescaron cuando me dejaba caer de un carro Huérfanos.

El calabozo es bastante grande y los hombres pueden sentarse en la tarima de madera que sirve para dormir, pasearse o detenerse junto a la reja y mirar lo que pasa en el patio, por donde deambulan, llevando tarros, escobas o fondos llenos de comida o de desperdicios, seres mucho más miserables que los que hay en el calabozo o en cualquier calabozo, harapientos, barbudos, descalzos, mostrando por las aberturas de sus ropas todo lo que un miserable puede mostrar, borrachos consuetudinarios, de esos que ya no vale la pena poner en libertad porque vuelven al día siguiente o en el mismo día; ladrones envejecidos, que han vivido más de la mitad de su vida allí y que ya no pueden robar nada porque los conocen hasta las moscas de la ciudad y en cuanto los ve cualquier policía o agente los toma presos; o individuos que no tienen dónde dormir ni donde vivir y prefieren y piden estar allí: están de más en todas partes, excepto quizá en la Morgue.

Manuel y Aniceto se sentaron en la orilla de la tarima y miraron: Aniceto observó que, como en todas partes, había grupos y que el grupo más grande lo constituían los ladrones: sentados en la tarima, sobre frazadas o ropas, conversaban, reían a veces, discutían otras, recordaban amigos, criticaban a alguno, comentaban hechos recientes, robos o crímenes, dando su opinión sobre quiénes podrían ser los autores. Son, por lo menos así los veía Aniceto, inconfundibles, y no sabía por qué eran inconfundibles, si por las ropas o los gestos, el modo de hablar o de moverse o todo ello junto. No se sentía de ningún modo atraído por ellos, al contrario, le causaban repelencia, los sentía ordinarios, preocupados sólo de pequeñas miserias, no hablaban de nada inteligente —farras, robos, animadversiones, los agentes, o los «tiras», como los llaman para diferenciarlos de los policías uniformados o pacos, prostitutas, a veces una era comentada durante largo rato, vivía en casa de tal o cual proxeneta o «cabrona» y era del gusto de todos y al parecer todos habían tenido que ver con ella y los que no habían tenido esa suerte se preparaban a tenerla: estaba de moda, por lo menos entre los ladrones—, pero hablaban en voz alta, eran los que más alto lo hacían, ya que formaban el grupo más numeroso, y había que oírlos. Manuel, por su parte, no observó nada: no tenía allí ningún conocido; era un ratero solitario; robaba, cuando podía hacerlo, solo, por lo menos en otras tiempos, y toda aquella «garuma», como decía, aquella turba, le era desconocida, más que desconocida, despreciable; los sentía, también, ordinarios. Por otra parte, estaba contrariado y rabioso.

—¿Qué cree usted que nos pasará? —preguntó a Aniceto.

—Nada —respondió este—. No hicimos nada más que una lesera. Mañana nos soltarán.

—¿Y si nos condenan por curados? Pueden poner en el parte lo que se les dé la gana, que estábamos borrachos por ejemplo. ¿Con qué vamos a pagar la multa? Son cinco días.

Cinco días... Aniceto sintió terror al pensar que podía estar allí cinco días, condenado por una borrachera que no existió y con riesgo de que algún cabo lo pusiera a barrer los calabozos o a lavar las letrinas.

—Puede ser —dijo.

¿Para qué preocuparse? No podían hacer absolutamente nada: no tenían dinero, no tenían a quién recurrir, vivían en el desamparo más absoluto, él por lo menos, ¿para qué amargarse la vida pensando en que pasará esto a lo otro?

—Si nos condenan por curados estoy jodido; tengo que hacer mañana y no puedo faltar.

Aniceto se cuidó de preguntarle qué tenía que hacer, a pesar de que la tentación era muy grande. ¿Qué podía tener que hacer su amigo?

—Mande a alguien que avise a su mamá.

—¿Qué sacaría? Mi madre no maneja ni un cinco y mi hermana no me mandaría cinco pesos ni aunque me estuviese muriendo. Los daría para que no me soltaran.

¿Entonces? ¿Qué alega? El borracho llegó como a las diez de la noche y tal vez fue el último en llegar, el cogollo, la flor. Pareció conocer a todo el mundo y no temer a nada ni a nadie; habló alto y con todos, detuvo a los que paseaban, increpó a los que estaban sentados o acostados e interrumpió a los que hablaban, qué hubo, putas que estoy curado y estos pacos maricones no me dejaron tomarme ni una cervecita, la ultimita, era el borracho aguantador, aquel a quien la bebida embriaga pero no aturde ni adormece sino que yergue, despabila, despedía un olor atroz, estuve tomando desde la mañana; me pagaron una platita atrasada y le puse de frentón, no se sabía qué contestarle ni qué conversar con él, lo más justo habría sido darle un puntapié, él tampoco quería conversar, hablaba nada más y si alguien le decía algo no le oía; continuaba hablando de sus cosas. Se acercó a los ladrones y les interrumpió la charla y le oyeron y no le contestaron y se fue y lo miraron irse y lo olvidaron, fue hasta la reja del calabozo y llamó a alguien y preguntó si podían traerle una cerveza, una pilsener, ya me muero de sed, tengo el guargüero como yesca, alguien lo echó a la peor parte y se retiró de la reja y quiso conversar con un solitario que le volvió las espaldas y lo dejó hablando solo, lo que no le importó, no se inmutaba, quizá era inmune al desprecio, al insulto, a los golpes, temerario o estólido, y avanzó la noche y trajeron tres o cuatro maricones y se alzó un griterío espantoso, «¡Tráiganlos para acá!», «¡Qué hubo, mi hijita linda!», los metieron a otro calabozo, sonaron dos o tres gritos más, se consumieron los últimos cigarrillos, el olor no era precisamente exquisito, el excusado estaba dentro del mismo calabozo, ahí, delante de todos, y todos los presos, incluyendo a Manuel y a Aniceto, orinaron y tiraron de la cadena del estanque del agua y el estanque se hizo el desentendido y una onda de amoníaco y sarro viejo flotó en el aire, mientras el borracho, como si nadara en una corriente de



hierbabuena y poleo, paseábase y hablaba, incansable; llegó un momento en que sólo sus pasos y su voz se oyeron en el calabozo; con seguridad iba a pasearse y hablar toda la noche, «roto bueno para el trago». Los ladrones dormían y dormían de buena gana, quizá cuando más duermen es cuando están presos, y dormían muchos más sobre la tarima; algunos, sin embargo, y entre ellos Aniceto, no dormían o no dormían aún, pensaban, recordaban, divagaban, sentados aquí y allá sobre el duro entablado, en tanto otros, quizá más afligidos, con culpas más graves, moralmente graves, permanecían de pie ante la reja, tomados de ella o sólo afirmados. El borracho daba vuelta a la manilla de su verborrea y Aniceto dio un salto: el grito, fuerte, resonó en el calabozo y en el patio, despertando a todos.

Manuel, que parecía estar dormido, se sentó sobre la tarima y gritó:

—¡Cállate, borracho de porquería!

El borracho calló, en efecto, y se detuvo y miró asombrado a quien lo conminaba a callarse.

—¿Por qué me insulta? —farfulló.

No hubo respuesta, oral por lo menos: Manuel, de un salto, se puso de pie y de otro llegó junto al borracho, tomó con ambas manos el ala de su sombrero y tiró con fuerza hacia abajo: la base de la copa llegó casi hasta las narices del borracho. Se oyó una gran carcajada y el hombre, rabioso, giró sobre sí mismo en tanto daba tirones al ala del sombrero, procurando sacárselo. De otro salto, Manuel se encaramó a la tarima; allí esperó.

—¡Ahora verás, carajo! —aulló el ofendido.

Su voz, salida desde dentro del sombrero, provocó otra gran carcajada y un gendarme se acercó a la reja, atraído por las risas. Aniceto no rió: sentía temor de lo que podía ocurrir, una riña, que hubiese agravado la causa de su amigo. Por fin el borracho se sacó el sombrero y buscó a Manuel con los ojos: estaba sobre la tarima, en la actitud del boxeador que espera el ataque del contrario; pero Manuel era, un poco como El Chambeco, inesperadamente extravagante, y había adoptado una actitud ridícula, agravada con saltitos que daba hacia un lado y otro y con movimientos de sus brazos y puños. Decía, al mismo tiempo, desafiante:

—¡Échale, borracho calambriento!

El gendarme, entusiasmado con el espectáculo, gritó también, olvidando su condición:

—¡Échele, señor!

Reventaron nuevas carcajadas y el hombre vaciló: tenía delante, sobre la tarima, a un hombre joven, un muchacho casi, ágil, fuerte, alegre, y alrededor un público que reía, ¿cómo pelear con un hombre joven, ágil y fuerte?, si lo pretendía haría el mayor ridículo y, además, la actitud de aquel bandido era demasiado graciosa; se rindió. Sus nervios se dilataron y una ancha sonrisa agrandó su boca. Se puso el sombrero, dio media vuelta y se acercó a la reja, donde quedó silencioso. El gendarme, desilusionado, se fue.

Aniceto observó todo y cuando la gente dejó de reír y volvió a tenderse sobre la tarima o regresó a sus reflexiones o recuerdos, cuando vio que el borracho se mantenía cerca de la reja —sin duda lo ocurrido lo removi6, trayéndole un poco de cordura—, recogió las piernas, las subió a la tarima y se tumbó. La dura luz del techo lo molestó un poco, pero torció la cabeza, esquivándola, y se durmió, un sueño pesado, con imágenes confusas, hasta que despertó, inquieto, al amanecer, y se sentó, sin saber que pasaba: miró y vio que todos los detenidos estaban en la misma posición y miraban hacia la taza del excusado, sobre la cual, sentado, los pantalones caídos sobre los zapatos, la cabeza hundida entre los hombros y la cara oculta bajo el ala del sombrero, el borracho defecaba.

—¡El borracho otra vez! —exclamó Manuel, asombrado—. ¡Y cagando!

Algo que hería las mucosas como un ácido, que era imposible rechazar porque tenía más fuerza que cualquier rechazo o no había rechazo alguno, algo que resbalaba sobre los descascarados muros y por el suelo, que trepaba enseguida por los cuerpos y penetraba en todas las aberturas, algo que podría vencer a todos los soldados que en esos momentos peleaban en Europa, crecía y se extendía en el calabozo como un gas o un venenoso hongo; pronto, llenado ya todo el espacio disponible, saldría por la reja y llenaría el patio y treparía hacia los edificios de los juzgados y de la Sección de Investigaciones. Nada ni nadie escaparía, ninguno quedaría sin su parte: había llegado la hora de la venganza. Un coro de imprecaciones e insultos se dirigió contra el creador de aquella sorpresa.

—¡Bueno el curado cargante!

—¡Hijo de una grandísima puta!

—¡Hedionda la bestia esta!

El borracho hundió más la cabeza entre los hombros y el trasero en la taza del excusado; tal vez hubiese querido desaparecer. Se daba cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba haciendo, de lo que provocaba, pero no existía ninguna respuesta a la pregunta de ¿qué otra cosa podía haber hecho? Hacer en sus calzoncillos habría sido lo mismo: el hedor estaría ahí, de todos modos. Se encogió más, se hundió más el sombrero en la cabeza, recogió sus pantalones y se levantó con rapidez, subiéndoselos como a escondidas: giró y dio la cara hacia la reja.

—¡Tira la cadena! —le gritaron al unísono, agregando nuevos insultos.

Mientras se sujetaba los pantalones con una mano saltó hacia atrás y sin volver la cabeza buscó con la otra mano la cadena del estanque y la halló en el aire y tiró de ella y el estanque no dijo ni chus ni mus. La gente se abanicó con lo que pudo, sombrero, pañuelo, punta de frazada, manos, pero era un hedor que no se podía ignorar o repeler: saturaba cada pulgada cúbica del aire del calabozo y estaba, además, pegado a cada centímetro o milímetro cuadrado de las mucosas; sólo un raspaje pudo extirparlo.

El borracho fue el primero en salir y ya había recuperado su verbosidad; quizá pensó que hablando fuerte, diciendo las mismas vaciedades de cada momento, haría

olvidar el inolvidable hedor, y estaba farfullando frases a alguien que no le oía una sola, cuando el sargento se plantó delante de la reja con una lista en la mano y pronunció en voz alta su nombre. Calló y salió casi corriendo.

—¡Oye, hijo de puta, llévate tu mierda! —gritó uno de los ladrones, furioso. A pesar de los tirones que a cada momento daban a la cadena del estanque, no se consiguió una sola gota de agua. El borracho desapareció.

El juez miró a Aniceto y a Manuel, leyó en voz baja el parte y los declaró en libertad; pensó que una noche en calabozo de la Sección de Detenidos era bastante castigo, pero ignoraba lo del borracho, que agravó mucho esa noche; de haberlo sabido quizá hubiese hecho que los recompensaran de algún modo, por lo menos con unos centavos para el tranvía. Manuel bajó las escaleras saltando los escalones de a dos en dos y se desvaneció, sin siquiera despedirse de Aniceto, que no se sorprendió. (Fue para Manuel una semana inolvidable: cuando El Chambeco oyó que Alberto decía, por segunda vez: «Entra, pues», ya que él, ensimismado en sus pensamientos, no le oyera, preguntó: «¿Yo?» «Tú, pues baboso, ¿quién va a ser?»; le respondió Alberto, enojado, y lo empujó y entró entonces supo que le temblaban las piernas; todo estaba oscuro adentro, no se sabía para dónde debería irse; oyó cómo la puerta se cerraba con mucha suavidad y como Guillermo ponía los candados, los cerraba y se marchaba; el eco de sus pasos se alejó con rapidez. Era el hombre de más confianza de Alberto, pues aunque Fortunato organizó todo, Alberto, llegado el momento, tomó el mando de la operación; Guillermo se quedaría afuera y volvería a la hora que se le indicó. Permanecieron en silencio, «No hablen, no prendan fósforos», había recomendado el jefe. No era preciso decir a Cáceres que hiciera o no hiciera esto o lo otro, ya que en ese momento no habría sido capaz ni de tocarse la nariz. Estaban en la oscuridad y aunque sabían cómo era el local de la sombrerería, ya que entraron una vez, con el pretexto de preguntar algo, a la parte delantera, no sabían qué encontrarían en la parte por donde entraron, y El Chambeco sabía menos aún, pues no conocía ni la parte de la sala de ventas ni nada y le pareció estar en el limbo o en el fondo de una mina de carbón abandonada. Nunca entró a ninguna parte a robar, robaba desde afuera, desde la puerta o la ventana dejada abierta por quien de seguro estaba en estado de degeneración física y moral, un sombrero, un paraguas, hasta un sobretodo, y siempre que lo hizo tuvo luz, de otro modo no habría visto lo que podía robar. Aquí era la oscuridad y la ignorancia, el silencio y el temor. ¿Había alguien aquí, no había nadie? ¿Quién estaba seguro de que se habían ido todos? No sabía qué podía producirle más temor, si el hecho de que no hubiese nadie o el de que hubiese una persona, callada, acechando en la oscuridad, en espera del momento de herir o de llamar a la policía. Debido a su incapacidad, se había trazado o se había visto obligado a trazarse un plan, menos que un plan, o más que eso, un sistema: estar siempre cerca de un ladrón que, en efecto, robara, que no hablara tanto, como sus camaradas, acompañarlo, celebrarlo, gastar con él y muy alegremente, haciéndole todas las gracias que pudiera, el dinero conseguido, ir a vender o a empeñar a las

agencias lo que robara —su última adquisición era El Chano, un ratero joven, buen mozo, bien vestido con ropas ajenas, ladrón de lance, escapero, que robaba en donde pudiese entrar con la ganzúa que él mismo fabricaba con la paleta de una llave y una lima plana: se acercaba a las puertas, las tanteaba, metía la llave y la puerta se abría en silencio; conocía todos los barrios en que se pudiese robar algo, cada puerta y cada ventana y a qué hora entrar: llevaba un registro de la vida y movimientos de la gente de cada casa y salía con una guitarra, un sobretodo, un servicio de mesa; algunas veces se equivocaba y salía de estampía, corriendo como un condenado; si estaba con suerte, escapaba; si no, a la cárcel; salía y volvía a las andadas—; cuando el ladrón era tomado preso, El Chambeco buscaba otro compañero. Siempre se quedaba fuera y si era preciso huir tenía la ventaja de que lo hacía primero y a veces ni siquiera corría, caminaba despacio, haciéndose el tonto, aunque muerto de miedo. Esto era distinto. Fue buscado y encontrado solo el día antes, llevado y metido de un empujón dentro de una caverna que sólo había visto desde afuera, oscura además; no era un valiente: días atrás El Chano disputó a puñaladas, a cuchilladas, mejor dicho, un barrio en que robaba; alguien se metió a robar allí y eso no le gustó: dijo al competidor que si lo encontraba otra vez lo iba a dejar con las tripas en el sombrero y el competidor le dijo bueno, ya está, cuando quieras no más nos paramos a las que van y vienen, y se armó de un cuchillo y cuando se enfrentó con El Chano se fue derecho a él; El Chano no era ningún sunco e hizo lo mismo, y El Chambeco, con el alma que se le salía por las roturas de la chaqueta, tuvo que asistir al duelo; cuchillada va y cuchillada viene y en cierto momento El Chano alcanzó al otro con una cuchillada de punta en pleno pecho; El Chambeco se afirmó más en el muro en que se sostenía; por suerte, el cuchillo de su compañero no estaba bueno ni para pelar papas; suspiró y cuando terminó de suspirar tuvo la suerte de ver acercarse un policía: «¡Los pacos!», gritó, como si se tratara de un escuadrón, y todos huyeron: el pleito, por supuesto, no terminó, seguiría, y El Chambeco estaba pensando en buscarse un compañero que no fuese tan exclusivista. Casi dio un salto al sentir que alguien lo rozaba. ¿Quién era y para dónde iba en esa boca de lobo? Alberto encendió un fósforo y lo acercó a un cabo de vela, otro fósforo y otro cabo de vela se encendieron y se pudo ver que estaban en el taller de la tienda, sólo se veían útiles de trabajo, planchas, trapos, cajas de cartón, moldes de madera y sombreros en vías de compostura o de preparación. Cerca, una puerta sin hojas y más allá una mampara que la escondía; al otro lado la sala de ventas, con estanterías y mostradores y mesones, sillas y una especie de oficina resguardada por una rejilla de madera, dentro de la oficina un pequeño escritorio y un mueble que hacía el papel de caja; ambos tenían cajones que el diablito de Fortunato abrió sin mayor esfuerzo —los candados de la puerta trasera, con sus gruesos aros, se retorcieron como atormentados cuando Alberto, tras meter la punta de la herramienta en la abertura, dejó caer sobre la barra el peso de su cuerpo —; había un poco de dinero y facturas y papeles sin valor para ellos. Todo lo hicieron despacio y con el mayor sigilo; iban a estar allí cinco horas por lo menos y no tenían

apuro; debían, sin embargo, evitar la bulla: si el sereno los oía irían irremediablemente a la comisaría primero y a la Sección después, pues el hombre llamaría a todos los polizontes que pudiera: podría antojársele, además, dispararles su revolver con la seguridad de que si mataba a uno de ellos nadie lo condenaría: lo hizo en defensa propia, se declararía. Alberto, además, no llevó su revólver: Fortunato le pidió, casi le exigió, que no lo llevara; no quería exponerse a un tiroteo; era un ladrón, no un bandido; los bandidos reciben sentencias de diez años para arriba y ese espacio de tiempo lo juzgaba exagerado; su límite aceptable eran tres años. Es cierto que podía llegar el momento en que estuviese expuesto a una condena de diez años por «robos reiterados», según la frase usual, pero antes de llegar a esa situación abandonaría la ciudad, yéndose a otra en que no corriese un albur tan pesado. «Bueno, trabajemos». Empezaron a sacar de los estantes y vitrinas el objeto de su estada ahí —los de copa, con sus lujosas cajas, fueron desechados, así como fueron desechados los hongos, o «tongos», como los llaman los chilenos, sin que se sepa por qué les han cambiado una hache por una te— y metiéndolos unos dentro de otro, desechando los papeles de seda con que vienen rellenos, tal vez para que no se deformen, hicieron unas gruesas y largas orugas; las cortaron en trozos adecuados que envolvieron en papeles y metieron en los sacos; pusieron entre ellos y la arpillera pedazos de diarios y los papeles que encontraron, ataron los sacos y todo quedó listo. De pronto un sombrero llamaba su atención por el color o la textura; se lo probaban a la carrera, ya que no podían, con esa luz y con el tino que debían tener, ir a mirarse a los espejos, y luego lo metían dentro de otro; después tendrían tiempo para todo. Observaban los limpios y resplandecientes forros, los claros tafiletes, las cintas y las preciosos moños, los cordones: todo era nuevo para ellos, que nunca se habían comprado o tenido un sombrero como aquellos. Desde que entró, sin embargo, o un poco después, El Chambeco sintió que algo se movía en alguna parte de su cuerpo, más que moverse creció y una sensación muy conocida por él corrió por aquella oscura parte; al final se detuvo y produjo algo que podía considerarse como un dolorcillo o una repleción. No hizo mucho caso; era un hombre optimista. Horas después, ya empaquetado todo, se repitió todo el proceso y entonces pidió una vela prestada y desapareció hacia el taller. Volvió poco después para decir, en son de protesta y de interrogación al mismo tiempo: «¡En este negocio no hay excusado!» «No», explicó Fortunato: «la gente va al restaurante del frente». «¡Pero yo no puedo ir al restaurante del frente!», exclamó, mirando el pelotón de papel de seda que tenía en la mano: pareció desesperado. Los demás se encogieron de hombros y Manuel rió en silencio. «Agarra una caja de tarro de unto con tarro y todo», le insinuó Alberto, «y llévatela para adentro». Sintió que todo su ser se relajaba, ya que la proposición de Alberto le produjo risa —una risa que más bien fue júbilo, pues no alcanzó a expresarse oralmente— y el relajamiento lo asustó: cogió una caja de sombrero de copa, de cartón duro muy reforzado, y huyó hacia adentro. Los demás se quedaron en silencio, las velas apagadas, pues habían terminado de empaquetar —serían ya cerca

de las cinco de la mañana o un poco más—, sentados en los mostradores o en el suelo, sin fumar, dormitando, pensando o contando los minutos que les faltaban, y en silencio también, como la noche anterior, invisible también, reptó el hedor por todas partes, ascendió y penetró, inexorable, en las mucosas nasales. En ese mismo instante se oyeron los pasos del sereno, acercándose; se detuvo frente a la puerta y dejó a todos sin respiración, que era, por otra parte, lo que hubiesen deseado: si el sereno percibía aquella emanación, entraría en sospechas; se oyó el raspar de un fósforo y los pasos reanudaron la marcha del hombre; era, de seguro, su última vuelta y calcularon que dentro de poco podrían salir, escapar de aquel infierno. El Chambeco no volvió a la sala de ventas; se quedó, como escondido, en el taller. Un rato después se agruparon todos juntos a la puerta de salida, los bultos listos y el ánimo desfalleciente: aunque Cáceres tapó la caja del sombrero, la pestilencia continuó esparciéndose y parecía esperar, junto a ellos, el momento de salir y derramarse por el barrio. El silbido, muy bajo, marcó el compás de la primera frase del estribillo de «La Marsellesa» y Guillermo, abiertos y sacados los candados, levantó la puerta. Se oyó un «¡Ah!» de satisfacción y los cuatro hombres salieron, arrastrando sus sacos llenos de sombreros, dividiéndose en grupos que tomaron diferentes direcciones. Guillermo bajó la puerta y se unió a uno de los grupos. El hedor empezó a hacerse presente en la estrecha calle).

—¿Quiere el boleto de un sombrero? —preguntó Manuel a Aniceto, días después.

Andaban llenos de boletos de casas de empeño, Fortunato tenía su comprador y se deshizo rápidamente de su parte; los demás debieron vender y empeñar personalmente, en las innumerables agencias, los sombreros que les tocaron. Se podía ir a Valparaíso y a otras ciudades cercanas y así o del otro modo y poco a poco irían desprendiéndose de la «mercadería» Aniceto miró a Manuel.

—¿Un boleto de un sombrero? —preguntó.

—Sí, un sombrero muy bueno.

—Gracias —respondió Aniceto, que no necesitó hacer un gran esfuerzo para saber que había sido robado.

—Está empeñado en poca plata.

Los agencieros, españoles casi todos o todos, sabían cuando algo era robado —sólo era necesario, en la mayoría de los: casos, mirar al cliente—, y entonces ofrecían préstamos irrisorios que el ladrón, por lo general, estaba obligado a aceptar; además, recibiendo lo que el rata ofrecía en empeño, arriesgaban a que después, cuando vinieran los agentes, se llevaran la prenda con el pretexto de que era robada; los rateros sabían también esto y no exigían mucho; era un comercio honrado, realizado por honradas partes, sin contar a los compradores y «reducidores», más honrados que todos juntos. Aniceto no ignoraba nada de esto y tampoco ignoraba que jamás sacaría el sombrero, primero porque sería ridículo tener y ponerse un sombrero nuevo en los precisos momentos en que andaba con los zapatos rotos; segundo, porque no obtendría tan fácilmente el dinero para hacerlo, y tercero, el peor, porque no querría

exponerse a echarse en brazos de un agente que siempre rondaban las agencias en busca de cosas robadas—, gente que le preguntaría de quién era el sombrero, cómo va a ser tuyo un Borsalino nuevo si andas con las «gambas» que se te arrancan de las patas, quién le había regalado el boleto, cómo es que y cómo no es que, la gente más preguntona de la ciudad; quemaría el boleto apenas se separara de Manuel, cosa que hizo; El Chambeco, al día siguiente, le regaló otro, y se lo regaló con un gesto de magnanimidad que Aniceto admiró; quizá era la primera vez, y de seguro la última, que podía darse el lujo de regalar algo, aunque fuese nada más que un boleto de empeño, regalo el más miserable.

—Andan robando porquerías —le dijo René.

—¿Quiénes? —preguntó Aniceto, que no sabía una palabra del robo de sombreros.

—Los compañeros, Alberto y Guillermo. Son porfiados. Les he dicho que no deben meterse en raterías, que hay que tener paciencia, que hay que prepararse, que no se metan con ladrones «fuñingues»; no hacen caso. Si los tiras los pillan y algún juez los procesa, van quedar jodidos para siempre.

Le contó el robo y se rieron mucho, aunque el francés estaba enojado: quería que los expropiadores anarquistas guardaran una línea pura, casi quería que fuesen honrados, pero como una condición no ajustaba con la otra, debían, por lo menos, observar cierta conducta. Hablaba el español con acento francés, pero conocía el idioma y lo hablaba sin vacilaciones, con fluidez, era culto además, leía buenos libros franceses, Anatole France, Renan, Rousseau, Voltaire, le eran escritores conocidos y dio la mano a Aniceto, despidiéndose, y se fue aprisa tras un tranvía que se iba: la cobradora había tocado ya la campanilla y el conductor observaba el tránsito para cruzar la bocacalle. Aniceto lo miró irse y vio cómo atrás y más abajo de la cintura, al lado derecho, le zangoloteaba un bulto, de seguro la Colt del 12, que no cargaba sino cuando la tenía en la agencia; no le servía de nada, nunca le sirvió, que lástima, era una preciosa ama, dura y fría, soberbia, recogida en sí misma, como misántropa, lástima que la pignorase, en la agencia se vería degradada, al lado de zapatos usados y ropa sucia, guitarras y herramientas de trabajo, ¿por qué la compró, para qué quería usarla?, por cierto, para disparar con ella, pero ¿cuándo, con qué motivo, en qué ocasión, contra quién?, con el dinero que le costó pudo haber comprado ropa para su mujer y sus hijos, para sí mismo, sí, pero entonces no tendría pistola y era preferible tenerla, le abría la imaginación, lo que no hacían las camisas, los zapatos o los rebozos; por lo demás, pronto tendrían de todo y en eso tendría mucho que ver la pistola; el mango cabía bien en su mano, aunque era largo y grueso, y ¡qué placer disparar con ella!, contra árboles y hojas de diario, a veinte metros y de pie, a treinta y de rodillas, ahora a cincuenta, de pie, dispara, si quieres, y si vas a disparar contra un blanco en movimiento tómala con las dos manos así, es más seguro, hay que tener buena puntería, todos los compañeros deberían hacer ejercicios de tiro, es importante, y no era bandido, sólo pintor, contratista a veces, anarquista, por supuesto, pero un

anarquista de acción, no uno contemplativo, se le solía ver arriba de la escalera pintando un techo o una cornisa, cubierto el tronco con una blusa blanca, hecha del género con que se hacen los sacos harineros, y la pistola, pesada, colgándole del pantalón; le llegaba casi a las rodillas: hay que estar preparados.

Aniceto no supo por qué este hombre vino a Chile, qué hizo en Francia, en Lyon, su ciudad natal; supo sí que en cierta ocasión, unos años atrás, cometió un robo: tal vez se cansó de ser obrero, de contemplar, en la imaginación, años y años de escaleras, de pinceles, tarros de pintura, de pintores que fallan todas los lunes — tampoco supo si siempre había sido pintor o contratista de pintura o si sólo tomó ese oficio en Chile—, decidió hacer algo que le proporcionara, más rápidamente, dinero, dinero en buena cantidad, no ese salario que recibía como obrero o la parte que le quedaba cuando era contratista; ¿qué podía hacer?, odiaba a los comerciantes y a los industriales, o sea, a los burgueses, y entonces llegó a la conclusión de que lo único que se puede hacer si se quiere ganar dinero sin trabajar, es robar, estafar, chantajear, pero debe ser un robo privado, secreto, que sea difícil de descubrir, con algo de misterioso además, pues era individuo de cierto gusto y hubiese aborrecido ir a robar cebollas e incluso sombreros: eso estaba bueno para los palomillas, no para un anarquista, mucho más un anarquista francés: tenía que hacer honor a sus ideas y a su país, y pensó, buscó, observó hasta caer en la cuenta de que debería robar un banco, era el sitio indicado, pero ¿cómo?, no tenía medios ni experiencia, compañeros ni conocidos —los que tenía, fuera de los obreros anarquistas o simplemente obreros, era toda gente decente, importante alguna, que lo estimaban por ser francés, un francés culto, cosa poco común en Chile, libros, filósofos, escritores, artistas, conocidos que de ningún modo le ayudarían en nada que no fuera honorable y entre esos conocidos había uno que otro que en verdad era amigo suyo, el ingeniero Godoy, por ejemplo, que en su juventud había sido simpatizante anarquista y a quien ayudó, en cierta ocasión, a cuidar a su mujer, víctima de una epidemia de viruela, arriesgó contagiarse y no le importó y Godoy quedó muy agradecido y se rió mucho, no porque le hubiese ayudado sino porque en la penúltima noche, ya fuera de peligro su mujer, compró, para celebrar la mejoría, un pedazo de queso suizo o francés de muy buena familia, y como el francés dormía en un pequeño galpón y su sueño era pesado, las cucarachas le comieron los bigotes—; cambió de dirección y se le ocurrió robar en un museo, era lo más fácil, nadie queda allí de noche, sólo un loco iría allí a robar algo y ¿qué haría con ello?, los chilenos no tienen cultura, la mayoría por lo menos, y no saben qué valor puede tener un cuadro, un buen cuadro; él era francés y lo sabía; visitó el Palacio de Bellas Artes y buscó algo que fuese valioso y que se pudiera robar y vender, no en Chile, por supuesto, si en la Argentina o en otro país, las obras de arte poseen eso de bueno: tienen el mismo valor en todas partes, no para todo el mundo, sí para los entendidos, y después de mirar y remirar fijó su atención en un cuadro pequeño, sombrío, de marco dorado que representaba una figura: la firma decía Velázquez y era auténtico, no una copia; durante semanas y semanas espió el



movimiento del edificio, quién sale, quién entra, a qué hora se van, a qué hora llegan, con gran sorpresa descubrió un cuidador, pero el cuidador, de seguro, descuidaría la vigilancia en ciertos días, los sábados, por ejemplo, o los domingos, que parecen menos peligrosos; examinó cada ventana y cada puerta, las entradas, había una bodega, una sala de refacciones, dos pisos; eligió su ventana, esa, pequeña, fácil de manejar, de abrir, y con un formón y otras herramientas, entre ellas un pequeño diablito, como la pequeña ventana estaba detrás de unos arbustos bastante crecidos, logró, en una hora de paciente trabajo, sacar casi por completo la ventana, no sólo abrirla, se descolgó y antes de cinco minutos salió con el cuadro envuelto ya en papeles: Velázquez. Lo llevó a su casa, una casa pobrísima en un barrio más pobre aún y no supo donde meterlo, los hijos, pequeños aún, podían encontrarlo, ya que no existían muebles ni nada que tuviese cajones seguros, y hacer con el Velázquez quien sabe qué, mira este viejo con pera y bigote, ¿pintémosle unos anteojos?, ya, y una barba, ¿cómo le andaría?, rebién, o lo usarían para jugar al almacén o las visitas y el cuadro, que estaba avaluado en muchos miles de pesos, quedaría irreconocible e invendible. Los diarios publicaron grandes noticias del robo, era la primera vez que en el país se robaban una obra de arte, un ladrón original, hasta aquí sólo han robado gallinas y ahora, ¡dígame usted!, la ciudad subió de categoría, un ladrón de buen gusto, de seguro extranjero, tal vez el mismo que se robó o se quiso robar «La Gioconda», ¿qué hará ahora?, pudo robarse un Valenzuela Llanos, un Rebolledo, nada, se robó un Velázquez; la policía avisó a sus retenes de frontera y los gendarmes cordilleranos no supieron exactamente de qué se trataba y supusieron que el robado era un señor Velázquez o un hijo de él, ¿un cuadro?, las aduanas deben revisar los equipajes que salen por mar o por tierra, se avisó a la Argentina, a Perú, y René se sintió orgulloso: le quitó al cuadro su marco dorado, con un oro viejo y mate, y lo enrolló y no supo tampoco dónde guardarlo, enrollado era más susceptible, el barniz se saltaría o la tela se quebraría y el hombre de pera y bigote quedaría todo chueco, a pesar de ser un Velázquez: no podría venderlo ni sacarlo del país, ni tenerlo en su casa ni llevarlo en el bolsillo o bajo el brazo, ¿qué hacer? Lo único que se podía hacer era destruirlo, pero era un hombre culto y pensó que no se podía hacer eso con una obra de arte, ¿cómo destruir, por gusto, algo que un artista creó con tanta maestría y buen gusto? No quiso preguntar a ninguno de sus conocidos, por ejemplo, al ingeniero, qué podría hacer con el robo, y no quedándole otro camino decidió devolverlo: lo envolvió en un papel Manila, le puso la dirección del Palacio y lo despachó por correo; perdió, en toda la operación, algún dinero y bastante tiempo, pero quedó satisfecho: era un robo casi elegante, de guantes blancos; así, ¿cómo podía mirar con simpatía el hecho de que sus camaradas robaran lo que habían robado? «¿Vamos dónde René?», propuso una noche Alberto, después de beber unas copas de vino. Aniceto, más o menos alegre, contestó: «¡Vamos!» y, enseguida se sorprendió de su entusiasmo, se arrepintió casi, y fueron: era un barrio sin pavimento, con hoyos y montones de basura, perros y gatos muertos, miserablemente iluminado,

larga hilera de casitas de ladrillos con una pieza y un patio casi peor que la calle; los niños habían abierto trincheras y construido lagunas y amontonado una gran cantidad de ladrillos que se robaban de todas partes: tenían el proyecto de construir una pieza para estar solos, ya que sus padres peleaban a cada momento: «¡Rota mugrienta! Deberías estar orgullosa de haberte casado conmigo. Acuérdate que te saque de un conventillo» «¿Y qué, pues? ¿Acaso vivo en un palacio?» «¡Eres una imbécil! No entiendes nada ni sabes nada». «Lo más bien que te has dado gusto conmigo: cuatro chiquillos me has hecho y sigues haciéndole empeño». Los hijos no sabían bien de qué se trataba, pero los gritos y los gestos los impelían hacia el patio, en donde peleaban ellos. Al llegar a la calleja, más entusiasmados porque venían cantando un himno revolucionario, Alberto disparó dos tiros al aire, ladraron los perros, se cerraron o se abrieron algunas puertas y un niño pequeño y flaco, según lo vieron después abrió la puerta de la casa de René y miró: no vio más que un bulto de hombres que avanzaban saltando por los baches y gritó: «¡Papi! ¡Unos guaraqueros nos vienen a asaltar!» El padre, que no tenía su Colt, no se inmutó: nadie vendría a asaltar su casa, no existía allí nada que robar; ¿quién le iba a robar un hijo o la mujer? Era baja, morena, siempre con la cabeza revuelta, mal vestida, viva y sucia. Era raro, muy raro, ver a este hombre, francés y culto, estar casado o tener una mujer semejante, pero, al parecer, a pesar de ser francés, la quería: una buena hembra, trabajadora, fiel, y si andaba mal vestida, si hablaba como la más procaz de las chilenas, no se la podía culpar de que hubiese elegido todo eso; simplemente, le había tocado, como le tocó ese marido, y no podía sino resignarse. René debería haber pensado en todo eso, ya que era un hombre culto, pero tenía muchas otras cosas en qué pensar: en su pistola, en lo que podría hacer con ella, en lo que haría, en lo que pudo hacer y con eso y con trabajar para alimentar a todos, tenía más que suficiente. Aniceto se asombró de la sordidez de la casa y del ambiente, del aspecto de la mujer y de los niños: andaban semidesnudos, sucios, desaliñados, y el que anunció que venían asaltantes era una especie de lombriz vestida con una camisa y un pantalón sujeto al hombro por una tira de género. Lucía una cara fina, casi aguzada, como de ratón, ojillos vivaces, y los amigos rieron al entrar y saber que había gritado que venían bandidos, ¿qué podían robarle a él, quién se fijaría en él?, era una pulga, un gato de suburbio; los observaba: el hecho de que dispararan un revólver les daba, a ojos del pequeño, un gran prestigio, ¿cuál de esos hombres había sido?, examinaba a uno y a otro y preguntó: «Papá, ¿quién tiró ese balazo?» René señaló a Alberto: «Este hombre, Manuelito; nunca te metas con él». Eran tres varones y una mujer; el mayor, alto, proporcionado, ostentaba una gran diferencia de rasgos; era casi hermoso, con el pelo dorado y rizado, cabeza redonda, piel blanca; parecía estar sumido en un sueño, sin oír lo que se decía y sin importarle quiénes estuviesen ahí. Se llamaba también René, pero le decían Totó, apodo extraordinario en Chile para un varón y en una casa así, pero su padre era francés y él había heredado todo lo que de gallo podía tener su padre. Al lado del pequeño, que era como el receptor de todo lo chileno que podía

tener la madre, Totó parecía una imagen. No había allí nada que beber, nada que servir, un café o un vaso de vino, era tarde y los niños estaban con sueño: todos dormían en la misma pieza. A los amigos. Se les había ya desvanecido el vino y, por otra parte, no daban muchos deseos de estar allí. Era preferible la calle. Además, sin su pistola, René casi no tenía de qué hablar, salvo del tiempo o de la salud de los demás y suya; había olvidado a los escritores franceses: solo pensaba en su Colt. Llegaría el momento en que empobrecería más, en que se le desvanecería el hogar, y la pistola, sin poderla rescatar, se perdería, tal como su juventud y su edad madura, y no podría ya hacer otra cosa que detenerse en las vitrinas de las armerías y mirar las armas, en tanto El Chambeco, por otros lados, seguiría mirando las vitrinas de los restaurantes. Ninguno de los dos habría hecho nada, no pudieron, no fueron capaces, querían tenerlo todo para hacer algo, oh, no. ¿Y a cuántos les pasaría lo mismo? El tiempo fluye, viene de todas partes y pasa hacia todas partes; la ventolera es grande.

Por allí termina la ciudad, por lo menos la parte céntrica; árboles secos que salen de una tierra también seca; perros semisecos, borrachos con deseos de humedecerse y hombres que no esperan nada y duermen en los bancos y a veces en el mismo suelo (total, para lo mugriento que ando); un poco más lejos, hacia donde va acercándose, la Estación Central; más lejos aún un barrio conocido sólo por sus moradores. Ha oído hablar de la Pila del Ganso; no le dice nada y lo mismo le daría que se llamara la Fuente del Avestruz o El Surtidor de la Mona: más árboles secos, más tierra seca, más perros, más borrachos y más vagos o desocupados. Se oye pitear las locomotoras y una que otra atraviesa la calle arrastrando vagones de carga o de pasajeros. En las aceras, gente que vende algo, siempre hay alguien que vende algo, peras buenas o peras podridas, plátanos en vías de ennegrecer, dulces con moscas. Puede pensarse en un pueblo de comerciantes, la verdad es que son tan comerciantes como él, quieren ganarse la vida vendiendo algo, ganar un poco, saben que no van a ganar mucho, sobre todo si venden plátanos que se están poniendo como el carbón, sino para comer y para la pieza y una que otra pilcha usada; lo malo es que gritan, si no gritaran no sabrías que existen, ya que no los ves; nada más, para su desgracia, los oye; los ve cuando se acercan demasiado: «¿Quiere tortas de Curicó?» ¿Para qué quiero tortas de Curicó? No tengo trabajo y me siento aburrido de esta ciudad, de trabajar de pintor, quisiera cambiar de oficio y de ciudad. ¿Si me fuera a Valparaíso? Es un día de sol, pleno otoño, y tiene siempre el pelo hacia adelante, agresivo, aún carece de peineta, no la tendrá nunca, el sombrero resbalándosele hacia el pescuezo, hacia la nuca, los ojos perplejos, el bigotito dorado. *Esperanto está idioma internacia*. Ha avanzado poco en el estudio del idioma de los que sueñan en hablar uno mismo en todo el mundo y tendrá que apurarse. El libro le abulta en el bolsillo, un libro a la rústica, «Fuerza y Materia», de Moleschott, un materialista holandés, como de concreto, que no dice ni afirma nada que no sea sólido, definitivo, inmovible. No obstante, habrá algo inmaterial, el pensamiento, el sentimiento. ¿Cómo piensa uno, cómo siente? Moleschott habla del Universo, del Sol, de las fuerzas magnéticas o eléctricas, del calor, no dice nada del hombre en sí mismo, por qué piensa o siente de una manera o de otra; eso le interesa, más aún, le inquieta. Hay en el hombre algo imponderable, no pesable, no observable a simple vista ni con microscopio, algo que ni uno mismo sabe dónde lo tiene. No sé por qué, me parece que hay mucha gente por aquí. Por la orilla de la Alameda, principal calle de la ciudad, corrían unas pequeñas acequias, no tenían casi forma y servían para regar los árboles y a veces para apaciguar la tierra. Pasa al lado de una y logra vislumbrar un grupo de hombres; se acerca más: son obreros, trabajadores, trabajadores o peones, de esos que no saben hacer nada y que pueden hacer de todo si se tiene la paciencia de dirigirlos; así como son han hecho y hacen muchas cosas, ganado una guerra que

produjo millones de pesos de alto valor, tendido ferrocarriles, trabajada las montañas de plata del norte, abierto los piques de las minas de carbón y de las minas de cobre de los gringos; lo han hecho todo, y parece que no saben hacer nada, nada más que tomar y emborracharse, eso se dice, olvidando los ferrocarriles, las minas, olvidando también las haciendas, en donde trabajan desde siglos, sembrando viñas, levantando bodegas, alambrando, arando. Lo raro es que estén ahí, sentados en las orillas de las acequias, mojándose en ellas las manos, escupiendo y hasta orinando, por aquí no hay dónde hacerlo y si lo pilla a uno un paco, capaz que le meta una multa.

Un hombre se desprende del montón y se acerca a él.

—Camarada Filín —dice.

Filín, que no distingue bien nada que se acerque a él de improviso, retrocede un paso.

—¿Quién es? —pregunta, aunque la voz le ha dicho algo, recordándole a alguien.

—Soy Germán, Germán Jiles —responde, sonriendo, un hombre como de treinta años.

—Ah, Germán, Germen Jiles, cómo le va. ¿Qué anda haciendo por acá?

Se estrechan las manos.

—Ando viendo que tal son las condiciones de este enganche.

—¿Enganche? ¿Hay un enganche?

—Sí, gente que contratan para las salitreras. ¿No ha visto toda esta gallada?

—Sí —miente Filín—. ¿Qué hacen?

—Andan en las mismas. Parece que necesitan gente en salitreras.

Germán Jiles es un hombre bien hecho, bien delineado, no sólo de cuerpo sino también de cara y casi hasta de inteligencia; todo parece estar bien puesto en él, hasta el bigote. Filín lo conoce de haberlo visto en la peluquería de Teodoro. Una o dos veces por año, desde que está en Santiago, ve a Germán Jiles volver de alguna parte, desde las minas de Las Condes, desde las de Lota, desde las estancias de la Patagonia, desde las salitreras. Es santiaguino, pero no le gusta vivir en ciudades y se va y vuelve. Conoce su país al dedillo. Está unos días en la capital, conversa con los camaradas, especialmente con Teodoro, que es, gracias a su oficio, el que más está al corriente de lo que ocurre, compra alguna ropa, se acuesta con alguna putita, adquiere libros y a los pocos días empieza a buscar para dónde irse.

—¿Y qué trabajadores necesitan?

—Bueno, reciben de todo, peones de chuzo y combo, lo que venga, carpinteros, pintores, lo que sea. En las salitreras necesitan de todo, hasta cocineros, aunque no sepan hacer más que porotos con fideos y huesillos con mote.

—¿Y las condiciones?

—Dan unos pesos adelantados y el pasaje, en cubierta, es claro, pero para el norte no hace tanto frío.

Filín siente pasar una racha que lo arrastra hacia el norte. No conoce más que el sur del país, lo recuerda húmedo y frío y le han dicho que el norte es seco y caliente.

¿Por qué no ir?

—¿Hay un enganche no más?

—Por ahora, uno solo, pero en la pampa se puede elegir para dónde ir. Esta firma tiene varias oficinas.

—Es que yo no quisiera ir como pintor.

—Diga que es carpintero.

—¿Usted se va?

—Tengo hartas ganas. No conozco el interior de Tocopilla. No he estado más que en el puerto y en una salitrera que está cerca de la costa. Si quiere, vámonos en este enganche.

Filín tiene, por supuesto, una pieza y esa pieza está en la casa de una señora que da de comer a algunos pensionistas, arrendando también dos piezas con comida. La casa, de adobe, con un gallinero al fondo, está cerca de la peluquería de Teodoro. ¿Qué hacer con la pieza, a quién dejarle todo? ¿Y qué es necesario llevar?

—¿Hay que llevar ropa?

—Es claro. La ropa de uno y frazadas.

—¿Usted lleva?

—Sí, aquí llevo una mochila.

Sólo entonces ve Filín que por el hombro de Germán pasa una correa que sujeta algo que va a la espalda.

—Me gustaría ir, pero tendría que ir hasta la casa.

—Va a perder el enganche; la gente va a embarcar de repente.

—¿Y usted?

—Ya estoy inscrito. No pedí anticipo, no me gusta, y si me arrepiento, no voy.

Filín empieza a desesperarse.

—¿Y qué hago?

Germán se encoge de hombros.

—Usted sabrá; si quiere irse ahora le puedo prestar ropa; además llevo una frazada de buena familia. Por allá compra lo que necesita. ¿Tiene algo de plata?

—Algo, no mucho. Aguantar la ropa sucia no me cuesta nada, pero ¿qué hago con la pieza?

Germán se echa a reír.

—¿Me va a decir que tiene una pieza?

—¿Creía usted que vivo al aire libre? Tengo una pieza en casa de la señora Rosario.

Germán ríe otro poco y Filín ríe con él.

—Ella le puede guardar sus cosas.

—Sí, pero tendré que pagar el cuarto mientras esté fuera y ni loco que estuviese. ¿Cómo voy a saber cuánto tiempo estaré en el norte?

Germán calla. Hay un silencio como embarazoso. Por fin dice:

—Bueno, camarada, lo dejo.

—¡Espérese! —exclama Filín—. Me voy con usted. ¿Dónde hay que alistarse?

—Venga; lo llevo.

Cuando la gente desfiló hacia la estación, Filín iba entre los primeros, al lado de Germán, que le hablaba del norte. La hilera hubo de atravesar, en su viaje a la estación, las acequias, y al pasar la última Filín recordó que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón la llave de la pieza, una llave larga y negra. ¿Para qué? La sacó y la dejó caer al agua.

La señora Rosario es una mujer casi vieja y del todo fea, y su marido un joven delgado, con el pelo ralo y la piel como quemada recién por un sol fuerte o por el resplandor de un horno o como si se estuviera quemando. Le dan continuos ataques y los ataques parecen elegir las horas menos apropiadas para sobrevenir, generalmente las de almuerzo o comida, cuando los pensionistas se disponen a beber su sopa o empiezan a pelear con su bistec con porotos. Le dan también de noche y también en momentos poco adecuados y Filín, muchas noches, al atravesar el dormitorio de la pareja —no se sabe si son casados o no y a nadie le interesa averiguarlo: el joven llegó de pensionista completo, es decir, pieza y comida, y trabajaba en algo que tampoco nadie recuerda; enfermó allí, se suponía que de epilepsia, y la señora, nadie sabe tampoco cómo, lo llevó para la pieza que ella ocupaba y ocupa, que es también el comedor—, al atravesar en la oscuridad y tropezando con todo, sentía algo que nunca pudo identificar si eran estertores de amor o de epilepsia, tan parecidos parecían. El joven no trabaja, por supuesto, porque ¿qué puede hacer, qué trabajo puede realizar con esas convulsiones que en ocasiones lo arrojan al suelo? Ninguno.

La señora lo ve al pasar.

—¿Cómo está, Chetito? ¿No sabe que Filín se fue?

Los chilenos han reducido a Cheto el nombre de Aniceto —tienen, como todos los pueblos, la tendencia a achicar las palabras— y cuando ganan alguna confianza con él, sobre todo las mujeres, le llaman Chetito, cosa que en ninguno de los dos casos le hace gracia: en el barrio vive un individuo llamado así, aunque este otro Cheto difícilmente merecerá el apelativo familiar de Chetito, salvo de su madre, si aún vive. Trabaja en el servicio municipal nocturno y atiende una barredora que lanza una cantidad increíble de tierra encima de los que tienen la desgracia de encontrarse con él y su máquina a altas horas de la noche, aunque la máquina es lo de menos: lo peor es que el Cheto es un maleante, hombre alto, joven, delgado, con largas piernas que parecen doblarse al caminar y que no se doblan cuando, cuchilla en mano, se enfrenta a alguien. Tiene dos cuchillos, uno más largo y otro más corto y usa el más corto o el más largo según sea su contrincante o según le aconsejan sus compinches. («Voy a pelear con El Barata. Qué cuchilla te parece que use». «El Barata tiene los brazos relargos; usa la largota»). Se dice que de noche y mientras maneja la barredora, roba a los borrachos que encuentra atravesados y que no se atreven a seguirlo en ese momento ni nunca: arriba de la barredora es inatacable y si no está

arriba de la máquina está con las piernas abiertas y con la larga o la corta en la mano. Échale, guapo. Amigo de Teodoro, cuenta a este sus fechorías y muestra sus armas.

—¿Y para dónde se fue?

—Se las echó para el norte, en un enganche.

—¿Y la pieza y sus cosas?

—Ahí dejó todo botado. Le escribió a Carlos desde Valparaíso; que hagamos la que queramos con las piezas y sus trastos; pero no sabemos qué hacer.

A Aniceto no se le ocurre nada y decide seguir su camino.

—Bueno, señora Charo, mucho gusto; hasta otro día.

—Hasta pronto.

A los cuatro pasos la señora Rosario lo detiene con la voz:

—Oiga, Chetito, si conoce a alguien que quiera venirse para la pieza que dejó don Filín, me avisa.

—Ya, pues.

Repite los pasos y nuevamente la señora lo detiene:

—Oiga, ¿y por qué no se viene usted? La pieza tiene lavatorio, cama, velador. Claro es que todo es de don Filín, pero como él se fue...

Sí, se ha ido y escrito que hagan con sus cosas lo que quieran, ¿pero tiene la señora Rosario el derecho de arrendar lo que no es suyo? Seguramente, no, pero es que ya las cosas como que no son de nadie. El mismo Filín ha mandado decir que...

Aniceto, tentado y arrepentido, retrocede dos pasos.

—Me gustaría, señora, pero no tengo trabajo.

—Alguna vez tendrá...

—A lo mejor.

—Usted sabe que pido baratito. No le cobraré nada por los muebles, por la cama, la silla y el velador, tampoco por la ropa; como no es mía...

Aniceto la mira con atención: es fea de veras, pero su fealdad es de vejez y de pobreza; en la boca tiene sólo los colmillos y quizá algún molar fondeado por ahí; arrugas, un pelo oscuro y opaco, ropa humilde; es la vejez y la pobreza, fealdad de ambas. Aniceto, invitado por Filín, ha comido allí dos o tres veces. Es también una comida pobre y también fea: porotos, cohayuyo, papas, lucbe, lechuga, una carne que según Filín es cortada del mismo culo del diablo, fideos, un pan amarillento, café, leche, pero Aniceto y Filín saben que ese es el color y el sabor y el aspecto de la pobreza; están acostumbrados a ella y no pueden exigir más. La señora Rosario, por otra parte, es simpática; ríe con sus colmillos todos los chistes de sus comensales, los quiere, los aprecia y si no les ofrece una comida mejor es porque, realmente, no puede; si con lo que le pagan pudiera comprar su congrio, su pavito, gallinas, mantequilla, sus chuletitas de chanco o su pierna de ternera, lo haría de buena gana. Hasta los que se le van debiendo le parecen buenos muchachos; si no pagan es, de seguro, porque no pueden. La presencia de su hombre, delgado, macilento, que fue un obrero animoso y un sindicalista ferviente y que ahora parece un ser que se está



quemando, la hace pensar que a todos les puede pasar lo mismo y que por ese motivo hay que mirarlos y considerarlos del mejor modo posible. Sólo se trata de vivir —¿de qué otra cosa?— y hay que vivir como se puede. Aniceto se tentó de veras. Tener un cuarto... Puchas.

—Si don Filín vuelve —agregó la señora Rosario, remachando el clavo— usted le devuelve sus pilchas y su cuarto y listo el pescado.

Es imposible decir que no y Aniceto acepta.

—Ya, bueno.

—Vaya a ver el cuarto.

La señora tiene otra llave, larga y negra, y abre. La pieza es pequeña y tiene, además de la puerta, una ventanita abierta a una altura cercana al techo mismo y tan chica que por ella sólo podría pasar un gato, aunque para un gato está un poca alta. Es más bien un agujero y no tiene, por supuesto, postigos, y cuando la puerta queda abierta se forma una corriente de aire que no promete nada bueno, sobre todo en épocas frías. Las paredes son de adobe, deformes, con promontorios por todas partes; Aniceto las tantea: le parecen de enquinchado, esos muros que se hacen con ramas y barro y que duran centenares de años.

—Con su permiso, voy a ir a ver el almuerzo.

Aniceto se siente un poco intimidado: va a entrar en una parte de la vida de Filín sin que Filín esté presente, a examinar sus cosas, lo que tenía y lo que hacía con ello, cómo lo trataba. A pesar de que el español es materialista, de lo que menos se acuerda es de la materia; parece soportarla nada más: la comida, la cama, la ropa, el vestuario, le son indiferentes, como indiferentes le son las peinetas y quizá las mujeres, seres y cosas difíciles de adquirir y más difíciles de conservar. Los libros, no; son de uno, se entregan a uno y se puede guardarlos o regalarlos o prestarlos; lo demás, no; tienen precios absurdos o personalidad y pueden perderse o ser robados o irse por su propia cuenta. Ahí están, colocados unos encima de otros sobre una silla de madera y sobre dos cajones, con los lomos deteriorados, enriscadas las puntas de las páginas, dobladas algunas, todos llenos de sabiduría. Aniceto se inclinó: son libros de editoriales españolas y tratan de cosas científicas o ideológicas, de la sociedad futura y de la sociedad presente, a la que hay que destruir, de la fuerza del hombre cuando se une para defenderse y para defender puntos de vista altos, morales, inmateriales, es decir, no tangibles, aunque más valiosos que los meramente espirituales, ya que esos puntos de vista morales, inmateriales, tienen que ver con la vida material de la gente; un punto de vista determina una situación o una posición; historias de revolucionarios rusos o filipinos, italianos o españoles; discutían algunos sobre si la sociedad futura debería ser comunista o individualista y otros decían que esas discusiones eran inútiles, que lo principal o primero es hacer la revolución y que después se puede discutir o deparar a la práctica si la línea a seguirse sería una u otra. Destruyamos la propiedad privada o la idea de la propiedad privada, todo es de todos y para bien de todos, los medios de producción deben ser comunes, cada uno según sus medios y a

cada uno según sus necesidades, después conversamos. Pero algunos no están conformes (y este es uno de ellos: se detiene detrás de la mesilla que hace de tribuna, mira al auditorio de modo que le causa miedo y dice: «Yo soy yo y no soy tú; lo mío es mío y no es lo tuyo; yo trabajo y tú también, pero nuestro trabajo es individual e individual también nuestro producto, aunque no importa que los frutos sean iguales. Pero el Único es el Único y su Propiedad es su Propiedad y sagrada. Yo soy yo, siempre yo, y tú eres tú, siempre tú». Se detiene, muestra los dientes, cosa que causa mayor pánico al auditorio, que la llama La Fiera, y prosigue: «Sí, yo soy yo, el Individuo y su Propiedad, y mi Propiedad es mía y mi Individuo es mío, sí, todo con mayúsculas, como mis Zapatos, yo soy zapatero y los zapatos que hago son mis zapatos, no los zapatos tuyos: los entrego a cambio de lo que necesito, a cambio de tus panes, si eres panadero, o de...» Se detiene de nuevo: se da cuenta de que la enumeración de los trueques puede llevarlo a límites peligrosos: hay allí herreros, albañiles, tipógrafos, pintores, sin contar con que en alguna parte están los curtidores del cuero y la suela y los hombres que venden el cuero y la suela, otros que hacen las estaquillas y las tachuelas, la cera, el hilo y así hasta quién sabe dónde. Pero le gusta hablar del yo, Yo, lo mío, y no tiene sino un pequeño taller, es decir, una pieza y una banca en que trabaja, una silla de paja —¿cómo se las irá a arreglar con los vendedores de sillas de paja?—, una cama y algunos utensilios de cocina, el Individuo y su Propiedad. Quiere hablar del ser humano, del yo íntimo de cada uno, de la realización de la personalidad, quiero esto, quiero *estotro*, soy libre de elegir y de crear, pero, sin saber cómo, se mete en enredos de los cuales quiere salir repitiendo. Yo soy Yo, una y otra vez y sin que nadie pueda desmentirle. Su mujer es su mejor discípulo y cuando alguien, más gregario y tendiente a la sociedad comunista, osa contestar, exponiendo turbiamente sus ideas, se encuentra con un frente difícil siquiera de enfrentar, no ya de conquistar. «Permítame, camarada...»).

Aniceto da una vuelta completa a la pieza, esa pieza que desde ese momento hasta no sabe cuándo va a ser suya. Detrás de la cama, que está colocada siguiendo la línea más larga de la habitación, encuentra un montón de ropa. La remueve con el pie y junto con observar una araña que sale apresuradamente de entre el montón, se da cuenta de que es ropa sucia; toma de una pierna un calzoncillo, una larga pierna, y la mira de cerca: es ropa nueva, así lo dice el tejido, y entonces se atreve a abrirlo más, tirando de una y otra pierna, y se convence de que no cabe duda de que es ropa nueva y también de que es ropa sucísima, y lo mismo ocurre con las camisas y las camisetas y los calcetines, que parecen mantenerse parados por propia iniciativa. ¿Qué ocurre? No hay nada limpio y tampoco están limpias las sábanas, que presentan un color que nunca o rara vez ha visto en sábanas. No puede, sin embargo, quejarse: sus sábanas no tienen color alguno, pues carece de ellas y quizás si es preferible tener sabanas color ratón que no tenerlas de ningún color. Frazadas hay dos, muy ordinarias, negras, casi del mismo color de las sábanas o semejante, pero tampoco tiene frazadas y ni soñar que tenga un catre como aquel, viejo, sí, de hierro, con unas perillitas de

bronce, un poco endeble, con un somier de alambres puestos en losanges y una colchoneta de algodón, pero un catre. El único problema es la ropa sucia. En cuanto a las sábanas, cuando tenga dinero las hará lavar. Busca un saco y lo llena de ropa sucia. ¿Qué hacer con ella? Ignora por qué está allí esa ropa, pero no puede tirarla a la basura, no es suya y Filín puede volver y preguntar: «¿Dónde está la ropa sucia que estaba aquí?» También la hará lavar. Al salir dice a la señora Rosario que acepta la pieza, que volverá pronto y que le agradece el ofrecimiento que le ha hecho, pero ¿qué pasa con la ropa sucia? ¿Sabe algo de eso?

—Sí —contesta—, don Filín es medio estrafalario: no hace lavar nunca la ropa, dice que para no tener preocupaciones. La usa hasta que ya no puede aguantarla y compra otra nueva. La vieja la tira detrás de la cama. Guárdela por ahí o bótela. Yo creo que no volverá más y si vuelve ni se acordará de lo que dejó aquí.

Hay una palmatoria y un cabo de vela, un cepillo de dientes con siete u ocho pelos, un vaso empavonado de pasta dentífrica y unos zapatos viejos, con la punta enriscada hacia arriba, como algunos zapatos chinos vistos en un libro. Ese es todo el ajuar de Filín y ese, menos la ropa sucia, que no podrá usar porque está sucia y porque además le quedaría muy chica, es también todo su ajuar. Por lo menos tiene una vela y libros, sin contar con lo demás.

La señora Rosario le pregunta, al regresar, si quiere comer, pero Aniceto, que no tendría con qué pagar, dice que no.

—¿Y dónde va a comer?

—Por ahí.

La señora Rosario echa hacia atrás los labios, muestra los colmillos y dice, haciéndose la enojada:

—No sea leso; venga a comer.

Quizá no hay gente más preciosa que aquella que sabe que alguien tiene hambre y que lo único que hay que hacer es darle de comer. Por suerte, Voltaire encontró trabajo para los dos. Estaba lejos y tendrían que viajar en tranvía un poco más de media hora, pero parecía un trabajo durable: una maestranza de tranvías, un destartalado y frío galpón en que reparaban los vehículos. Corrían por el sur de la ciudad y se caracterizaban por su tamaño, enormes, amarillos, serios, impersonales, y admitían centenares de pasajeros. «Córrase para adelantito» decía el cobrador, aunque ya el tranvía no aceptaba gente ni atrás ni adelante; cabían, sin embargo. Iban apurados a su trabajo y soportaban cualquier incomodidad, en la mañana, con tal de llegar a donde fuese, y las mismas incomodidades, en la tarde, con tal de regresar a su casa. Eran barrios obreros que no tenían otro transporte. Había dos tarifas una en los bajos, otra en los altos. Los bajos eran cerrados; descubiertos, abiertos, mejor dicho, los altos, sólo con un parapeto de latón y un techo; el viento entraba por todas partes, es decir, no tenía necesidad de entrar: corría por todas partes, soplabla. En verano, sobre todo en las noches calurosas, ir allí era una delicia; en invierno era diferente: los que viajaban allí parecían ir derecho al cementerio, con las manos en los bolsillos

o bajo los brazos, dentro de la chaqueta o refregándoselas entre sí casi con desesperación, sintiendo que de pronto se les iban a caer al suelo junto con las narices y las orejas; los trabajadores, con bufandas alrededor del cuello y hasta sobre el pecho, algunos con las gorras hasta las orejas para defenderse un poco del penetro, como llaman al viento frío, pensaban en cosas poco edificantes murmurando palabras menos edificantes aún.

Durante la primera semana tuvieron que viajar de la misma manera; y aunque todavía no era invierno sino sólo mediados del otoño, se dieron cuenta de que tendrían que defender ese trabajo aunque fuese a puñaladas, soportar cualquier cosa, trabajar como leones, llegar temprano, no pelear con el maestro, saludar con sonrisas al contratista. En las primeras dos semanas les tocó un trabajo más o menos soportable: dar aparejo y primera y segunda mano a tres de aquellos armatostes y lo hicieron tan a conciencia y con tal rapidez que el segundo sábado, a mediodía, antes del pago, los dejaron listos. El maestro estaba asombrado y entusiasmado el contratista: eran buenos oficiales. La rapidez y la eficiencia se pagan caras a veces, sin embargo: terminados los tres tranvías, tuvieron que empezar con dos más, sin tocar aún, y les llegó la hora del arrepentimiento: había que empezar por el principio, o sea, por apomazarlos para quitarles toda la pintura y eso debería hacerse con piedra pómez, agua fría y soda cáustica. Ya no tenían que viajar arriba de los tranvías, en la imperial, como se decía, pero ¿de qué les servía trasladarse calentitos desde la ciudad si al llegar al taller debían sacarse las chaquetas, llenar de agua fría dos tarros, echarles soda, meter allí trapos y enseguida las manos y empezar a pasar la maldita piedra pómez?

—Me voy a comprar una camiseta de franela —anunció Voltaire con el aire de quien anuncia que se va a comprar una hacienda.

—¿No les gustó apurarse tanto? —preguntó, sonriendo, un maestro que no trabajaba con ellos—. Eso les pasa mucho a los tontos.

—Viejo intruso —murmuró Aniceto, mientras tiritaba, con las manos como de vidrio, apomazando la parte baja de uno de los carromatos.

—La verdad es que fuimos bien jetones —comentó Voltaire.

—Sí, nos apuramos demasiado, pero no por eso este viejo nos va a llamar tontos. Total, no todos los trabajos son buenos o todos son malos. A la porra.

Trabajan en silencio, cada uno entregado a sus recuerdos o divagaciones, los brazos duros de frío y las manos ardientes con la mordedura de la soda cáustica. Aniceto no puede olvidar el último verano ni mucho menos el paisaje y el ambiente de la costa. Le parece, por momentos, estar allí. Es una región poco poblada. Por un lado el océano, por el otro las colinas; entre colina y colina, quebradas, algunas con vegetación, erosionadas otras, desnudas. La tierra muestra color de greda y se le ve muy poco mantillo y a veces ninguno y a pesar de eso hay algunos busques, eucaliptos o pinos, y a veces monte chileno, boldo, quilo, chagual, petras; la tierra da, en primavera y en verano, millones de flores, pequeñas, amarillas o azules, y, aquí y

allá, alguna mancha lila, semioculta entre los arbustos. No hay casi esteros y las quebradas son generalmente secas. La tierra, muy permeable, construida de una arena gruesa con consistencia de tierra, en granos, color ocre, absorbe todo. Pescadores, pequeños propietarios de una hectárea o dos o grandes propietarios de mil o tres mil y más hectáreas, sin trabajo o con escaso trabajo, hombres sin horizontes, cualquiera fuese el número de hectáreas, aunque allí está el mar; pescadores de noches sin viento y de mares sin oleaje —¿qué quiere que haga, con un bongo?, es cierto que algunos tenemos motores, pero un bongo es un bongo, ¿va a querer pescado?, hay sierra, congrio, jurel, doradilla, corvina y pescada—; campesinos de arados con caballo y cosechas con mingaco, a la india, ayudándose unos a otros a recoger lo poco y nada; muchos chiquillos; en algunas caletas o pueblecitos el español dejó el recuerdo de sus ojos claros, cuando los tuvo, y hasta el pelo dorado, y en las otras y otros, la mayoría, el chango conserva el color de los suyos; aquí, alguna salina; allá, algún trigal, y en los bajos, cuando hay un poco de humedad, hasta alguna chacra, de rulo todo, es claro, puro riego de lluvia papas o maíz y hasta su zapallo; corderos, perros, viento sur casi siempre, norte para llover. Voltaire y Aniceto eran los más andariegos, Wagner cantaba, Filín leía, Pino repasaba las noticias políticas de los diarios o leía algún libro sensato, una historia de Chile, por ejemplo. Rincones de inesperada belleza, barrancas erizadas de cactus, quebradas con monte tupido, trozos cubiertos del más verde y suave césped; algunas veces se descubren, en las orillas, pozas de un profundo color azul marino, rocas donde la ola rompe con persistente violencia, caletas deshabitadas o inhabilitadas, de una soledad como activa, como si en ellas se estuviese haciendo algo secreto, una garza, una perdiz de mar con su doliente grito, gaviotas cocineras, un pilpil que parece sollozar, bandadas de queltehues que protestan por algo, nadie habla, ¡una liebre!, zorzales, tordos, hasta una lloica; desde lo alto de las colinas el mar parece más grande; desde abajo, más reducido aunque más peligroso; entre las rocas de la orilla, que a veces forman escolleras, hay una vida como agrupada, como amontonada, con pequeños peces muy huidizos, estrellas y soles de mar, una pequeña poza con langostinos más pequeños aún, grandes caracoles negros, erizos del diablo, negros también, duros y extraños mariscos, cuerpos que no se sabe si son de animales o de plantas; largas bandadas de pelícanos, gaviotas, patos liles, piqueros y pollos de mar; arenas amarillas, oscuras y casi blancas, gruesas hasta herir los pies o finas, de un grano invisible y suave, que se quejan al pisarlas. Aniceto se sentía crecer. Sabía que no se iba a quedar allí, que todo eso era sólo conocimiento, experiencia, contacto, que una vez terminado el trabajo se iría y que a la parte que fuese tendría otro conocimiento, otro contacto y otras experiencias y que todo lo hará sentirse, de nuevo, crecer, no sabe para qué parte, para alguna. A veces encontraba flores que se abrían o se cerraban, algunos pájaros tenían relaciones con ellas, los ratones trabajan bajo tierra, abren galerías en busca de raíces o de bulbos o de tubérculos, y ¿para dónde van los pájaros y de dónde vuelven, por qué se van y por qué regresan? ¿Son como los pintores, como los peones de temporada? Cerca de allí,

hacia el norte, adonde se podría llegar atravesando colinas y más colinas, más altas unas, más montuosas otras, bajando a las quebradas, subiendo o descendiendo barrancos y cuevas, estuvo con Echeverría y Cristián. ¿Estará allá, otra vez, El Filósofo? Cristián no, no está en ninguna parte, ni siquiera en una fosa. Lo miraba asombrado. «¿Hay animales del agua aquí?» Sospechaba que había monstruos, monstruos cuyos nombres y formas ignoraba, pero a los cuales, como si alguna vez los hubiese visto, temía; vivirían en las profundidades y saldrían a la superficie, con una velocidad aterradora, cuando sintieran que una presa, alguien a quien devorar o simplemente morder, penetraba al agua. Sentado en una roca, tiritando, miraba como Aniceto jugaba con las olas de la orilla, saltando, sumergiéndose, nadando, dejándose llevar por ellas. «Metete al agua, Cristián». «No. Me salen granos» Nacido y criado en un puerto marítimo con una bahía muy abierta, en donde el mar domina la margen que va del sur al norte y en donde se le ve a cada rato, a cada paso, él lo ignoraba. «Ha pasado tanto tiempo encerrado», explicaba El Filósofo, «meses y años en los calabozos». Tampoco él era un tiburón. Desnudo, era el más frágil y delicado de los hombres, un ser que cualquiera fuerza podía quebrar, con un color de piel blanco pálido que producía un poco de repelencia. «Vamos, ven, no seas cobarde». «No». Era conservador, como decía Alfonso, conservador en sus hábitos, en su paisaje, en sus movimientos, incapaz de cambiar. «Hay mucha gente así», decía El Filósofo, «incluso yo, que parezco tan cambiante». Cristián se pegaba a todo, a sus obsesiones, a su ciudad, a sus costumbres, no le interesaba ir hasta la vuelta del camino, para ver qué es lo que había más allá, o hasta la cima de la loma; a Filín tampoco le interesaba, ya que no sacaría nada con ir hasta el final del camino o hasta la cumbre de la colina; de todos modos, no veía nada, pero leía, y leyendo, iba más allá de cualquier recodo visible y de cualquier cima, sin contar con que le gustaba caminar, aunque no viese nada.

—Oye —dijo Voltaire, tocándole con el codo—, mira.

Iban en el tranvía, a las siete de la mañana, todos los vidrios empañados. Voltaire había pasado una mano sobre el de su ventana y abierto algo que parecía una mirilla; por allí atisbaba.

—¿Qué pasará? —preguntó Aniceto luego de mirar.

El cuello del sobretodo y el sobretodo mismo le quedaban grandes: el borde superior del cuello andaba por la tercera o cuarta vértebra cervical y las partes laterales del mismo como que se escurrían hacia los hombros; tal vez el primer botón, de existir, hallaría su ojal a la altura del cinturón. Ese sobretodo no era suyo; el rostro sí, un rostro fino, joven, de piel estirada y bigotito negro —parecía un moro joven, un morillo—, rostro por lo general de expresión alegre, mustio ahora. Miraba hacia lo lejos y pensaba en algo triste o recordaba algo triste o su ser estaba así. No iba solo: a sus lados se erguían Ezquerria, uno de los discípulos del maestro Pinto, y Toledo, un comerciante minorista, tal vez demasiado minorista, pues rara vez tenía algo que vender; los dos mostraban también rostros compungidos.

Voltaire miró a su alrededor y decidió abrir la ventana.

—¡Oye! —gritó a los del pequeño grupo—. ¡Qué pasa!

Una corriente de aire helado les llegó a todos hasta la cintura por lo menos.

—¡Qué pasa! —repitió.

—¡Cierre la ventana, hombre! —gritó un obrero.

El pesado tranvía arrancaba ya.

—¡Serrano murió esta madrugada! —alcanzó a gritar Daniel, el poeta, al tiempo que tiraba del cuello del sobretodo, que no le hizo caso alguno.

—¿Bajamos? —preguntó Voltaire, volviéndose hacia Aniceto al mismo tiempo que cerraba la ventana.

Aniceto no supo qué contestar. ¿Para qué bajarse? Le impresionaba la muerte de ese hombre, pero ¿y el trabajo? Voltaire solucionó el problema:

—Iremos en la noche. No nos conviene bajar, sobre todo si no podemos hacer nada. El trabajo anda escasón y nos pueden dar la tremenda patada.

La mujer de Serrano parece una señorita, debió haber sido una señorita, blanca y fina, y el niño, que tendrá tres o cuatro años, es también blanco. Ambos, además tienen los ojos claros y grandes. Serrano, en cambio, había sido un hombre moreno, oscuro, casi sombrío gracias a su expresión de adustez. El dormitorio es pequeño. Viven en una casa de cité, ya que el taller está en otra parte, y las casas de cité no se caracterizan por su amplitud: un dormitorio, un comedor, a veces una salita, según sea el número de los habitantes, un patiezuelo a cielo abierto, una cocina, un cuartucho para cocina, mejor dicho, y un excusado; además, docenas de ratones. Aniceto había creído que Serrano viviría en una buena casa, sus palabras se lo dieron a creer, pero no es así y aunque había sido mueblista, sus muebles son viejos y sin gracia. Al llegar encontraron bastante gente y el número aumentó hacia las diez y disminuyó después de las doce, hora en que quedan sólo los muy amigos del muerto. Hubo, desde el comienzo, esa sensación que suele hallarse en la casa del hombre o de la mujer que muere de repente o casi repentinamente, una sensación que más de dolor o además de dolor es de sorpresa. ¿Así es que murió? En este caso existía, por otra parte, una gran dosis de curiosidad o una preocupación: ¿qué sería de Blanca, qué será de su hijo? Serrano se sintió mal durante una reunión y pidió que lo llevaran a su casa, y los camaradas, en vez de trasladarlo a la Asistencia Pública, llegaron con él a su casa de la cité Santa Margarita, en donde, entre el llanto de la mujer y la escasa ayuda que podían prestarle los dos carpinteros que lo llevaron, pasó la noche. Uno de ellos fue a la Asistencia Pública y vino un médico y aconsejó no moverlo y que se le pusieran unas inyecciones que recetó. El mismo camarada que fue a la asistencia Pública se encargó de ir a buscar las inyecciones; cuando volvió, una hora más tarde, Serrano estaba muerto. «Dijo el médico que era del corazón», dice Blanca cada cierto rato, cuando alguien recién llegado se lo pregunta, y a medida que la frase es repetida va perdiendo su interés y su emoción. Muere mucha gente de enfermedades del corazón. Allí están sus compañeros de taller, un maestro y dos oficiales, socio el

maestro, anarquista uno de los oficiales, un anarquista más bien moderado, todos mudos como listones o como tarugos (aunque de seguro pensando en el taller, hay tanta y cuanta madera, varias tablas de raulí y muchas de laurel, también sus pocas de Álamo, montones de listones; las herramientas de Serrano son estas y aquellas y estamos terminando de entregar la cajonería del ministerio; plata hay poca, mejor dicho, no hay nada, tablas sí y la última cuota de la cajonería, que no es mucho; ¿cuánto será todo eso?, no hay máquinas y ¿cómo nos vamos a arreglar con esta señora?). Aniceto piensa en el destino de la mujer y el niño y Voltaire mira a Blanca: es bonita, delicada, de ojos claros, fina. Serrano, sombrío siempre, aunque ya indiferente, por lo menos antes tenía una taciturnidad interesada en algo, es el único que no tiene preocupaciones ni mira a nadie; todo está solucionado para él: ya no le llamarán soplón y si alguien pronuncia esa palabra en relación con él ya no tendrá importancia sino para quien la oiga, si es que llega a tenerla; en cuanto a él, tierra y cero. Pero la verdad es que la mujer, aparte de su aparente atractivo, es un poco irritante. Aniceto la observa durante unos momentos y se le ocurre un ser a quien la vida se le hubiera terminado, por lo menos la vida del pensamiento, o no la hubiese tenido nunca; quizá Serrano le dio un poco de vida al hacerla madre, pero, desaparecido él, ahí está, con el niño, es cierto, pero tal vez como antes; quizá la vida estuvo en el niño mientras estuvo embarazada; una vez dádolo a luz, parídolo, quedó como antes, como parece estar ahora. El desorden de la casa, de las ropas, de los útiles, es evidente y se mueve además muy despacio, casi sin hacer ruido al pisar y sería imposible saber que piensa hacer, qué ha hecho, qué hará. Es fina, no obstante, delicada, ¿de qué familia habrá salido? Voltaire la mira. Aniceto ignora qué interés tiene en mirarla tanto. «¿No quieren un poco de café?», preguntó, al fin, como desde dentro de una nube.

—¿Vámonos? —preguntó Voltaire.

—Tomemos café primero —insinuó Aniceto.

—Vamos a ayudarlo a hacerlo.

Está en la pequeña cocina, llorando y haciendo lo posible por encender un anafre. ¿De dónde la sacaría Serrano, a dónde irá ahora que él no está aquí? Parece inepta, con sus grandes ojos claros y su modo de caminar que da la impresión de que está maneada. Aniceto siente, al fin, compasión, y prepara las tazas, las cucharas y el azúcar, mientras Voltaire vigila el agua y busca el café, que se ha perdido. Ya hecho, lo toman en unos segundos y deben quedarse por lo menos otra media hora; la etiqueta los obliga: no es posible irse de una casa enseguida de tomar algo, bebida o comida, mucho menos si en la casa hay un velorio. En el momento en que se levantan para irse, entra Daniel. Es noctámbulo. La noche anterior fue encontrado, mientras vagaba por las calles, por uno de los carpinteros que acompañaron a Serrano mientras moría; informado de lo que pasaba, decidió ir hasta la casa que le indicaron y como durante el trayecto encontró a los otros dos compañeros, los llevó con él. Viene a repetirse la trasnochada.



—No se vayan —suplica.

—Tenemos que levantarnos muy temprano —le dicen.

—Yo también; ustedes saben que estudio leyes.

—Sí, pero a ti no te echarán de la escuela porque faltes, a nosotros sí nos pueden echar del trabajo.

Otro hombre entra y con él un vaho de licor, de seguro aguardiente, no desagradable, sin embargo, y su entrada produce una especie de sobresalto entre los anarquistas y simpatizantes amigos de Serrano que allí se hallan: es el compañero Prado, uno de los jefes del grupo que tildaba a Serrano de soplón, un hombrote cuadrado, un tablón de madera dura, carpintero también, como el finado, aunque su aspecto, su expresión es bondadosa. Da la mano a Blanca.

—La acompaño en el sentimiento... —dice, y se detiene, sin saber qué tratamiento dar a Blanca; por fin se resuelve—: compañera. ¿Puedo llamarla compañera, no es cierto?

Ella, que recibe la mano del hombre entre las suyas como si se tratara de algo inerte, contesta en la misma inerte forma un «sí» tan débil que apenas se oye. Pero el hombre no la oye o no quiere oírla. Da unos pasos y se acerca al ataúd, deteniéndose al lado, sombrero en mano: desde allí y de rato en rato mira el rostro plácido e ido de Serrano. Parece pensativo, quizá también sorprendido, ¿quién lo iba a pensar?, murió, nunca supimos y ya no sabremos la verdadera verdad, ¿eran habladurías, quién tuvo la culpa?, negro Serrano, te retiraste, te separaste de tus compañeros, ¿tuvo la culpa tu mujer?, ¿nos abandonaste por ella?, no te lo pidió, te agarró, ¿qué sacaste? Los que peleamos no debemos dejarnos agarrar; volviste cuando te llenaste, pero volviste marcado, nunca lo sabremos, te llamábamos soplón y echabas los bofes trabajando, nunca dejaste de trabajar, tu casa es como la casa de cualquier maestro carpintero y; quién te sacará ahora el sambenito y ¿quién está libre de él? En el Puerto éramos jóvenes y tomábamos el sábado, seguíamos el domingo y el lunes amanecíamos más duros y más tiesos que el trinquete de la «Esmeralda»; rotos crudos, con un pequén y un trago de aguardiente quedábamos como nuevos, listos para la pega. Cuando nos hicimos anarquistas no tomamos más, aguardiente por lo menos, únicamente vino, tú la cortaste para siempre, yo no, de pronto le hago una desconocida al tinto, al blanco, a la chicha o al aguardiente, pero no fallo, les pongo el hombro, firme, a las tablas y al sindicato, puchas, ñato, negro, compañero del Puerto, ¿qué te pasó? Tan tieso y tan hombre y caíste. Todos caeremos. La delantera no más nos llevas. Se seca una lágrima que le ha rodado hasta el bigote, rechaza el café que le ofrecen, y allí queda, mirando el ataúd, como si esperara una respuesta a sus preguntas, observado por todos, cuadrado, cuadrado para todo, para la pelea con las tablas, con los patrones, con el vino.

—¿Por qué habrá venido? —pregunta Voltaire, una vez en la calle—. Es uno de los peores cuchillos que tuvo Serrano.

—Quién sabe —murmura Aniceto—; fueron muy compañeros y a lo mejor no lo odiaba tanto como él creía. Lo vi secarse una lágrima.

—Lágrima de cocodrilo sería —rezonga el desdentado.

Una o dos semanas más tarde, al oscurecer, y en los momentos en que salía de la peluquería de Teodoro, Aniceto vio cómo, de la pieza del lado, sonriendo y un poco como avergonzado, salía su compañero de trabajo. En esa pieza vivieron una muchacha y su madre, muchacha muy simpática que trabajaba en alguna fábrica de los alrededores y que vivía un pequeño enamoramiento con Víctor; más que enamoramiento o menos que eso, una simpatía, una atracción. Iban y venían las frases cuando pasaba delante de la peluquería y Víctor, desocupado en ese instante, la veía, piropos, réplicas, miradas, sonrojos, a veces frases de doble intención. Parecía que de un momento a otro los dos se tomarían de la mano y se marcharían al cerro o al parque a continuar el apasionado diálogo y las fogosas miradas. Pero la muchacha se había ido unos días atrás, quizá dos semanas, y la pieza quedó desocupada. ¿Qué hacía ahí Voltaire? (Muy alto, delgado, blanco, de piernas muy largas, venía del norte y tenía todo el tipo del inglés, si no del vasco, más bien rubio, pecoso, de ojos verdes, alegre, muy joven, casi tan joven como Aniceto, aunque sin la experiencia de este. No era un ser dubitativo o reflexivo, sino un poco superficial, con muchas ganas de vivir y sin oportunidades de hacerlo como hubiese querido, buen amigo, buen compañero y era anarquista quizá porque era joven y quería vivir intensamente y no podía hacerlo. ¿Quién le había pasado la palabra? No hablaba de su familia ni de dónde era; sólo en sus conversaciones se podía descubrir que venía del norte y que por allá tenía alguna familia, quizá de buena posición. No era un ser ordinario, sino educado, sabía tratar a una persona y su lenguaje no era vulgar. Animoso, en ciertos momentos inclinado hacia la violencia, una violencia que no tenía dirección. Era valiente, sin embargo, quizá más valiente de lo que podía ser Aniceto, que era más reflexivo y más lento y aquella vez que Serrano lo sacó de las manos de un policía no huyó sino que siguió gritando y moviéndose. Aniceto lo quería, pero temía por él).

—¿Qué hacías ahí?

Voltaire sonrió, mostrando el agujero de su encía superior, ayuno de incisivos.

—De visita.

—¿De visita? ¿Quién vive ahí ahora?

—¿No sabes? La viuda de Serrano, la Blanca.

—¿Ahí? —interrogó Aniceto, asombrado—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace varios días.

—¿Y cómo vino a dar ahí?

—Es muy largo de contar. Arregló sus asuntos con los socios de Serrano, que le dieron unos pesos, y tuvo que dejar la casa de la cité y me encargó que le buscara una pieza. Le encontré esta y ahí está.

—¿Y el niño?

—También está ahí.

Aniceto guardó silencio, no porque hubiese agotado las preguntas sino porque ya había hecho muchas. Voltaire le solucionó el problema.

—No sabe trabajar en nada ni sabe qué va a hacer. Serrano la sacó de su casa poco después de que ella terminó sus humanidades, se casó con ella y lo único que sabe es hacer algunas comidas.

Aniceto deslizó otra pregunta:

—¿Qué va a hacer cuando se le acabe el dinero que recibió?

Voltaire se encogió de hombros.

—No sé. Y no sé cómo los compañeros podrían ayudarla. Los compañeros, papeles y piojos, libros viejos y largas latas...

Calló, contrariado.

—¿Tú has pensado algo? —susurró Aniceto.

—¿Yo? ¿Qué voy a pensar?

—¿Y qué haces ahí entonces?

El blanco rostro del joven se llenó de rubor.

—Me gusta —confesó.

Aún no hacía dos semanas que Serrano había muerto... Pero Voltaire pudo creer que habiendo sido el primero en llegar, sería el primero en entrar, no, otros rondaban, y esos otros, con más experiencia y más medios, entraron primero, entró primero, porque era uno solo, aunque llegó con otro. Aniceto, que vivía una cuadra más allá, pudo ver, sin proponérselo, todo lo que pasó, por lo menos en ese tiempo, y no sólo pudo ver lo que pasó sino que, más aún, unas semanas después tuvo que recibir, como compañero de pieza, al pequeño hijo de Serrano.

—Tiene una camita —le dijeron.

—Pero ¿y la Blanca? —preguntó Aniceto, a punto de derrumbarse de sorpresa.

—La Blanca se fue —le dijo Teodoro.

—¿Cómo que se fue?

—Sí, se fue... Y ahora está presa.

El niño lo miraba. Era como su madre, blanco, de ojos claros, casi rubio. Teodoro traía en la mano un paquete con ropa.

—¡Pero qué voy a hacer yo con el niño!

—Es sólo unos días no más, mientras buscamos alguna solución mejor. La señora Rosario dice que puede darle de comer, pero que no puede meterlo en ninguna pieza que no sea esta..., si a usted no le parece muy mal.

Aniceto notó una leve vacilación en la voz de Teodoro; parecía muy emocionado. Él, por su parte, estaba a punto de estallar.

—¡Pero presa por qué!

—¿Usted conoce a Alfredo, El Checo?

—Sí.

—Bueno —dijo Teodoro—, a los anarquistas llega toda clase de gente y entre esa gente vienen muchos sinvergüenzas; es lo que más hay y están en todas partes; y

menos mal si no son más que sinvergüenzas. Algunos son cosa peor, ladrones o estafadores, simuladores o aprovechadores. No creen en nada, no les importan las ideas y quieren sacar provecho de lo que encuentren. Lo peor es que no quieren trabajar y eso es lo que los lleva a la sinvergüenzura. La mayoría de los anarquistas son hombres de buena fe; pueden ser tontos o pueden ser ingenuos, pero tienen buena fe; algunos son muy ignorantes: no conocen más que dos o tres palabras y en eso basan todo, libertad, solidaridad, todos para uno y uno para todos, pero trabajan, se las machucan de algún modo, principalmente como obreros; los intelectuales no duran; estudian una carrera y eso se los come; tienen que formarse; Universo Flores, el argentino, no sabe leer ni escribir; se unió aquí con una muchacha y tuvieron un hijo; cuando lo fue a inscribir en el Civil le puso como nombre Tigre de la Revolución; que le va hallando; y Montero, el anarquista de Valparaíso, la fiera de los sindicatos, cuando tuvo un hijo no quiso bautizarlo ni pasarlo por el Civil; lo llamaba Bakunín no más; pero la mujer, que es católica a escondidas, lo bautizó para callado y lo pasó también por el Civil; quiso dejarle el nombre con que su compañero llama al chiquillo, y le dijo al Civil que se llamaría Bakunín; el oficial, sin que ella lo supiera, le agregó algo y el niño está hoy registrado como Bakunín de las Mercedes Montero Tureiplán; la madre es una mujer de por ahí del Huasco. Esto se lo cuento para que vea qué clase de individuos son muchos de los anarquistas. Bueno, entre esos individuos caen desalmados que no quieren trabajar y que se buscan alguna manera fácil, fácil y chueca, de ganarse los porotos: estafadores, cuenteros o simplemente ladrones. Por ahí anda otro argentino, creo que se llama Robirosa, hace pequeñas estafas; se hace pasar por brujo, sabe encontrar agua y tesoros o inventa entierros y muchos tontos le creen y le dan plata; por el sur, entre los araucanos, se hizo pasar por un gran machi blanco; un compañero estudiante le habló de una sustancia que arde si uno se la echa a la boca, sin lastimar; no sé cómo se llama eso, y se metió a un ruquerío y le dijo al cacique que era machi y sabía encontrar entierros, desaparecer y vomitar fuego y que todo eso lo podía enseñar, pero que todo costaba plata, una cosa más que otra; el cacique le preguntó qué era lo más barato y resultó que escupir fuego; hágalo; hizo sus mariguanzas, se metió esa sustancia a la boca y echó una bocanada de fuego que pareció que se iba a quemar el rancho, aunque esas llamas no queman; el cacique lo echó a patadas: machi blanco, hijo de la gran puta, mándate a cambiar. Usted conoce a Alberto y a Guillermo, tampoco quieren trabajar, quisieran no trabajar, y han inventado, para disculparse, el cuento de que van a robar para dar plata a la propaganda; las huifas; pero lo hacen de frentón y el mejor día les encajan un par de balas; El Checo es otra cosa; no es ladrón ni estafador, cuentero ni asaltante; es un corrompido, más peligroso. Los ladrones no pueden robar nada a los anarcos, tampoco pueden estafarlos, son muy pobres; los corrompidos pueden hacerles más daño: fornicarles a las chiquillas, pervertir a los hijos. El Checo es hijo de un profesor, creo que director de un liceo, un hombre correcto, pero El Checo, que se hizo anarquista leyendo libros de la biblioteca de su padre, declaró la

independencia y se fue de la casa y no se fue solo, se llevó a su hermana, que también se dice anarquista; es un hombre educado y pudo haber sido un magnífico compañero; algo, sin embargo, lo corrompió; trabajó por ahí, nunca como obrero, como obrero-empleado, cobrador de tranvías, vendedor a comisión, revendedor de cosas robadas o de mantequilla falsificada; entretanto, hizo amistad con el hijo mayor del viejo Silva, ese de la calle Ñuble, tan buen compañero, y los dos se dedicaron a putear; El Checo tiene hoy como amante a la dueña de un prostíbulo; Manuel, el hijo del viejo Silva, se acuesta con la hija del compañero Aranda, la Silvia, y con todas las chuscas que puede; con ese sistemita le pegó a la Silvia una purgación y la muchacha casi se murió; tanto hablar del amor libre y me pega una gonorrea; carajo, es como para patear a un imbécil como ese. Cuando El Checo, supo que quedaba guacha una mujer joven y nada mal parecida, empezó a dar vueltas: qué hubo, compañera, cómo le va, pues, compañera, y la tonta, porque no es más que una tonta, se creyó lo de compañera y salió con él y con Manuel y la llevaron a la casa de putas; no se acostaron con ella porque la conocen y saben que no tiene interés, blanca, como cruda, tímida, señorita, babosa, parece colgada de una nube; pero siempre una mujer encuentra alguien a quien caerle en gracia, siempre hay un jetón para una jetona, y se metió con un ladrón, un desgraciado, de esos que roban porquerías; le llaman El Popeta, imagínese. En eso apareció otro, Pedro Verdugo, cuchillero además, y le gustó la Blanca y se la llevó y dijo que el que quisiera ir a buscarla ya saben dónde vivo, Huemul pasadito Coquimbo; la hizo su amante y salió a robar con ella; es un traperero, de esos que trabajan en las tiendas grandes, y ella lo ayuda ahora; es gente que pasa en la cárcel las tres cuartas partes de su vida, la mitad por lo menos, y lo pillaron cuando salía de la tienda con un corte de seda debajo del sobretodo que llevaba al brazo. Ahí están y aquí está el cabro, sin padre y con la madre en cana...

Durante toda la larga historia, el niño permaneció tomado de la mano de Teodoro, a quien miraba a veces, levantando la cabeza, para mirar después a Aniceto; su mirada era tan inocente coma la de su madre, aunque estuviese presa; en ese momento el niño seguía o vivía la segunda fase de su destino, que lo llevaría quién sabe dónde y sin saber si volvería a salir de la casa de la señora Rosario tomado de la mano de Teodoro o si Aniceto le tendería la suya y se quedaría ahí, sin saber tampoco por cuánto tiempo ni qué le ocurriría. No es que no le interesara, quizá le interesaba, salir o quedarse, aunque eso no dependía de él. Teodoro dejó en el suelo el paquete que traía.

—Veo que quiere quedarse con el niño —dijo, en tanto soplaba por las narices—. Aquí le dejo las pilchitas.

Hizo ademán de irse, se arrepintió; extendió la mano hacia Aniceto.

—Usted tal vez se enojó porque le dije que se buscara dónde irse y tal vez se enojó con razón —agregó—; pero quién sabe si hice bien. Ahora tiene su pieza y su cama.

—No son mías —respondió Aniceto, un poco avergonzado por todo, porque ni la pieza ni la cama eran de él y porque el recuerdo de la mañana en que Teodoro le dijo, llanamente, que se fuera, le dolía todavía—; son del compañero Dúctil; no tengo resentimiento contra usted porque me dijo que me fuera; ya había abusado bastante de su hospitalidad.

—Bueno —dijo Teodoro—; supongo que dice la verdad.

Se adelantó más hacia Aniceto. Siguió hablando:

—A mí me creen loco porque salto hacia adelante y hacia atrás y porque cuando era joven asalté a un fraile con un cuchillo y quise hacerle reconocer que Dios no existe y que él era un mercachifle; el fraile dio unos gritos espantosos y me metieron a la cárcel; pero puedo ser buen compañero y espero que usted me reconozca así.

—Así es —aceptó Aniceto, que ya no sabía qué agregar— y le estoy muy reconocido por el tiempo que me permitió estar en su casa.

—Ya, me voy —agregó aún el peluquero—; tengo gente en la peluquería. ¿Quiere que le dé un consejo? No se meta con Alberto y los otros gallos: el mejor día le van a dar un disgusto. Usted no es hombre violento. Busque por otro lado. Hay tantos... Y si necesita algo para el cabrito, dígamelo y ayudaré en lo que pueda. Hasta luego. Adiós, Rodolfito —dijo al niño, acariciándole la barbilla.

Aniceto tomó la mano del niño, que miraba alejarse a Teodoro, y dio un breve tirón de ella.

—Entra —dijo al primer huésped que tenía en su vida.

Rodolfito alzó hacia él sus ojos claros, inocentes, como los de su madre, y entró a la pieza. Aniceto tendría ahora un compañero, un compañero cuya vida empezaba casi como la suya.

—¿Dónde está tu cama? —preguntó al niño.

—Allá, en la pieza —contestó Rodolfito—; todavía está allá.

El niño había amanecido solo el día anterior: su madre no estaba. Se levantó y dio una vuelta por la pieza, buscando algo que comer: no halló nada y entonces fue a la peluquería; no ignoraba que su madre era amiga de los peluqueros, aunque no supiese qué amistad era; se paró ante la puerta, mirando hacia adentro. Teodoro, que era cegatón, no lo vio, pero si Víctor, que estaba cortando el pelo a un cliente y que además ocupaba el sillón que estaba cerca de la puerta.

—Qué hubo, cabro —lo saludó.

El niño no contestó; siguió mirando.

—Cómo anda el astro —bromeó Víctor, repitiendo una frase popular que quiere decir como andan las cosas.

El niño tampoco contestó.

—¿Quién es? —preguntó Teodoro, frunciendo los ojos para poder ver.

—Es el cabro de la Blanca; le hablo y no contesta.

—Le comerían la lengua los ratones.

Víctor tuvo una pequeña sospecha. Se acercó al niño.

—¿No está en casa tu mamá?

El niño negó con la cabeza.

—¿Dónde está?

Rodolfito se encogió de hombros.

—¿Hace mucho rato que salió?

El niño dijo, claramente:

—En la noche.

—¿En la noche, ayer, y has estado solo?

El niño afirmó.

—Dice que ha estado solo desde ayer —anunció Víctor a Teodoro.

Teodoro abandonó al cliente, enjabonado ya hasta las narices, y se acercó al niño.

—¿Has comido?

El niño negó.

Teodoro fue hasta el cliente.

—Discúlpeme un momento, compañero —le dijo—: voy a llevar a este niño a mi madre para que le dé un poco de comida.

El cliente no era un compañero e ignoraba qué significado tenía para Teodoro esa palabra, pero no dijo esta boca es mía: no podía irse a medio afeitarse y con la cara llena de jabón. Teodoro tomó al niño de la mano y se lo llevó. Caminaba muy ligero, con un paso apretado y enérgico y el niño tuvo casi que correr para seguirlo. Lo dejó con su madre y regresó.

—Mierda. Apenas se muere uno y ya los cabros andan botados rezongó, volviendo a las barbas del «compañero».

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Víctor, mirando de lado la cabeza del cliente, como si se tratara de apreciar la perspectiva de un cuadro.

—Quién sabe. La Blanquita habrá tomado la calle del medio.

La calle del medio la toma el que no puede tomar otra, la derecha o la izquierda, y no puede tomar la derecha o la izquierda por varios motivos, porque no sabe dónde están, porque no es capaz, porque las circunstancias le obligan o lo inducen a tomar la que menos esfuerzo exige, la más fácil, porque no le importa ser lo que sea, ratero o prostituta; puede tomarla también aquel para quien están cerradas las otras dos: exigen un mínimo de algo, de educación, de resolución, de aguante, de carácter, condiciones que no todo el mundo puede tener. Un poco de toda esto le faltaba a la Blanca y no sabía a dónde van a dar las calles.

—¿Qué hacemos —dijo Víctor.

—Voy a buscar al Checo —dijo Teodoro—. Apenas cierre me voy a largar a buscarlo. Él debe de saber todo. Lo he visto varias veces por aquí y una vez salió con ella, por lo menos yo lo vi una vez. Y anda con ese cabro del viejo Silva. A ese también lo puedo hallar.

(El tiempo fluye por todas partes; es como una ventolera fuerte, que lo revuelve todo y se lleva algo cada día, cada momento. Viene desde todos lados y va hacia

todos, hacia el cementerio, hacia las altas montañas, viene de ellas y del mar, por el valle, no le quites el cuerpo, te hallará; la gente lo vive y él vive de la gente, la gente vive gracias a él y él vive gracias a la gente, la gente envejece, también él, el tiempo viejo, el viejo tiempo, te sigue, a ti, pequeña y gordita, risueña, con unos hoyuelos que se le forman al lado de la boca cuando ríe y a veces cuando empieza a hablar, estás en tu mejor tiempo, hay tiempos buenos y tiempos malos, todavía no lo sientes, silenciosa, va y viene con los compañeros, desfila en los mítines y a veces da su grito, un grito pequeño y gordito, como ella; de ahí no pasa. Su hermano le dijo: «Me voy de la casa. Nuestro padre es un burgués. Yo quiero otra cosa». Ella no sabía qué quería su hermano ni tampoco lo que quiere ella, pero dijo: «Me voy contigo» El padre ni siquiera los buscó; supo que se habían ido y como era un hombre cansado, un hombre que está al cabo de la calle, que ya no cree en nada, en los hijos, en los hombres o en las mujeres, murmuró: «Que se vayan». Cree en los ideales, aunque no está segura —nunca estará segura de nada— de lo que esos ideales significan; es tan lindo hablar de libertad, gritar, conversar, oír hablar del futuro, del amor entre los seres humanos, del amor libre y del libre amor; trabaja aquí y allá, en una fábrica o en un taller, pegando botones ayudando a hacer cajas, a empaquetar, ganando lo indispensable para estar siempre gordita y risueña, humildemente vestida. Cualquier compañero habría podido ser su marido, su compañero, pero antes de que nadie se diera cuenta de ello apareció Alberto, bien plantado, buen mozo, bien vestido, con una pistola a la cintura y con el halo de ser un hombre peligroso o misterioso, tal vez más peligroso que misterioso, según se daría cuenta después, apareció Alberto y se le ocurrió que la Tina era como una gallinita, de esas que llaman de la pasión, aunque para ser de la pasión era demasiado gorda, no costaría nada tomarla en brazos y llevársela para alguna parte, una parte adecuada además. «¿Le gustaría ir a pasear al cerro?» «Sí. Me gusta mucho ir al cerro». La llevó, la besó. En la segunda visita la manoseó y en la tercera o cuarta le propuso ir a un hotel. Quería experiencias, quería vivir su vida, no andar preguntando a nadie si puede hacer esto o *estotro*, si puede ir o no ir a alguna parte. Se le hicieron unos hoyuelos cerca de la boca. Alberto es joven, apasionado, deseoso siempre de mujeres, no le importa qué mujeres sean, sólo le importa acostarse con ellas, sin compromiso, usted me gusta, nada más, lo otro es obligación, burguesía, cosa aburrida, ¿le gusto?, usted me gusta, ¿entonces? En el fondo estaba asustada y respiró cuando el hombre del hotel, la primera vez, la miró y dijo, como sopesándola con la mirada: «La señorita no puede entrar. Es menor de edad». No era menor de edad, ¿qué edad tiene una gallinita de la pasión?, pero lo parecía y como no llevaba encima nada que le permitiera justificar que ya tenía derecho a que la sacrificaran en un «volteadero», como llaman a esos hoteles los donjuanes de arrabal, tuvieron que irse a otro hotel: «No. La señorita parece menor de edad». La verdad, no podía argüir nada y quizá si no hubiera sido decoroso que lo hiciera, sólo debía callarse, era Alberto quien debía hablar, pero no hablaba, como si se tratara de un asunto que le concernía sólo a ella y era cuestión de suerte encontrar a



un hotelero a quien no le importase la edad de nadie con tal de echarse al bolsillo los pesos que le pagan. Volvió a respirar, pensando, ahora más reposada, que era posible que ningún hotelero la recibiese, lo que la salvaría. El que seguía la miró, pareció examinarla hasta el ombligo con la mirada, pensó, volvió a mirarla, tan joven y ya al volteadero, ¿cuántos años tendrá esta cabra?, tengo una de la misma edad, no me importaría nada que este gallo se la soplara, pero si viene la ronda y la pilla aquí me joden, últimamente se han puesto muy cargantes y cuando se resuelven a recibir coima piden una barbaridad, «No, señorita; usted no puede entrar». Alberto ya no tiene ganas de nada y sólo piensa en que debe irse al taller, a posarles a los pintores. «Qué le vamos a hacer, pues, preciosa. Para otra vez será». La dejó en la calle, cerca del último hotel, corrió para alcanzar un tranvía, y ella se fue para la pieza que ocupaba con su hermano, un hermano que a veces pasa semanas enteras sin venir a dormir. Nunca le pregunta nada él a ella o ella a él. Cada uno debe vivir su vida. Vivir su vida significa hacer lo que uno quiere hacer, sin dar cuentas nadie ni pedir permiso. ¿En qué consiste entonces la libertad? Alberto no se acordó más de ella y Manuel no le hizo caso porque le tenía miedo a El Checo, era su hermana, además él tenía su amante y además iba a putas, iba casi sin ganas, por hábito, porque ir es algo divertido, no siempre, sobre todo no siempre cuando te pegan bichos o una venérea, una vez le salieron unos bubones que le impedían andar, tuvo las ingles como las berenjenas y caminaba como si llevara una pelota de fútbol entre las piernas, sufrió como caballo y casi se murió cuando el cirujano le puso las manos en la pelota de fútbol, cuidado, doctorcito, ¿no te gusta ir a putas?, aguanta ahora. Debería buscar o esperar otro hombre. Por otro lado la Silvia también era su amiga, un poco mayor que ella, pero no mucho. ¿Debió haberse quedado en su casa, al lado de su padre? A veces pensaba que sí, pero entonces no habría visto nada, no habría hecho nada, no habría podido salir de noche a la calle o quedarse en ella hasta las dos o tres de la mañana y ver el mundo y la gente y lo que hace. Alberto fue, por supuesto, una desilusión: en cuanto vio que no podía acostarse con ella, la dejó, eso no más quería y como no pudo conseguirlo, chao, te veo. Le gusta la ciudad de noche, hay menos gente que en el día y la gente que anda tiene intereses que no tienen los de la mañana o los de la tarde; son individuos que andan haciendo o que quieren hacer algo que no se puede hacer en las horas con sol, cuando debe trabajarse; prostitutas, ladrones, artistas, noctámbulos, borrachos, cogoteros, viciosos, esos que se ponen morfina o se meten cocaína por las narices, y hay calles que tienen un atractivo o interés o encanto especial, que no tienen de día, en el día son calles comerciales, tiendas, boliches, paqueterías, libros usados; en cuanto se cierran aparecen los hombres, esos que salen de noche, como las chinches, calles peligrosas, hombres que cantan en coro, que se caen al suelo, que pelean, se levantan, llenos de sangre, y gritan, vienen los pacos, arranquen, chiquillos; no, la verdad es que vale la pena; uno va aprendiendo lo que es la vida o lo que la vida le muestra, no es toda la vida, es cierto, y lo malo es que una está como al margen de todo eso, no es más que una mirona o un mirón, mira esto,

mira *estotro*, y tú, ¿qué haces?, esperas que algún hombre te lleve a la cama, sólo así podrás conocer lo que es el amor, yo quisiera otra cosa, pero no sé cómo hallarla ni conseguirla, tiene una que estar esperando, ¿cuánto tiempo? Checo no me dice nada, sí, El Checo no dice nada; trabajó, en Valparaíso, en la compañía de tranvías, cobrador, y trabajó dos meses, no era un trabajo muy entretenido, sobre todo porque había que pelear con el público, con cierto público, ese que siempre busca el modo de no pagar, ya pagué, muéstreme el boleto, se me cayó, ¿y qué voy a hacer cuando tenga que entregar el turno?, generalmente le faltaba plata, los chiquillos, como las moscas, entran por todas partes, por entre las piernas, ¿y los borrachos?, se quedan dormidos, no saben dónde tienen que bajarse y cuando saben están durmiendo, dan varias vueltas al recorrido, oiga, ya llegamos a la Aduana, ¿no es aquí dónde tiene que bajarse?, no, señor, es en la Plaza Victoria, otra vuelta. Se aburrió un día y a la hora de entregar el turno se fue con la plata y el uniforme, que tiró por ahí; la plata no era mucha y le sirvió para comer unos días y venirse a Santiago. Voltaire había hecho lo mismo y el intelectual anarquista también anduvo de uniforme, se veía muy bien, pero, claro está, no se arrancó con la plata de los boletos vendidos. En Santiago, El Checo buscó a su hermana, ahí estaba, trabajando en una confitería; tenía una pieza con una amiga, la Griselda, que huyó apenas vio que se le venía encima el hermanito de su compañera de cuarto, ese es peor que la perforadora que usan los rotos del empedrado; se llevó la cama, pero El Checo se consiguió otra y volvió a vivir con su hermanita. Pensó, entonces, que era demasiado andar buscando trabajo y después encima, trabajar; no sabía qué se le venía encima, ¿no sería mejor confiarse a las mujeres?, no era mal parecido, tenía una cara fina y aunque la nariz era un poca larga y picuda no lo deshonraba demasiado; buen color y buen aspecto, de lejos se veía que no era un roto sino un hombre educado, de buena familia, salido de lo que se llama una casa decente, aunque él dejó de ser decente desde el momento en que pensó que era idiota trabajar tanto y, sobre todo, buscar trabajo, es humillante. «¿Es aquí dónde necesitan un empleado?» «Lo necesitábamos, pero ya la tomamos; usted ha llegado tarde». Contestan como si contestaran a un perro. Manuel Silva andaba en las mismas, los zapatos lo tenían *cabriado*, métale clavar tachuelas, coser, raspar, poner claite, encerar, miles de zapatos, te persiguen, una chorrera que no se termina desde los dieciocho años hasta quizá los setenta, puchas, sentado en la banqueta, fumando cigarrillos de papel amarillo, de esos cabeceados no más, hablando leseras con los compañeros, helado de frío en invierno, y los burgueses dándose la gran vida, acostándose con las mejores «minas», ahora se dice «mina», como los argentinos, tirando facha los patrones, buen trago, a la mierda; pero él no es, ni de lejos, buen mozo; tiene una cara bastante parecida a la de un perro galgo, sin mucha mandíbula, la nariz es aplastada, la boca demasiado grande, la cara larga y no parece ni roto ni caballero, no se parece a nadie, el pelo rizado, la piel blanca, demasiado blanca, pero es empeñoso, empeñosón, que no es lo mismo que empeñoso, alegre, bueno para bailar y para tomar. Nadie supo, de entre los compañeros serios, por qué la Silvia se

enamoró de Manuel cuando hay tantos otros mejores compañeros, pero es que hay una explicación: un peruano, sindicalista, obrero de algo delicado, trabajo fino, vino a un congreso de obreros demócratas; en el fondo, no se sentía muy demócrata y cuando los anarcos supieron que el peruanito tenía algunos antecedentes de libertario se acercaron a él y él aceptó ir al salón del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer y conversar con los camaradas; no era lo que se puede llamar un anarquista, era un hombre amplio, simpático, hablaba bien, se veía bien vestido, y los camaradas le pusieron por delante a la Silvia, que era la compañera más bonita y más joven de todas las de ese tiempo, y al peruano le gustó bastante, bastantón; lo convidaron a un picnic y durante todo el día la Silvia estuvo al lado del hombre moreno y fino, venido desde Lima para conversar sobre el destino del obrero mundial, y viéndolos siempre juntos, durante varios días, los camaradas dieron por hecho un romance entre el Perú y Chile, entre la compañera de las orillas del río Mapocho y el camarada de las orillas del Rímac, un amor entre compañeros, se casarán, quien sabe, es posible, y el más entusiasmado era el compañero Aranda, el padre de la Silvia, un carpintero a quien una erisipela le había privado hasta del más pequeño pelo de la cabeza, la tenía como una bola de billar, le gustaba bastante el tinto, tienen que casarse, repetía, claro, me parece; querían casarlos enseguida, un matrimonio anarquista, nada de frailes ni de Registro Civil, somos libertarios. El peruano, sin embargo, resultó, además de fino, prudente, y pidió que los camaradas no se precipitaran tanto, tenía que volver al Perú a arreglar algunas cosas, a dar cuenta a los compañeros del resultado de su gestión — cuando los compañeros se percataron de que el hombre aceptaba su patrocinio, el patrocinio anarquista, se subieron a las ramas y una noche en que el peruano, durante una reunión del congreso, se atrevió a estar en desacuerdo con los demócratas respecto a la manera de llegar a la solución de los problemas económicos y sociales, los camaradas armaron un chivateo espantoso: la policía se lanzó contra los anarquistas y lo mismo hicieron las pacíficas demócratas, Aniceto se metió en medio de la pelea, el poeta Daniel también y Voltaire y Alberto y Guillermo y El Chambeco, todos: Aniceto fue derribado y rodó por el suelo, entre la gente que se retiraba y la que avanzaba, una gran cantidad de espacio; al poeta le dieron en la cabeza un bastonazo democrático que le metió el sombrero hasta las orejas, y ciego, sin poder sacárselo, daba vueltas gritando: «¡Bonito modo de practicar la solidaridad: a palos con la humanidad!»— y una vez que arreglara todos sus asuntos regresaría a reunirse con la compañera: no se podía decirle que no y se fue, se fue y no volvió, ni siquiera escribió y alguien dijo, tiempo después, que el peruano era casado y tenía varios hijos; por lo menos es caballero, no quiso abusar de la oportunidad que le ofrecían, ya que la Silvia estaba pronta a todo, otro quizá lo hubiera hecho; con esto la muchacha cayó del trono en que había estado sentada durante cerca de un mes, y Manuel, que estaba ojo avizor, la recogió; a ella le daba ya lo mismo y tenía que demostrar que era una mujer atrayente también para los chilenos, cosa que lo era en demasía, hasta un alemán se hubiese enamorado de ella; Manuel, en cambio, no lo estaba; ignoraba lo

que es estar enamorado, sólo sabía lo que es estar encamado y terminada la cama se acababa todo; hasta el intelectual y el mismo Aniceto habían sentido la atracción de la Silvia, era simpática, gordita, un poco más alta que Tina, la hermana de El Checo, y viva, con unos labios grandes, carnosos y rosados, redonda la cara, apretada de cuerpo; ni el intelectual ni Aniceto confesaban estar enamorados de ella, quizá ni siquiera lo sabían; sufrieron una desilusión muy grande cuando terminó de amante de Manuel. Iban a casa de ella, en las tardes, después, del trabajo y cuando no tenían trabajo; siempre iban otras muchachas, charlaban y a veces la abuela les convidaba con un plato de porotos, siempre estaba la olla en el fuego, en el brasero, y siempre estaba llena y cuando no ocurría así se percibía la sensación de que en la pieza faltaba algo muy importante y que ese algo era esencial, no se podía vivir sin ello, la abuela se desesperaba, dejaba a un lado su Biblia y partía hacia alguna parte: dos a tres horas después la olla estaba otra vez llena de sabrosos porotos; la paz retornaba. Sentados en el umbral de la puerta de la pieza, que estaba abierta, Aniceto y el joven conversaron; se encontraron allí, no había nadie en la pieza, quizá volverían luego y hacía tiempo que no se veían. Aniceto estaba de nuevo sin trabajo y Gutiérrez esperaba trabajar pronto. Hablaron. Los dos tenían hambre. Oscureció pronto y en medio de la conversación sin tema fijo, Aniceto, que había echado el cuerpo hacia atrás, afirmándose en las manos, descubrió que a un lado, al lado derecho, en una especie de aparador rústico, se hallaban algunas papas; no podía comerse una papa cruda, por mucha hambre que tuviese, y hurgueteó un poco y halló algo que no pudo identificar; trató de cortar un pedazo y lo logró: se lo llevó a la boca; era salado el trocillo y parecía poseer unos granitos de arena; el total formaba un bulto redondo, de unos diez centímetros de ancho, era seco además, estaba seco, y rugoso, pero Aniceto, que se echó a la boca el pedazo, descubrió que se humedecía rápidamente y que era fácil ingurgitarlo; se comió el primer trocillo que sacó y su mano volvió por otro; el intelectual, que se dio cuenta de que se echaba algo a la boca, lo miró, sospechoso, pues también tenía hambre; no pudo descubrir de dónde sacaba el joven argentino lo que se echaba a la boca, sin convidar; Aniceto disimuló; siguió cortando pedacitos: algo, adentro de él, empezó a exigirle más, pero no podía comer muy ligero, ya que era necesario empapar de modo adecuado cualquier parte del trozo, además de separar con la lengua los granitos de arena; al final, identificada la arena, determinó ingurgitarla también, facilitaría la rapidez de la digestión; era sabroso, un poco salado, y quizá si lo salado contribuía a hacerlo sabroso; era sal marina, de esa no cabía duda, tenía arena y sal y no hay en la tierra un fruto que al ser echado a la boca tenga arena y sea salado, de modo que es algo del mar, y mientras más trocillos tragaba más sabroso le parecía; quizá se demorará una hora en comérselo todo. El intelectual, que gustaba mucho del monólogo, aprovechó a sus anchas el silencio de Aniceto, que no podía conversar, entregado, como estaba, a sus actividades de roedor, y le contó toda o casi toda su vida, cómo era su madre, cómo sus hermanos, cómo recordaba a su padre, qué trabajos había hecho, qué perspectivas o esperanzas o

deseos tenía para su vida, cómo le parecía la gente, sus vecinos, los anarquistas, los burgueses, los deseos que tenía de ir a alguna parte, no muy lejos a Valparaíso, por ejemplo, cómo era el pueblo En que pasó su infancia, los campesinos; a veces celebraba sus chistes o sus recuerdos con una risa que consistía en mover el cuerpo de abajo arriba, como si pretendiera desarticularlo. Decía que así reían los ingleses «¿Usted sabe qué es esto?», le preguntó Aniceto, mostrándole, después del largo monólogo, el último pedacito que restaba de aquella pelota salada y con arena. «¿Qué cosa?» Estaba oscuro y no se veía ya nada. Era un conventillo o casa de inquilinos por piezas y se sentía todo silencioso. «¿Esto?» Gutiérrez prendió un fósforo y miró el trozo. «Esto ha estado comiendo», pensó. «¿De dónde diablos lo ha sacado?» Lo examinó. «Es una alga acuática, marítima, llamada luce», declaró, «la usan para hacer algunas comidas chilenas. A mí me repugna». Conversaron otro poco y de pronto se dieron cuenta de que era muy tarde y que tenían que irse, para sus piezas o para el lugar que por el camino descubrieran como propicio. Se levantaron y entraron el cuarto: todo estaba arreglado, limpio; así lo mostraron los varios fósforos que encendieron. Gutiérrez se agachó sobre la olla, puesta, como siempre, sobre el brasero, un brasero grande, lleno de ceniza, levantó la tapa e, inclinándose, miró: «Está vacía», dijo, «es mejor que nos vayamos». No había allí ninguna esperanza y se fueron. Silvia y su hermana y la abuela vivían juntas, solas, sin el compañero Aranda, el hombre de la cabeza como bola de billar —se la cubría con una gorra, un sombrero no le serviría de nada, el viento se lo llevaba o resbalaba sólo sobre aquella cubierta —, alegre, a pesar de eso, trabajador: «Mejor es que vivan solas», declaró, al abandonarlas, «así se harán mujeres». Claro está que no las ayudaba en nada, pero ellas, trabajando aquí y allá, como cocineras, como sirvientas se mantenían más o menos. Las dos hermanas eran amigas, por supuesto, de las de Manuel y de Tina y de otras jóvenes que se ganaban la vida con su trabajo y que de manera misteriosa, sin ningún antecedente, sin saber de qué se trataba, se habían metido y se metían en los grupos anarquistas; llegaba tanta gente que nadie se extrañaba de ello: a veces un camarada caía preso, por una huelga, por un discurso, por un estandarte, por un apasionado grito lanzado en un mitin, y en el calabozo había siempre quien le preguntara: «¿Por qué lo traen a usted?» Era una forma de entablar conversación y el compañero, generalmente poseedor de un espíritu catequista, empezaba a explicar el porqué y el cómo, sus ideas, en que consistían, que esperaban, qué iban a hacer, qué no podían hacer, y el resultado era el hacerse amigo del preso, a quien, por supuesto, no preguntaba por qué estaba detenido —bastaba que lo estuviese para considerarlo su hermano—; tiempo después el compañero accidental de calabozo llegaba al Centro de Estudios Sociales a buscar al compañero Garrido o al compañero Montoya y allí quedaba, incorporado, sin que nadie lo hubiese invitado ni le preguntara nada, al movimiento anarquista. ¿De qué o en qué trabajaba, por qué había estado preso? Misterio. Las hermanas de Manuel organizaban, los días domingos en la tarde, pequeñas reuniones en que los jóvenes cantaban o bailaban, bebían alguna limonada

o naranjada. La mayor tocaba la guitarra y cantaba una que otra canción, por ejemplo: «Soy pajarillo errante que ando perdido lejos del nido, vago por la enramada en pos de abrigo», y la segunda de las hijas la acompañaba. La mayor recibía muchas declaraciones amorosas, tantas, que le daba risa —«Ya no sé qué hacer con tanto amor»—; la menor, en cambio, la Lucila, no recibía ninguna: era un poco bizca y aunque acompañaba a su hermana en el canto, llevando una voz, no tocaba la guitarra. Tenía la nariz un poco larga y aplastada, como su hermano; era simpática, es cierto, más simpática habría sido si no fuese bizca y su nariz más corta y respingada. Parecía una obligación el enamorarse, los jóvenes andaban buscando de quién enamorarse, enamorarse no más, aunque no resultase nada más que un enamoramiento, era una pena vivir y no enamorarse, debe haber alguien que reciba, sin compromiso alguno en último caso, el amor de otro. Los flirteos no duraban mucho, desaparecían por motivos tan fútiles como los que los habían creado: el joven conocía a otra compañera o a otra señorita, aunque no fuese compañera, y la compañera podía también conocer a algún joven; bueno, qué le vamos a hacer. Las muchachas, por supuesto, esperaban que la amistad o el enamoramiento se formalizará, no con cualquiera de las jóvenes, si con uno que tuviera un buen oficio o, si no era posible, que fuese inteligente y simpático. En ocasiones las cosas resultaban trágicas: la muchacha o el muchacho, o el hombre, olvidando las reglas del juego, se apasionaba; no tenía trabajo es cierto, ni oficio, pero amaba y quería llegar a algo o no quería llegar a nada, sólo pedía que aquella situación se mantuviera, la necesitaba. Julio, un hombre del norte, quedó tendido en el suelo, a una cuadra de la casa, con la cabeza atravesada de un balazo; el revólver estaba al lado de su cuerpo, negro el revólver, negra ya la sangre, casi negro el rostro, moreno, muy moreno, un rostro del norte, en donde no hay árboles y la mayoría de los trabajos se hacen al aire libre. Hablaba de modo sombrío, anunciando tremendos hechos, asustando a aquellos compañeros que veían el anarquismo a través de Reclus, de Ibsen, de Kropotkin. Se tenían grandes esperanzas en él, ¿qué esperanzas?, haría algo, alguna cosa o grandes cosas, aunque parecía un hombre que se iba para alguna parte, hablaba de la Argentina, en donde vivía González Pacheco, de Francia, en donde estaba Jean Grave, de Italia, en donde se podía conocer a Malatesta, el porfiado, de España, en donde visitaría la tumba de Francisco Ferrer y en donde conocería a Anselmo Lorenzo y a los jefes anarquistas de Barcelona; pero, si iba a hacer algo, ¿por qué se iba, a dónde iba a hacerlas?, tal vez va a prepararse, en Europa saben más que nosotros, y este hombre sombrío, reconcentrado, que si es cierto que bebía una o dos botellas de vino cuando se presentaba la ocasión, nunca se emborrachaba, este hombre que parecía poder hacer algo, que parecía que podría hacerlo, mañana o en una fecha próxima, ¿qué?, dirigir algo, aguantar algo, planear algo, este hombre delgado, nervudo, seguro, que caminaba con pasos decididos, caía en manos de una muchacha, mejor dicho, se entregaba a una pasión sin destino alguno, una pasión que lo retendría, impidiéndole desarrollarse, y no sólo eso sino que se daba un tiro porque

la muchacha amaba a otro hombre, un borracho de baja estatura física y moral, cuya única gracia era tocar la guitarra. ¿Tenía derecho un compañero a quitarse la vida por un asunto amoroso, mucho más si parecía tener algo que hacer en el mundo? No, compañero, esas son estupideces, no podemos matarnos por amores no correspondidos, ¿en qué quedamos, qué clase de hombres somos?, decimos trabajar por el futuro y resulta que nos suicidamos porque una muchacha no nos quiere y quiere a otro; mire, compañero, la verdad es que Julio no era más que un bohemio, pasaba las noches andando por ahí y bebiendo, ¿en que trabajaba?, en nada; era zapatero; no es cierto, no era zapatero; ¿en que trabajaba, entonces?; no sé, pero zapatero no era. Vino la policía. El maestro Silva, que oyó el disparo, salió a la calle y vio que a una cuadra de distancia, frente a la boca de un callejón, se agrupaban algunas personas, mirando hacia el suelo; Julio acababa de salir de su casa; fue: ahí estaba, el compañero del norte, el seguro, el que caminaba con pasos decididos, aquel de quien se esperaba algo, negro el revólver, negra la sangre. «Es un amigo mío», dijo al policía que llegó y que empezó, como si no se pudiese hacer otra cosa, a tocar un pito, llamando a la ronda; llegaron otros. «¿Es su amigo?» «Sí. Estaba en mi casa; hacía poco que había salido» «Bueno; tiene que ir a la comisaría a declarar; el muerto será enviado a la Morgue; mañana lo pueden reclamar». «Déjeme ir a la casa a avisar». «Bueno, vaya; acompáñelo, cabo, y después tendrá que ir al juzgado». Le tiritaba la barbilla y daba diente con diente como si estuviera desnudo, a las tres de la mañana, en medio del desierto de Atacama; casi no podía hablar. Aurora se asustó y el guitarrista con suerte dejó de tocar el vals «Antofagasta». «Julio se suicidó, ahí, en la otra cuadra; voy a tener que ir a la comisaría». Negra era la noche, negro el revólver, pero no hay derecho, camarada: un anarquista no debe matarse ni exponerse a nada, mucho más si es inteligente; si se matan los capaces, ¿qué haremos con los jetones? Siempre venían de alguna parte, seres iluminados o sombríos, a veces sin gran preparación pero apasionados por conocer o enseñar algo que aprendían, ya que en general se trataba de autodidactos. Este otro llegó del otro lado de la cordillera, blanco, grande, cordial, con alpargatas, limpio, tampoco se sabía en qué trabajaba, tenía gran empeño en enseñar, ¿enseñar qué?, lo que aprendiera; el obrero no tiene tiempo de estudiar ni de aprender nada, la sociedad capitalista se lo impide; es necesario que lo haga alguien y le enseñe, hay que fundar una Escuela Moderna, como las que quería Ferrer; se llamaba Daniel, como el poeta, pero no era poeta o lo era en otra forma; quería hacer poesía con la ciencia, enseñar cómo se desenvuelven las formas vitales, las semillas, los embriones, los corpúsculos, los fetos ¿qué somos?, hay una belleza y un misterio en todo esto, la vida brota y ha brotado y sigue brotando como por arte de magia y sujeta, no obstante, a tremendas leyes, leyes que no se pueden romper sin peligro, la escala es muy larga, parece no tener principio ni fin, es eterna, si los camaradas fundan una Escuela Moderna, por pobre que sea, yo seré el profesor, enseñaré lo que sé y lo que vaya aprendiendo, no un profesor propiamente dicho sino un estudioso más, uno que estudia al mismo paso que sus

alumnos, me conformo con que me den de comer; pero el obrero, mucho más si no es especializado, que es muy escaso, gana muy poco, un poco que apenas le alcanza para subsistir, y Daniel tuvo que irse, blanco, alto, limpio, pensando en lo que deseaba, en lo que le gustaría; en el Puerto los compañeros le pusieron una Escuela Moderna, los I. W. W., los Trabajadores Industriales del Mundo, que tenían un buen sindicato, pagaron todo, no era mucho, pero eran trabajadores que ganaban bastante, marítimos casi todos, y venía el otoño sobre América del Sur, un otoño más rápido aquí que allá, imperceptible en algunas partes, lento en Chile, saboreando todavía el ultimo durazno del verano, un otoño de vinos y chichas nuevas; Daniel enseñaba el huevo ¿qué es el huevo, de cuántas partes está constituido? El maquinista del tren expreso que sale de Santiago a las cinco de la tarde lo había aprendido y lo olvidó. La membrana vitelina, la cámara de aire, la yema, el embrión, el misterio. La escuela estaba en Viña del Mar y el tren venía ya por El Salto. Los alumnos eran en su mayoría adultos, obreros que querían aprender algo o ir a alguna parte en que se enseñara algo, siempre es agradable aprender algo y la chaqueta blanca de Daniel se veía más blanca en el anochecer; llevaba el huevo en la mano y a veces lo miraba como interrogándolo sobre su misterio, ¿de dónde vienes, cómo y por qué te endureces? Quebradizo y eterno, sin embargo, con una forma única, blanco, azul o medio verde-azul, no hay otros colores en los de las gallinas, la yema se deshace en la boca. El maquinista encendió un cigarrillo: llegaba a la estación de Viña del Mar y el Puerto estaba un poco más allá; los rieles que van desde Viña del Mar hasta Valparaíso, casi por la orilla misma del mar, tocando las olas, brillaban con las luces de la carretera que corre al lado. Abrazos, besos, qué hubo; la estación, que estaba llena, se vacía. La máquina tiene una sirena ronca y fuerte, puede oírse casi hasta Bellavista, pongamos que se oye hasta el Barón, es bastante. El huevo brilla también en la oscuridad y brilla más cuando Daniel lo mira a la luz de uno de los focos del alumbrado. Hay un paso más acá de la estación de Viña del Mar, el de Agua Santa, es peligroso, pero los viñamarinos saben ya por instinto a qué horas llegan los trenes, qué trenes son, viene el Ordinario, viene el Expreso de las ocho de la mañana, pero si saben algo de trenes no saben casi nada del huevo, excepto que se come, no tienen que aprender que es un huevo, no están obligados a pensar en el huevo, y el huevo, si se ha de decir la verdad, no les importa nada. Al salir de la estación el tren está a nivel de la calle, pero enseguida, sin que se sepa por qué, la calle se hunde y el tren corre a alto nivel; cuando llega frente al Cerro Castillo la calle, sin que tampoco se sepa por qué, ha subido y tren y calle están al mismo nivel: ahí se encontraron el hombre del huevo y la locomotora; el maquinista vio una chaqueta blanca y nada más, una chaqueta que desapareció, tragada por la Mikado, que vibraba como un enorme caballo que ha empezado a correr. Nadie vio el huevo, aunque era blanco; desapareció; su sustancia era breve, a pesar de su eternidad, y apenas perceptible al lado de lo que se vio, sangre, una chaqueta blanca llena de tierra, de grasa, de piedrecitas, además del hombre destrozado. ¿Qué es el huevo? Los obreros se



aburrieron de esperar al profesor y se fueron: nunca sabrían lo que es un huevo; la Escuela Moderna desapareció: nadie se interesó por ella, nunca llegó un nuevo profesor. El Checo seguía teniendo mujeres y Manuel esperaba quizá llegar a tener tantas como El Checo, de preferencia mujeres que no estuviesen contagiadas de gonorrea, ¿para qué te metes con piojentas?, le preguntaba El Checo, pero Manuel no conocía bien la diferencia que existe entre una piojenta y otra que no lo es y decir que no conocía bien la diferencia es un error, más justo sería decir que no la conocía ni bien ni mal, es una mujer y basta, tiene lo que debe tener y yo, como hombre, tengo lo mío, ese es el error, no saber apreciar las diferencias entre un ser y otro, entre un hecho y otro, ¿da lo mismo todo?, entonces echémosle para adelante, pero echarle para adelante, como dice el chileno, significa muchas cosas, algunas de las cuales bastante desagradables, ya que al echarle para adelante debe saberse para dónde se empuja, se puede empujar para todas partes, en todas direcciones, pero ¿cuál es la mejor? Las muchachas hacían su trabajito, ayudaban, ándale, atrévete; eran, en su mayoría, obreros, salvo uno que otro, empleados, con empleos pequeños, por no decir bajos, aseadores en grandes tiendas o ayudantes de algo, pero ellas no tenían muy grandes ambiciones y así como las muchachas de las clases superiores se conformaban con un empleado de banco, ellas aceptaban hasta aseadores, mozos, no eran mucho más empingorotadas, sirvientas, trabajadoras en fábricas de calzado o de tejido, aparadoras, cocineras de restaurantes populares o meseras, un maestro estucador era un sueño y un zapatero de zapato de mujer sobrepasaba toda imaginación, hacen unos zapatos tan lindos, ¿no los ha visto, compañero?, con unos tacos preciosos, sin fallas en ninguna parte, cosidos a mano, por supuesto, no a máquina, blandos, casi se pueden doblar y en eso se conocen que son buenos, es la vida, camarada. Hombres, mujeres, muchachos, muchachas, salían de los conventillos, siguen saliendo, algunos salían de casas de anarquistas, anarquistas temperantes, sobrios, que querían dar un buen ejemplo a sus hijos y sus hijos salían puteros, borrachos, farreros, se pescaban purgaciones y hasta sífilis o se hacían ladrones, échele para adelante, mire que el tiempo no se para, sale y corre por todas partes, desde el norte y el sur, desde la cordillera y desde el mar, corre por el valle, allá va).

**A**quí y allá, a lo largo y a lo ancho, gente que quiere hacer cosas. Las hacen, no las hacen, parece que no costara, pero, sí, cuesta; empiezan con lo que tienen y algunos no pretenden ganar dinero, mujeres, automóviles, no, sino realizar lo que desean, lo que les gusta, aquello para lo cual creen tener condiciones, aunque a veces no las tengan. Mueren con la herramienta en la mano o se cansan y abandonan la pelea. Dar una vida real a cambio de algo incierto, ¿qué te parece?, y puede que la des inútilmente. Me gusta, qué le voy a hacer. No, yo me *cabrié*, dicen otros, dando la espalda.

—Me gusta mucho la novela.

Puede gustarte cualquier cosa, pero si sales de la casa de René o de la casa de cualquiera de los pobres que viven en esta ciudad, te faltará lo que más se necesita: respaldo, y si no tienes, para esto o para lo otro, los puños necesarios, te irás al hoyo. Es cierto que no es cuestión de pensarlo, es cuestión de hacerlo.

—Pero es difícil, ¿no es cierto?

Esta avenida se llamó, en el siglo pasado, o la llamó el pueblo, el Camino de Cintura; hoy es Matta, una avenida para pobres: no hay árboles y aunque al centro se ve un espacio que parece destinado a jardines, en ese espacio no hay otras cosas que tierra, basura y piedras; en el verano resplandece de calor, el verano de los chiquillos pobres. Aquí empezaba antes, hacia el sur, la parte baja de esta parte del cuerpo de la ciudad —decir baja es decir algo: entre la cintura y la cabeza existían ya, quién sabe si desde la Colonia, calles llenas de casas de putas, rateros, piojos y sarna, conventillos y casas de remolienda (linda palabra: viene de remoler, que quiere decir volver a moler, moler mucho y muy fino, ¿qué es lo que se muele, qué finura tiene?, anduve de remolienda tengo el cuerpo molido), casas en que se bebe vino, chicha o cerveza y en donde pierden su virginidad, medio borrachos, numerosos jóvenes, pobres y ricos, de la capital; las prostitutas reciben y dispersan, con jabón bruto y permanganato (que palabra tan antipática), las primeras manifestaciones viriles de los que mañana y ayer fueron o serán los futuros hombres de la patria—; era la parte baja si se habla en términos como topográficos y suponiendo que el centro sea la parte alta o cabeza; los pies, o las piernas, son, entonces lo que va desde aquí hasta... quién sabe dónde.

—Será preciso leer, saber muchas cosas, ensayar, empezar de algún modo, en fin.

Sí. ¿Cómo empezar si naces en las piernas, en los pies o sólo un poco más arriba de la cintura de esta ciudad o en otra parte peor? Haz cuenta que debes trasladarte, a pie, desde un punto a otro, distante, por un camino que va hacia el centro, un camino, una calle, una calle como esta, llena de tropiezos y cantinas, ojo con ellas, aquí vomitó alguien, otro orinó, un desesperado hizo algo peor, algunos de los que hacían el viaje quedaron en estas cantinas, las acequias arrastran los residuos de los

excusados, adoquines levantados, baches; los perros dieron vuelta los tarros de basura, las baldosas están sueltas, puedes tropezar y caer de boca o, si no te cuidas, te pasará a llevar algún tranvía o un carretón y hasta algún automóvil, cada día hay más.

—¿Cuándo arreglarán esta calle!... Me gusta mucho, también, la poesía. ¿Qué le parece? Pero creo que para los dos géneros hay que tener talento.

—Yo creo que para todo.

—¿Cómo sería describir la vida de una calle como esta?

No muy fácil, aunque algún día, de seguro, la describirán, y también la arreglarán pero quién sabe cuándo y qué infinitas molestias traerán los arreglos, si vienen los hombres del alcantarillado no volverás a pasar más por aquí o pasarás sabe Dios cuándo —y es una lástima: alguna vez podrías ver a un niño o a una mujer que trae a su padre, a su hijo o a su marido, una ollita con comida, o a un obrero calentando la choca, té aguado y un pedacito de pan, un té que hacen en un tarro vacío de conservas en cuya boca han puesto un aro de alambre (no hay nadie como los pobres para utilizar el alambre y los tarros), calientan ahí el agua y cuando hierve le echan el azúcar y su puñadito de té, soplan y para adentro—. En esta esquina hubo un hotel, un volteadero, ahora hay una botica, el dueño o concesionario era chino y dicen que tenía en el patio, al alcance de la mano, un tarro de esos en que viene la parafina, con dos o tres piedras adentro y una manija de alambre. Cuando llegaba una pareja y advertía que la hembra era muy joven, preguntaba al varón, aparte: «¿Con *talo* o sin *talo*?». Con tarro costaba cincuenta centavos más y el chino metía una bulla de a peso veinte. Más allá hay una peluquería en donde aprende a trabajar el amigo Gutiérrez, el intelectual, no le va mejor que en la peluquería de Teodoro, pero a veces lustra los zapatos de un cliente y le dan su propina. Mientras, piensa en Zola. Está empezando a recorrer el camino.

—¿Aquí trabaja Gutiérrez?

—Sí, aprende a peluquero. No creo que nadie haya hecho tanto empeño para aprender algo, por aprender algo, mejor.

El maestro es un hombre moreno, bajo y fuerte, con poco pelo, le llaman El Pelao, pelado, es de un pueblo descendiente de andaluces y se come la d en las palabras cuya última sílaba está formada por esa consonante.

—Es simpático —contó Gutiérrez—. Empieza a comprar y a vender libros y terminará en librero de viejo. Ayer vino un joven con unos libros. Debió haber estado muy afligido de plata: los libros estaban en alemán y nadie que no esté desesperado va a un librero de viejo, aquí, a vender libros que estén en ese idioma. Araya es muy emprendedor y tomó los libros y empezó a examinarlos uno por uno. Sabe tanto alemán como supo Caupolicán, pero fue dejando aparte algunos y al final del examen dijo al muchacho, que de seguro tampoco sabe: «Con estos me voy a quedar. ¿Cuánto quiere?» Arreglaron el precio, el muchacho recibió lo que le dieron, no mucho, porque ¿quién va a venir a comprar libros en alemán?, y Araya volvió a su trabajo. Me acerqué y le pregunté: «¿Cómo supo usted, si no habla ni lee alemán, cuales

libros convenía comprar?». Me preguntó también, un poco enojado: «¿Qué me cree tonto?».

—Sí, es difícil, pero ¿qué es fácil?

—Hacer tonteras.

—Pero no se trata de eso.

—Sí, es cierto.

El ensayo también me gusta, demuestra tanta inteligencia, penetración; es algo en que el hombre trabaja por ir más allá de lo conocido.

Más allá sigue, es la misma calle, se ensancha al acercarse al Matadero, calle San Diego, una de las calles por donde el hombre del pueblo, en mayor cantidad, va al centro o vuelve del centro, a pie o en tranvía; su réplica es la Avenida Independencia, al otro lado del centro: millares de seres transitan por allá y por acá, acercándose o alejándose, yendo a buscar algo, perdido algo.

—Tal vez se necesitan muchos años.

—Sí, me parece que muchos.

El joven tosió un poco y se detuvo. Volvió la cara hacia Aniceto y lo miró.

—La crítica —dijo—; me decidiré por la crítica.

—¿Por qué? ¿Cree que es más fácil?

—No, también debe exigir mucho, pero, no sé por qué, sospecho que tengo alguna condición: me parece que sé apreciar lo que leo.

Tiene las peores condiciones del mundo: un pulmón herido, y de pronto tose angustiosamente, tomándose de su compañero, de un poste o de donde sea. Lo peor es que no se cuida: va a sanatorios y vuelve peor de lo que se va, le gusta la farra, beber, acostarse tarde, estar con mujeres, es tan joven, veintitrés años, hizo el servicio militar y poco después de salir tuvo la primera hemorragia. Aniceto lo mira: mejillas chupadas, ojos brillantes, boca seca, respiración anhelosa, las ternillas de la nariz se dilatan en cada aspiración; le han recomendado que no respire por la boca. ¿Adónde llegarás así, en ese estado? ¿Cómo puedes ni siquiera pensarlo? Es fácil pensarlo, lo difícil es hacerlo, difícil incluso para los que tienen pulmones como de león o de jirafa, es posible que la jirafa tenga los más fuertes —con ese cuello deben de ser como de acero inoxidable—. En el invierno fue a Los Andes, centro de salud para los tuberculosos, buen clima seco, altura, pero ¿qué pasaba?, se aburría y se aburrían los demás tísicos, los jóvenes, y de noche, por lo menos una vez a la semana, según fuese el dinero recibido de la casa, se iban a remoler, —volver a moler, moler fino— y regresaban al sanatorio a las tres o cuatro de la mañana, si no más tarde; mes de julio, fiebre, tos, hemoptisis, linda palabra, como para sílfides, la boca abierta, se le olvidó respirar únicamente por las narices, todo el aire parece poco, el de la 2 está en las últimas, los enfermos se pasean por los altos corredores calentados por estufas a parafina o por braseros de carbón, tosen, «Se ruega no escupir en el suelo», mejor es que se acueste; las manos delgadas, con largos dedos húmedos, tantean sobre el

velador, no se sabe qué es lo que buscan, cigarrillos, tal vez, pero el médico no quiere que fumen; el médico no quiere muchas cosas; como él no está enfermo...

—¿Han avisado a mi familia?

—Sí; se llamó por teléfono.

—Por favor, abran la puerta; déjenla abierta.

Una hemorragia te puede dejar en la lona para siempre. Es otra pelea y está en la misma calle: eres joven y la tuberculosis busca la juventud; así murió Pezoa Véliz, «Sobre el campo el agua mustia, cae fina, grácil, leve; con el agua cae angustia; llueve»; todo el aire parece poco, el aire frío, seco y fino de la cordillera, cura de reposo, clima, pero el vinito, las putitas, las remoliendas, el vino caliente en invierno.

—Acabo de leer una biografía del poeta Rimbaud. Dice que antes de cumplir veinte años ya había escrito lo mejor de su obra.

—¿Qué hizo después? ¿Murió tuberculoso?

—No, se hizo comerciante.

—Podía haberse suicidado.

—¿Por qué? Tal vez ser comerciante fue una especie de suicidio.

Algunos se suicidan siendo vendedores de zapatos.

—Puede ser.

—Pero ¿qué suerte, no?

Tiene ya veintitrés años y está recién empezando a pensar en ser algo.

—No me dirá que es una suerte. ¿Cuánto se demoran otros?

No importa el tiempo, sobre todo si estás en la pelea y tienes fuerzas, hay que aprovechar cada hora y cada minuto y esa pelea no se puede forzar. Aniceto se siente más tranquilo aquí. Esta gente transcurre con placidez y la policía no vendrá a buscarlos, al contrario, son tan buenas personas, nada de tragediosas; este, tuberculoso, con sólo un año o a lo sumo dos de vida, quiere ser crítico o novelista o poeta y divaga sobre el tiempo que necesitará para llegar a serlo; todavía no empieza; aquel, que a veces le corta el pelo o afeita a alguien, dejándolo peor de lo que entró a la peluquería, y que otras veces lustra zapatos con sus manos finas y sus dedos largos, sueña, no, no sueña, ya ha empezado a ser algo, no sabe claramente qué, algo que tenga que ver con libros y escritores; el de más allá, pobre, salido de una casa en que la miseria, ya no la pobreza, puede ahogar cualquiera aspiración a expresarse o trascenderse, cualquiera voluntad, hasta la de vivir, quiere ser actor, tiene ya una compañía, obras, arrienda teatros a porcentaje, una función aquí, otra allá, cita a ensayo, y los compañeros, que no perciben ni un centavo de sueldo porque no hay dinero para nadie, llegan con toda puntualidad; y este, moreno, bajo, pelo muy negro, con un segundo apellido clara y dignamente indígena, Quilodrán, pelea todo el día con las tablas, tallándolas, y aspira a algo y escribe versos en que expresa vagos deseos, la madera, la gubia, la primavera que viene.

—¿Quiere tomarse una cerveza?

—No, gracias.

Nació por aquí; los padres poseían un negocio en el Matadero y eran gordos, ruidosos, buenos para los chunchules y el morapio, sanos, a las cuatro de la mañana saltaban de la cama, colorados, empiezan a matar a las cinco y a las seis o antes llegan los compradores, hay que estar allá de albita, abrir el negocio, colgar la carne, comprar la que falta, cortar, el chanco anda escasón, chorizos, criadillas, loncos, guatitas, hoy llega la longaniza, dicen que la sustancia de la carne entra por los poros de los carniceros y los hace gordos y colorados, risueños, ¿se ha fijado que son tan talleres, tan chistosos?, y, entonces, ¿de dónde salió este, tan flacucho, las nalgas chupadas, que parece que no aguanta nada?; pero no hay que creer mucho en la gordura y en *la* color, en los madrugadores y en los risueños, el padre murió de un viaje, de un repente, no dijo ni ¡ay!, le falló el corazón, la mujer lo siguió, algo le falló también, el ánimo de seguro, y ahí quedó el tembleque, el chupado, sin saber para dónde mirar, pero los parientes dijeron: epa, compadre, aquí estamos, cuadrados, el tío y la tía, que tienen una carnicería más abajo del Camino de Cintura, gordos, colorados también, aunque menos risueños que los padres, lo recogieron, tenía trece años, le pagaron los estudios que le faltaban; es verdad que recibieron lo que tenían los padres, no mucho, es cierto, poco más que la gordura, el color y la risa, pero algo es algo y peor es nada; le tomaron cariño al chiquillo, tan seriote, siempre leyendo, si no hubiese tenido que ir a hacer la guardia tal vez estaría sano, quien sabe; bueno, es comedido y como vio que en la carnicería vendían mucho y el tío iba a tener que tomar un cortador, le dijo a la señora: «Tía, ¿no quiere que yo me haga cargo de la caja? Así usted puede ayudar a mi tío Julio». La tía dijo que bueno, puchas el chiquillo advertido; salió de la caja, que ya le quedaba chica —apenas podía entrar ya por la puertecita—, y se arremangó los brazos; el flaco se metió a la caja y empezó a recibir billetes como loco; ahí está, desde hace tiempo, todas las mañanas, recibiendo y dando vuelto; a veces tose, pero se pone un pañuelo en la boca y ni se nota. Esto fue después de que terminara los estudios y antes de hacer el servicio; cuando volvió se metió de nuevo a la caja y ahí está, excepto cuando lo mandan a un sanatorio; la tía hizo ensanchar la puertecita.

—Voy a atravesar.

—Bueno, yo sigo. ¿Para dónde va?

—Al frente, al teatro.

—¿Va al ensayo de la obra de Antonio?

—Sí. ¿Quiere venir?

—Ya. Me encantaría.

—Bueno, vamos.

En la sombra, en escucha y en busca de semejanzas o relaciones, revelaciones o esperanzas, o de pie, iluminados por las ampolletas de las candilejas, en procura de expresar a alguien o de expresarse a sí mismo, su fuerza o su miseria, su soledad o su hastío del mundo, o detrás del decorado, en espera y en el trabajo de seguir y encontrar la vena de ternura, de reproche, de tristeza, que aparece en las palabras que

pronuncian los que están alumbrados por las candilejas, ternura, reproche y tristeza que no son más que elementos trascendidos desde el corazón y la mente del que escribió aquellas palabras en el trabajo, también, de meterse dentro de todo aquello, sentirlo y, cuando llegue el momento, decirlo como propio y si no como propio por lo menos como si lo fuera, hombres y mujeres, algunos con condiciones para ello, otros con aspiraciones de ello, apenas con una instrucción rudimentaria, sin saber hablar de modo correcto, sin saber estar de pie ni qué hacer con las manos y los brazos, con tics o movimientos parasitarios o mecánicos que deben olvidar, meterse las manos en los bolsillos, escupir o tirarse los pantalones desde la cintura hacia arriba, abrir mucho las piernas y bajar o subir la voz sin motivo alguno, manosearse el marrueco, desde los conventillos, desde las cités, desde los talleres y fábricas, desde las tiendas, de todas partes, al tiempo que los quieren robar o asesinar, beber comer, fornicar o suicidarse, vienen y están aquí, no quieren nada de aquello, aunque en determinado momento querrán, por supuesto, comer o beber lo que haya, si no hay más no importa, la cuestión es que me aprenda bien el papel, que no se me enrede la lengua cuando tenga que hablar, que sepa qué hacer con las manos y los brazos, que mi madre me planche el traje que debo ponerme; son pobres, oh, y cuánto, con empleos miserables y oficios que apenas dan con qué vivir, este es vidriero, aquel es mozo en Gath y Chaves, el otro es carpintero, esta señora que habla como la más empingorotada dama de la más alta clase social del país, es la mujer del vidriero; todo parece pequeño, todo es pequeño, prestado, tienen las uñas negras, las camisas no están muy limpias, los pantalones lustrosos o deshilachados, sólo ella, sentada en la sombra, parece limpia, bien vestida, hermosa, rosada y blanca, pelo castaño ondeado, hecha con los mejores elementos de que dispone un pueblo de criollos y mestizos, sólo ella resplandece, aislada y atenta, y Aniceto la mira y la rodea y la circunda con la mirada, no sabe quién es ni qué hace ahí, es la mujer más linda y mejor vestida que ha podido ver de cerca en parte alguna —sólo ha leído de mujeres así, alemanas o italianas, rosadas y blancas, como vaporosas—, y parece estar sola, en la sombra, callada, tomando parte de aquel acto de comunión. Susurra al oído de Alfredo: «¿Quién es?» Alfredo, que también la mira, señala la mandíbula hacia el escenario. «¿Es la mujer?» «Sí» Un hombre moreno, un poco gordo, de ademanes torpes, con menos capacidad de expresión que un embudo, farfulla algo allá arriba y desaparece, tropezando, por una puerta lateral; Aniceto vuelve a mirarla. («No me mires tanto, no valgo la pena; soy la mujer de ese hombre y puedo ser y soy la amante de varios; no quiero decirte de muchos»). Cada uno de los que están allí representa un aspecto de algo, una característica social o económica, una cara que viene desde alguna oscura parte, desde la más oscura, y que quiere, de alguna manera salir a la superficie, mostrarse, hacer conocer algo de sí, no lo que se ve sino lo que no se ve y que puede ser lo mejor aunque a veces resulte ser lo peor. Entran y salen, llevados por las palabras, se lamentan, la vida es triste, el inquilino es miserable, el patrón es avaro, el hijo del patrón anda detrás de las muchachas campesinas, los hijos van a la ciudad o mueren,

y Juan, en el centro del escenario, vestido como un campesino, solloza o protesta. Todos escuchan. No les importa, en algunos casos, que inquilino y el patrón sean así o asá, lo que les importa sentir, percibir, que los que hablan pueden ser o parecen ser inquilinos o patrones, que hay realidad en ellos y que dicen su verdad. Y ella, ¿qué sentirá? Aniceto la mira de nuevo: no se ha movido. El cuello es albo y una pelusita casi rubia está enroscada, en círculos amplios, en el nacimiento de la nuca. («Eres un niño y yo soy una mujer; tú nos has conocido hembras y yo he conocido varios machos. Mírame como amiga o como hermana, si quieres. Sé que me estás mirando, sé cuándo me miran, aunque yo no mire. Tengo el oficio de saberlo todo en cuanto a hombres qué miran, que solicitan, que exigen, que pagan, que se enamoran, que amenazan, que ruegan, Estoy aquí porque me gusta esto y me casé con ese hombre también porque me gusta esto; además, es un buen macho»). Aniceto no conoce todavía mujer, son para él un misterio, por lo menos en el trato íntimo; no ha estado con ninguna en una habitación cerrada o lugar adecuado, solos los dos; le parecen distantes y difíciles, unas porque hay que conquistarlas, otras porque es preciso pagarlas y no ha tenido hasta ahora el dinero necesario como para decirse: bueno, esto me lo voy a gastar en mujer; quizá, si hubiese tenido ese dinero, no se le habría ocurrido. En una calle del barrio en que vivió al llegar a Santiago pudo ver, una vez a la semana, desfilan a las prostitutas de los numerosos burdeles de San Pablo, mujeres en general ordinarias, gordas, morenas, algunas con el rostro estragado por el alcohol, vestidas de modo tosco, calzadas con zapatos de tacos altos que las hacían balancearse como lanchas, grandes pechos y caderas, cotorreando con ruido, riendo y replicando las frases de los que las miraban como si se tratase de sirenas, o las de los que las miraban con desprecio, como a lo que eran. El día lunes, en grupos, desde temprano, salían y desfilaban por San Pablo en dirección a una clínica médica municipal en donde eran sometidas a revisión por un grupo de médicos que determinaban, concluido el examen, cuáles podrían ejercer y cuáles deberían abstenerse de ello: tarjeta amarilla para las contagiadas, blanca para las sanas. «¿Te imaginas la carita de los médicos después de ver tanta cochinada?» «¡Y la hediondez que dejarán!» Aniceto, que había ya visitado prostíbulos en calidad de turista o mirón, las observaba con la curiosidad de quien ve algo que sólo conoce de vista y de oídas, referencias de segunda o tercera mano; en los prostíbulos, bebiendo y bailando, ya borrachas, riendo y bailando, ya sobrias, tenían, algunas, cierta gracia y otras cantaban de modo curioso, aunque las que cantaban y tocaban en las casas en que no había maricones no eran, muchas veces, prostitutas, a pesar de lo cual debían pasar la visita semanal; en la calle, de día, eran una sorpresa, como si la noche apareciese en las horas de pleno sol.

—Todavía no sé cómo hacerlo: siempre hay alguien en la puerta del taller, y en San Diego, en la esquina de la agencia, han puesto, no sé por qué un paco de punto fijo.



—¿Qué hará el hombre, en la oficina, cuando se queda solo? No hay que darle tiempo.

—Otra vez tuve que empeñar la pistola.

—Te voy a contar algo. En secreto, ¿ah? Tengo un montón de gelinita.

—¿Gelinita?

—Un explosivo, como la dinamita. La usan en las minas.

—¿De dónde la sacaste?

—Me la dio un compañero, pero creo que la compró un estudiante o un ingeniero, creo que un ingeniero.

—¿Por qué la tienes tú?

Voltaire se encogió de hombros.

—Me la dieron a mí.

—¿Qué piensan hacer con ella?

—Voltaire sonrió.

—¿No crees que sería bueno hacer estallar unas bombitas?

—¿Bombas? ¿Para qué?

—Bueno, para eso es la gelinita.

—¿Y sabes hacer bombas?

—No. Pero me van a enseñar. Ya tengo algo. Mira.

Voltaire le mostró unos papeles arrugados y sucios, escritos a máquina, en donde se explicaba, con algunos dibujos, cómo preparar bombas que estallan al chocar con algo duro, bombas de tiempo, que se combinan con un reloj, y bombas de mecha.

—¿De dónde sacaste esto?

—Lo mandaron desde la Argentina. ¿Qué te parece? La de choque es la que usó Radowski.

(¿No has visto a Wagner?, mientras jugamos o nos bañamos va hacia las rocas, se sienta, pone una mano tras una de sus orejas y canta, tiene la voz muy suave, ¿qué siente al cantar así, en soledad, sin que nadie lo oiga, porque no quiere que nadie lo oiga?, desciende de alemanes y ha trabajado en Collahuasi, tiene el torso como de toro, es muy fuerte; morirá de repente, sin embargo: tiene malo el corazón y él lo sabe y morirá pronto y va hacia las rocas, se sienta, pone una mano detrás de la oreja y canta con voz muy dulce. Debe llegar un instante en que la dulzura de su voz se encuentre, dentro de él, con el deseo de libertad y tal vez de amor que sale de la soledad del corazón humano, por enfermo que sea y a veces por eso mismo, y eso será lo que busca y eso o algo como eso debe ser el anarquismo. Yo lo siento, pero no puedo decirlo bien).

—No sé. Me parece raro.

—¿Por qué raro?

—¿Para qué poner bombas? No pasa nada, no ha pasado nada.

—¿No ha pasado nada? ¿No pasa nada? ¿Crees tú que todo se ha arreglado?

—No se ha arreglado nada.

—¿Y entonces? Todo está por hacer, los muertos de Iquique no han sido vengados y tampoco los muertos de todos los días, los hombres destrozados por las máquinas y el hambre, ¿qué más quieres?

—¡Pero qué sacas con poner bombas!

—Protestar, agitar, no hay que detenerse un momento. ¿Qué haces tú?

Aniceto tuvo que confesar que no hacía nada.

—Bueno, nada, ya, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer contra los que mataron a los trabajadores de Iquique, contra los que permiten que las máquinas y el hambre maten a la gente? Si los conociera, si estuviesen aquí y yo tuviese un arma, no sé, quizá mataría a alguno, pero poner bombas así, a la loca, me parece de loco también. ¿Dónde piensas ponerlas?

—Estamos organizando el policlínico, compañero Pinto, creo que dentro de unas meses empezará a funcionar.

—Eso me gusta, don Juan. Hay que hacer obra práctica.

Inaugurar policlínicos, poner bombas, échele para adelante. Unos miran y saben para dónde empujan, a otros no les importa para dónde sea, con tal de empujar, mientras uno empuje está vivo. Wagner tenía el mismo bigote dorado e igual sonrisa de hombre que canta en soledad, la misma cabeza de poeta alemán y recibió a Voltaire y a Aniceto con su amabilidad de costumbre.

—Buenas tardes, compañeros, aunque ya casi es de noche.

—¡Buenas! —exclamó Aniceto, dejando caer al suelo, desde su hombro, el pesado saco que llevaba.

Era la gelinita, que accedió ayudar a transportar, como una contribución a la obra revolucionaria de los camaradas partidarios de la acción directa.

—¡Animal! —gritó Voltaire, que se puso pálido.

—¿Qué pasa? —pregunto Aniceto, buscando una silla.

—¡La gelinita pudo estallar!

—¡Que estalle, pues! —rezongó Aniceto, contemplando el saco.

Calculó que con eso se podía hacer volar una cuarta parte de la ciudad.

—No estalla con los golpes —explicó Wagner, sonriendo—. Necesita fuego, la mecha.

Minero en Collahuasi, el corazón le obligó a abandonar la mina y ese trabajo y buscar uno más liviano. Asesoraba a Voltaire.

—¿Cómo anda tu aprendizaje?

—Bien. Ya hice una bomba chica. Voy a hacerle empeño a una grande.

—¿Dónde vas a poner la primera?

—No lo he pensado.

(Desde aquel día en adelante, por las noches, de acá para allá, el paquete bajo el brazo, ¿cuál es el lugar? No en el centro en donde siempre hay alguien, sino en los alrededores, pero en los alrededores no hay nada que valga la pena, sólo iglesias, silenciosas en la noche, rodeadas de una enorme soledad, toma un tranvía, baja de

otro ¿qué hago?, aquí hay una pareja que ya se come, allá un policía, estoy *cabriado* con el paquete, cerca de un quilo o más, un tubo de cañería, seis cartuchos de gelinita, una mecha larga, mejor me voy a dormir, ayer se me quedó en el carro, tenía tanto sueño que lo puse sobre el asiento y me quedé dormido; cuando bajé, todavía adormilado, el cobrador me gritó: «¡Oiga, joven, se le queda un paquetito!» El medio paquetito... Ya. La Virgen quedó en pelota, la explosión le llevó toda la ropa, y el Niño Jesús se veía peor, bizco y con el poto pelado «¡Sacrilegio!», decía el diario de los beatos, ya llevo una, me queda gelinita como para diez y lo peor es que no puedo pedir a nadie que me ayude y son pocos los que querrían ayudarme, además son muy pocos los que lo saben y ya son muchos; en las mañanas me levanto como si me hubiese entrenado para los cinco mil metros planos; si no termino pronto no sé que voy a hacer. Esta iglesia tiene aspecto de bruta, oscura, enorme, una bomba sólo le hará cosquillas, se las voy a hacer; no hay nadie, camino, enciendo un cigarrillo, vuelvo y busco un lugar apretado, saco la mecha, le acerco el pucho, chisporrotea, la escondo y me voy, dos cuadras, tres, no más de tres, matemático, ¡bum!, ya puedo irme a la cama; prepararé otra bombita, la voy a hacer de una docena de cartuchos. Nadie le dice nada, nadie lo aplaude, nadie lo reprocha, los compañeros están entre asustados y asombrados, no tiene por ahora otra idea que la de deshacerse de los cartuchos, cuando termine dormiré a gusto, ¡qué ganas de poner una en los tribunales!, en estos días se ve el juicio de Plaza Olmedo, ese compañero que mató al pije en el centro, y una bomba no vendría mal, ¿y si cargan contra él?; las piernas largas, el rostro rosado, la boca sin dientes, caminando en la noche, vienen los bomberos y debe llegar un instante en que el estallido de la bomba, la destrucción y ruido que causa, la rabia de los policías y el miedo de los frailes, se encuentren, dentro de él, con el deseo de libertad y tal vez de amor que sale de la soledad del corazón humano, por enfermo que esté y a veces por eso mismo, y eso será lo que busca y eso o algo como eso debe ser también el anarquismo. Yo lo siento, pero no puedo decirlo bien. Las largas piernas, el cuerpo adolescente, no puedo ni sé hacer otra cosa, no tengo más armas. Otros hablan, escriben libros, matan verdugos o reyes, yo no puedo, cada uno en su puesto y con las armas que tiene, no hay que detenerse).

—Por suerte, pude sacar la pistola.

—El ensayo es a las seis y media.

—Siempre hay alguien en la puerta y el paco no se mueve. Voy a tener que buscar otra cosa.

—Juanito va a hacer el primer turno del policlínico. Es un muchacho judío, recién recibido.

Más allá sólo se oye el rumor de la ciudad, pasan, repasan, hablan de sus cosas, no tienen nada de que hablar, caminan rectos, se tambalean, pelean, buscan trabajo, trabajan.

—¿Quieres trabajar con nosotros?

—¿Qué puedo hacer?

—Muchas cosas. Una compañía de teatro necesita actores, actrices, un apuntador, un traspunte, utilero, maquinista. Tú lees bien, puedes ser apuntador; no tenemos.

Aniceto no se atreve a preguntar si le pagarán: está enterado de que rara vez ganan algo más de lo necesario para cubrir los gastos y en general tienen que irse de los teatros como a escondidas. Pero tampoco le importa si no le pagan nada.

—Te voy a explicar: trabajamos a porcentaje, es decir cada uno de nosotros tiene fijado un tanto por ciento de las entradas, mejor dicho, de las ganancias. Hay disponible un seis por ciento para un apuntador. Piénsalo.

Un seis por ciento, seis centavos de un peso, seis pesos de cien, sesenta de mil.

—¿Quiere comer conmigo, compañero?

Tenía también un bigotillo, no dorado sino negro y no era fuerte como un toro, parecía más bien un pajarillo, se podría decir como un gorrión, aunque nadie podía compararle con ese pájaro, mejor con un pajarillo cantor, aunque tampoco tiene nada de cantor.

—Bueno... Me encantaría.

Aniceto y algunos de sus amigos están siempre preparados para aceptar, a cualquier hora, invitaciones a comer, comer en una casa particular, en un restaurante, en una cocinería, en una venta callejera de humitas o prietas, donde sea, con tal de comer, y no olvidará nunca a aquel hombre joven, delgado, moreno, de hablar muy rápido, que los detuvo un atardecer, en plena calle San Diego, para decirles:

—Oh, que placer, un poeta joven chileno, ¿cómo está usted?, ¿su amigo también es poeta?, ¿recién empieza?, muy bien, siempre es hora de empezar algo, de empezar a beber, por ejemplo, ¿aceptarían ustedes una copita de vino?, el néctar de los poetas chilenos, el ajeno es el néctar de los poetas franceses, crepúsculo y vino o crepúsculo y pernod en el barrio latino de Santiago o en Montparnasse, *ça va bien, monsieur*, hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos, oh Barba Jacob, te adoro, hay días en que somos tan ebrios, tan ebrios, aquí hay un restaurante, ¿qué les parece?, bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino. *Entrez, mes amis*.

Hay días en que estamos tan hambrientos, tan hambrientos... Aniceto lo estaba siempre, no de vino, y tuvo miedo de que aquella aparición, aquel joven moreno, de hablar extravagante y vertiginoso, secretario de una embajada centroamericana, se detuviera en la simple invitación a beber: dos o tres copas de vino podrían marearlo y entonces estaría borracho y hambriento; pero el arcángel negro, así como no se detuvo de hablar, no se detuvo en invitar.

—¿Por qué no comemos? El yantar alargará nuestra reunión, y tu sombra, y mi sombra, por los rayos de la luna proyectadas, eran una sola sombra larga, eran una sola sombra larga, eran una sola sombra larga, un pedazo de carne no vendría mal, ¿qué les parece?, la noche estaba llena de relámpagos y yo iba con mi potro salvaje por la montaña andina, oh Lutecia, qué lejos estás.

Daniel le hizo pedir el mejor vino y la mejor carne y comieron y bebieron, y el último miedo de Aniceto, que temía que aquel joven, a pesar de su apariencia, no

tuviese un solo centavo en el bolsillo, se desvaneció cuando después de haber hablado mucho sacó, como en compensación, una cartera muy elegante y extrajo, con sus largos dedos un poco húmedos, un respetable billete.

—Compañeros, he tenido mucho gusto, siempre es agradable comer con poetas, conversar, recitar poesías, comunicarse, divagar. ¿Han leído el último soneto de Alberto Valdivia? «Condenado a vivir sin compañera, he de perder hasta la pena un día». Hermoso, hermoso y triste. Oh, por favor, no me agradezcan nada, el agradecido soy yo. Servidor.

Delgado, alto, bien vestido, desapareció. El compañero Briones lo miraba.

—¿Quiere comer conmigo, compañero?

—Bueno, gracias, compañero.

Sin versos ni vino. Briones trabajaba de electricista en una tienda del centro y su sueldo estaba muy lejos de ser el de un secretario de legación o embajada centroamericana. Pequeño, casi esmirriado, producía una sensación de intimidad, así como el secretario la producía de soledad, y tu sombra, y mi sombra, por las rayos de la luna proyectadas, oh Lutecia, comieron en una cocinería de la calle Victoria y ahí Lutecia estaba más lejos que en ninguna parte, sopa de fideos, hay que pescarlos a nado, compañero, porotos con carne, té y un pan hecho de algo inconsistente: cuando se le mordía no mostraba cuerpo alguno.

—Tengo un problema con mi hermano. Es anarquista también, muy joven, menor que yo; trabaja de noche, en una panadería. Ha tomado la cosa con mucha pasión, la cuestión social, y como ha oído hablar de la acción directa y de esos anarquistas franceses que asaltan bancos y casas comerciales para dar dinero a la propaganda, quiere hacer lo mismo; le he dicho que no, que es un error, que el deber de un anarquista es vivir honestamente, dar el ejemplo, en fin, ser un poco cristiano, como se dice, pero no entiende. Se ha comprado una pistola. Tengo miedo. ¿Qué piensa usted?

Aniceto tiene del anarquismo una idea casi poética: es un ideal, algo que uno quisiera que sucediese o existiera, un mundo en que todo fuese de todos, en que no existiese propiedad privada de la tierra ni de los bienes; por eso lo primero que hay que hacer cuando llegue la revolución es quemar el Registro de Bienes Raíces; en que el amor sea libre, no limitado por leyes; sin policía, porque no será necesaria; sin ejércitos, porque no habrá guerras; destruyendo la propiedad se acaban las guerras; sin iglesias, porque el amor entre los seres humanos habrá ya efectivamente nacido y todos seremos unos. Algo más también, pero esto es lo esencial. Sobre como realizar eso no tiene la menor idea ni se preocupa de ello; ha oído hablar de la huelga general, la gran huelga general revolucionaria y hay que organizar sindicatos y crear escuelas que impartan una enseñanza científica y moral, en forma tal que el bien y el amor resulten ser el fin de toda aspiración humana; hay algo de griego y algo de romántico en todo eso, también algo de cristiano, de amor al prójimo, pero sin cielo, en la tierra: hay un poderoso mundo real que está en contra y además se necesita mucho dinero,

hay que publicar periódicos, manifiestos, dar conferencias, recorrer el país, agitar, ¿y de dónde sacar la plata?, los trabajadores no pueden dar tanto y entonces algunos se han preguntado: ¿por qué no robar?, el burgués, el industrial, el comerciante, roban al pueblo, robémosles, es cierto que lo hacen de modo legal, han legalizado su robo y su explotación y si uno se lanza a robar y a expropiar lo meterán a la cárcel y hasta lo matarán, pero es cuestión de decidirse, ¿le gusta?, échele para adelante, ¿no le gusta?, quédese en su casa y haga lo que pueda. Aniceto no ha sido conminado por nadie ni se ha visto abocado a una situación semejante; tal vez podría intervenir en un asalto, pero nadie lo ha invitado de modo formal y si se aparta de los que tienen esos proyectos es porque no los cree puros, le parece que lo que quieren es otra cosa, darían dinero a la propaganda sólo si tuviesen mucho y así como van lo más probable es que nunca tengan nada que valga la pena dar a nadie, excepto a sus mujeres. Ni Alberto, ni Manuel, ni El Chambeco le merecen confianza, aunque de vez en cuando ande con ellos y parezca amigo de ellos; sólo Guillermo, el único obrero del grupo, le merece algo de confianza, aunque en ocasiones ve que le gustan cosas que no son estrictamente serias. Pero él no es nadie, no tiene una pistola, no es un teórico del anarquismo ni de nada, es sólo un joven hambriento a quien le gustan ciertas cosas, leer, oír conversar, divagar, caminar, se siente inseguro, ¿dónde comeré?, ¿dónde encontraré trabajo?, ¿qué puedo hacer?

—No sé qué decirle. Si se tratara sólo de robar, sería pasable, no me voy a asustar porque alguien comete un robo, pero los franceses han matado varias personas y eso ya no me parece tan bien. Un anarquista que mate a un verdugo, al responsable de una masacre, llámese Silva Renard en Chile, Falcón en la Argentina, Canalejas en España, Perico de los Palotes en otra parte, pase, además arriesgan su vida y su libertad, son como apóstoles, apóstoles de sangre, es cierto: pero matar a un empleado de banco, a un policía, a un cliente, sólo con el pretexto de robar, ya no me gusta tanto. Plaza Olmedo mató a un joven que no conocía sólo porque deseaba manifestar su disconformidad con la justicia y la moral burguesas; eso me parece absurdo: pudo matar a su madre; disparó al bulto.

Súbitamente, Aniceto se calló. Se dio cuenta de que se transformaba en un latero; había hablado más de lo que tenía por costumbre.

—¿Conoció a Plaza Olmedo?

—Estuve una vez con él.

—¿Qué le pareció? Es el primer hombre que en Chile protesta en esa forma contra una matanza de obreros.

—Lástima que lo hiciera así. Me pareció un ser sombrío y habló, como todos, de los burgueses, de los verdugos del pueblo, las palabras de siempre.

—Bueno, no hay otras. Dicen que es hijo natural de un hombre de buena posición.

—Tal vez, no sé.

Briones no matará jamás a nadie ni tampoco robará. El único ejercicio que hace y que de seguro es capaz, consiste en subir y bajar de la escala que maneja en la tienda. Lee, medita, oye las disquisiciones de los compañeros, da su contribución para el periódico y se marcha, planchadito, limpio, casi recatado.

—Mi hermano Miguel es violento. Somos una familia pobre, del sur, y no sé qué haré si se mete en enredos.

Terminada la comida, Briones se inclina hacia Aniceto y le pregunta, en voz baja:

—¿Corre ligero usted?

La pregunta le parece tan absurda, tan extraña, que no contesta.

—Es posible que tengamos que correr.

Se sobresalta. ¿Por qué correr?

—No tengo dinero para pagar.

Terror. ¿De modo que un rato tan agradable terminará con una corrida atropellada, tal vez derribando la mesa en que esa señora gorda, tan simpática, con su sartén al lado, fríe sopaipillas?

—Usted sale primero diciendo que volverá enseguida, que lo espere, yo me pararé como para pagar y cuando la señora se descuide, salgo.

Planchadito, menudo casi recatado él y habla con toda soltura de algo que a Aniceto le parece casi un asalto. ¿Cómo juntar las dos cosas? Siente que los porotos se le revuelven y que la sopa de fideos se le agría. ¿Cómo explicarse lo que siente? ¿Es posible convidar a alguien a comer para terminar con esa salida? Debe tener una cara muy divertida, pues Briones empieza a reír en silencio, gacha la cabeza, juntas las manos sobre las rodillas. Se endereza, se seca las lágrimas.

—No se asuste, compañerito; sólo quise hacerle una broma; siempre como aquí y tengo cuenta.

Pero, ahora, Aniceto no le cree.

—¿De veras?

Briones vuelve a reír como lo puede hacer un hombre menudo y planchadito.

—Sí, compañero. Vamos.

Al salir dice a la señora que fríe sopaipillas:

—Ponga todo en la cuenta, doña Chepe. Hasta mañana.

Es soltero y con toda seguridad un asceta sexual y moral: nunca anda con mujeres y siempre se conduce de modo muy correcto con las compañeritas, lo que las contraría, pues quisieran que no lo fuese tanto: es un gran partido, con su empleo, su conducta sobria, su limpieza, su suave tacto. Algunas veces, cuando sale de la tienda con su escala, una escala que se parece un poco a él, limpia, brillante, engrasadita, una escala de tijera, su aspecto, su overol, su peinado, su mirada, sus zapatos, todo están limpio, tan correcto, tan planchado, que llama la atención. Una semana más tarde casi todo aquello se ha perdido. Es ahora un ser atropellado, un poco en desorden, habla muy ligero y su corbata u su peinado lucen mucho menos que antes; su planchado parece perdido.

—¿No le dije, compañero Hevia? La otra noche, cuando comimos juntos, lo que le hablé de mi hermano.

(Aniceto se acuerda, si, se acuerda, como se acuerda de la broma que le hizo. Ya te lo he dicho, esto lo hemos hablado: se necesita dinero para la propaganda, dinero, no un periódico quincenal sino un diario, que salga todos los días, en Buenos Aires lo tienen, en España hay varios, en todas partes, todos los días hay muchas cosas que hacer y que decir, ideas que exponer, ocurren hechos, huelgas, revoluciones, ahora hay una guerra en Europa, necesitamos una imprenta, así el diario saldrá más barato; yo estoy de acuerdo con los compañeros franceses: la única manera de conseguir dinero es expropiar a los burgueses, expropiarlos como sea, a balazos si es preciso, a las buenas no soltarán la plata. Mira. Me compré una pistola. Ya tengo un arma y no la compré para andar con ella en el bolsillo. No quiero juntarme con Alberto y sus compañeros. Son más boca que otra cosa, miran su interés, sus satisfacciones, a mí no me interesa eso. El pagador llega como a las once de la mañana y calculo que traerá bastante platita; la panadería es grande y en la esquina hay un terreno desocupado: ahí lo puedo atrincar: siempre atraviesa por ahí; ¿cómo lo atrinco?, ¿le disparo y le quito la maletita con la plata?, ¿sólo le pego, no le disparo?, puchas, ¿seré capaz? La mejor será quitársela por detrás, de un tirón, y arrancar; de seguro va a pegar el grito, pero corro ligero y voy con la Browning; si tengo suerte saldré bien. Hoy es sábado, hay sol, todo parece claro, pasa dos veces por delante de la panadería; en el sitio, donde a veces hay chiquillos que juegan, no hay nadie. Dio otra vuelta, va siendo hora, ojalá tenga suerte, quédate tranquilo, no te van a pillar, estate tranquilo... Se acaba de bajar del carro; ahí viene; aquí está; pasó. Miguel Briones camina lentamente, mira a su rededor, ningún paco, la comisaría está a cuatro cuadas; se acerca al hombre y el hombre, que lo oye, gira la cabeza y mira, inspeccionándolo, quiere pararse, se arrepiente y sigue, camina unos pasos con torpeza, quiere salir del senderillo, se arrepiente también, tiene miedo, Miguel se acerca más y el hombre da vuelta otra vez la cabeza y mira y ve que el muchacho, porque no es más que un muchacho, le apunta con una pistola.

—Dame la maleta.

—No, no, no... —tartamudea el pagador.

Se la arrebató, lo empuja, el hombre se va de espaldas y cae sobre el pasto. Miguel huye. El pagador se levanta y acudiendo a todo el aire que hay a su disposición y a todas las fuerzas de sus pulmones y de su garganta, oprimidos durante un instante, lanza un tremendo grito:

—¡La plata, la plata! ¡Ladrón! ¡Salteador!

Echa a correr tras él; grita de nuevo:

—¡Atájenlo! ¡Ladrón! ¡La plata!

Un policía de franco, vestido de ropas civiles, se acerca a la carrera.

—¿Qué pasa?



—¡El ladrón! ¡Me quitó la plata! ¡Ese que va allá!

El policía se saca la chaqueta, se la entrega al hombre dice que se la cuide; cree que se la volverá a poner, parte como el viento; corre muy ligero, demasiado ligero para desgracia suya, y no está armado. Grita y Miguel oye sus gritos y vuelve la cabeza y supone que se trata de un policía, qué ligero corre, qué hago con él. La maleta le molesta un poco, pero no puede detenerse, abrirla, sacar el dinero, guardárselo y seguir en su carrera; perdería por lo menos un minuto y un minuto es demasiado, el hombre estará encima de él, algunos corren los cien metros en poco menos de un minuto, se da vuelta, viene más cerca. Corre por una calle ancha y ve mucha gente; no puede meterse en ningún lado, lo verían, los gritos del policía advierten a los transeúntes que algo ocurre, un ñato corre, otro lo persigue, parece que lo va a alcanzar, debe ser un paco, ¡córrale, compadre!, no saben de qué se trata. Se detuvo un segundo, apuntó y disparó: el hombre cayó de boca; corría demasiado ligero. Otro policía, este no es tan rápido, pero lleva un revólver y dispara, Miguel siente el tiro, otro más, se vuelve y dispara, un balazo, dos, el policía corre más despacio y está más lejos que el otro, pero llama más la atención, qué hago, carajo, ya no puedo más, creo que le pegué al primer paco, cayó. Aparece otro policía, al frente ahora y armado, y Miguel se ve perdido: no hay cerca ningún conventillo y no saca nada con meterse a un restaurante o a una casa particular, pueden matarlo. Se detiene, hace señas al policía que tiene al frente, tira la pistola hacia él y se detiene; jadea como una caldera. El policía le apunta.

—¡Ríndete! —grita.

—Ya me rendí —contesta Miguel, extendiendo las manos con la maleta).

—¿Y qué hago ahora? Estoy sin dinero, mi sueldo es muy bajo. He hablado con varios compañeros, incluso con don Juan, el médico, y con un abogado que me recomendó, amigo suyo. Me dicen que tengo que hacer lo posible por demostrar que es menor de edad. ¿Y cómo demostrarlo? Debo robar la fe de bautismo que está en la parroquia del pueblo y la hoja de inscripción en el Registro Civil, Qué le parece. El trabajo que se me viene encima. Pero ¿qué voy a hacer? Es mi hermanito.

Lo que no se va en lágrimas, se va en suspiros; un dolor chico es también y siempre un dolor, un hermano preso es también un hermano; ya no será el de siempre, tan planchadito, tan correcto; le esperan años de trabajos; quien debe robar inscripciones de nacimientos en registros civiles y parroquias, pierde un poco su compostura; se mantuvo, sin embargo, más o menos, en su línea. Ya no podría convidarlo a comer a la calle Victoria ni darle bromas, las reuniones, la propaganda, las ideas, desaparecieron, ¿cómo tomar parte en todo si lo que no se va en lágrimas se va en suspiros? El hermano trabaja ahora en la panadería de la cárcel y todos lo quieren, es muy simpático, comedido, buen amigo, lo único que quería era conseguir dinero para comprar una imprentita. Lástima. ¿Qué le vamos a hacer? Nada, pues.

Aniceto trabaja ahora con el compañero Álvarez, el maestro Álvarez, anarquista también, un poco extravagante, desorientador, no se sabe si es astuto o ingenuo o si se hace el ingenuo o el astuto. Es un ser silencioso, trabaja solo, sin patrón, eso le gusta, tal vez para no tener que hablar con él, y para ello debe buscar trabajo en lugares donde nadie lo busca, en barrios distantes, casi imposibles, que exigen levantarse a las cinco de la mañana; pero así no lo manda nadie, es su obrero y su patrón; se parece en eso a Echeverría, aunque El Filósofo trabaja solo en el buen tiempo y Álvarez le hace empeño todo el año. Ha convidado a Aniceto porque ha visto que nunca dice nada; será un buen compañero. El maestro Álvarez es de color pálido, semiterroso, y tiene una nariz larga e inexpresiva; casi siempre anda con la cabeza baja. En la mañana, llegados a la casa en donde pintan un segundo piso —la familia se ha refugiado en el primero—, conversan sobre lo que deben hacer ese día, breves palabras, no hay para qué perder el tiempo, se reparten el trabajo, aparejo aquí, enmasillar allá, lijar, dar primera o segunda mano; se separan y se van cada uno a la pieza que les toca; Álvarez hace lo posible para que siempre estén separados. Una vez solo, Aniceto no flojea, hace frente al trabajo y procura hacerlo bien. El maestro no lo vigila, no tiene necesidad, con una mirada puede ver qué es lo que ha hecho en un día; por su parte, tampoco flojea; ya en su pieza o ya en el baño, donde sea, enmudece, no silba ni canta, como otros pintores, y tampoco tose, no fuma. Tiene un hijo de unos siete u ocho años y el hijo viene a veces a acompañarlos, a visitarlos, mejor: es un muchacho muy distinto del padre, con una nariz normal y unos hermosos ojos de color celeste; tal vez Álvarez tenga los ojos del mismo color, la nariz impide que se le vean. El niño tampoco mete mucho ruido, excepto el de caminar; se pasea de un cuarto a otro, mira trabajar a su padre, luego mira trabajar a Aniceto, va al cuarto de baño, se acerca a las ventanas y mira durante largos ratos hacia la cordillera y hacia los alrededores de la casa; tal vez vive en una cite, en donde no hay ningún espacio que mirar, y aprovecha aquí. Aniceto también suele mirar por las ventanas, aunque brevísimos ratos: le parece un sueño ver tan cercanas esas montañas cubiertas de nieve o de hielo, algunas con grandes ventisqueros, ha aprendido el nombre de algunas: el Cerro Altar, el Cerro La Paloma, el Cerro Plomo muy altos, con más de cinco mil metros de altura; le atraen más que los otros; aparecen como misteriosos, envueltos en nubes que pueden ser tenues o gruesas, plácidas o tormentosas, le recuerdan sus días de trabajo y de peligro en la línea del Ferrocarril Transandino, la nieve, el viento, el frío, Río de las Cuevas, Las Minas, Valle de las Calaveras; más hacia la derecha se levanta el Cerro de la Provincia, ponderado, sin hielo, de suaves líneas, y más hacia el sur el Cerro de Ramón, con su Abanico y sus varios picachos; alrededor de la casa, silencio, es un barrio todavía poco poblado, por lo menos en esta parte, y lo llaman Ñuñoa, nombre indígena tal vez, muchos árboles, sobre todo frutales, y más allá de los árboles, hacia el este, hasta llegar a los primeros repechos, un piedemonte verde en primavera, amarillo en verano.

—Bonito, ¿no?

—Lindo.

Vuelve a sus brochas y a su espátula, a sus ensueños, y el niño se va a otra pieza, a mirar por otra ventana o a ver que hace su padre, ya sabe qué hace Aniceto. Metido dentro de su cotona blanca de trabajo, Álvarez pinta, lija, a veces el techo, a veces una puerta o una ventana. Ve a su hijo.

—Qué hubo.

—Qué hubo.

Suena «quihubo».

Nada más. ¿Para qué? Suele decir algo a su hijo, pedirle algo, aunque rara vez:

—Pásame esa brocha.

—Aquel tarro.

—Lávame este pincel.

El silencio es tan continuo, tan cuidadosamente mantenido, que el dueño de casa se asusta y sube, despacito, a ver qué sucede, ¿estarán dormidos, flojeando, conversando en voz baja, riéndose de él?, no, trabajan, y trabajan de firme.

—Qué hubo.

—Qué hubo.

Un silencio...

—Va quedando bien, ¿no es cierto?

—Sí... ¿Le gusta el color?

—Mucho... Gris perla.

—Eso pidió la señora.

—Ya.

—Hum...

No hay más. El dueño de casa se acerca a la ventana y mira, pero ha mirado tantas veces por esa ventana y por todas que ya no hay placer para él. Empujado por el silencio, se va y al irse procura no hacer ruido, pisa en las orillas de los peldaños, ya que en el centro la escalera cruje; la casa vuelve a su mudez, Álvarez pinta, Aniceto también y el niño camina en puntillas o mira.

—Qué hubo.

—Qué hubo.

«Quihubo».

En la tarde, cuando están por marcharse, el dueño de casa se acerca a Álvarez y le muestra un paraguas.

—Se ha echado a perder —dice—. Acaba de echarse a perder.

Muestra el mango, separado del cuerpo.

—Se le salió la cacha y no sé cómo ponerla otra vez.

Álvarez, que, aunque callado, es empeñoso e industrioso, ve la perspectiva de ganarse unos centavos.

—¿Quiere que se lo arregle?

—¿Sabe componer paraguas?

—Vamos a ver.

Se van y durante el trayecto hacia el centro Álvarez examina, como un experto, el paraguas del dueño de casa: mira y remira, mete la cache, entra, la saca, sale, vuelve a mirar, piensa, mete la cache, la saca. Al otro día, cuando el patrón sube al segundo piso, Álvarez, en silencio, le entrega la prenda. El dueño de casa toma el paraguas por el centro, luego, teniéndolo horizontal, lo abre, se abre, lo toma por la cache y la dirige hacia el suelo, la cache queda en su mano, el cuerpo cae. Asombrado, dice:

—Se volvió a salir.

Álvarez, que ha mirado toda la operación, exclama, en tono de dolida protesta:

—¡Pero para qué lo agarra de la cache!

Lo ha pegado con masilla.

—Bueno, empecemos.

Aniceto acude a su primer ensayo. («Ahí está otra vez». «Sí. ¡Aquí estoy!» «¿Trabajaré en esta obra?» Resplandeciente, como siempre, con un vestido distinto del que vestía la primera vez que la vio; siempre vestida como para una recepción o como para una cita de amor).

—¿Conoces a Blanca, Aniceto?

—No. Mucho gusto.

Es presentado a varios hombres y a varias mujeres. A Blanca la verá durante mucho tiempo, años de seguro.

—Bueno, empecemos; ya estamos retrasados.

Aniceto aprende a leer para actores: debe dar la entrada o primeras dos o tres palabras de una frase, rápidamente y de modo destacado, haciendo pantalla con una mano y acaso señalando al actor o a la actriz, ayudarlo cuando se detiene indeciso; el actor está a veces más atento al apuntador que a lo que debe decir y hacer, el apuntador es su amigo, su compañero, puede arruinar a un soberbio y levantar a un humilde; la peste es el actor o actriz que no se aprende los papeles y el verdugo es el apuntador que no sabe leer, que es perezoso o que le toma antipatía a uno. Blanca no sabe hablar ni moverse y su marido lo hace peor; cualquier frase que sea algo más que «Parece que va a llover», «El señor ha salido» o «Ya se fue», les produce un tremendo entorpecimiento oral, vacilan, se detienen, cambian las palabras, las trasponen, por fin, callan. Aniceto debe repetir e interviene el director, marca el tono de una frase o una salida, la intención, descanso, empecemos de nuevo. Aniceto aprovecha las pausas para mirarla o la mira cuando le dice lo que debe repetir, lo hace con sumo cuidado, con claridad, señalándola, es necesario conocerse, oír la voz del apuntador, aprender a oírla, saber qué fallas tiene esta actriz o aquel actor, el tono, el oído de cada uno: después del segundo acto ella lo mira desde lejos con simpatía y como él responde con una mirada también acogedora, se acerca y le dice:

—Cuídeme, por favor, Aniceto, soy tan bruta, me confundo toda, usted lee tan bien, da gusto ver cómo espera y la acompaña a una.

Sus ojos son castaños claros y tiene la piel como con luz, una luz que viniese desde debajo de la piel, desde los tejidos. Todo en ella es fresco, atrayente.

—A mí también —dice el marido, el hombre moreno y un poco gordo—; soy el marido de Blanca —explica.

Todos necesitan ayuda urgente, con luz debajo de la piel o sin luces de ninguna especie y en ninguna parte.

Noche tras noche, mirándola, oyéndola, llegó a quererla, la quiso tal como la veía, sin importarle cómo, en realidad, fuese; le bastaba eso. Fue a su casa, pues lo invitó enseguida, y vio que su casa estaba, siempre, desordenada; ella estaba, en cambio, siempre ordenada y, a ciertas horas, perfumada además.

—¿En qué trabaja el marido? —preguntó a Juan, al principio.

—¿Ricardo? Hace tiempo que no trabaja. Ella es la que trabaja.

—¿Es modista?

—¿Modista? No. Va por las tardes a una casa de putas elegantes y entretiene a los clientes tocando la guitarra y cantando. Le dan buenas propinas, según parece.

Nunca ha oído hablar Aniceto de un trabajo semejante.

—¿Y qué dice Ricardo?

—Bueno, pocas veces dice algo que valga la pena repetir.

—Me refiero al trabajo de ella.

—No, no dice nada.

—¿Le parece bien?

—Supongo. Yo nunca le habló del asunto y él no ha dicho nada.

—¿Quieres acompañarme a ir a buscar a Blanca? —le preguntó, días después, Ricardo.

—¿Adónde?

—Allá, donde trabaja.

Un tranvía los llevó hacia el centro, se bajaron y tomaron otro que iba como para la Quinta Normal; descendieron y después de andar una cuadra esperaron en una esquina.

—¿Dónde trabaja?

—Aquí cerca. Ya debe venir.

Llegó, en efecto, poco después y venía como siempre, alegre, agradable, perfumada además. Lanzó una exclamación al ver a Aniceto y lo tomó del brazo y se apretó un poco contra él.

—¡Qué hubo! ¡Qué gusto de verlo! ¿Cómo le va?

—Más o menos.

—Como a todos.

Tomó también del brazo a su marido y los tres, en tanto reían y conversaban, caminaron. Aniceto se sentía flotar en el espacio, tan feliz estaba: ninguna mujer, mucho menos como esa, lo había tomado nunca del brazo y marchado con él por parte alguna: no sentía sino la felicidad que eso le producía y no pensaba en que

podiese existir otra felicidad y eso tal vez porque, de manera íntima, tan íntimamente que ni él mismo lo sabía, estaba seguro de que no podía haber otra, que no le importaba que podiese haberla, que la única que apreciaba era aquella. Tocar la guitarra, cantar para los hombres que iban en busca de mujeres para acostarse con ellas, recibir propinas de esos hombres, tal vez proposiciones o manoteos, ¿qué más daba si era su amiga, si lo toma del brazo, si conversa, si ríe con él? Siente que ella lo hace en forma natural y siente que al hacerlo lo eleva en su condición social y humana, en su condición de hombre, y sabe que nadie, nunca, le ha dado tanto, aunque ese tanto le cueste a ella tan poco; para él es mucho, muchísimo y se lo agradece mucho, muchísimo. Empezó a ir de noche a su casa y con otros amigos y su marido jugaban y reían y en ocasiones, si no eran muchos, comían, comidas pobres, sandwiches, sopas, porotos quedados del mediodía, ropa vieja, como los llaman. Por suerte el trabajo terminó en día jueves. Álvarez recibió lo que le adeudaban, que era mucho, ya que siempre pedía anticipos, pagó a Aniceto su salario, este le ayudó a sacar y a subir a un vehículo de carga las escalas y los tarros y se separaron.

—Véame la otra semana. Tengo visto algo por allá por Conchalí.

Unos veinte quilómetros y sin tranvías; tal vez tendrían que poner los huesos tiesos a las cuatro de la mañana, reunirse en alguna parte y estar solos otra vez, aprovechando esa soledad para no hablar ni una sola palabra, salvo lo indispensable.

—Qui'hubo.

—Qui'hubo.

Eso le dio oportunidad para ocuparse de la función, anunciada para el sábado próximo.

—Hay que pegar los cartelones en el barrio y repartir los programas, acarrear y armar los decorados, limpiar el escenario, ver las luces, el teatro no tiene parrilla; tenemos que apurarnos.

El seis por ciento... Seis centavos en un peso, sesenta centavos en diez, seis pesos en cien, sesenta en mil, aquí están los estoperoles, los martillos, ¿cómo están las orillas?, medio rotas, ¿compraron los clavos?, no, se me olvidó, anda corriendo a comprarlos, de una y media, ya, bueno, primero barramos, ¿consiguieron todos los muebles?, hay que cuidarlos, son prestados; faltan una botella y un vaso para cuando el viejo entra y se toma un trago; el seis por ciento... Es un cine de barrio, grande como una barraca y con un escenario como para títeres, corrientes de aire y centenares de pulgas, el concesionario es un militar retirado, dice que le gusta el teatro, un chiquillo vende maní y refrescos en los entre actos, una señora atiende la taquilla. A las nueve y media en punto empezamos. El público no es muy selecto, público de barrio, y a este teatro viene mucha palomilla, pasan puras películas de serie, Eddie Polo y otros traros, a veces una de Chaplin, claro, la entrada es barata y por eso los cabros vienen, quien sabe ahora no vengán. Durante la función las voces de los artistas resuenan en el techo de calamina, altísimo, no vino mucha gente, más bien poca, las luces, muy altas también, alumbran mal, y Aniceto, metido en su

concha, resistiendo una corriente de aire que se cuela por una puerta que hay al fondo de la barraca, hace lo imposible para que todo salga bien: los actores y actrices se detienen, vacilan, la miran, «¡Usted, usted!», «¿Yo?», «¡Quién va a ser!», parece que se le ha olvidado el papel o que se ha metido al escenario por equivocación, los ojos del público lo asustan, «¡Por qué no entra el que sigue!», «¡Vamos!», se desespera, sufre, se alegra, ríe, quiere llorar; por fin terminan, se oyen unos aplausos, muchos menos de los que se esperan y el amigo que hace de representante porque también le gusta el teatro, aunque no es actor ni nada, llega con la planilla: tantas plateas, tantas galerías, tantas entradas de favor, gastos, arriendos: se deben ocho pesos, ¿a quién?

—A mí —dice el representante, riendo—; todo sea por el arte.

—¿Vamos a tomar una copa? —le pregunta Alfredo, que ha asistido a la función.

En la calle, una parte del público está como en espera, quiere ver a los artistas. Algunas personas aplauden, y los chiquillos, que no han entendido nada, silban y uno grita:

—¡Patilludos!

Es decir, aburridos. Ocho pesos de pérdida, el seis por ciento, sí: tendría que pagar cuarenta y ocho centavos.

—Bueno, vamos.

—¿No le gustaría comer algo, antes?

Aniceto es terminante:

—Le advierto que estoy pobre; tuve que pagar el arriendo de la pieza.

—Bah, no es mucho el gasto y ando con plata; lo invito.

—Gracias.

A las tres de la mañana Aniceto quiere irse de la casa de remolienda.

—Vámonos; ya es muy tarde.

—Quedémonos —le dice Alfredo, en voz baja.

Está excitado, los ojos más brillantes que otras veces, húmedas la frente y las manos.

—No tengo dinero —replica Aniceto, avergonzado.

La mujer está tomada de su brazo. Es morena, baja, de pelo negro, joven; lo mira en silencio. Sabe que es un objeto, no un sujeto, y no se atreve a decirle que se quede. Si lo hace se sabrá que tiene interés en lo que le pagarán. Además, no tiene mayor entusiasmo. Se han conocido esta noche, bebido, bailado, y es posible que no se vuelvan a ver más. Calla y espera, oye.

—Yo le pago la noche.

—Oh, no.

Sería demasiado: ¿cómo perder la virginidad a costa del bolsillo de un amigo? Pero Alfredo está excitado.

—Sí, quedémonos.

Lo toma de un brazo y lo hace girar hacia sí.

—¿Somos amigos? Si o no.

En voz más baja:

—Nos vamos los cuatro a la misma pieza.

Aniceto da a Alfredo una prueba de amistad: acepta; no siente ningún deseo, le daría lo mismo irse, pero acepta. La pieza se alumbra con velas, es un burdel pobre, y los hombres se desvisten con todo pudor; las mujeres se desvisten también, no con tanto pudor; la de Aniceto es morena, blanca la de Alfredo; se dicen frases, ríen quedo; Aniceto se acuesta primero y mira a Alfredo, que no ha terminado de desvestirse y que, sentado en la cama, pelea con el cordón de un zapato. Por fin, todos están en cama.

—Apague la luz, por favor.

—Ya.

—Voy a apagar.

—Bueno.

Oscuridad. ¿Qué hay que hacer ahora? Alfredo se mueve, Aniceto lo oye: sin duda sabe qué hacer. Haciendo un esfuerzo estira la mano y toca un brazo de la mujer, que se acerca.

—Qui'hubo.

—Qui'hubo.

No siente ningún impulso, no está excitado, y si Alfredo le dijera, así como le dijo que se quedaran, que se fueran, se levantaría y se iría: «Buenas noches», diría a la mujer morena. Siente que antes de acostarse con ella debió ocurrir algo, un conocimiento, una provocación, tal vez una lucha, pero no ocurrió nada, no sabe quién es ella, ella no sabe quién es él, ¿qué hacía ella antes de ser prostituta?, ¿qué hace él?, ¿qué hará mañana?, ¿qué hacen en esa cama?, ¿cuál de los dos tiene gonorrea?; la mujer, aunque joven, sabe qué se puede hacer en una cama; se ha dado cuenta de qué clase de hombre le ha tocado y entonces lo ayuda, excitándolo; con gran sorpresa suya, Aniceto reacciona; menos mal, hay una provocación, es cierto que puramente local, pero peor es nada. Ha leído novelas y visto que la relación amorosa puede tener muchos aspectos y hasta formas, brutal, fina, viciosa, apasionada, platónica, pervertida; por supuesto, sus gustos van desde lo fino a lo platónico; no sólo sus gustos y sus ideas, sino sus sentimientos y tal vez su constitución íntima son así, aunque alguna vez puedan cambiar; concibe todas las formas y todos los aspectos, lo brutal y lo apasionado, los grandes gritos, el asesinato, el desgarramiento, el refinamiento, «Monsieur de Phocas», los hombres que queman con cigarrillos, por placer, a las prostitutas, es posible que alguna vez pueda llegar a sentir o a desear hacer todo eso, pero la verdad es que el amor de esta noche, este, no tiene nada de nada, no se parece a ningún amor, es una relación, va a ser, una relación más bien comercial, de comercio minorista, échele para adelante. Realizado todo, todo sin sobresaltos y sin dificultades, piensa que todo ha sido como una masturbación, un sustituto de algo más valioso, que no tiene. De todos modos, se siente apaciguado. Pero Alfredo hace mucho ruido, el flacucho de nalgas chupadas,



tan alentado, parece creer que está en un desierto, y la mujer morena, ya con más confianza, le susurra, debajo de la ropa: «Préndales la luz». «No». «Sí, préndala: nos reiremos». «Cómo se le ocurre». Por fin, prende un fósforo. Alfredo, con los ojos desencajados, le grita:

—¡Apaga la luz, mierda!

Se le ha olvidado que le gusta la novela.

La joven mujer morena ríe; después, dándose vuelta hacia el muro, se duerme. Y debe llegar un momento... el momento no llega ni llegará esa noche, y Aniceto, con una mano sobre la cadera de la mujer, se duerme.

El tiempo sopla desde todos los puntos del cuadrante; el viento desde el sur o desde el norte; desde el este, muy débil en las noches, y, en ocasiones muy contadas, desde el oeste; el norte y el sur, por el valle central como por un tubo, fuerte, y el oeste o Travesía, que así le llaman y que llega al valle después de atravesar la cordillera de la costa, suave, tan suave como el este, aunque en algunas de aquellas contadas ocasiones suele soplar fortísimamente. Pero esto no para ahí. Otro viento, uno especial, que no proviene desde ningún grado ni punto cardinal, sopla también sobre Santiago del Nuevo Extremo: es uno como con dedicatoria o dedicado, de seguro por el tiempo, que es quien maneja los vientos, a una persona o grupo de personas; le llaman, menos que viento, ventolera. El Travesía no sopla sino rara vez y es un viento extraño, extraño porque viene desde cuatro o cinco mil millas de despejado océano, demasiadas para un viento (algunos avispados chilenos sospechan que no viene desde tan lejos y que se forma o nace solo frente a la costa de Chile como resultado de la lucha entre los vientos norte y sur: no pudiendo vencerse se unen e irrumpen con violencia sobre territorio chileno). La ventolera no es extraña y sopla siempre, en cualquier momento, sin que los meteorólogos, civiles o militares, cuerdos o locos, puedan informar algo de ella; peor aún, puede soplar, inesperadamente, sobre ellos. Y así como hay ventoleras que son para un individuo o para un grupo, les hay también para un partido político o un gremio, una familia o una clase social: y cuando empieza nadie sabe cuándo ni cómo terminará; las hay grandes y chicas, cruentas e incruentas, superficiales o profundas. «La ventolera es grande», se suele oír; puede matar, disolver, construir, revolver; se relaciona con la polvareda: «Se está levantando polvareda» «Se la llevaron, se la llevaron; con ella *mesma* pu'aquí pasaron: la polva'era no más dejaron», dice la canción, que transforma polvareda en polvadera (quizá así sea peor), y a los que hablan mucho, que se mueven al mismo tiempo que hablan y que parecen, mientras hablan y se mueven, estar en todas partes, la gente los llama «Ventolera».

Sopló desde varias partes y alcanzó a Aniceto, a sus amigos y a todo lo relacionado con él y sus amigos: unos cayeron, otros desaparecieron, algunos volvieron y unos pocos asomaron. El primero en irse fue Rodolfito, el hijo de Serrano, compañero de pieza de Aniceto. Una noche, al llegar, vio que no estaba, tampoco su cuna; se había ido. Lo veía al llegar en la noche y al irse en la mañana, siempre dormido y siempre tan blanco. La madre, por cierto, no volvió más: el amante le dio a elegir entre él y su hijo y prefirió al amante; por ahí andaba, robando trapos, siempre con su cara de señorita y su expresión ovejuna. La señora Rosario le contó, al día siguiente, que el señor de Valparaíso había venido, por fin, a llevarse al niño: era un caballero de posición, acaso simpatizante de las ideas libertarias o, simplemente, un hombre con sentimientos humanitarios; era poeta. Cabía la

posibilidad de que fuese amigo de Serrano, de que hubiese sido. La señora Rosario no sabía más y Aniceto se conformó con lo que le contó.

Estaba solo, pues.

Casi sin sentirlo, cada día se alejaba un poco de aquel barrio y a veces se dio cuenta y pensó que quizá era mejor irse de una vez a vivir al de San Diego, barrio en donde, por el momento, estaban sus amigos, aquellos que no tenían para realizar, sino proyectos que casi nunca dan, incluso realizados, ganancia material alguna o, en todo caso, muy pequeña; en recompensa, eran proyectos o realizaciones que no atraerían la atención de los agentes de policía: nada de balazos ni patas de catre, carreras o atracos. Lo malo es que al irse no podría llevarse lo que era de Filín: la señora Rosario se consideraba depositaria de ello. La consultaría.

—¿No le parece?

—¿Qué?

—Que es mejor que Bellesteros se haya llevado al niño.

—Ah, claro, mucho mejor.

—¡Pero qué le parece la Blanca!

Aniceto pensó en la otra Blanca y vaciló; las separó y dijo:

—Me parece una yegua.

—¡No es ni yegua! ¡Es nada más que una estúpida! ¿Cómo pudo Serrano enamorarse de esa vaca?

Aniceto se encogió de hombros.

—Le gustaría.

—¡Pero que le gustaría!...

—Qué sé yo... Algo. ¿Qué le gustó al Careta?

Teodoro dejó de trabajar y levantó la máquina.

—¿El Careta? ¿Quién diablos es El Careta?

Aniceto rió al ver su sorpresa.

—El que vive con la Blanca.

—¿Así le dicen?

—Sí. Ese nombre se lo pusieron en la Argentina. Y se lo pusieron por feo.

—¿Quién le contó eso?

—Manuel, el hijo del maestro Silva. ¿Usted no conoce a Pedro Verdugo?

—¡Cómo se le ocurre!

—Yo lo vi el otro día; venía saliendo de una tienda con la Blanca; es moreno colorado y tiene la cara cubierta con espinillas, bocón, el pelo tieso.

Teodoro rió también.

—¡Buen mozo el roto!

—La cara es como esas máscaras que se usan en la Argentina para los carnavales. Y también...

Calló de sopetón.

Era una mañana de sol y la calle se veía llena de luz. Sentado en uno de los sillones de la peluquería, el sillón de Víctor, que en ese instante, como no tenía cliente, afilaba sus navajas en un rincón, miraba, por el espejo, hacia la calle: carretones, un tranvía, mujeres solas, niños, parejas de hombres, hombres solos. Recortadas sobre el fondo blanco del muro del frente, aparecieron unas inconfundibles figuras. Aniceto calló.

—¿Qué pasa?

—Me parece... —murmuró Aniceto.

Volvió a callar, y Teodoro, que cortaba el pelo a un cliente del barrio, quedó inmóvil de nuevo, mirándolo.

—¿Qué es lo que le parece? Hable.

Las figuras se detuvieron: habría Aniceto apostado una pierna, con la seguridad de conservarla, a que eran tres agentes del Servicio de Investigaciones; los conocía desde niños y eran iguales en todas partes; echaron una mirada hacia los lados para ver si venía algún vehículo, no venía ninguno, y se dispusieron a atravesar la calle.

—Agentes... —susurró Aniceto, levantándose con pausados movimientos y quedándose de pie junto al sillón, sin perder de vista a los que avanzaban.

Eran tres individuos gordos, uno con sombrero de paja dura y dos con sombreros de jipijapa; les sentaban como dos tiros.

—¿Agentes?

Víctor se asomó a la puerta y miró.

—Los mismos —dijo—; son agentes, Teodoro, y vienen para acá.

Teodoro, que no veía un agente aunque lo tuviera tres pasos de distancia, lo que era su desesperación, ya que nunca pudo huir de ninguno, dejó la máquina sobre la mesa de trabajo, profirió un garabato y dijo al cliente:

—Está más o menos; sólo falta la peinada.

—No importa —dijo el cliente, con voz un poco temblorosa; se había puesto también nervioso—. ¿Cuánto es?

—Lo de siempre. No puedo... —dijo Teodoro, estirando la mano.

—Bueno, para otra vez será.

Le puso el dinero sobre la mano y se dispuso a salir; los agentes tapaban ya la puerta.

—Un momento, caballeros —dijo uno de ellos, avanzando.

Era gordo, moreno, bigotes rizados, bajo, feo, con un gran lunar encima de la boca y junto a la aleta de la nariz. Sonrió y mostró un diente de oro.

—Buenos días, don Teodoro —saludó.

Teodoro no contestó el saludo. Malhumorado, exclamó:

—¡Ya vienen con la misma...!

Víctor guardaba sus navajas. Los miró.

—Para eso los tienen, Teodoro —explicó.

El hombre feo volvió a mostrar su diente de oro, tendió una mano y miró a todos, uno por uno tomándolos por testigos:

—Bueno, pues, ustedes saben... Anoche estalló otra bombita y, claro, los mandamases se ponen nerviosos; el ministro llamó al jefe y le dijo: «¿Qué pasa, Eugenio? ¿No hay pacos ni agentes en Santiago?» Y uno, ¿qué va hacer? Donde manda capitán...

Tenía un gran anillo de oro, que hacía juego con el diente, en el dedo índice de la mano que estiró; tal vez la estiró para que la vieran: lucía una piedra color azul oscuro. Aniceto lo observó en tanto revolvía su mente en busca de la manera de salir de allí.

—Con permiso —insinuó al hombre del anillo, que le tapaba el camino hacia la puerta.

El agente lo miró. No le conocía y dijo:

—Pase no más joven.

El cliente se movió por su lado. Ahora el agente impedía su salida.

—¿Me deja pasar? —preguntó, con mucha cortesía.

El agente lo miró también.

—Claro, pues; adelante, adelante. Yo sólo vengo a ver a estos caballeros.

Aniceto salió a la acera, miró hacia la izquierda y hacia la derecha, por si acaso había más agentes, no vio más y decidió ir hacia la derecha: la esquina estaba más cerca. En el momento que empezaba a caminar oyó que el hombre del lunar, decía con su simpático tono familiar:

—Bueno, don Teodoro, con su permiso; vamos a echar una miradita por aquí.

El cliente que salió casi al mismo tiempo, caminó a su lado hasta la esquina y allí, mirándolo de reojo y antes de separarse de él, le dedicó una gran sonrisa que quería decir: Te escapaste, ¿ah?

Sí, se había escapado. En la esquina torció de nuevo hacia la derecha y en vista de que tampoco allí había agentes corrió hasta la otra calle, por si acaso el hombre del diente de oro a alguno de sus compañeros reaccionaba, pero no fue así; y como nadie lo siguiera, la gente que lo vio correr y detenerse sin motivo visible lo miró como se puede mirar a un ocioso, con una sonrisa entre bondadosa y burlona. Aniceto sintió vergüenza.

Pero no le valió de nada escapar.

—Venga para acá, amigo —le dijo, en la noche, en plena calle San Pablo, otro agente.

Era vecino del barrio y conocía, de vista, a Aniceto. Le llamaban El Bocanegra. Podía vérselo a menudo en el barrio, en algunas de las calles sin pavimento, pasar a caballo en compañía de otro agente, también del barrio y famoso atrapador de ladrones; lo miraban como una rana puede mirar a una serpiente. Montaban animales grandes y cuando llevaban mantas y carabinas la gente decía que iban a buscar bandidos; tal vez se trataría de ladrones de gallinas campesinas, ya que los bandidos

no eran muy abundantes. El otro agente era grande y gordo, muy moreno; al mismo tiempo que las prostitutas, era uno de los vecinos que daban carácter al barrio.

—Venga para acá, amiguito.

Aniceto no tuvo más remedio que ir, sintiéndose, también, como una rana o un ladrón de gallinas: la mano de un policía rebaja, puede rebajar, a cualquiera, aún al de más riñones. Un agente de uniforme lo tomó de la manga de la chaqueta y lo llevó por San Pablo a través de las diez o doce cuadras que distaban hasta Investigaciones. Se veían pocos transeúntes y esos pocos no dejaban de mirar a la pareja, tan común en esa calle: un policía y un detenido. ¿Qué había hecho el joven? Tal vez era un ratero, ya que no estaba borracho ni se le veían huellas de que hubiese peleado. Aniceto inclinaba la cabeza o miraba hacia adelante. Sentía gusto y susto, gusto porque, sin valer nada, alguien presumía que podía valer algo, ser alguien, por lo menos alguien que además de ser llevado por un policía y de una manga por una calle cualquiera, supiera algo de las bombas, hubiese puesto alguna o tuviese una, y susto porque, en verdad, sabía algo, más de algo, de las bombas. ¿Algún policía o soplón lo vio cuando llevó a casa de Wagner el saco con gelinita? ¿Sabrían que era amigo y compañero de Voltaire? ¿Estaba preso éste y los iban a carear? El susto aumentó con el pensamiento de que no era un misterio para nadie que en Investigaciones pegan a los detenidos, a veces cruelmente, sobre todo a aquellos que no tienen respaldo alguno y que parecen ocultar u ocultan algo; era el caso suyo. No estaba fichado como anarquista ni como nada y sólo contaba con una detención por un motivo fútil; ahora existía un motivo nada fútil y era seguro el interrogatorio severo y muy probable la paliza. Al mismo tiempo, y cómo siempre en estos casos, se sentía como en un desierto: ¿a quién llamar, a quién hacer avisar? Cuando su padre caía preso, siempre podía hacer llamar a un abogado o a su casa: había dinero de por medio y el ahogado recibiría un pago, ahora o después; pero los anarquistas no contaban con dinero y tenían defensores sólo cuando cometían, realmente, algo grave o cuando eran acusados de algo grave. Era cierto que algunos abogados recién recibidos o estudiantes de los últimos años de leyes empezaban a acercarse a las obreros y a ayudarlos y a defenderlos (Plaza Olmedo tenía el suyo), pero Aniceto no conocía a ninguno. La ventolera no traía sino, como dice la canción, «una noche oscura y temerosa» ¿Quién le daría la primera cachetada, el primer puntapié? ¿Vería en Investigaciones a sus compañeros? ¿Habrían detenido a Voltaire? ¿Hasta qué punto sería capaz de resistir las amenazas o los hechos, el miedo y la brutalidad?

El policía uniformado lo entregó a un agente que lo llevó, por un corredor, a una oficina mal alumbrada, en donde le tomaron los datos principales, la dirección sobre todo; terminado esto, el agente lo sacó a un patio en que se veían pequeñas puertas, todas cerradas. ¿Qué sería eso? Eran calabozos chicos, celdas. El agente abrió una de las puertas, lo empujó con suavidad hacia dentro, cerró y le dijo, desde afuera:

—Si siente ganas de orinar, avise. Su número es el ocho.

El ocho... Son tal vez las once de la noche y la Sección de Investigaciones está en silencio; ahora sí y ahora no, se oyen pasos, voces, cerrar y abrir de puertas, todo lejano, como si ocurriera en otro lugar. El calabozo es de incomunicados y carece de luz y no permite sino estar sentado en una estrecha tabla que hay al fondo o estar de pie, pero estar de pie en la oscuridad, afirmado en un muro, resulta estúpido — Aniceto no sabe por qué—; parece una postura o actitud para conversar y allí no hay con quién conversar y ni siquiera, al principio, pudo verse las manos; estar sentados resulta también un poco estúpido, aunque se descansa y si se suben las piernas y se gira el cuerpo puede uno poner los pies sobre el asiento y descansar más. Debe ser la oscuridad la que, reunida a la soledad y al silencio, parece estupidizar todo. Poco a poco, sin embargo, se acostumbra a la soledad y a la oscuridad y sigue oyendo lejanamente voces, ruido de puertas, pasos, nada especial, ningún grito, carreras o golpes. Procura oír bien las voces por si distingue la de algún compañero, pero no reconoce ninguna; todas parecen voces de agentes.

—Tomemos otra botellita; es temprano.

—¿Vamos dónde la Lucha?

—Ya, duérmete, hostigoso.

—Hay que entrar por aquí; yo entraré primero.

—¡Apaguen la luz!

—Que hubo...

—Que hubo...

—Es que estoy curado, ¿no ve?

—Por eso mismo.

—Ya, pues, mi hijita...

—Doy carta.

—Venga.

—¿Por qué me va a llevar preso?

Toda la ciudad se prepara a dormir o a estar despierta, a toda hora y todos juntos, al mismo tiempo, algunos niños buscan, debajo de los puentes del río, entre basura, sacos y perros, un lugar donde dormir; mujeres llenas de trapos, ocultas entre trapos, mujeres como trapos, con un niño en los brazos, niño que también puede ser de trapo, surgen de entre los recovecos de las iglesias y piden limosna: «¡Caballerito, por vida suya!», a ti te gusta la novela, ¿cómo podrías reproducir esto de una vez, simultáneamente?, acabo de leer «La Vie Unanime», de Jules Romains, la vida es unánime, y la novela, de la que se dice que es un reflejo de la vida, un espejo de la vida debería recoger, simultáneamente, esa vida unánime; no digas tonterías, ni siquiera los ojos pueden recoger todo de manera simultánea sino por pequeños espacios y enfoques; la mente, sin embargo, puede representárselo todo unánime y simultáneamente; pero no podrá expresarlo y si alguien quisiera representarlo haría algo ininteligible, no se puede romper todo el equilibrio; quizá alguien logre hacerlo, proyectar todo al mismo tiempo; pero es que todo esto es muy grande; y la Tierra,

¿no es grande?, grandísima y redonda y alguien logró proyectarla en forma plana; no seas lesa, tómame ese vino; no quiero más vino. No había leído el diario y no supo nada de la bomba. Tendré que ver los diarios todos los días. Pasos suaves y pasos fuertes, cautelosos o francos, en la sombra y a la luz de los focos del alumbrado, rostros que quieren llamar la atención y rostros que se ocultan, las prostitutas lo mismo que los ladrones y los policías, los borrachos lo mismo que los insomnes y los jugadores, los obreros al mismo tiempo que los vagos y los desocupados, los asesinos al mismo tiempo que los tímidos y los beatos, en la ciudad, todos juntos, nadie se salvará, hermano, y a una o dos cuadras, con paso entre cauteloso y franco, aquel piensa en el hombre que tal vez examina joyas o cuenta dinero, se acerca, se aleja, vuelve al cabo de unos minutos, no ha hecho más que dar vuelta a la manzana, reconoce cada rincón y cada vericuerdo, mira hacia atrás, hacia adelante, hay dieciocho pasos justos desde la esquina hasta la puerta, por la calle de la esquina pasan muchos tiras, sobre todo de noche, esos que andan de ronda, el hombre se queda a veces hasta tarde y trabaja con la cabeza inclinada, ¿qué hace?, tiene una nuca ancha, rosada, los parietales son anchos, es una cara un poco cuadrada, usa lentes sin aros, a esta hora está cerrado el cuartel general de la policía, sólo un centinela mira a veces por la mirilla. Es la una. Un reloj da la hora y Aniceto siente deseos de orinar. Después de esperar un momento, golpea sobre la puertecita. Le responde una voz:

—¿Quién llama!

No reconoce esa voz.

—El ocho. Quiero orinar.

Oye pasos y abren. Hay más luz en el patiecillo, o al menos así le parece después de tan largo rato en la oscuridad y distingue a un agente que no es el que lo trajo a la celda; este es un hombre alto, fornido, de bigotes.

—Allá está el excusado —dice con voz recia, señalando hacia alguna parte.

Aniceto mira al suelo, no hay tropiezos; al fondo se ve un poco más de luz. Se dirige hacia allá, ve en el muro el letrerito de W.C. y empieza a buscar. En el momento en que va a abrir una puerta de color verde oye una carrera y una voz:

—¡Oye!

Sin duda es a él, ya que en el patio no hay nadie más, y se detiene, sorprendido de que lo tuteen; el agente llega a su lado, lo toma de un brazo, lo tironea y dice:

—¡Este no es excusado para presos! Es para los agentes. ¡Por qué se mete aquí!

—Usted... —alcanza a tartamudear Aniceto.

Quiere decirle que no le indicó exactamente dónde era, le dijo allá, no más, y él no conoce... La cachetada lo alcanza en plena oreja y un dolor agudo, mezclado a un ruido como de aguda trompetilla, sale de su oído y lo deja mudo. Se pone la mano ahí, se inclina, no sabe qué pensar, no sabe explicarse nada y de pronto la ira se enciende en él.

—¿Por qué me pegas, ... de tu madre?



El agente le da un empujón que lo hace trastabillar y le dice, con voz más recia, señalando exactamente ahora:

—¡Allá está el excusado de los presos!

Y agrega con voz amenazante:

—¡Y no se me venga a botar a insolente el carajo!

—El carajo es usted —replica Aniceto, alejándose.

En un segundo ha visto, en su mente y cerca de sí, la mano de Alberto empuñando su Smith y Wesson, esa mano como una pala de puntear y ese revólver resplandeciente, como distinguido. Tiene razón Voltaire: nada se ha arreglado. Pero ni él ni Voltaire pueden, solos, o aún con las bombas o con el revólver, arreglar nada, ni lo puede nadie; es trabajo de muchos. Hijo de puta. Si tuviera... No tiene sino una oreja que le zumba y un oído que le duele; quizá el bárbaro le hizo estallar el tímpano. Furioso y dolorido, ya en el hediondo excusado para presos, no puede ni siquiera orinar y sale y se va a su celda, con el agente siguiéndole. Le cierra la puerta y se va. Debe llegar un momento... Pasó la noche intranquilo, durmió un poco, se tocó la oreja a intervalos y por fin llegó el día y entonces se enteró de que estaba acusado de daños a la propiedad. La propiedad es un robo, había dicho Proudhon; hay que destruirla.

—¿Qué sabe usted de las bombas? ¿Conoce a alguien que tenga alguna? ¿Ha oído hablar de eso?

No, no sé nada, no he oído hablar de nada, no conozco a nadie que tenga o coloque bombas, un agente hijo de puta me pegó anoche en una oreja. El juez no parece tener mucho interés en insistir acerca de las bombas. Le pregunta si es anarquista, en qué trabaja, qué amigos tiene, qué hace, y Aniceto le cuenta que si se cree anarquista y por qué, que hace, en qué trabaja, cómo es amigo de poetas y de artistas y de apuntador de una compañía de aficionados: el seis por ciento. Muy penetrado de su función, el juez ignora o pretende ignorar lo que ocurre a los presos durante sus días y noches de calabozo. Olvida lo del agente, da por terminado el interrogatorio y lo declara en libertad. Aniceto saca en conclusión que la policía y la justicia están desorientadas, preguntan a tontas y a locas y quizá esperan que el allanamiento de alguna pieza de conventillo o casita de cité les dé la pista o la prueba. Declarado libre, no sale en libertad: se apodera de él otro agente y lo lleva a su oficina; ahí entre presos, agentes y empleados técnicos y no técnicos, le confeccionan un expediente: sus antecedentes, fechas, propósitos, le hacen escribir unas líneas y Aniceto cree que le piden un autógrafo o algo como lo que se pone en los álbumes de las señoritas y escribe un párrafo en el que intenta reproducir frases o pensamientos que ha leído en alguna parte: le duele el oído, tiene sueño y no cree en la inspiración. Le toman las impresiones digitales y no contentos con eso le hacen imprimir en una hoja toda una mano y en otra todo un pie: queda sucio y siente que le da lo mismo ser lo que es que parecer lo que no es; ha salido de nuevo degradado y piensa, al salir hacia la calle, que no debería existir nada ni ningún hecho que rebaje o haga sentirse

rebajado a un ser humano. Un ser humano rebajado puede matar a quien lo rebaja o a cualquiera; tiene que desquitarse. «¡Y no se me venga a botar a insolente el carajo!». Sí, ... de tu madre. Ese pretendido insulto, esa invocación eufemística a los órganos sexuales superficiales y profundos de una mujer o de una madre, ha perdido fuerza y no se sabe si eso indica que también la madre y su en un instante dado precioso e íntimo rincón de amor han sido rebajados o que la gente, dándose cuenta de la frase es una estupidez, ha despreciado el valor del insulto. Al diablo... Le duele el oído y sale y después de contar, a un compañero que está como de centinela en la calle, acompañado de un tinterillo, lo que le han preguntado y lo que le sucedió, se va a su pieza, en donde la señora Rosario le cuenta que los agentes vinieron a allanar, que casi la llevan a ella y a su hombre y que todo está patas arriba. La ventolera. Se acuesta y duerme.

Cuando despierta, el hombre ha muerto.

Mueren todos los días, todos o casi todos en una cama propia o del hospital; éste no: fue hallado ante su escritorio, la cabeza caída sobre unos papeles y mostrando en la que unas horas antes había sido una reluciente y rosada nuca, un machucón atroz. La sangre cubría el pequeño escritorio. El señor Trubezoy, su socio y amigo salió de la oficina dando traspiés; atravesó la calzada y se metió sin hacer caso de las advertencias de la guardia, por la puerta de la Dirección de Policía; allí no pudo hablar, tan agarrotados tenía los músculos y nervios; sólo hizo señas y el oficial entendió algo: alguien había sido golpeado; atravesó la calzada, entró a la oficina, miró y salió, a pesar de su grado, dando traspiés. «¡Miéchica!», exclamó Fortunato Beiza al enterarse: «¡El compadre la hizo de oro!» Pero el compadre, si es que había sido él, perdió el tiempo: el hombre, un emigrado austriaco o checo de apellido difícil, no manejaba joyas ni dinero; era polígloto y especialista en escrituras, una especie de perito calígrafo o paleógrafo, y no tenía más joyas que su anillo de matrimonio y su reloj ni más dinero que el que un hombre corriente puede llevar en el bolsillo.

Aniceto, que tenía ahora la precaución de leer, todos los días, en los puestos de los diarios, y ya que en cualquier momento podía venir otra sorpresa, los titulares, sintió que una ráfaga de terror le azotaba; ¿no era bastante tener un compañero que colocaba bombas sino que, además, debería tener uno que, posiblemente era un asesino? ¿Y qué pasaría si...?

—¿Tienes alguna idea?

—Ni media.

—¿No has oído decir nada, hablar, comentar?

—No, a nadie.

¿Qué podía hacer? Había estado con Alberto días y noches y noches, cantado, corrido, saltado y bañado con él, disparado su revólver, que tanto le gustaba, visitado en la pieza en que vivía, con su mujer y sus dos niños, en un conventillo cercano al Camino de Cintura; era su amigo, no lo podía negar —también era amigo de Voltaire

—, un amigo a quien, por una parte, admiraba por su belleza física, un poco rústica pero belleza al fin, y por su aire de orgullo e independencia, y que temía, por otra parte, quizá por eso mismo: al darle la mano, verlo correr o disparar, se daba cuenta de que podía llegar a extremos que él no alcanzaría nunca. De pronto advirtió que se había echado a reír en pleno ensayo de una obra dramática.

Juan lo miró desde lo alto de su silla de director.

—¿De qué te ríes, Aniceto?

—No, de nada; recuerdos.

—¿Recuerdos de qué? ¿Alguna aventura?

—No, tonteras...

—¿Te estás volviendo tonto?

—Tal vez.

Antonio, que presenciaba el ensayo en su calidad de autor, lo amenazó con un dedo.

—Cuidado. Te voy a llevar a la montaña a cortar talhuenes.

—Ojalá pudiera irme.

—Ya es tarde, hermano.

¿Por qué tenía miedo? No se encontraron huellas de ninguna especie y los agentes, sin pista alguna, sólo tenían un muerto y un socio y amigo del muerto; el señor Trubezoy fue, por supuesto, descartado: la autopsia determinó la hora de la muerte del hombre del apellido casi con puras consonantes y a esa hora el señor Trubezoy estaba en su casa con su mujer y un vecino, jugando ajedrez y tomando té con limón. Se hablaba de Emile Dubois, pero Dubois había sido fusilado diez o doce años antes; quizá algún discípulo o imitador. Investigaciones echó dos o tres redadas profundas y recogió hasta a los asaltantes y ladrones que ya de puro viejos e inválidos no asaltaban ni robaban; ninguno supo una palabra y muchos dijeron que los ladrones chilenos no hacían eso: eran extranjeros los que lo hacían. Lo mismo aseguró Fortunato a su amigo.

—¿No has sabido nada?

—Nadita.

—¿Has hablado con alguien?

—Sí. Ninguno cree que los *choros* de aquí tengan algo que ver. Estos son de afuera.

—Lástima: la Pesca daría quién sabe qué por un buen dato.

De pronto dejó de reír: no sólo lo asustaba la casi seguridad de que fuese su amigo el culpable sino también la posibilidad de que lo fuese. Se levantaba entonces muy temprano —Álvarez terminó por llevarlo al camino de Conchalí— y no podía ver los diarios sino en las tardes. Pero mientras hacía su trabajo, pensaba: ¿habrá sido él?, ¿habrá sido otro?, pero ¿cómo va a ser otro?, sería mucha coincidencia. En los primeros días no quiso buscarlo ni verlo y no pudo hablar con nadie sobre el caso. Si ha sido, ¿qué sentirá?, si no ha sido, ¿qué pensará? ¿Por qué él no intentará, nunca

hacer algo parecido? ¿Qué lo lleva a pensar siquiera en herir a matar a alguien? Sentía que hay un límite, una barrera, una tierra de nadie, que unos no pueden atravesar y que otros atraviesan sin esfuerzo alguno, como algo natural, sin contar con los que son arrastrados por el odio, por el deseo de venganza u otros motivos; pero aquí no hubo odio ni deseo de venganza sino el propósito de robar algo. ¿Por qué? No todos matan para robar. Sus compañeros, en especial los que eran mayores o más preparados que él, hablaban a menudo de un sabio italiano llamado Lombroso, que parecía estar de moda, y de sus ideas sobre el criminal nato, y lo discutían y lo negaban, no existe el criminal nato, el tipo lombrosiano, algunos asesinos son hermosos, el criminal es un fruto del ambiente, del medio, a veces de las circunstancias, es la sociedad burguesa la que tiene la culpa, la propiedad privada, la explotación del hombre por el hombre, si el ser humano tuviese todo lo que necesita, no robaría, bueno, pero es que no se trata de robar, se trata de matar, es la educación la mala, esta no es educación, es instrucción, una instrucción confeccionada por la sociedad burguesa.

—Usted me la está ganando —le dijo el maestro Álvarez.

—¿Yo? ¿Ganando? ¿Por qué?

—Ya habla menos que yo.

Aniceto volvió a reír, ¡qué falta le hacía!, porque, la verdad, quizá no era miedo lo que sentía sino aflicción: pensar que un amigo haya matado a un hombre... ¿Cómo estará ese amigo? De seguro, asustado, quizá arrepentido, escondiéndose en piezas de conventillos, saldrá solo de noche o no saldrá, atento a los pasos y ruidos, ¿será la policía?, ¿quién será? ¿Cómo era posible soportar esa tensión? Pero la verdad es que no tiene porqué esconderse, la policía lo ignora todo, sus amigos le serán fieles, aquellos que saben o sabían, mejor dicho, ¿por qué tuvo que contar a nadie lo que pensaba hacer?, se lo contó hasta Fortunato, a quien apenas conoce. Si lo saben y logran detenerlo, ¿qué hará la policía? ¿Buscará también a sus amigos y compañeros?

En el Centro de Estudios Sociales, los anarquistas, indiferentes a crímenes y bombas, aunque las bombas podía haberlas puesto un compañero, seguían hablando, sin sacar nada en limpio: todo era para el futuro, nada para el presente; las amenazas y las profecías pegaban contra los muros y caían al suelo, inocuas.

—Yo, compañeros, soy individualista. Creo en el Hombre. Hay que levantar y dignificar al Hombre. La sociedad burguesa lo está matando.

—Permítame, compañero.

—Un momento: estoy hablando.

Nuevas caras se veían allí: un español, catalán por más señas, apellido Clota, a quien la ropa parecía bailar en el cuerpo, tan flaco era; hacía la competencia a La Fiera: podía hablar del Único y su Propiedad hasta que el auditorio, si es que quedaba alguien, cayera al suelo, dormido, o hasta que su manzana de Adán, prominentísima se agostara o gastara. Era zapatero, muy alto, y usaba zapatos sin cordones y camisas sin botones. Todo le era indiferente, excepto el hablar. Triviño, un anarquista

apasionado, que predicaba la acción obrera, quería hacerlos reaccionar, pero no lo lograba. Carecían de método y de control, no se fijaban tema alguno o el tema era inabarcable y lo mismo podían hablar durante tres horas que durante seis. Aniceto sospechó que algunos padecían de algo como una enfermedad. Los observó y vio que en determinado momento los tendones del cuello empezaban a realizar movimientos compulsivos que aumentaban de intensidad y ascendían hacia los músculos de la mandíbula, pasando luego a los de la boca; los labios se movían de modo casi imperceptible, aunque permanecían cerrados; después, empujados por la oculta fuerza, se abrían y el individuo rompía a hablar, incontenible; pedían primero la palabra, claro está; si no se la daban, los labios sufrían una especie de vibración, una vibración de espera. Si se lograba interrumpirles o detenerles, el movimiento hacía el recorrido contrario, hasta desaparecer o hasta renovarse; un motor o algo así, situado en algún inescrutable lugar del cuerpo, un motor que se cargaba con algún material desconocido y que sólo se descargaba al hablar, era lo que los impulsaba.

—Pido la palabra, compañero.

—Un momento; está hablando el compañero Ibarra.

Llevaba ya una hora y cinco minutos con la palabra, reloj en mano.

Un hombrecito moreno, casi negro, de pelo rizado, boca morruda —no pudo saber si descendía de australiano, de chino o de cholo peruano—, se acercó a Aniceto.

—Buenas tardes, compañero.

—Buenas tardes.

Sonrió con timidez.

—Me han dicho que usted es amigo de Alberto. ¿Es cierto?

—¿De Alberto? ¿Qué Alberto?

La pregunta lo tomó de sorpresa, aunque no hacía más que pensar en Alberto.

—Bueno, de Alberto... Aguirre creo que es el apellido.

—Ah, sí. Bueno, soy amigo más o menos...

—¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

Aniceto lo miró. ¿De dónde venía?

—No, no sé. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Dónde trabaja?

—Mire, la verdad es que tampoco sé.

—Quiero hablar con él, necesito hablar con él... Usted sabe. Me refiero a lo que dicen... Yo estoy un poco de acuerdo. La única manera de conseguir dinero para la propaganda es la acción directa, la expropiación. Yo soy del norte, de Iquique. Mi apellido es Nieves. Lo de Miguel Briones estuvo mal: no se puede realizar sólo algo tan difícil, hay que hacerlo con otros. Yo soy anarquista comunista no individualista, creo en el grupo, en la masa, en el pueblo; el hombre solo está jodido.

Aniceto sintió tristeza. Alberto, si fue él, estaría escondido, tal vez apesarado o avergonzado de un hecho que, fuera de su aspecto criminal, resultó un fracaso y una estupidez, y alguien quería asociarse con él para...

—Yo trabajaba en Iquique, soy zapatero. Me vine con la gallada de las salitreras que quedó cesante con la guerra.

Fumaba una colilla increíblemente pequeña, casi no había de donde tomarla, y para darle breves chupadas debía poner los labios en forma que provocaba risa; tenía cubiertos de nicotina los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—¿Está trabajando aquí?

—No. No quiero buscar trabajo hasta hablar con el compañero Aguirre.

El compañero Aguirre... ¿dónde estaría?

—¿No has sabido nada?

—Nada.

—¿No has hablado con nadie?

—Sí, pero no saben ni palote. Además, no les importa.

—Puchas... ¿Cómo saber algo? Hasta un ascenso podría ligarme... y algo te podría tocar a vos.

—¿A mí? ¿Qué?

—Bueno, hay vacante un puesto de agente tercero.

Agente tercero... Ser agente de cualquier grado es el sueño de centenares de individuos; así como otros aspiran a ladrones, a actores o a poetas, aquellos aspiran a ser policías, no tal vez porque les guste, aunque por eso también, sino muchas veces por tener un empleo. Agente tercero... Fortunato Beiza no había pensado en serlo, le parecía raro, como pensar que un agente pudiera llegar a ser ladrón tercero. No era raro que un rata llegara a ser agente, sobre todo si era como él, de baja categoría; se murmuraba que aun agentes de primera, de gran nombre, nombre entre los ladrones, lo habían sido y no solo ladrones sino salteadores, aunque tal vez salteadores terceros. Hay que pensarlo, ñato. Tenía cuarenta y tres años y había estado preso muchas veces, en Santiago, en Curicó, en Chillán, tres años, dos años, seis meses, y nunca robó lo suficiente como para establecerse con algo, una cantina, por ejemplo, o una cocinería; algunos ladrones probaban y si les iba mal o solo regular vendían el negocio o dejaban un reemplazante, a la mujer, a la madre, y volvían a las andadas. Nunca, por otra parte, robaría algo que valiera la pena; sus derroteros eran derroteros de rata: pan para hoy y hambre para mañana: le alcanzaba para vivir pobremente y siempre con el temor de que lo llevaran preso, hiciera o no hiciera nada. Es cierto que la mayoría de los ladrones miran con terrible desprecio a los congéneres que se hacen agentes y aun, si se presenta la ocasión, los matan, pero Fortunato pensó que no vivía del orgullo o del desprecio que los otros sintieran por esto o por aquello y que si alguno pretendía darle el bajo él no estaría con las manos amarradas. Además, si era tira andaría con el correspondiente revólver y no sería tan fácil echárselo al hombro. Donde hay uno hay otro, se dijo. Ser agente significaba tener un sueldo, estabilidad, sosiego, significaba andar por las calles sin que nadie le pusiera una mano en el hombro, diciéndole:

—Ándale, diablito...

Su compadre, su falso compadre, no importaba gran cosa para él, así como él no importaba gran cosa para su compadre; era un hablantín, un guapo que creía que todo se puede arreglar a balazos; por fin, era un asesino. En esta parte de sus reflexiones sintió miedo: si el falso compadre llegaba a saber que él era el delator, lo haría harnero a balazos en donde lo encontrara y las balas no serían falsas. Pero quién sabe... Él también andaría armado y donde hay un guapo, puede haber otro.

—Qué hubo. ¿No has sabido nada?

—Mira. Quiero contarte algo. Primero pide una botella de vino.

Aniceto llegó como a los once de la mañana; ya no resistía más; era domingo y el conventillo estaba lleno de gente, de mujeres y de niños, sobre todo: entró sin vacilar y en breves pasos llegó hasta la puerta de la pieza de Alberto y miró de reojo, sin detenerse, porque no quería detenerse: la sorpresa lo detuvo: la puerta estaba cerrada y un gran candado la aseguraba. No supo qué hacer, si irse o quedarse, ¿qué puede haber pasado, que no hay nadie? ¿Qué hago? Oyó un chistido y una voz que le dijo:

—*Psch...* Oiga.

Se dio vuelta: un hombre guarecido debajo de unas latas que pretendían formar la cocina de la pieza del frente, le hacía señales con una mano.

—Venga... No se quede ahí.

Se metió bajo las latas.

—Qué pasa.

—Acérquese más.

Tenía la voz un poca ronca. Le señaló la puerta de la pieza de Alberto y le preguntó, en voz baja:

—¿Usted busca a don Alberto?

¿Don Alberto? ¿Podía Alberto ser don Alberto?

—Sí, don Alberto Aguirre, el que vive ahí. ¿A él lo busca?

Aniceto dijo que sí con la cabeza.

—No está y no hay nadie ahí.

Mostraba una barba de varios días y se veía muy roto. Debía ser un bebedor. Estaba descalzo y tenía en la mano un zapato viejo que intentaba arreglar.

—Estos son mis zapatos —dijo— y están un poco malones. El vino se lleva toda la plata... ¿Usted es amigo de él?

—Sí.

Bajó más la voz:

—Bueno: la Pesca estuvo aquí el viernes, al alba, como a las cinco: registraron todo y se llevaron a la Rosa María y a los chiquillos.

Aniceto se sintió inundado de desazón: debió haber venido antes, en vez de llevarse por ahí muerto de miedo e imaginando leseras. Tal vez dos días antes habría servido de algo; ahora no servía para nada.

—¿A él también se lo llevaron?

—No. Él no estaba; hace días que no viene. ¿Y sabe...?

¿Qué más se podía saber? El hombre se acercó otro poco. Parecía que siempre se podría acercar un poco más. Ya estaban casi tocándose. Los ojos se veían enturbiados, un poco rojizos, sucia la piel, los labios secos, la ropa cayéndose, las manos y los zapatos con igual textura.

—Los tiras vienen a cada rato y le echan un mirotón y una tanteada a la puerta. Uno me preguntó si no había venido nadie a la pieza. Si yo viera a alguien, ¿le iría a decir algo? Ni loco. Debe de haber uno de guardia por ahí. ¿No vio ninguno afuera?

Aniceto tartamudeó:

—No me fijé.

El hombre pareció enfadarse un poco.

—Malo, pues, malo. Parece que don Albertito se metió en una pelotera y hay que ser advertido. Si los tiras lo hubieran visto delante de la puerta, se lo llevan de un ala.

Aniceto quería irse, corriendo, y se fue, luego de agradecer al hombre su acogida y sus advertencias y rechazar un vaso de vino que, acercándose ya demasiado, le ofreció. No hizo caso de la recomendación que le hiciera de que se fijara en si había o no algún agente afuera; no quería mirar ni ver a nadie y no miró ni vio a nadie; por suerte tampoco nadie le vio. Se fue a su pieza y almorzó de prisa y salió casi corriendo; le pareció que algo le iba a ocurrir a él o a sus compañeros y amigos y sentía deseos de gritar e irse hacia alguna parte donde nadie tuviese nada que ver con él. Pero en todas partes había gente que tenía algo que ver con él, por un motivo o por otro, todo estaba unido, todos están unidos, todos, por algún motivo oculto o visible, se tocan, un motivo bueno o malo y quieran o no quieran.

—Pido la palabra, compañero.

¿No terminarían nunca de hablar? ¿No llegaría un momento en que pudiesen hacer lo que querían? ¿Qué era necesario? ¿Matar, llorar, disparar revólveres, pedir perdón? Pero ¿qué hablaba él? Era como los otros. Pensaba cosas, imaginaba cosas y de ahí no salía. Se imaginó que un muro muy alto, como el de los Lamentos o como los de Jericó, se erguía delante de todos ellos y de otros como ellos, un muro que no se podía penetrar ni subir y ante el cual no hacían más que hablar, gritar, llorar y morir; detrás del muro existía una posibilidad de amor; de justicia, de abundancia, de paz, pero miles de individuos, acompañados de sus sirvientes, estaban en lo alto y aunque no disfrutaban sino guiñapos de aquella posibilidad, guiñapos que disputaban con dientes y uñas, impedían que nadie entrara o subiera. Había que buscar y encontrar armas más finas y más poderosas que las palabras y el llanto para subir o penetrar el muro.

—Yo no tengo más que un cuchillo, pero si encuentro a ese perro, en cualquier parte que lo encuentre, lo mataré.

Manuel estaba flaco y pálido, estragado, como si no hubiese comido ni dormido en muchas noches y días. ¿Habría estado acompañándolo? No se atrevió a preguntar. Le contó que había ido a la pieza de Alberto.

—Él lo quiere mucho a usted —le dijo—; quiere verle; le hará bien verlo.



Aniceto sintió ternura y sorpresa. ¿Podía Alberto querer a alguien? O tal vez quería verlo no porque lo estimase o quisiese sino porque se sentiría, a pesar de su arrogancia y de su revólver, acorralado y solitario, y la vista cualquiera que hubiese participado alguna vez de sus horas de libertad lo confortaría un poco.

—Yo le voy a avisar a usted.

—Bueno, ya.

No podía negarse y fue a la cita.

Había ya muy poca luz pero no tenía miedo; tampoco tenía curiosidad. Esperó un rato y se hizo más oscuro. Era a fines de abril y no se trataba de un barrio como para estar de pie en una esquina: podían tomarlo por cogotero; calles pavimentadas con adoquines o sin pavimentar, ocho o diez cuadras al sur del Camino de Cintura, terrenos eriazos propicios a los atracos, basurales, escasos focos de luz; la gente pasaba como apurada o como escondiéndose; se movió un poco, caminó una media cuadra, encontró un rincón hediondo a orines; volvió hacia la esquina; nadie; miró a su derecha y a su izquierda; nadie tampoco. Daría otro paseo. Cuando se dio vuelta, Alberto estaba frente a él.

—Qué hubo.

—Qué hubo.

—Camina.

Se dieron la mano e hicieron el recorrido recién hecho por Aniceto, aunque sin llegar al rincón. Alberto se veía apretado, duro, como si su ropa fuese mucha o muy gruesa, llevaba una chaqueta de color oscuro, con bolsillos al sesgo, y las manos, aquellas manos que Aniceto recordaría siempre, se veían metidas como con fuerza en los bolsillos. Hablaron muy poco, como si pensarán en cosas distintas de las que hablaban o como si más oyeran que hablaran, los ruidos de la calle, los susurros, las voces.

—¿Estás trabajando?

—Sí.

—¿Siempre con Álvarez?

—Ya.

Pasó una mujer chilena; un niño chileno lloraba detrás de ella. Pasaban mujeres y niños en todo el mundo; todos estaban unidos: caminaban y lloraban.

—¡Mamita!

—Camina, chiquillo de moledera.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé; nada.

Podía empezar, también, a llorar. Ya fue la noche.

—¿Qué hacen los compañeros?

—Empiezan a preparar el Primero de Mayo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Creo que me encargarán los afiches y el manifiesto.

Ya casi no pasaba nadie.

—¿Y tu amigo Gutiérrez?

—Dice que va a sacar una revista manuscrita.

Susurros, pasos perdidos, sombras.

—Pronto viene el invierno.

—Sí.

Por fin se detuvieron y Alberto le tendió una mano que sacó con dificultad del bolsillo.

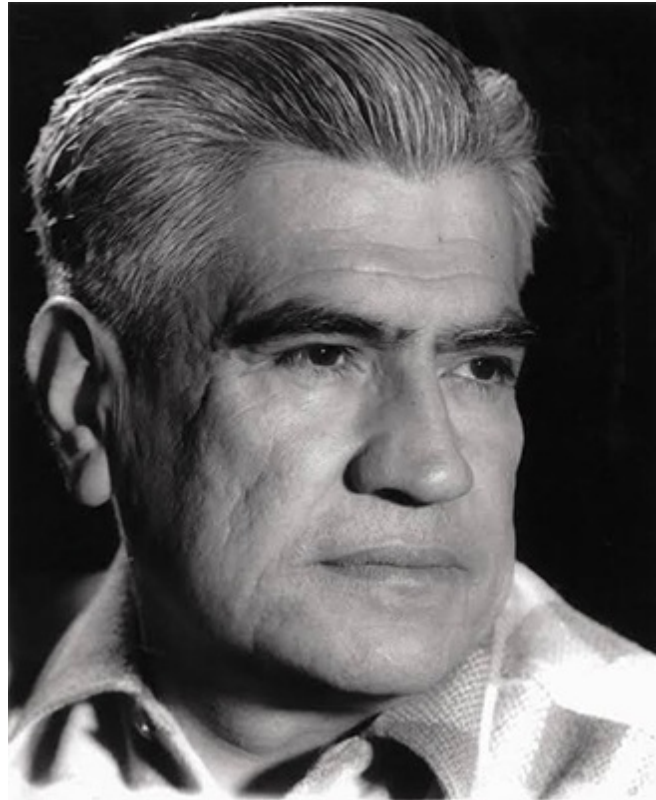
—Adiós —le dijo—; no te entretengo más. Gracias por haber venido y no le cuentes a nadie que me has visto.

—Descuida. Adiós.

Desapareció como llegó, en silencio, apurado o escondiéndose, y Aniceto se fue del mismo modo: en ese barrio no se podía andar sino así. Después buscó un tranvía, se bajó y tomó otro. Cuando llegó a su pieza supo que Voltaire había sido detenido. La suerte le estaba pegando en el suelo. No comió y se acostó con la cara vuelta hacia el muro; detrás había también una posibilidad para el hombre; la ventolera, fuerte, lo barría de arriba abajo. Qué hubo... Qué hubo. ¡Mamita! Camina, chiquillo de moledera. No tengo más que un cuchillo, pero lo mataré. ¡Qué fuerza tiene la mugre! ¡Y no se me venga a botar a insolente el carajo! Hay que dignificar al hombre. El hombre solo está jodido, compañero. ¿Tú crees que todo se ha arreglado? No, no se ha arreglado nada.

Kennewick, Washington, USA.

5 de septiembre, 1963.



MANUEL ROJAS SEPÚLVEDA, escritor chileno, (Buenos Aires, Argentina; 8 de enero de 1896 - Santiago, Chile; 11 de marzo de 1973)

De padres chilenos, nació en la ciudad de Buenos Aires. Su infancia se vio alterada por constantes traslados desde la capital Argentina a Chile, hasta que cruzó la frontera definitivamente con dieciséis años y ejerció las más diversas actividades laborales, habiéndose formado de modo autodidacta, ya que la temprana muerte de su padre le obligó empezar a trabajar con sólo once años.

Manuel Rojas ejerció de pintor, electricista, vendimiador, peón del ferrocarril, aprendiz de sastre y actor en compañías teatrales con las que recorrió gran parte del país. Con todo llegó a ser articulista en *Los Tiempos* y *Las últimas noticias*. Viajó, tras enviudar, por Europa, Sudamérica y Oriente Medio, llegó a ser profesor en la Universidad de Chile y recibió el Premio Nacional de Literatura en 1957.

Dedicó, no obstante todas sus ocupaciones, una gran parte de su vida a la creación literaria, con más de treinta publicaciones entre 1921 y 1971. La riqueza de su personal estilo dio obras de una brillante calidad poética y narrativa. Su expresión intimista, a partir de vivencias personales le permitió adentrarse en el mundo de los sentidos y de la psicología de sus personajes, logrando que parte del pueblo chileno se identificara claramente con los protagonistas y los ambientes de sus relatos.

Con el cuento *El vaso de leche* inauguró el surrealismo chileno; ello ilustra hasta qué punto Rojas fue creativamente innovador en la narrativa de su generación, en la que sobresalió a partir de *Hijo de ladrón* (1951), novela autobiográfica que le supuso el

lanzamiento definitivo a la fama y al reconocimiento literario, tanto por parte de la crítica como del público en general. Se ha destacado la eficacia de su lenguaje sencillo, claro, motivador, apasionado pero también frío, y la densidad de sus ambientes oscuros de los arrabales, focos de pobreza donde se entrecruzan el alcohol y el sexo, los prejuicios y la solidaridad. Abundan en sus novelas los desheredados de la fortuna, los pequeños delincuentes y demás habitantes de los barrios pobres y marginales, retratados sin truculencia ni compasión.

Su actividad como novelista se inicia con la obra *Lanchas en la bahía* (1932), centrada en la vida de un joven despedido de su trabajo y en las relaciones que sostiene con un amigo y una prostituta. A esta ópera prima le siguieron cuatro novelas protagonizadas por una suerte de heterónimo del autor, Aniceto Hevia: *Hijo de ladrón* (considerada su trabajo más típico y logrado, 1951), *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971). Otras novelas del autor son *La ciudad de los Césares* (1936) y *Punta de rieles* (1960). Publicó también recopilaciones de cuentos, como *Hombres del Sur* (1926), *El delincuente* (1929) y *El bonete maulino* (1943), e incursionó en la lírica con volúmenes como *Poéticas* (1921) y *Tonada del transeúnte* (1927).